HORACIO

SÁTIRAS
EPÍSTOLAS
ARTE POÉTICA

EDITORIAL GREDOS

HORACIO

SÁTIRAS
EPÍSTOLAS
ARTE POÉTICA

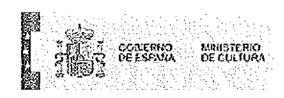
INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ LUIS MORALEJO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 373

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



Asesores para la sección latina: José Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Vicente Cristóbal López.



López de Hoyos, 141, 28002-Madrid.
www.rbalibros.com

Depósito legal: M. 30.962-2008

ISBN 978-84-249-3577-1

Impreso en España. Printed in Spain.
Impreso en Top Printer Plus

SÁTIRAS

INTRODUCCIÓN

El género y su tradición

En la panorámica comparativa de las literaturas griega y latina de su *Institutio Oratoria* (X 1) afirma Quintiliano: *satura quidem tota nostra est*, lo que suele interpretarse como una reivindicación de la estirpe netamente indígena de ese género poético (o al menos de la superioridad romana en él). Sin embargo, no están claros ni sus orígenes[1] ni el sentido que en los primeros tiempos tenía su propio nombre de *satura*; un término que, además, ha llegado a nuestros días en una forma («sátira», «satire», etc.) alterada por una ya antigua etimología popular que lo relacionaba con el gr. σάτυρος, el nombre de los chocarreros dioses menores que formaban parte del cortejo del dios Dioniso y que comparecían en el género dramático griego del *drama satírico*, con el cual, al parecer, se le vio cierto parentesco a la sátira romana[2].

---

[1] De entre la bibliografía que citamos *infra*, deben considerarse como fundamentales en este punto, al menos, las monografías de HIGHET, 1962; VAN ROOY, 1966; WITKE, 1970; COFFEY, 1976; KNOCHE, 1982[4]; RUDD, 1966; ANDERSON, 1982, y FREUDENBURG, 2001.

[2] Con todo, la *forma deformada* más frecuente entre los gramáticos antiguos parece ser *satira* y no *satyra*. Para las relaciones de la sátira y de su nombre con el drama satírico véase VAN ROOY, 1966: 124 ss.

Sí parece generalmente admitido —aparte hipótesis menos verosímiles[3]— que en el nombre de la *satura* tenemos la forma femenina del adjetivo *satur* («colmado», «harto»), genuinamente latino. Su acepción literaria, siempre según esa opinión predominante, derivaría de la elipsis de una metáfora culinaria: la de la *satura lanx*, un plato abundoso y variado, una especie de *potpourri* u «olla podrida», en el que casi todo tenía cabida (aunque, según otros, más bien sería un embutido de vario acarreo). En la literatura, la denominación *satura* designaría una obra de carácter misceláneo[4].

Pero los datos antiguos, como apuntábamos, nos hablan de la *satura* en términos discutidos. Así, parece haber habido una de carácter dramático, a tenor de lo que Tito Livio cuenta sobre la prehistoria del teatro romano[5]. Para la época bien documen-

[3] Como las que la hacen derivar de la lengua etrusca. Para otras, véanse Van Rooy, 1966: 1 ss.; Freudenburg 2001: 28 y n. 18.

[4] Trata con detalle el tema Van Rooy, 1966: 50 ss. Véase, de entre los muchos testimonios gramaticales al respecto, el *locus classicus* de Diomedes, *Arte gramática* III 458, 34 ss. (Keil): «Y la sátira se ha llamado así porque también en ese género se dicen cosas chuscas y desvergonzadas, como si fueran los sátiros quienes las profirieran e hicieran; o bien se la llamaba *satura* por la *lanx satura* ["fuente harta"] que, llena de muchas y variadas primicias, se incluía entre los antiguos en el sacrificio a los dioses, en razón de su abundancia y de la saciedad que producía; género de fuentes que también cita Virgilio en las *Geórgicas* [II 193 s.; 394), cuando dice: 'y en curvadas fuentes ofrendamos las entrañas humeantes' y 'llevaremos las fuentes y tortas'; o bien por cierta clase de embutido, relleno de muchas cosas, que Varrón dice que se llamaba *satura*». Para la verdadera etimología de la palabra véase A. Ernout-A. Meillet, 1967[4], *Dictionnaire Étymologique de la Langue Latine*, París, Klincksieck: *s. u. satur*.

[5] Tito Livio VII 2, 7, a propósito de los *histriones* que, tras abandonar los versos improvisados, ya ejecutaban *impletas modis saturas*, «sátiras con música ininterrumpida, con un canto regulado ya por la flauta y un movimiento acompasado» (trad. de J. A. Villar, en el vol. 145 de esta B. C. G.).

tada de la literatura latina, tenemos noticias y fragmentos que apuntan al *padre Ennio* como cultivador e incluso como *primus inventor* de la sátira[6]. Su sobrino el trágico Marco Pacuvio (220-c.130 a. C.) también aparece en los anales del género[7]. Pero no hay duda de que el primer autor de sátiras latinas bien conocido —y debidamente reconocido por la posteridad— fue el caballero romano Gayo Lucilio (c. 180-102 a. C.), modelo (y *anti-modelo*) declarado del propio Horacio, autor, nada menos, que de 30 libros de ellas, de las que nos ha llegado un importante contingente de fragmentos. No era, desde luego, el poeta *enragé* y *contestatario* cuya imagen pudieran sugerirnos ciertas noticias posteriores, incluidas las de Horacio, sino un hombre de buena posición social y aún mejores relaciones, que se podía permitir ciertas libertades al respecto de sus conciudadanos.

Lucilio escribió en los tiempos de la primera ola de *helenismo directo*, que afluyó a Roma a partir de mediados del s. II a. C., al socaire de la conquista de Grecia y de los gustos literarios de los círculos ilustrados como el de los Escipiones, al que él mismo pertenecía. Ello no le impidió adoptar y llevar a más un género autóctono, del que llegaría a ser considerado como el verdadero creador; pero lo hizo de manera que también dejó ver la influencia de géneros griegos como la Comedia Antigua y el yambo (el arcaico de Arquíloco y, sobre todo, el más *literario* del alejandrino Calímaco[8]). De las sátiras de Lucilio tenemos, a

---

[6] Véase el capítulo de VAN ROOY, 1966: 30-49, «Quintus Ennius and the Founding of a Literary Genre». De Ennio tenemos ahora la traducción de J. MARTOS, *Ennio, fragmentos*, en el vol. 352 de esta B.C.G.: 493 ss., con bibliografía. Es discutida la interpretación de HOR. *Sát.* I 10 66 (*cf.* nuestra nota al pasaje), donde, en relación con las *Sátiras* de Lucilio, algunos creen que hay una alusión a las de Ennio; véase nuestra nota *ad loc.*

[7] Al menos, así lo afirma el gramático DIOMEDES, 481, 32 KEIL I.

[8] La influencia directa de Arquíloco en Lucilio ya fue señalada por su editor F. MARX (1904-1905). A esa tesis, y reivindicando también a Calímaco

través de sus fragmentos y de las documentación indirecta, una idea bastante clara; y cabe afirmar que no diferían en lo fundamental de la idea del género que nos dan sus manifestaciones posteriores bien conservadas y conocidas, las debidas a Horacio, Persio y Juvenal[9].

Hay, sin embargo, en la historia de la sátira latina un eslabón intermedio tan importante como incierto: el que representaron las *Sátiras Menipeas* del polígrafo Marco Terencio Varrón (116-27 a. C.). Como se ve, las apellidó con un brindis al filósofo griego Menipo de Gádara, cuyo *torpe aliño indumentario* retrataría Velázquez de manera admirable. Menipo era un cínico sirio del s. III a. C., que, según la costumbre de su escuela, había fustigado de palabra y por escrito, en prosa y en verso, los vicios y contradicciones en que incurrimos el común de los mortales. Vemos, pues, también en este caso que el género genuinamente romano de la sátira había ido cediendo a la seducción de las letras griegas. Pero Horacio, y aunque cuando él escribió su *Sátiras* Varrón aún vivía y era toda una autoridad

---

como modelo decisivo, se sumó M. PUELMA-PIWONKA, 1949, *Lucilius und Kallimachos. Zur Geschichte einer Gattung der hellenistischen Dichtung*, Frankfurt a M., V. Klostermann. Al respecto de esa cuestión, que aquí no podemos tratar en detalle, remitimos al informe crítico de J. CHRISTES, 1972, «Lucilius: ein Bericht über die Forschung seit F. Marx (1904/5)» en *ANRW* I.2: 1234-1236, y a D. MANKIN, 1987, «Lucilius and Archilochus: Fragment 698 (Marx)», *Am. Journ. Phil.* 108: 405-408.

[9] Dicho sea *pace Uldarici* von WILAMOWITZ, que en su *Die Verskunt der Griechen*, Berlín, 1921[4] (reimpr. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellsachaft): 42, n. 1, afirmó que «No existe en absoluto una sátira latina, sólo existen Lucilio, Horacio, Persio, Juvenal». Ese aserto hiperbólico del gran maestro se comprende a la luz del contexto en el que lo emitió: en su opinión, frente al carácter colectivo y tradicional de los géneros griegos, en la literatura latina «todo se reduce a las personas», lo que no parece que deba entenderse como un elogio. Para las relaciones de Horacio con Lucilio sigue siendo de interés la monografía de FISKE que citamos en nuestra BIBLIOGRAFÍA.

intelectual, no lo menciona para nada: salta sobre él, como si no hubiera existido, para conectarse y enfrentarse directamente con Lucilio[10].

Los asuntos que la documentación histórica no nos permite conocer con el detalle deseable son campo propicio para las especulaciones reconstructivas; pero ateniéndonos a los datos que los testimonios conservados nos brindan, parece claro, como hemos dicho, que la sátira, tal como Horacio la concibió y practicó, era en sustancia del mismo género que la que Lucilio había concebido y practicado, aunque la refinara según la estética propia del helenismo maduro de un poeta de la época augústea. A Horacio habría que atribuir, además de las aportaciones de ese ambiente plenamente clásico en el que escribió y de su personal talento, la iniciativa de fijar el hexámetro dactílico —el metro épico, pero, en cierto sentido, también *el metro no marcado*[11]— como verso propio del género.

Dicho esto, hay que insistir en lo mucho que la sátira latina, ya desde Lucilio, debía a la literatura griega. En Grecia, ciertamente, no había un género poético que por los rasgos concordantes de metro, dicción y contenido pudiera considerarse como antecedente directo de la sátira latina (como lo eran los modelos épicos, líricos o bucólicos); pero también parece claro que este género latino se adscribió desde muy pronto a una *tradición híbrida*, abriendo la puerta a temas, ideas y actitudes pre-

---

[10] Véase al respecto A. Tovar, «Horacio y las Menipeas varronianas», *Emerita* 4 (1936): 24-29.

[11] Lo decimos recordando que otros géneros de vieja solera, como la lírica monódica y coral, el yambo y la poesía escénica, habían nacido con sus metros propios, en tanto que el ritmo dactílico, a partir de su condición épica primitiva, había sido aplicado también a la poesía didascálica y, mediante leves manipulaciones, a la elegíaca. En la Edad Media latina el hexámetro llegaría a convertirse por entero en el *verso por defecto del que aquí hablamos*: el que se empleaba de no mediar causa justificada en contrario.

sentes en varios de los ya consagrados por los cánones literarios griegos. El propio Horacio afirma (*Sát.* I 4, 1 ss.) que la esencia de la sátira de Lucilio venía de la libertad de palabra (la *parrhesía*) con que la Comedia Antigua ateniense había prodigado su censura pública y nominal entre los ciudadanos que se la merecían (según el hábito del *onomastì kōmōdeîn*, «sacar a uno en la escena por su nombre»); y al definir retrospectivamente su propia sátira (*Epíst.* II 2, 60), habla de ella como *Bioneus sermo*, «charla» —o, si se prefiere, «sermón»— «al estilo de Bión». Con ello confiesa su deuda y la de la sátira con el género más popular —y, en opinión de muchos, el más *socrático*[12]— de la filosofía griega de época helenística y romana, cultivado sobre todo por los cínicos y lo estoicos: el de la διατριβή o *diatriba*, término que desde el sentido de «pasatiempo» había llegado a significar «plática» o «charla», y de donde tal vez Horacio tomó el nombre y título de *Sermones* que seguramente dio a sus sátiras[13]. Cínico o muy afín al cinismo era, en efecto, el antes nombrado Bión de Borístenes, un griego periférico y de origen humilde que en el s. III a. C. había llevado una vida de filósofo-predicador, ambulante y *contracultural*, poniendo en solfa los vicios de las gentes. Similar a la de Bión debió de ser la personalidad de su contemporáneo el ya citado Menipo de Gádara, cuyos escritos, satíricos en sentido amplio y en los que, al parecer, mezclaba prosa y verso, había imitado Varrón. Como divi-

[12] Por ello no le falta razón a W. S. ANDERSON, cuando escribe sobre «The Roman Socrates: Horace and his Satires», en J. P. SULLIVAN (ed.), 1963, *Critical Essays on Roman Literature. Satire*, Routledge & Kegan Paul: 1 ss.; de la estirpe socrática de la diatriba trata en 23 ss.

[13] Según ya decíamos en nuestra Introducción general (MORALEJO, 2007: 28 s.), aunque tal vez debiéramos haber atendido a la afirmación de HEINZE, 1921: XV, en su Introducción, de que ya Lucilio se refería a sus propios poemas como *sermones*. Sobre el género de la diatriba véase el artículo de C. CODOÑER en *EO* II: 686-688.

sa de esa clase de diatribas —pues también existió otra más *seria*, representada, por ejemplo, por las que escribiría el estoico Epicteto (c. 50-c. 120 d. C.)— se suele hablar de lo σπουδογέλοιον[14], lo «serio-risible» o, más castizamente, «bromas y veras»[15]; una divisa que Horacio recoge en su *ridentem dicere uerum* de *Sát.* I 1, 24[16].

Horacio satírico: actitudes y temas

Lo ya dicho en nuestra Introducción general al autor nos dispensará de demorarnos ahora en lo que se sabe sobre la fecha de composición de las *Sátiras*, que tampoco es mucho[17], y sobre la de su publicación, que tuvo lugar, según parece, en los años 35/34 (libro I, con 10 sátiras) y 30 a. C. (libro II, con 8). En el primero de ellos y en de los *Epodos* está sin duda la que hemos llamado obra *pre-mecenática* de Horacio: la que le valió la es-

---

[14] Aunque se refiera especialmente a la Edad Media, vale la pena consultar sobre este tema el excurso «Bromas y veras en la literatura medieval» de E. R. CURTIUS, 1955, *Literatura Europea y Edad Media Latina*, México, Fondo de Cultura Económica: 594 ss., que incluye observaciones sobre sus raíces clásicas.

[15] Véase nuestra nota *ad loc.*; además, von ALBRECHT, 1986.

[16] No entraremos aquí a distinguir dentro de las *Sátiras* de Horacio entre las propiamente *diatríbicas* y las que poco o nada tienen de tales (las literarias y las narrativas), asunto para el que nos remitimos a nuestra notas previas y al texto de cada una.

[17] Véase J. L. MORALEJO, 2007, *Horacio, Odas, Canto Secular*, Madrid, Gredos (B. C. G. vol. 360): 28 s., 33. De la cronología de las *Sátiras* trata especialmente M. VON ALBRECHT, «Horaz», en J. ADAMIETZ (ed.), 1986: *Die römische Satire*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellsachaft, 1986. FRAENKEL, 1957: 124, opina que, tras haber escrito las *Sátiras* I 7, 8 y, probablemente, 9, Horacio «se buscó nuevos temas que pudieran ayudarlo a dar variedad al contenido de su libro y a redondearlo»; véase también COFFEY, 1976: 66 s.

tima y protección de Mecenas, al cual fue presentado en el a. 37 a. C. por Virgilio y Vario[18], y que seguramente le permitió también dejar el puesto de *scriba quaestorius* con el que se venía ganando la vida. Cumple recordar, con todo, que las *Sátiras* aparecieron en forma de libros cuando Horacio ya había ingresado en ese selecto círculo, pues la primera de ellas, y con ella toda la colección, ya está dedicada al generoso protector.

El Horacio de las *Sátiras* es un observador crítico pero humano —no como el de los *Epodos* más yámbicos— de la sociedad de su tiempo; y eso aunque al hablar de ellas las llamara, además de *Bioneus sermo*, *sal niger*, «sal negra» (*Epi.* II 2, 60)[19]. Se nos presenta como un *maestro*[20], como un ψυχαγωγός no muy severo, que, conforme al ideal de *eudemonismo* compartido por casi todas las filosofías de su tiempo, quiere ayudar a los hombres a ser más felices[21]. W. S. ANDERSON llamó al Horacio satírico «un sonriente maestro de cuestiones éticas importantes»[22].

---

[18] Véase MORALEJO, 2007: 22 ss.; de entre las *Sátiras*, una de las primeras parece ser I 2.

[19] En I 10, 4 nos recuerda que Lucilio «refregó a toda la ciudad con abundante sal». Con una metáfora parecida, en I 7, 32, a propósito de la discusión entre el griego Persio y el romano Rupilio, Horacio habla del *Italum acetum*, «el vinagre itálico», con que el segundo «remojó» al primero en sus improperios.

[20] Así KRENKEL, 1966: 472, *apud* VRUGT-LENTZ, 1981: 1834, n. 34

[21] A este respecto brinda interesantes ideas el ya citado VRUGT-LENTZ, 1981: ni por razones de orden político-ideológico ni de profesión filosófica o religiosa tenía Horacio motivos para sentir un cierto *compromiso social* que inspirara su obra satírica; no pone en cuestión las estructuras existentes, y su sátira «se dirige al individuo en consideración a su felicidad, no en consideración a su responsabilidad».

[22] *Essays on Roman Satire*, Princeton, Princeton University Press, 1982: 29; tomo la cita de F. MUECKE, en *CH*: 107. Anderson ha encabezado la tendencia crítica que ha puesto en cuestión la importancia de los aspectos autobiográficos de las *Sátiras* frente a la idea de que el autor se revestía de una cierta *persona*;

Sin embargo, en ciertas ocasiones, reflexionando sobre su propia tarea, Horacio también teoriza y polemiza sobre el origen, el papel y los límites del género satírico. Con esto quedan delimitados los dos campos temáticos capitales de la obra: el de las *sátiras de costumbres* y el de las *sátiras literarias*.

Al segundo grupo se adscriben solamente tres (I 4, I 10 y II 1), y ya en la segunda de ellas encontramos respuesta a las críticas que se habían hecho a la primera[23], lo que prueba que el poeta las había dado a conocer aisladamente antes de publicarlas en formato de libro. Los tópicos que aparecen en las sátiras de costumbres son los que cabe suponer ya tradicionales en el género y que desde luego lo eran en la diatriba griega, sin ser muchos de ellos patrimonio exclusivo de una determinada escuela filosófica (por más que en Horacio se observe el consabido predominio de las ideas epicúreas). Son los tópicos del general descontento con la propia suerte y la envidia por la ajena, del afán insaciable de riquezas y medro social (con el que se conectan el de los cazadores de herencias, el de las relaciones con el amigo poderoso y el de los recuerdos autobiográficos del propio poeta); el de la obsesión imperante por los refinamientos culinarios, el de la pasión por los amoríos adúlteros, el de la *doble vara de medir* que aplicamos a los defectos ajenos y a los propios, el de la incoherencia entre palabra y vida, de la

véase Harrison, 1993: 12. Por su parte, G. Highet, 1962, *The Anatomy of Satire*, Princeton, Princeton Un. Pr.: 235, distinguía dos tipos de *satiristas*: «Al uno le gusta la mayoría de la gente, pero piensa que está un poco ciega y loca. Cuenta la verdad con una sonrisa, de manera que no los ahuyentará sino que los curará de esa ignorancia que es su peor defecto. Tal es Horacio. El otro tipo odia a la mayoría de la gente, o la desprecia. Cree que la picaresca triunfa en su mundo; o dice, con Swift, que aunque ama a los individuos detesta a la humanidad. Por eso su objetivo no es curar, sino herir, castigar, destruir. Tal es Juvenal»; el *cabreado crónico*, que diría un castizo.

[23] Así, en I 10, 1 ss., con relación a lo dicho en 4, 7 ss.

cual no escapan ni los filósofos; el de la superstición, el de la intransigencia extremada, y por ello estéril, de algunos moralistas[24]; el de nuestra incapacidad para llevar una *existencia auténtica* dedicada a uno mismo y no al tráfago de las relaciones sociales (de donde el poco aprecio de muchos por la paz de la vida campesina); el del olvido del *justo medio*, evitando los extremos, y otros varios emparentados con ellos.

El repertorio de motivos de las sátiras literarias es, obviamente, más limitado. En primer lugar, tenemos el de la ancestral libertad de palabra del género, que, como decíamos, Horacio hace derivar de la *parrhesía*[25] de la Comedia Antigua de Aristófanes, Éupolis y Cratino; además, y en enfrentamiento crítico con Lucilio, el de la prioridad que en poesía debe darse a la calidad sobre la cantidad, aplicando estrictamente los principios de la estética alejandrina de Calímaco[26]; y, en fin, su respuesta a quienes habían tomado a mal su censura al considerado como maestro del género. Por lo demás, y dado que hemos antepuesto a la traducción de cada sátira una nota sinóptica, nos excusamos de detallar aquí sus respectivos contenidos.

Tanto Lucilio como sus antecedentes griegos de la Comedia Antigua, habían fustigado sin reparos y por su nombre a los ciudadanos a los que consideraban merecedores de censura, por importantes que fueran. También Horacio saca a la escena en sus *Sátiras* muchos nombres propios; pero su caso era distinto, al igual que lo eran las circunstancias sociales y legales en que escribió (lo mismo que los *Epodos*); y además sus *sermones* ya

---

[24] Especialmente la de los que FREUDENBURG, 2001: 16, llama «Stoic zealots».

[25] Sobre este concepto véase el artículo de G. SCARPAT en *EO* II: 724-726.

[26] La simple comparación entre la sencilla maestría con que Horacio maneja el metro y la manera, mucho más ruda, en que lo hace Lucilio permite suponer que ése era uno de los aspectos fundamentales en que consideraba digna de censura la obra de su predecesor.

eran en gran medida *poesía literaria*, al modo helenístico, en la cual la imitación de un género consagrado pesaba más que las viejas funciones o licencias propias del mismo. A este respecto es ilustrativo el capítulo «The Names» de la clásica monografía de N. RUDD (1966: 132 ss.), que ofrece una especie de prosopografía de la sátira horaciana. Resulta ser una *prosopografía mixta* en la que pasado y presente, realidad y ficción se combinan y se interfieren. Rudd distingue en los nombres propios que aparecen en las *Sátiras* hasta seis categorías: a) personas vivas; b) personas muertas; c) personas que aparecen en Lucilio; d) «nombres significativos»; e) nombres de otros personajes típicos; f) seudónimos. En el primer apartado, y entre los que cabe suponer personajes reales, no aparece ningún notable de la Ciudad; a no ser que el Salustio de I 2, 48 —un apasionado por los amoríos con las libertas— sea al famoso y moralizante historiador, que más bien dejó fama de su afición por las casadas, o bien su homónimo sobrino-nieto e hijo adoptivo y confidente de Augusto, algo menos probable por su cronología[27]. Tampoco se ve a ninguna figura de primer orden en el grupo de las personas que Rudd da por fallecidas, grupo con el cual, como es obvio, se solapa el de las ya nombradas por Lucilio. Entre éstas estaba el *pauper Opimius* de II 3, 142 ss. que, a su vez, reaparece entre los «nombres significativos», que vienen a corresponderse más o menos con los que otros llamarían «parlantes» o *nomina ficta*, creados o escogidos para reflejar las características personales y morales de un personaje o tipo humano; y Rudd nos recuerda que ése también ha sido un recurso habitual

[27] En este sentido también FREUDENBURG, 2001: 20, afirma: «está claro ya desde el primer verso que personas de verdadera significación social y política aparecen en los *Sermones* de Horacio de vez en cuando. Pero resulta que éstas son siempre amigos del poeta, o potenciales amigos, más que enemigos»; las personas realmente criticadas suelen ser *nobodies*.

en la literatura satírica moderna. Así, Opimio, opulento pero miserable, sería algo así como «el pobre Sr. Rico»; por su parte, el Porcio de II 8, 23, el *gorrón* que llega al banquete acompañando a Mecenas y a sus amigos, haría honor al étimo de su apellido, *porcus*; de manera similar, el gracioso y ávido Pantólabo de I 8, 11 y II 1, 22 justificaría su nombre arramblando con todo lo que se le pusiera delante. El apartado de los «nombres de otros personajes típicos» presenta menos interés, por estar mayoritariamente formado por personajes de la cantera mítica, como Orestes, Ulises, Agamenón y otros. Y, en fin, el de los seudónimos, bajo los que se supone que Horacio camufla a personas a las que no quería o no se atrevía a sacar *nominatim* a la escena —que Rudd compara acertadamente con los que Catulo, Tibulo y Propercio habían dado a sus Lesbias, Delias y Cintias— también presenta ejemplos interesantes: así, el de Alpino para el épico Furio en I 10, 36, y sobre todo el de la siniestra bruja Canidia (al parecer Gratidia) de I 8, 24; 48; II 1, 48 y 8, 95, también citada ampliamente en los *Epodos* 3 y 5[28] (aunque este seudónimo también tiene algo de *parlante* o, para ser más exactos, de *latrante*, vista su clara relación con *canis*).

En resumidas cuentas, aparte de que la prosopografía satírica de Horacio resulta ser de notable complejidad, es claro que él estaba muy atento a no infringir la legalidad que en su tiempo proscribía el libelo y la difamación; y también, como decíamos, que su propia *concepción literaria* del género había dejado en un segundo plano los tradicionales instintos agresivos del mismo[29].

---

[28] Véanse nuestras notas a los mismos.

[29] En honor a la verdad, las conclusiones a que llega Rudd, 1966: 149 ss., son algo más complejas.

Forma, composición y estructura

En uno y otro de los grupos temáticos de las *Sátiras* (y especialmente en el de las de costumbres, como es lógico por su mayor número y su mayor cercanía a lo cotidiano), nos encontramos con una variedad de formas, que van desde la más tradicional del que cabe llamar *sermo currens*, la meditación en voz alta, pasando por el diálogo —en algunos casos diálogo puro, sin marco narrativo, como en II 1; 3; 4; 5; 7 y 8[30]—, hasta el mero relato anecdótico, como en I 5, I 7 y I 9. Esas formas pueden aparecer variadas y combinadas entre sí y con otros elementos, e incluso en una misma composición (narración o discurso moral en boca de un tercero, con o sin diálogo, y con o sin reminiscencias personales; aparte de la parodia, como I 7, II 4 y 5 etc.[31]).

Ya a propósito de la *Sátira* I 1 comenta P. Fedeli (246) que avanza según «un procedere.... desultorio[32]», un discurso —digamos— irregular y quebrado, como parece propio de un auténtico *sermo*; de ahí que esa clase de discurso sea perceptible en bastantes otras de las *Sátiras*. Eso no ha disuadido a los estudiosos de intentar detectar principios constructivos dentro de cada sátira y dentro del conjunto de los libros, y a veces con re-

---

[30] En nuestras traducciones de esas sátiras, y al igual que otros han hecho para mayor claridad, hemos introducido unas *notae personarum* similares a las que se emplean en los textos dramáticos. Naturalmente, también hay diálogo en las sátiras del libro I, pero siempre dentro del que hemos llamado *marco narrativo*. En ellas el interlocutor puede ser tanto un personaje determinado como el *interlocutor fingido* típico de la diatriba.

[31] Se ocupa de este asunto con más detalle al artículo de H. J. Classen en *EO* I: 276 s.

[32] Recuérdese que este término italiano deriva del latín *desultor*, el volatinero que en los espectáculos del circo saltaba sobre la marcha de un caballo a otro. Harrison (1995: 12), a propósito de Rudd, 1966, habla de las *Sátiras* «en las que la secuencia del pensamiento es a menudo difícil de seguir».

sultados plausibles, que, como puede suponerse, no ha lugar a recoger aquí con el detalle deseable.

Desde luego, y en cuanto a la composición de los libros, es evidente, al menos, que Horacio organizó a propósito el primero de manera que lo encabezara una sátira dedicada a Mecenas, que no fue la primera que escribió. A él también va dirigida la que abre la segunda mitad del libro, la 6.ª, lo que ha llevado a concluir que el poeta le dio una organización bipartita como la que poco antes Virgilio había dado a sus *Bucólicas*. Sin embargo, HEINZE que suscribe esas ideas sostiene que con tal estructura se entrecruza otra tripartita y más compleja que abarca a los contenidos: la primera tríada de sátiras trata de cuestiones morales; la segunda, del propio poeta (la 4.ª en cuanto escritor, la 5.ª en cuanto amigo de sus amigos, la 6.ª en cuanto que persona que se había ganado un lugar prominente en la sociedad); la tercera tríada cuenta «historias divertidas», y la *Sátira* 10, «para el autorretrato del poeta, la más importante», sería el epílogo del libro[33]. En cuanto al libro II, HEINZE reitera la opinión de F. Boll de que se estructura en dos series simétricas: la *Sátira* 1 (la consulta con Trebacio) se correspondería con la 5 (consulta con Tiresias), la 2 (la del campesino Ofelo) con la 6 (la del Horacio campesino, del que Ofelo sería un *alter ego*); la 3 y la 7, por su parte, estarían unidas por su tratamiento de paradojas estoicas y, en fin, la 4 y la 8 conciernen a la vigente moda de los placeres de la mesa[34].

A estas propuestas de estructuración les han surgido con el tiempo varias y variadas alternativas. Así RUDD (1966: 160 s.) se muestra más escéptico: tras admitir que, al igual que las *Bucólicas*, las *Sátiras* dejan ver un cierto *arrangement*, y que I 1-3 están estrechamente ligadas por forma y contenido, al igual que

[33] Sigo, como es obvio, la Introducción de HEINZE: XXII.

[34] Véase HEINZE: XXIII.

las literarias, la 4 y la 10, «aparte de ellas apenas hay un modelo discernible». En cambio, la situación parece cambiar en el libro II, en el que, no sin ciertas reservas, Rudd da por bueno el antiguo esquema simétrico propuesto por Boll. Con todo, concluye que: «El diseño en sí mismo... no tiene ningún significado simbólico; no otorga ningún significado añadido a ningún poema individual; y en la medida que yo puedo averiguar, no implica secreto matemático alguno».

Hay que mencionar también la propuesta de K. BÜCHNER (1970)[35], que en cuanto al libro I se pronuncia por la organización bipartita en la que los dos bloques estarían temáticamente ligados. En cuanto al libro II, destaca ante todo que en él predomina la forma dramática o dialógica, y admite, más o menos, las simetrías temáticas propuestas por Boll y Heinze. Las conclusiones que sobre la composición del libro I habían alcanzado esos los autores han sido confirmadas y matizadas mediante un análisis propio y más elaborado por C. RAMBAUX[36]. Para él, el libro tiene una «estructura piramidal» que trata de hacer eco a las *Bucólicas*, aunque en él no quepa observar correspondencias numéricas como las que Maury detectó en aquéllas. Lo que parece que se puede observar una *composition d'ensemble* que, en resumen, respondería a un orden simétrico o concéntrico en el que, por sus contenidos (repudio de determinados vicios), las *Sátiras* 1, 2 y 3 se corresponderían, respectivamente, con las 7, 8 y 9. La 5 vendría a hacer de «pointe de la piramyde», la «imagen de la vida feliz», escoltada por la 4 y la 6, que comparten la actitud de rechazo a los detractores y la evocación de la figura del padre. En un *más resumen todavía*, 1, 2, 3 y 7, 8, 9 presen-

---

[35] Sigo aquí el resumen crítico de DOBLHOFER, 1992: 92.

[36] «La composition d'ensemble du livre I des 'Satires' d' Horace», *Rev. Ét. Lat.* 49 (1971): 179-204, que da una completa *historia quaestionis* hasta su fecha.

tarían «los escollos a evitar»; 4 y 6 «el camino a seguir»; 5 el resultado, y 10 la «conclusión literaria del libro».

Por esos mismos años, el filólogo sudafricano C. A. VAN ROOY, en una amplia serie de artículos[37] (en su conjunto una sólida monografía), estudió minuciosamente los criterios de «arrangement and structure» que, a su entender, Horacio aplicó en el libro I de sus *Sátiras*. Para VAN ROOY (1971: 87), «el más fundamental principio en la estructura del libro consiste en el agrupamiento de pares conjuntos»; es decir, formados por 1-2, 3-4, 5-6 (núcleo del libro), 7-8 y 9-10. Esas parejas, que ya habrían sido «compuestas y editadas» como tales (1970b: 50), y pese a visibles diferencias de contenido, estarían conectadas por semejanzas de sus estructuras internas, que VAN ROOY analiza en cada caso en «secciones» y con criterios bastante realistas. Por lo demás, suscribe la idea, ya antigua, de que Horacio haya imitado en este libro, aunque a la debida distancia, el de las *Bucólicas* virgilianas, aparecido no mucho antes; en primer lugar, en el número de los poemas, pero también en otros mecanismos de organización (VAN ROOY, 1973).

Tampoco han faltado en el análisis de las *Sátiras* los ensayos «numerológicos» que con tanto afán se aplicaron al de otras obras de la poesía clásica[38]. En este caso hay que citar, al menos, los de W. HERING[39], «para [el que] la unidad de las sátiras

[37] De los principales de ellos damos cuenta *infra*, en nuestra BIBLIOGRAFÍA.

[38] Véase nuestra referencia a los realizados con las *Odas* en MORALEJO, 2007: 163 ss. Nos reiteramos en la conveniencia de sustituir los híbridos «numerología» y «numerológico» por «aritmología y aritmológico», independientemente de que para algunos se trate de meros *flatus uocis*.

[39] *Die Dialektik von Inhalt und Form bei Horaz, Satiren Buch I und Epistula ad Pisones (Schriften zur Geschichte und Kultur der Antike, 20)*, Berlín, Akademie-Verlag, 1979; *non uidimus*. Además, véase su importante artículo «Form und Inhalt in der frühaugusteischen Poesie» en *ANRW* II.30.1 (1982): 181-253, en el que también aplica su método al análisis de textos de Virgilio,

horacianas descansa sobre las proporciones de sus partes, sobre simetrías que sólo es posible comprobar por su correlación, por la dialéctica de contenido y forma y por medio de precisas relaciones numéricas»[40]. Sólo hemos tenido la oportunidad de examinar personalmente el análisis de la *Sátira* II 1 que Hering hace en el segundo de sus trabajos citados (HERING, 1982: 206 ss.), y nos parece que es muy meritorio, cuando menos, por la minuciosidad con que estudia la «Gedankenfürung» del poema, diseccionando cuidadosamente los bloques de sentido en que se estructura. Tales bloques o «secciones» tienen dimensiones variables, pero, a fin de cuentas, al menos según Hering, parecen dar como resultado un esquema armónico y simétrico, incluso con correspondencias muy alejadas entre sí dentro del texto; algo que razonablemente sólo cabe suponer que se debe a un cierto esquema constructivo que, por lo demás, el autor observa también en poetas como Virgilio y Propercio. Concretamente, los 86 versos de la *Sátira* II 1 se estructurarían en dos grandes bloques de 43 versos. En la primera mitad habría cuatro bloques temática y cuantitativamente simétricos (de 9, 11, 11 y 9 versos) y tres en la segunda (de 16, 11 y 16). Una observación interesante que hace Hering es la de que Horacio suele aprovechar como punto de transición entre secciones la cesura del hexámetro, lo que, aparte de ser un mecanismo de cohesión del texto, abona su idea de que hasta los elementos formales más externos contribuyen al diseño trazado por el poeta.

Propercio y del Horacio lírico. De la *Sátira* II 1 hace un detallado estudio en 206-221, que sí hemos podido valorar. Por lo demás, ya VAN ROOY (1970: 47 ss.), y frente al escepticismo de RUDD (1966) a este respecto, había sostenido, en su análisis de I 6, que la misma se estructuraba en tres secciones dobles de 44 versos.

[40] Así DOBLHOFER, 1992: 95, que luego se hace eco de algunas críticas poco favorables de las que el primer trabajo de Hering ha sido objeto.

Los análisis como éste pueden provocar en el lector una doble impresión: por una parte, la de que sus autores han examinado a fondo los textos a los que se enfrentan; por otra, la de que el propio *alto grado de resolución* con que lo hacen a veces produce —o *contraproduce*— la duda de que sus deducciones respondan realmente a esquemas constructivos subyacentes en ellos y susceptibles de una fructífera generalización.

En fin, la estudiosa norteamericana H. DETTMER (1983)[41], cuyos esfuerzos por identificar estructuras constructivas en los libros de las *Odas*[42] ya hemos ponderado en su momento, se ha ocupado también de las de las *Sátiras*. Dettmer estima que «el anillo entrelazado» —es decir, la *Ringkomposition* cuyos términos se entrecruzan con las de otras— es «el principal esquema unificador» que encontramos en la disposición de uno y otro libro. Naturalmente, Dettmer valora debidamente los precedentes que desde Boll en adelante había habido en ese terreno, y los desarrolla y, en lo posible, los unifica, hasta concluir que las *Sátiras* están construidas conforme a un «principio de consistencia» en el que los temas se tratan de manera simétrica y equilibrada. En el libro I —no, al parecer, en el II— ese principio se correspondería además con unas ciertas proporciones en el número de versos dedicados al tratamiento de cada uno, pormenores en los que no ha lugar a entrar aquí. En fin, son bastantes otras las propuestas que a este respecto se han hecho, entre ellas las de Port, Reincke, Ludwig y otros[43].

---

[41] *Horace: A Study in Structure*, Hildesheim-Zürich-Nueva York, Olms-Weidmann: 32 ss.

[42] En MORALEJO, 2007: 165 ss.

[43] A su respecto remitimos al artículo de F. SERPA, «Struttura» en *EO* II: 750-752, con bibliografía. Para mayores detalle sobre la misma, véanse KISSEL, 1981: 1467; 1994: 145 s; y DOBLHOFER, 1992: 90 ss.

Lengua y estilo

St. Harrison (1995: 14) escribió: «todavía no existe ningún estudio autorizado de conjunto sobre la 'dicción' de Horacio, y las principales contribuciones han sido sobre las *Odas*[44]; para las otras obras hay que consultar los comentarios». Y, en efecto, esa circunstancia, por lo demás lógica, de que en el estudio de la lengua de Horacio haya primado el interés por la de su lírica no ha propiciado el deseable conocimiento de la de sus *sermones*[45].

En una instantánea panorámica de la misma, Classen (*EO* I: 277) afirma que se caracteriza por la claridad de sus construcciones, la cuidada selección de su vocabulario, el moderado uso de arcaísmos[46] y vulgarismos y el aún más moderado de helenismos. Pero parece conveniente recordar aquí algo que a este respecto escribía el propio autor:

> Ante todo, me excluiré del número de los que reconozco como poetas. Pues no me dirás que cuadrar un verso es bastan-

[44] En el mismo sentido se pronuncia Muecke, *EO* II: 755; véase al respecto Moralejo, 2007: 170 ss.

[45] El más completo repertorio de materiales para el estudio de la lengua y el estilo de Horacio parece seguir siendo el que ofrece D. Bo en el volumen III (*Indices*) de su edición de 1960 (Turín, *Corpus Parauianum*), que completaba y revisaba la de M. Lechantin de Gubernatis (*Odas* y *Epodos*). Una caracterización sintética de las lengua de las *Sátiras* puede verse en sus págs. XX-XXIII. Ahora disponemos también del artículo de F. Muecke «Lengua e stile», en *EO* II: 755-787, extenso aunque todavía demasiado esquemático, que proporciona una completa bibliografía hasta su momento. Véanse también Kissel, 1981: 1463 ss; y 1994: 144; y Doblhofer, 1992: 1992: 75 s.; 90 ss.

[46] En este punto permítasenos recordar especialmente el trabajo de nuestro añorado colega y amigo L. Nadjo, «Un fait de langue et de style dans les *Satires* d'Horace: l'archaïsme», en J. Marmier (ed.), 1988, *Présence d'Horace*, Tours, Centre de Recherches M. Piganiol: 211-225.

te; y si uno escribe, como yo hago, cosas que más cerca están de una conversación, no pensarás que por ello es poeta (I 4, 39 ss.).

De este pasaje, por lo demás un tanto hiperbólico, podría sacarse la presunción de que Horacio no aplicó a sus *Sermones*, inspirados por una *Musa pedestris* (II 6, 17), una *dicción poética* específica, algo que en la tradición literaria griega, junto con el dialecto y el metro consagrados[47], formaba la tríada de rasgos formales característicos de cada género. A esta presunción cabría responder que el poeta sí se valió de una cierta *dicción de género*; pero que ésta consistía en gran medida en atenerse al latín cotidiano del tiempo, al modo y manera en que ciertas corrientes literarias de nuestros días —entre nosotros, las que, arrancan de Valle Inclán— han sabido sacar a la lengua usual y castiza un notable rendimiento estético. Tal parece haber sido el caso de la sátira y en particular[48] de la de Horacio, prototipo de *poesía impura*, como en nuestros tiempos estudiantiles nos enseñaba Agustín García Calvo.

Por todo lo dicho, y no sin ciertas reservas, cabe considerar al Horacio satírico como una fuente para el conocimiento del *latín vulgar* de su tiempo; o, para ser más exactos, de la lengua cotidiana de la gente educada («gebildete Umgangsprache», HEINZE, 1921: XXIV). Ese registro lingüístico no era precisamente el utilizado por Lucilio, más *popular*, al tiempo que más enrevesado, sino que se acercaba al sencillo pero elegante que

[47] Obviamente, la cuestión del dialecto no se plantea en la poesía latina, que ésta sólo surge cuando la lengua ya estaba unificada. A este respecto QUINTILIANO (*I. O.* I 5, 29) subrayaba la radical diferencia entre el latín y el griego.

[48] Por lo demás, y como ya recordábamos en MORALEJO, 2007: 172 ss., siguiendo a WASZINK, WILKINSON, DOBLHOFER y otros, incluso el Horacio de las *Odas* se vale sobre todo del latín usual de su tiempo, más que de una lengua poética estilizada, como habían hecho los *poetae noui*.

cien años atrás había cultivado Terencio en sus comedias[49] y al más llano, el *humilis*, de entre los tres estilos oratorios clásicos. A este respecto afirma ANDERSON (1963: 14) que «simplemente no es verdad que las sátiras horacianas se puedan convertir en prosa sin sufrir daño», contra lo que el propio poeta parecía sugerir en I 4, 56 ss.[50]

Al tratar de la lengua del Horacio satírico y de su relación con la lengua hablada no se pueden pasar por alto los estudios que publicó en España, en sus años jóvenes, el longevo y siempre original lingüista italiano Giuliano Bonfante (1904-2005), en los volúmenes casi fundacionales de la revista *Emerita*[51]. Sin embargo, aquí nos atendremos a exposiciones más recientes[52].

---

[49] Véase al respecto, por ejemplo, CORTÉS TOVAR, 1997: 149.

[50] Véase también BRINK II, 1971: 445 s., que, con expresa referencia a las *Sátiras* y *Epístolas* afirma que «Un coloquialismo ocasional no basta para invalidar la consistente lengua poética que Horacio emplea. La que puede quedar invalidada es la paradoja del propio poeta de llamar 'prosaicos' a los poemas hexamétricos».

[51] G. BONFANTE, «Los elementos populares en la lengua de Horacio», I, II y III *Emerita* 4 (1936a): 86-119; 4 (1936b): 207-247; 5 (1937): 17-88. No hemos podido ver la traducción conjunta italiana conjunta de los tres artículos *La lingua parlata in Orazio*, pref. de N. HORSFALL, trad. de M. VAQUERO, Venosa, Edizioni Osanna, 1994 (por cierto, por polémica que pueda resultar su personalidad política, creemos que la labor filológica de Bonfante en España no ha recibido el reconocimiento debido, ni siquiera tras su tarda y reciente muerte). Sobre su obra véase el artículo de C. A. CINCAGLINI en *EO* II: 137 s. Anteriormente ya se habían ocupado del tema F. RUCKDESCHEL, 1910-11, *Archaismen und Vulgarismen in der Sprache des Horaz*, Erlangen, M. Mencke, 1911²; y J. BOURCIEZ, 1927, *Le 'sermo cotidianus' dans les Satires d'Horace*, París-Burdeos, Féret.

[52] Fundamentalmente, al artículo «Lingua d'uso» de L. RICOTILLI en *EO* II: 897-908, aunque véase también J. MÜLLER-LANCÉ, «Die Funktion vulgärlateinischen Elemente in den Satiren des Horaz am Beispiel von sat. 2, 5», en M. ILIESCU-W. MARXGUT (eds.), *Latin vulgaire-Latin tardif III (Actes du Colloque... de Innsbruck)*, Tübingen, 1995, M. Niemeyer: 243-254.

Por de pronto, y como decíamos, el latín de las *Sátiras*, salvo algunas concesiones a la lengua abiertamente vulgar (*merda, cunnus, futuo*...), es un testimonio del latín coloquial que cabe suponer que en su tiempo utilizaban las personas educadas como él; y, por cierto, algunos rasgos coloquiales aparecen también eventualmente en su obra lírica. En el plano fonético cabe señalar fenómenos como la diptongación precoz del diptongo *au* (así *colis* por *caulis* y *plostrum* por *plaustrum*, forma que, en cambio, sí aparece en *Odas* III 24, 10), o la síncopa (*caldior, soldum, lardo*). Claro tono coloquial tienen también expresiones de difusa cuanto innecesaria sintaxis como *nugas / hoc genus* («insignificancias como éstas», II 6, 43 s.), o que anuncian el éxito futuro de algunos sintagmas preposicionales (*cetera de genero hoc*, en I 1, 13; o *garo de sucis piscis Hiberi*, en II 8, 48). Las fórmulas de cortesía y modestia también nos ofrecen ejemplos tan gráficos como *hunc hominem* en lugar de *me* (I 9, 47). En el campo de la expresividad coloquial arraiga también, sin duda, la relativa frecuencia del infinitivo exclamativo, al igual que el del llamado *praesens pro futuro* y el del futuro con valor yusivo. Otra parcela de la lengua de las *Sátiras* que RICOTILLI (*EO* II: 901) señala como propicia a la aparición de rasgos populares es la de la afirmación y la negación (*ita / minime*), las cuales pueden reforzarse por medio de expresiones como *hodie* (en un uso casi equivalente al de *hercle*), o de perífrasis condicionales como *moriar ni..., ne uiuam si...* Al mismo ámbito cabe atribuir la negación por medio de *nullus*, en lugar de *non*, o el empleo de *male* con valor atenuante. Otros adverbios como *belle, pulchre* o *laute*, del mismo registro, sirven como intensificadores.

A un nivel sintáctico superior se sitúan otros giros coloquiales, como el llamado *ut indignantis*, por medio del cual se repudia un consejo o exigencia que se considera intolerable: *utne tegam spurco Damae latus?* («¿Que le cubra yo el flanco a un

Dama asqueroso?», II 5, 18). Naturalmente, el consabido empleo de la parataxis en lugar de la hipotaxis también está bien acreditado en la lengua de las *Sátiras*, asunto sobre el que luego volveremos. Y no carece de interés el apartado de la «interrogación mecanizada» (RICOTILLI, *EO* II: 903) del tipo *quid agis?* o *quid faciam?*, *non uides?* y otras de clara función fática; tampoco el de las fórmulas de ruego y persuasión como *inquam* (un tajante «digo»). Naturalmente, también la profusión y variedad de las interjecciones y expresiones equiparadas (*heu, heus, eheu, ohe, eia, ecce, bone, maxime Iuppiter,* etc.) son una ráfaga de aire popular en la lengua de las *Sátiras*. Y lo mismo las expresiones de menosprecio (*uilior alga*, II 5, 8; *cassa nuce pauperet, ibid.* 36) o de vituperio (*cimex, simius, nebulo*) y sus contrarias.

En el léxico de las *Sátiras* se observa la tendencia a las «expresiones concretas, que se fundan en la experiencia de la percepción sensorial y se imprimen fácilmente en la mente del oyente»[53]. Esa tendencia evoca con frecuencia «la exageración y la afectividad». Algunos ejemplos de Horacio bastarán: *ebibo* (no simplemente «beber», sino «beberse»), *ingluuies* («tragaderas») en lugar de *uoracitas*; *auerro* («barrer») en lugar de *aufero*), *cubo* («estar en cama») en lugar de *aegroto* y, en fin, el gráfico *defrico* para referirse al modo en que Lucilio había aplicado su «sal» a sus conciudadanos (I 10, 4). Anotemos también la frecuencia con que los verbos como *facere, esse, habere* y *mittere* aparecen como «Allerweltsverba» (RICOTILLI, *EO* II: 906, citando a Hofmann), algo parecido a lo que cierta lingüística moderna llama «proverbos», en lugar de otros más concretos. Otros elementos claramente populares a señalar son los términos *caballus, casa, comedo, bellus, bucca*, etc.

En cuanto a características no vinculadas al *sermo cotidianus*, la lengua del Horacio satírico no exige ni justifica un trata-

[53] RICOTILLI, *EO* II: 906, con alusión al precedente de J. B, Hofmann.

miento detallado en el marco de una simple introducción a una simple traducción. Por ello remitimos al lector interesado a la bibliografía citada al inicio de este apartado. Pero sí creemos que merecen reseña aparte, al menos, dos rasgos de la misma. En primer lugar, el de que en ella se observa una cantidad de helenismos sensiblemente inferior a la de las *Odas*[54], algo lógico en un género carente de modelos griegos inmediatos. Luego, en el plano sintáctico, los valores estadísticos de la relación entre coordinación y subordinación, que nos ofrece y comenta G. CALBOLI[55]. Sentado que la lengua poética tiene una menor inclinación por la hipotaxis, la cual sobrepasa el 50% en prosistas como Cicerón y César y desciende por debajo del 25% en la *Eneida*, Calboli nos hace ver que las *Sátiras* (con un 35,18%) y las *Epístolas* (con un 33,11%) se encuentran también en este aspecto a medio camino entre los datos distintivos de la literatura prosaica y los de la poética, a los cuales, como es lógico, se acercan bastante más los *Epodos*, con el 28,44%, y las *Odas*, con el 25,88%. Sin embargo, también hay casos, y en las propias *Sátiras*, en que el empleo de la parataxis en lugar de construcciones normalmente hipotácticas (como las condicionales, concesivas y temporales) no sólo no es un rasgo poético, sino «propio de la lengua vulgar o, mejor, hablada»[56].

Varios de los rasgos de lengua aludidos hasta aquí pueden verse también como *rasgos de estilo*. En el de las *Sátiras* Horacio combina con equilibrio los propios de la prosa, de lo coloquial y de lo poético[57].

---

[54] Así HEINZE, 1921: XXV, y MUECKE, *EO* II: 784.

[55] Artículo «ipotassi/paratassi», en *EO* I: 864 ss, en el que maneja datos de DELATTE-GOVAERTS-DENOOZ.

[56] Así CALBOLI, *art. cit.* 868 s., con bibliografía pertinente; véase también RICOTELLI, *EO* II: 902.

[57] MUECKE, *EO* II: 784, con referencia particular a la sintaxis, aunque la observación tiene validez general.

J. MAROUZEAU, que convirtió los estudios de estilística latina, y en particular los de *fonoestilística*[58], en una *disciplina seria*, rescatándola de la intuición subjetiva, llamó a Horacio «artista de los sonidos»[59]. Naturalmente, hablamos ahora de recursos y rasgos *intraducibles*, pero de los que sí cabe dar al lector una idea mediata con algún que otro ejemplo.

En la famosa *sátira del pelmazo*, la I 9 (31 ss.), el poeta, irritado, pero que aún conserva un resto de ironía, le cuenta a su indeseado acompañante:

> «una vieja adivina sabelia me predijo de niño, después de que hubo agitado su urna: 'A éste no lo ha de quitar de en medio una espada enemiga ni un dolor de costado, ni una tos, ni la torpe podagra; será un charlatán el que acabe con él cualquier día. Si tiene sentido común, que evite a los hombres locuaces tan pronto como se haga un hombre maduro'».

Al contar la anécdota —probablemente inventada—, Horacio sabe adoptar el aire propio de un *carmen* —un vaticinio y al tiempo un poema— tradicional romano:

> *Hunc neque dira uenena nec hosticus auferet ensis*
> *nec laterum dolor aut tussis nec tarda podagra;*
> *garrulus hunc quando consumet cumque; loquaces,*
> *si sapiat, uitet, simul atque adoleuerit aetas.*

Marouzeau nos hace notar que ahí nos encontramos con algunos recursos fónicos propios de ese viejo género: homeoteleutos como los que forma la serie *dira- tarda- podagra*; y ali-

---

[58] Sobre la de las *Sátiras* trata detalladamente C. FACCHINI TOSI, *EO* II: 841-850.

[59] «Horace, artiste des sons», *Mnemosyne* 4 (1936-37): 85-94, traducido y reeditado como «Horaz als Meister der Lautmalerei», en H. OPPERMANN (ed.), 1972², *Wege zu Horaz (Wege der Forschung)*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft: 62-73, versión de la que nos hemos servido.

teraciones como las evidentes de consonantes en *quando consumet cumque* o *si sapiat... simul*, o la más singular que consiste en combinar iniciales vocálicas, incluso de diverso timbre: *auferet ensis, adoleuerit aetas*. De la *expresividad* que Horacio logra por medio de su diestro manejo de los sonidos tenemos otro excelente ejemplo en I 6, 57, donde con una aliteración de la consonante *p* describe gráficamente su propio balbuceo ante las primeras palabras que le había dirigido Mecenas:

Infans namque pudor prohibebat plura profari[60]

Recordábamos en nuestra Introducción general[61] que Horacio y Virgilio, a diferencia de la mayoría de los poetas de la generación anterior, ya tenía una sólida formación retórica, todo un signo de los tiempos. De ahí que a la hora de analizar el estilo de las *Sátiras*, y aunque su autor declare que es similar al del *sermo merus* de la comedia (I 4, 48), haya que pensar también en el instrumental de recursos oratorios que ya eran de corriente uso en la prosa de la época. Sin embargo, en cuanto al llamado *estilo periódico*, el Horacio satírico no parece haberse atenido a las tendencias que Virgilio consagró en su hexámetro, con períodos de hasta cuatro versos: al parecer, la longitud media de los suyos no pasa de entre un hexámetro y medio y dos; y cuando excede esa medida, lo hace según el antiguo y «pesado y complicado» tipo *lucreciano*, todavía inmune a las modernas técnicas oratorias y sin una clara organización, o bien procede de una manera acumulativa, propia del discurso cotidiano[62]. Por lo demás, es habitual en las *Sátiras* el empleo de los

---

[60] «Pues un pudor infantil me impedía hablar más.»

[61] Moralejo, 2007: 179, aunque con referencia a las *Odas*.

[62] Recogemos aquí, muy resumidas, las ideas expuestas por Muecke, *EO* II: 771, que a su vez se basa en las de Nilsson y Norden.

tropos y figuras principales[63], tanto de raigambre poética como retórica: la anáfora, la hendíadis, el poliptoton, la anástrofe, el hipérbato, el zeugma, la tmesis, el asíndeto, la lítotes, la metáfora, la metonimia, la prosopopeya, la aliteración[64], etc. En cuanto al orden de palabras, Horacio parece haber seguido el modelo *discursivo* de Lucilio, sin buscar «una artificial simetría»[65].

Para concluir este apartado, recordaremos los que, según M. J. McGANN[66], constituyen los «principios artísticos de acuerdo con los cuales Horacio escribe sátiras», implícitamente enunciados en I 10, 5-17: 1) no basta con hacer reír, aunque esto ya no es poca cosa; 2) es fundamental la brevedad, de manera que el pensamiento no se enrede con las palabras; 3) hay que tener capacidad para variar el lenguaje desde la severidad a la ligereza, haciendo al tiempo de orador y de poeta; y en otras ocasiones, sabiendo controlar la fuerza del propio ingenio.

Pervivencia de las Sátiras *desde el Renacimiento*

Ya hemos visto la importancia del *Orazio satiro* hasta los albores del Renacimiento, en nuestra panorámica de su pervivencia en la Antigüedad y en el Medievo[67]. Ahora trataremos

---

[63] Sigo a grandes rasgos el inventario de CALBOLI, «figure retoriche e tropi», en *EO* I: 838 ss., sobre la base de los datos de BRUNORI, 1930: 127 ss., con amplia bibliografía. MUECKE, *EO* II: 785 s. se ocupa en particular de las metáforas y los símiles.

[64] Al respecto de ésta CALBOLI, *EO* I: 839, hace notar que «en realidad no es una figura antigua», y recuerda el cómputo de Habenicht según el cual hay alguna en el 58% de los versos de Horacio, con un predominio en *Sátiras* y *Epístolas* (nada menos que un 77%) frente a *Odas* y *Epodos* (38%).

[65] MUECKE, *EO* II: 785.

[66] «The Three Worlds of Horace's Satires», en C. D. N. COSTA (ed.), 1973, *Horace*, Boston, Routledge & Kegan Paul: 87 ss.

[67] Junto con la del resto de la obra de Horacio, en MORALEJO, 2007: 57 ss.

de su fortuna en las modernas letras europeas, prescindiendo, naturalmente de su *Fortleben* puramente filológico. Enseguida veremos que esa pervivencia se encuentra estrechamente unida a la de las *Epístolas* y a la de otras vetas antiguas de la poesía epistolar, con lo que no siempre resulta fácil distinguir entre las diversas estirpes[68].

G. HIGHET (1985: 309) da a entender que la recuperación de la sátira latina es un fenómeno, más que renacentista, barroco, incluyendo en esta época buena parte del siglo XVIII; en efecto —afirma— la sátira no fue «plenamente comprendida hasta que Isaac Casaubon, en 1605, publicó una ilustración de su historia y significado aneja a su edición de Persio»; sin embargo, algunas líneas más abajo también reconoce que mucho antes los italianos ya habían redescubierto el género. En efecto, en la Italia renacentista «Más que desdibujarse, la imagen prevalente del Horacio *sátiro* —la cual reaparece como soporte, aunque sea fragmentario, de la ética humanística (vd., por ej., G. Pontano), para luego convertirse en punto de referencia de un cierto género satírico en el Renacimiento avanzado— se integra más y más con la imagen del 'vate' y del maestro del arte entendido sobre todo como entrega asidua, culto de la perfección, elegancia y sentido aristocrático de la forma expresiva» (F. TATEO, *EO* III: 571).

El humanista veneciano G. Correr (*Corrarius,* 1409-1464) fue autor, tal vez de los primeros en el Renacimiento, de un *Liber Satyrarum*[69] en el que encontramos las que «pueden considerarse como las primeras sátiras de la época moderna acreedo-

[68] A este respecto véase B. POZUELO CALERO, «De la sátira epistolar y la carta en verso latinas a la epístola moral vernácula», en B. LÓPEZ BUENO (ed.), *La Epístola (V Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro...*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000: 61-99).

[69] *Cf.* A. ONORATO, *EO* II: 179 ss.; POZUELO, 2000: 74.

ras plenamente al calificativo de 'horacianas'»[70]. También el florentino F. Filelfo (1398-1481) fue pionero en la imitación de la sátira antigua, que recreó en las suyas, también latinas y marcadamente horacianas —aunque para algunos más bien epístolas—, y de manera copiosa[71]. También fueron satíricos latinos en el s. XV italiano G. Tríbraco, L. Lippi (1442-1485) y T. V. Strozzi, que en sus *Sermones*, aunque escritos como epístolas, «representa la vuelta a Horacio y el abandono de Juvenal como modelo»[72]. G. Pontano (1429-1503), cabeza del Humanismo napolitano, nutrió sus diálogos latinos con ideas y palabras tomadas de los *Sermones*[73] y lo mismo hizo en sus obras en prosa G. Pico de la Mirandola (1463-1494). Ya en italiano escribió el gran L. Ariosto (1474-1533) sus *Satire*, que en opinión de muchos más bien son epístolas[74], dirigidas a su propio mecenas, el cardenal Ippolito d'Este[75]. Por entonces también publicó las suyas el florentino Francesco Berni (c.1497-1535, poeta *políticamente incorrecto*, de breve vida y siniestra muerte[76]; y en su

[70] F. NAVARRO ANTOLÍN: L, Introducción a su edición de las *Epístolas* que citamos *infra*, en la correspondiente BIBLIOGRAFÍA de las mismas.

[71] Al parecer, escribió unas cien de cien versos cada una. Hay edición crítica y bilingüe de las contenidas en un manuscrito de la Biblioteca Colombina de Sevilla por J. SOLÍS DE LOS SANTOS, 1989, *Sátiras de Filelfo (Biblioteca Colombina 7-1-13)*, Sevilla, Alfar. Sobre él véase el artículo de G. ALBANESE en *EO* II: 223-226. Por cierto, vemos que MCGANN (*CH*: 310, n. 18) recoge el parecer de Haye de que Filelfo es «más luciliano y juvenaliano que horaciano». Para la pervivencia italiana de Horacio véase el artículo de F. TATEO en *EO* II: 570-575.

[72] POZUELO, 2000: 78.

[73] Véase el artículo de F. TATEO en *EO* II: 441-444.

[74] Véase NAVARRO ANTOLÍN: LII y la bibliografía allí citada.

[75] Véanse MCGANN, *CH*: 310, y el artículo de R. ALHAIQUE PETTINELLI en *EO* II: 95-100.

[76] Parece ser que murió envenenado por Alejandro de Médicis por negarse a matar a su enemigo el cardenal Salviati. HIGHET, 1985: 309, lo considera como el satírico de más éxito del Renacimiento italiano.

misma línea, y en la del propio Horacio escribió el venusino L. Tansillo (1510-1568), el amigo de Garcilaso del que ya hicimos especial mención al tratar de la pervivencia de las *Odas*[77]. Aunque practique la *contaminatio* de metros y temas en su imitación de Horacio, son claras las huellas de las *Sátiras* en los *Carmina* de Giovanni della Casa (1503-1556). También son dignos de mención los *Sermoni* de G. Chiabrera (1552-1638)[78]. Dicho esto, en el Renacimiento no le faltaron al Horacio satírico detractores en su propia tierra: el humanista G. G. Escalígero (1484-1558) lo consideraba inferior a Aristófanes en gracia, y a Juvenal también en elegancia[79].

Aunque no fue un creador poético, G. V. Gravina (1664-1718), figura puente entre el tardo Humanismo y la Ilustración (al igual que su amigo y protegido el Deán Manuel Martí), sí fue un crítico y teórico literario prestigioso, que en su *Ragion poetica* hizo una *syncrisis* de las sátiras de Horacio y las de Juvenal, mostrando una clara preferencia por las primeras (M. Campanelli, *EO* III: 270). Sí fue poeta satírico y horaciano, aunque mediocre, B. Menzini (1646-1704), autor de unas *Sátiras* y de un *Arte Poética* (*cf.* R. M. Caira Lumetti, *EO* III: 352 ss). De bastante mayor altura son los *Sermoni* de G. Gozzi (1713-1786), confusamente horacianos (*cf.* D. Nardo, *EO* III: 264). Pero el más grande de los satíricos italianos no llegará hasta los tiempos del neoclasicismo. Hablamos del abate milanés Giuseppe Parini (1729-1799), que malvivió como profesor y preceptor privado, lo que no le impidió alcanzar un notable prestigio literario. Se distinguió además por su integridad moral y por el equilibrio con que supo mantenerse equidistante de los excesos revolucionarios y absolutistas que le tocó vivir. La lar-

---

[77] En Moralejo 2007: 201; sobre su obra satírica véase Tatteo, *EO* II: 573.

[78] *Cf.* Tateo, *EO* II: 574.

[79] Véase J. Ijsewijn, *EO* II: 470 s.

ga sátira, estructurada en varios libros, que le valió a Parini la fama se titula «Il giorno», y es «una descripción completa de la rutina diaria de un joven *dandy* italiano» (HIGHET, 1985: 315). La relación del Parini satírico con la sátira romana aún no ha sido debidamente analizada, según el propio HIGHET (*loc. cit.*), que se inclina a considerarla inspirada más bien por Juvenal y Persio que por Horacio. Sin embargo, el amplio artículo que le ha dedicado M. CAMPANELLI (*EO* III: 377-388) ofrece una solución intermedia, aunque paradójica, bien argumentada: no discute la estirpe *persio-juvenaliana* de «Il Giorno», pero pone de relieve la importante cantidad de ecos del Horacio lírico —tan caro a Parini— que en ella aparecen.

HIGHET (1985: 309) exageraba un poco al hablar, con referencia a la «high Renaissance», de «la ausencia de grandes escritores satíricos en países que estuvieron en parte al margen del Renacimiento, como España o Alemania». Dicho esto, el propio MENÉNDEZ PELAYO[80] reconoció que de los géneros horacianos, incluido el de la epístola, el de la sátira fue el que más tardó en encontrar eco en la literatura hispánica. Y lo hizo gracias a la que él llama «la escuela aragonesa», encabezada por los hermanos Lupercio (1559-1613) y Bartolomé (1561-1631) Leonardo de Argensola, que imitaron con gran dignidad las *Epístolas* y las *Sátiras*[81]. Pero entretanto ya había escrito sus diez *Satyrae* latinas, de forma epistolar, el humanista valencia-

[80] *Horacio en España* II, que citamos por su reedición en *Bibliografía Hispano-Latina Clásica* VI, Santander, C. S. I. C., 1951: 301. En dicho lugar hace notar también que «Bartolomé de Torres Naharro, Cristóbal de Castillejo, son admirables satíricos, pero no imitan a Horacio».

[81] Véanse sobre ellos MENÉNDEZ PELAYO, 1951, VI: 339 ss.; sobre sus traducciones de *Sátiras*: 94; G. CARAVAGGI, *EO* II: 603; sobre Bartolomé, también los trabajos de P. PEIRÉ SANTAS-E. PUYUELO ORTIZ, J. C. PUEO, y R. M. MARINA, en *Alazet, Revista de Filología*, 14 (2002): 406-441 y, sobre todo los de esta última, en el volumen R. M. MARINA SÁEZ-J. C. PUEO DOMÍNGUEZ-

no Jaime Juan Falcó (1522-1594)[82]. Al respecto del escritor satírico español por excelencia, F. de Quevedo, don Marcelino afirma: «he hallado algunos rasgos de Horacio, pero no una composición que remotamente pueda llamarse horaciana»[83].

Aunque sin contribuciones de primer orden, la sátira clasicista se perpetúa también en la España dieciochesca. El imprescindible MENÉNDEZ PELAYO (1951, VI: 358 s.), tras saludar la aparición, en 1737, de la *Poética* de Luzán como el retorno de «la bandera del *sentido común*» a las letras españolas, reseña el que denomina «primer modelo de la sátira clásica en el siglo XVIII». Se debe a la que ya antes había llamado «escuela salmantina» y fue escrita con el seudónimo de «Jorge Pitillas» por un jurista de aquella Universidad, al parecer apellidado Hervás; sin embargo, como el propio don Marcelino añade luego, se trata de una «sátira *horaciana* de segunda mano», dado que procede en gran medida de las de Boileau. Don Nicolás Fernández de Moratín (1737-1780) escribió «tres sátiras medianas» muy deudoras de los satíricos españoles ya nombrados (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO, 1951, VI: 361). En una de ellas puso en verso los principios dramáticos clasicistas ya expuestos en su discurso *Desengaños del teatro español*, al parecer tan influyente que motivó que en 1765 los autos sacramentales fueran expulsados de la escena. A la escuela de Moratín, al que dedicó sus tres sátiras, «de sabor asaz volteriano» perteneció M. N. Pérez del Camino (MENÉNDEZ PELAYO, 1951, VI: 390). También los dos grandes fabulistas del XVIII español pagaron su tributo al Horacio satírico. Tomás de Iriarte (1750-1791) escribió unas *Epístolas* que, siempre

---

E. PUYUELO ORTIZ, *El Horacianismo en Bartolomé Leonardo de Argensola*, Madrid, Huerga & Fierro, 2002.

[82] Véase la excelente edición de D. LÓPEZ-CAÑETE QUILES, 1996, *Jaime Juan Falcó, Obras Completas, vol. I: Obra poética*, León, Universidad de León.

[83] MENÉNDEZ PELAYO, 1951, VI: 353.

en opinión de MENÉNDEZ PELAYO (1951, VI: 362 s.), «son *sermones* a imitación del Venusino»; y F. M. de Samaniego (1745-1801), al menos por su fábula del ratón del campo y el ratón de la ciudad parece haber conocido las *Sátiras* de Horacio, aunque por entonces el famoso asunto ya hubiera rodado de pluma en pluma (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO, 1951, VI: 364). Dentro de la *escuela salmantina*, ya reconstruida, del XVIII, don Marcelino elogia sin reservas las dos sátiras escritas por G. M. de Jovellanos (1744-1811), pero estima que «entrambas son de la cuerda de Juvenal, sin que ser perciban allí rasgos horacianos» (MENÉNDEZ PELAYO,1951, VI: 372). Tampoco la sátira del polémico J. P. Forner (1756-1797) «es horaciana ni por asomos» (MENÉNDEZ PELAYO,1951, VI: 374), sino que deriva de Polignac, Pope y Voltaire. También reclama un lugar en esta reseña, al igual que lo logró en la *EO* (II: 465 s., artículo de G. MAZZOCCHI), tan parca en nombres españoles, el modesto poeta y preceptista F. Sánchez Barbero (1764-1819), que en el presidio de Melilla, en el que acabó sus días, entretuvo sus forzados ocios, al parecer debidos a los azares políticos del tiempo, componiendo unos *Diálogos satíricos* que algo deben a Horacio (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO 1951, VI: 380 s.).

En Portugal no tuvo la sátira horaciana la fortuna que, como veremos en su lugar, alcanzó la epístola; pero no faltan algunas muestras de interés, que reseñaremos siguiendo, naturalmente, al propio MENÉNDEZ PELAYO (1951, VI: 475 ss.). Entre las primeras, ya en el s. XVI, parecen estar las debidas a Andrés Falcâo de Rezende, entre las que cabe destacar la sátira dirigida al gran Camôes censurando a los poderosos que no gastan sus recursos en proteger a los hombres de letras (MENÉNDEZ PELAYO, 1951, VI: 488). Ya en el neoclasicismo del XVIII escribió Correia Garçâo, poeta de depurado gusto, «dos hermosas sátiras horacianas, entrambas *de re litteraria*» (MENÉNDEZ PELAYO, 1951, VI: 500). En el mismo ambiente escribió Nicolás Tolentino de Almeida,

que al parecer disfrutó de un prestigio exagerado. Es autor de algunas sátiras horacianas, con más gracia que profundidad (MENÉNDEZ PELAYO, 1951, VI: 501).

Tampoco en la Francia renacentista fue la sátira en verso un género precoz. Aparte de innegables *rasgos satíricos* que cabe observar en Rabelais[84] y en el gran Montaigne[85], el primer poeta satírico propiamente dicho fue M. Régnier (1573-1613), eclesiástico que en Roma había conocido las sátiras de Berni. Algunas de las suyas muestran influencias claras de las de Horacio, y no menos de las de Juvenal. HIGHET (1985: 312) lo considera «mucho mejor en la sátira que su contemporáneo Donne»[86], y añade que «No hubo vacío alguno entre Régnier y su formidable sucesor Boileau». Saltando sobre otros poetas deudores de Horacio, como el fabulista Lafontaine[87] y el jesuíta R. Rapin (1621-1687)[88], a Nicolas Boileau-Despréaux (1636-1711) se lo puede considerar como el gran restaurador moderno de la sátira horaciana, que recreó de cerca en los 12 libros de las suyas, publicados entre 1657 y 1667, además de reivindicar en los otros 12 de *Epístolas*, y en su *Art Poétique* los ideales clasicistas[89]. Como es sabido, fue Boileau quien hizo estallar la famosa *querelle des anciens et des modernes*; pero no parece que en las intervenciones en la misma haya alguna que quepa considerar satírica en el sentido que aquí nos interesa, a no ser, tal vez, la de Ch. Perrault (1628-1703), más conocido por sus colecciones de cuentos infantiles, presididos por la inmarcesi-

---

[84] Naturalmente, nos referimos a rasgos atribuibles a la sátira clásica, y en particular a la horaciana, sobre los cuales véase G. GRASSO, *EO* II: 544 s.; y HIGHET, 1985: 311.

[85] Véase F. GARAVINI, *EO* II: 361 ss.; G. GRASSO, *EO* II: 545.

[86] Véase E. BALMAS, *EO* II: 450 s.

[87] Véase J. MARMIER, *EO* II: 303 s.

[88] Véase J. MARMIER, *EO* II: 447 s.

[89] Véanse HIGHET, 1985: 314; E. BALMAS, *EO* II: 136.

ble figura de Caperucita Roja. Perrault se mostró enconado enemigo de la poética clasicista e incluso de la del propio Horacio (*cf.* G. GRASSO, *EO* III: 546). Tampoco de la época de la Revolución parece haber recreaciones de las *Sátiras* dignas de nota, por más que en ella no decayera el interés por ellas ni por ninguna de las obras de Horacio (*cf.* J. MARMIER, *EO* III: 550 s.).

En la Inglaterra renacentista las primeras huellas del Horacio satírico parecen hallarse en un poeta al que ya aludimos al tratar de la fortuna de las *Odas*: sir Thomas Wyatt (1503-1542), que en Italia se había familiarizado con el horacianismo y con la sátiras, más bien juvenalianas, de L. Alamanni (1495-1556), un poeta de la los tiempos de Berni[90]. Una mención especial merece el dramaturgo Ben Jonson (1572-1637), que en su comedia *Poetaster*, ambientada en la corte de Augusto, sacó a escena al propio Horacio como debelador del mal gusto de sus competidores[91]. Pero también aquí el género se afirmó en la época barroca con la obra del gran poeta y crítico J. Dryden (1631-1700), en el que, sin embargo, parece predominar la influencia de Juvenal, al que había traducido, sobre la de Horacio[92]. Contemporáneo y, por un tiempo, protector suyo fue J. Wilmot, conde de Rochester, el mayor libertino de sus tiempos (1647-1680), al que, al parecer, el cine ha relanzado recientemente a la fama. Escribió sátiras, y entre ellas una titulada *Allusion to Horace* en la que imitaba la I 10 de Horacio para atacar a su antiguo protegido (*cf.* H. D. JOCELYN, *EO* III: 455). Jonathan Swift (1667-1680), el famoso autor de las utopías de

[90] Sobre WYATT véanse HIGHET, 1985: 319 s., y H. D. JOCELYN, *EO* II: 522 s.

[91] Lo que valió la réplica de uno de éstos, Dekker, que en su *Satiromastix* ridiculizó al buen Horacio, que ninguna culpa tenía; véase H. D. JOCELYN, *EO* II: 297 ss. y, para mayor detalle, MCGANN, *CH*:: 313 ss.

[92] Véanse HIGHET 1985: 314 s.; E. BALMAS, *EO* II: 202; D. MONEY, «The seventeenth and eighteenth centuries», en *CH*: 320.

Gulliver, también mostró en varias otras obras suyas su espíritu satírico hasta el sarcasmo, que lo había llevado a proponer como solución para resolver el problema del hambre en Irlanda la institución del canibalismo. Hizo una imitación de la *Sátira* II 6 de Horacio (*cf.* E. BARISONE, *EO* III: 480). Pero la cumbre de la moderna sátira horaciana llega con Alexander Pope (1688-1744), que, excluido de la vida académica por su condición de católico, supo agenciarse por su cuenta una prodigiosa cultura humanística; y pese a su escasa salud, fue un formidable polemista literario, que se atrevió con el propio Bentley[93]. Pope recreó todos los géneros cultivados por Horacio, pero con especial maestría el de los *Sermones*, en sus *Satires* y en sus *Imitations of Horace*[94]. Dentro del mismo siglo, el polifacético Samuel Johnson (1709-1784) perpetuó el género, aunque más según las huellas de Juvenal que las de Horacio[95]. Además, también siguieron ocasionalmente la estela de la sátira horaciana el gran H. Fielding (1707-1754), que con su *Tom Jones* revolucionó la novela inglesa (*cf.* H. D. JOCELYN, *EO* III: 222), y el poeta W. Cowper (1731-1800) (*ibid.*, 180 s.).

En cuanto a Alemania, en el más amplio de los sentidos, empecemos por recordar que, junto con España, y precisamente a cuento de la sátira clasicista, HIGHET (1985: 309) la situaba en la zona marginal del Renacimiento. Y, en efecto, no es mucho lo que las tierras germánicas parecen aportar a nuestro asunto. Cierto que las *Sátiras* figuran entre las primeras obras de Horacio traducidas al alemán, ya en el s. XVI, por A. W. von Themar y D. von Pleningen, miembros del «círculo humanísti-

---

93 Remitimos a lo ya dicho al respecto en MORALEJO, 2007: 227.

94 Véanse HIGHET, 1985: 315; E. BARISONE, *EO* II: 444 s.; N. RUDD, *EO* II: 561 s.; y D. MONEY, 2007: 330 s., que lo considera «an outstanding individual example of creative receptive reception».

95 Véanse HIGHET, 1985: 315; H. D. JOCELYN, *EO* II: 294-297.

co de Heidelberg» (*cf.* E. SCHÄFER, *EO* III: 551); pero hay que llegar hasta el s. XVIII para encontrar verdaderas huellas del Horacio satírico. Así, Fr. von Hagedorn (1708-1754), poeta muy celebrado en su tiempo y horaciano de pro, en sus *Moralische Gedichte*, y en la pieza que tituló «El Charlatán», recreó admirablemente la *Sátira* I 9 (*cf.* L. QUATTROCCHI, *EO* III: 554; *EO* III: 277 s.). Ya en los tiempos de la *Aufklärung*, G. J. Herder (1744-1804), poco afín a la misma, y más bien precursor de la *línea popularista* del Romanticismo, aparte de traducir a Horacio completo, dedicó a las *Sátiras* un importante ensayo crítico (*cf.* L. QUATTROCI, *EO* III: 282). Por su parte, M. Wieland (1733-1813), cima del rococó alemán y uno de los grandes horacianos de todos los tiempos, pagó su tributo a las *Sátiras* con su excelente traducción de 1786 (*cf.* G. CHIARINI, *EO* III: 519).

Y pasemos, ya para terminar, a la influencia de la sátira horaciana en la época contemporánea, entendiendo por tal la que viene desde la Revolución Francesa hasta nuestros días. Quizá sea extremado el aserto de M. R. LIDA (1975: 263) de que «en el siglo XIX la influencia de Horacio perdura de veras sólo en las literaturas de ritmo retrasado, como la húngara y la rumana, o por razones políticas, en las literaturas de las naciones nuevas...». Parece, con todo, que la de las *Sátiras* fue más bien escasa, al menos en la forma de la *sátira poética*, que no sobrevivió al destrozo del sistema de los géneros literarios clásicos que trajo consigo el Romanticismo. Además, si esos tiempos no fueron propicios para la obra lírica de Horacio en cuanto que clasicista por excelencia, menos razón había aún para que lo fueran a la satírica, ejemplo, como antes decíamos citando a García Calvo, de *poesía impura*, una especie prácticamente inexistente en las letras modernas. De hecho puede verse que el capítulo de HIGHET (1985: 303-321) dedicado al género no pasa de la sátira de finales del XVIII; y que algunos de los capítulos que la *Enciclopedia Oraziana* dedica a panorámicas *nacionales*

de su recepción, a partir de esa fecha se limitan a la de la lírica o bien derivan hacia la *crónica filológica*, en sí digna del mayor interés, pero no del que en estos momentos nos mueve.

Recomenzando por Italia, donde ya vimos en su lugar (Moralejo, 2007: 220 s.) que siguió siendo importante la huella del Horacio lírico hasta el umbral del s. xx, citaremos, por citar algo, la obra de T. Salvadori (1776-1833), un aristócrata ilustrado afín al bonapartismo, entre la que se cuenta una traducción completa de Horacio en verso, al parecer especialmente feliz en las *Sátiras*, que fue importante en la historia de la lengua italiana y apareció citada a menudo entre las *autoridades* del diccionario de la famosa Accademia della Crusca (*cf.* A. Di Pilla, *EO* III: 462 ss.).

Tampoco es mucho lo que al respecto de la recepción de las *Sátiras* logra rebañar Menéndez Pelayo (1951, VI: 417 ss.) en nuestro siglo xix, en el cual, y como arriba apuntábamos, a causa de la revolución romántica «las ideas literarias se confundieron» para dar lugar a un tiempo «poco propicio para Horacio». Pero algo halló el erudito patriotismo de don Marcelino; así, las sátiras del que llama «el rey de nuestro moderno teatro cómico», Manuel Bretón de los Herreros (1796-1873), autodidacto —y además tardío— en cuanto a cultura clásica. Pero las encabezaba con una contraseña horaciana inconfundible: la del *ridentem dicere uerum*. Bretón supo combinar con cierta gracia el espíritu satírico clásico con el de raíz popular; pero no pasa de ser «el último vástago» de la tradición dieciochesca de Hervás y Moratín (Menéndez Pelayo, 1951, VI: 421). Poco más hay que reseñar en ese siglo: las sátiras políticas y literarias de Eugenio Tapia, que parecen acusar la influencia de Parini (Menéndez Pelayo, 1951, VI: 416); el proverbial gracejo gaditano de algunas piezas de J. J. de Mora, al parecer terciado de humorismo británico (*cf.* Menéndez Pelayo, 1951, VI: 424), y los versos políticos, aunque más bien *juvenalescos*, de un tal

Cañete del que nada más hemos averiguado (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO, 1951, VI: 431).

También en el Romanticismo francés vino a menos el interés por Horacio, y en especial por el satírico, aunque cabría hablar a su respecto de una cierta inercia residual (*cf.* G. GRASSO, *EO* III: 546 s.). Alguna huella de las *Sátiras* parece haber en Víctor Hugo (1802-1885), pero no parece muy significativa la de la consabida fábula del ratón del campo y el de la ciudad (*cf.* J. MARMIER, *EO* III: 288). Tampoco el gran crítico Sainte-Beuve (1804-1869), pese a su gran cultura clásica y horaciana, dejó en su obra más que algunas reminiscencias de los *Sermones* (*cf.* J. MARMIER, *EO* III: 460 s.).

En la crisis del horacianismo que también afectó a la Inglaterra del XIX, «las *Sátiras* perdieron su autoridad» (RUDD, *EO* III: 562); y realmente cuesta trabajo imaginarse a Byron o a Shelley recurriendo a ellas para hacerse una norma de conducta o de escritura. Por ello no es de extrañar que, como apuntábamos antes, la panorámica general que sobre el horacianismo británico de esa época traza el citado Rudd derive hacia la crónica filológica, llevando de paso —y dicho sea *cum mica salis*— el agua a su molino. Sin embargo, puestos a rastrear en los trabajos ajenos, algo podemos encontrar. Así, el propio Byron (1788-1824), que había salido de la escuela con una auténtica *indigestión* de Horacio, no dejó de pagarle su tributo, y en particular a sus *Sermones*; e incluso parece que de ellos pudo tomar el recurso de dialogar con su lector, al modo tradicional de la diatriba (*cf.* H. D. JOCELYN, *EO* III: 148 s.). En cuanto a S. T. Coleridge (1772-1834), aunque dejó claro que Horacio y Virgilio no eran sus clásicos preferidos —pues, como los arcaístas del s. II, prefería a Plauto, Terencio, Lucrecio y Catulo—, no deja de citar las *Sátiras* (*cf.* H. D. JOCELYN, *EO* III: 170 ss.). En fin, R. Browning (1812-1889) acusa de su formación horaciana la huella especialmente visible de las *Sátiras* y las *Epístolas*

(*cf.* H. D. Jocelyn, *EO* III: 145). Y a falta de mayores noticias, cerraremos este apartado británico con un *número musical*. Los lectores melómanos recordarán que las operetas (*musicals*) del irlandés J. Sullivan (1842-1900) animaron durante muchos años la aburrida vida del Londres victoriano. El libretista preferido de Sullivan fue el gran humorista sir William S. Gilbert (1836-1911); y resulta que Menéndez Pelayo, en su *Horacio en España* (1951, VI: 501), cita, aunque de pasada, a Gilbert, contemporáneo suyo, como modelo de poeta satírico, al lado de Jovellanos y Parini. No cabe duda de que don Marcelino estaba al día, incluso en las cosas menos serias.

Entretanto, la cultura clásica, y el horacianismo, también habían arraigado en los jóvenes Estados Unidos de Norteamérica. Ya hemos recordado en su lugar (Moralejo, 2007: 232) las traducciones de su segundo presidente J. Adams (1735-1826). Por entonces el texto de Horacio ya circulaba por los colegios y universidades americanas, si bien sometido a unas *purgas puritanas* que nada tenían que envidiar a las de las viejas ediciones *ad usum Delphini*; pero ello no fue obstáculo para que pronto influyera de forma manifiesta en la naciente literatura de aquellas tierras. Valga como testimonio de la huella de las *Sátiras* el caso del poeta romántico W. C. Bryant (1794-1878) que recreó en sus versos, y transfiriéndolos a su propia experiencia, los recuerdos que Horacio guardaba de su buen padre (*cf.* A. Mariani, *EO* III: 605). El gran E. A. Poe (1804-1849) se había formado en Escocia, en un colegio en el que el Horacio satírico era materia obligatoria (*ibid.*). En fin, O. W. Holmes (1809-1894) escribió, al menos, una sátira en la que evoca las descripciones horacianas de su finca en la Sabina (*ibid.*).

Y volvamos, para concluir, a las tierras de Germania, en las cuales, como ya vimos en su lugar (Moralejo, 2007: 234), el Romanticismo no arrinconó al Horacio lírico. No tuvieron la misma fortuna las *Sátiras*, de las que en esa época y en las pos-

teriores no hay mucho que decir en el plano estrictamente literario. Quizá el más explícito reconocimiento es el que le tributó el gran lírico E. Mörike (1804-1875), en su epístola *An Longus*, que, pese a su título, recrea una vez más *la sátira del encontradizo* (I 9; *cf.* L. QUATTROCCHI, *EO* III: 361).

BIBLIOGRAFÍA[96]

Bibliografías[97]

W. S. ANDERSON, «Recent Work on Roman Satire (1937-1955)», *Class. World* 50 (1956-57): 33-40.

K. BÜCHNER, *Horaz, Bericht über das Schriftum der Jahre 1921-1936*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1969².

E. DOBLHOFER, *Horaz in der Forschung nach 1957*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1992.

W. KISSEL, «Horaz 1936-1975: Eine Gesamtbibliographie», en *ANRW* [98] II.31.3 (1981): 1403-1558.

W. KISSEL, «Horazbibliographie 1976-1991», en S. KOSTER (ed.), *Horaz-Studien, Erlanger Forschungen*, Reihe A, Bd. 66 (1994): 115-192.

J. L. MORALEJO, *Horacio, Odas, Canto Secular, Epodos*, Madrid, Gredos, 2007 (Bibliografía: 114-120).

---

[96] Remitimos a la Bibliografía que ofrecíamos en nuestra Introducción general al autor, en MORALEJO, 2007: 114 ss., de la que aquí sólo reiteraremos aquella que, por su frecuente uso, conviene recordar ahora al lector.

[97] Para datos más recientes remitimos a los *Beilage* trimestrales de bibliografía clásica que publica la revista *Gnomon* y a los anuales de *L'Année Philologique*.

[98] H. TEMPORINI-H. HAASE (eds.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*. Berlín-Nueva York, W. De Gruyter.

W. STROH, página *web www.klassphil.uni-muenchen.de/%7Estroh/ BibHor02.htm*

G. WHITAKER, *A Bibliographical Guide to Classical Studies* 3: *Literatur: Gaius-Pindaros*, Olms-Weidmann, Hildesheim-Zürich-Nueva York, 2000 (para las *Sátiras*: 192-194).

Enciclopedias

CH: ST. HARRISON (ed.), *The Cambridge Companion to Horace*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

EO: SC. MARIOTTI (dir.), *Orazio, Enciclopedia Oraziana*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, vols. I-III (1996, 1997, 1998).

Ediciones[99]

D. R. SH. BAILEY, *Horatius, Opera ed...*, Stuttgart, B. G. Teubner, 1995³.

D. BO, *Q. Horati Flacci Opera, vol. II: Sermonum libri II, Epistularum libri II, De Arte Poetica Liber rec...*, Turín, Paravia, 1959 (continuación de la iniciada por M. LECHANTIN DE GUBERNATIS con la de *Odas* y *Epodos* en 1945).

ST. BORZSÁK, *Horatius, Opera ed...* Leipzig, Teubner, 1984.

P. FEDELI, *Q. Orazio Flacco, Le Opere II, tomo 1: Le Satire* (introd. gen. F. della CORTE), *Testo critico di..., Trad. di*

[99] Recordamos al lector que seguimos, como para el resto de la obra de Horacio, la 6.ª de las de FR. KLINGNER (1982), según lo dicho en MORALEJO, 2007: 110 ss. con las divergencias que en su caso se indicarán en nota a pie de página. Aquí citamos de nuevo sólo las que consideramos relevantes para nuestra traducción.

C. CARENA, Roma, Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, 1994.

Fr. KLINGNER, *Horatius, Opera ed...* Leipzig, B. G. Teubner, 1982[6].

Fr. VILLENEUVE, *Horace, Satires, texte établi et traduit par...*, París, Les Belles Lettres, 1969[8].

Comentarios

P. FEDELI, *Quinto Orazio Flacco, Le Opere II: tomo 2, La Satire, Commento di...*, Roma Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, 1994.

HEINZE, véase *infra* KIESSLING-HEINZE.

A. KIESSLING-R. HEINZE, *Q. Horatius Flaccus, zweiter Teil: Satiren*, erklärt von A. K., erneuert von R. H., Berlín, Weidmann, 1921[5] (reimpr. 1999).

Traducciones[100]

R. BONIFAZ NUÑO, *Horacio, Sátiras*, Introducción, versión rítmica y notas de... México, Universidad Nacional Autónoma (*Biblioteca Sciptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*), 1993.

K. BÜCHNER[101], *Horaz. Die Satiren, herausg. u. ubers. von...*, Bolonia, Pàtron (Poeti del mondo latino IV), 1970.

---

[100] Véanse también las ya citadas entre las traducciones completas de Horacio en MORALEJO, 2007: 105 ss.; para las españolas, 108 ss.

[101] Reseñamos esta traducción alemana por ser un trabajo singular, en el que el gran maestro de Friburgo vertió la obra en hexámetros alemanes, «verso a verso» (DOBLHOFER, 1992: 92).

C. CARENA, véase *supra* ed. FEDELI.

E. GARCÍA GÓMEZ, *Quinto Horacio Flaco, Poesía lírica. Traducción rítmica*; edición, introducción y apéndices de V. BEJARANO, Madrid, Real Academia de la Historia, 2007 (pese a su título, recoge toda la obra de Horacio).

J. GUILLÉN CABAÑERO, *La sátira latina*, Torrejón de Ardoz, Akal/Cásica, 1991 (las *Sátiras* de Horacio en págs. 153-295).

M. LABATE, «Satire», en *EO* I: 21-70.

J. LOZANO RODRÍGUEZ, *Horacio, Sátiras*, Introducción, traducción y notas de..., Madrid, Alianza Editorial (Clásicos de Grecia y Roma), 2001.

LL. RIBER, en Q. *Horaci Flac, Sàtires i Epístolas, text rev. per* I. Ribas, *trad. de...*, Barcelona, Fundació Bernat Metge, 1927.

H. SILVESTRE LANDROVE, *Horacio, Sátiras, Epístolas, Arte Poética*, Madrid. Ed. Cátedra (Letras Universales), 1996.

Fr. VILLENEUVE, véase *supra* ed. VILLENEUVE.

Estudios sobre las Sátiras *y otros de interés*

J. ADAMIETZ (ed.), *Die römische Satire* (*Grundzüge der Literaturgeschichte nach Gattungen*), Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1986.

W. S. ANDERSON, *Essays on Roman Satire*, Princeton, Princeton University Press, 1982.

C. O. BRINK, *Horace on Poetry, Prolegomena to the Literary Epistles*, Cambridge, Cambridge University Press, 1963 (sobre las sátiras literarias: 153 ss.).

A. CARTAULT, *Étude sur les Satires d'Horace*, París, F. Alcan, 1899.

C. CODOÑER, «Precisiones sobre las sátiras diatríbicas de Horacio», *Emerita* 43 (1975): 41-57.

M. COFFEY, *Roman Satire*, Nueva York-Londres, Methuen, 1976 (2.ª ed. Bristol, Bristol Classical Press, 1989).

R. CORTÉS TOVAR, «Horacio y la sátira: canon y ruptura», en R. CORTÉS TOVAR-J. C. FERNÁNDEZ CORTE (eds.), *Bimilenario de Horacio*, Salamanca Universidad de Salamanca, 1994: 91-112.

R. CORTÉS TOVAR, «Lucilio, *inventor* de la sátira romana», en C. CODOÑER (ed.), *Historia de la Literatura Latina*, Madrid, Cátedra, 1997: 71-84.

R. CORTÉS TOVAR, «2. 'Sátiras' y 'Epístolas', *ibid.*: 137-151.

G. C. FISKE, *Lucilius and Horace, A Study in the Classical Theory of Imitation*, Madison, University of Wisconsin, 1920 (reimpr. Westport, Conn., Greenwood Press, 1971).

E. FRAENKEL, *Horace*, Oxford, Clarendon Press, 1957.

K. FREUDENBURG, *The Walking Muse: Horace on Theory of Satire*, Princeton, Princeton University Press, 1993.

K. FREUDENBURG, *Satires of Rome: Threatening Poses from Lucilius to Juvenal*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

K. FREUDENBURG (ed.), *The Cambridge Companion to Roman Satire*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

G. HIGHET, *The Anatomy of Satire*, Princeton, Princeton University Press, 1962.

U. KNOCHE, «Über Horazens satirische Dichtung: Witz und Weisheit», *Gymnasium* 67 (1980): 57-62, reed. en H. OPPERMANN (ed.), *Wege zu Horaz*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft: 196-219.

U. KNOCHE, *Die römische Satire*, Göttingen, Vandenhoeck & Rupprecht, 1982[4].

D. KORZENIEWSKI (ed.), *Die römische Satire*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1970.

R. KRENKEL, «Horace's Approach to Satire», *Arethusa* 5 (1972): 7-16.

M. J. McGann, «The Three Worlds of Horace's Satires», en C. D. N. Costa (ed.), *Horace*, Londres-Boston, Routledge & Kegan Paul: 59-93.

R. A. La Fleur, «Horace and *Onomasti Komodein*: The Law of Satire», en *ANRW* II.31.3 (1981): 1790-1826.

J. L. Moralejo, *Horacio, Odas, Canto Secular, Epodos*, Madrid, Gredos, 2007 (Introducción general a Horacio: 7-120).

H. Oppermann (ed.), *Wege zu Horaz*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1972[2].

C. A. van Rooy, *Studies in Classical Satire and Related Literary Theory*, Leiden, Brill: 1966.

N. Rudd, *The Satires of Horace*, Cambridge, Cambridge University Press, 1966 (reimpr. Bristol, Bristol Classical, 1994).

J. ter Vrugt-Lentz, «Horaz» «Sermones»: Satire auf der Grenze zweier Welten», en *ANRW* II. 31.1 (1981): 1827-1835.

C. Witke, *Latin Satire. The Structure of Persuassion*, Leiden, Brill. 1970

Forma, composición y estructura

W. S. Anderson, «The form, purpose and position of Horace's *Satire* 1, 8», *Amer. Journ. Philol.* 93 (1972): 6-13.

W. Hering, *Die Dialektik von Inhalt und Form bei Horaz, Satiren, Buch I und Epistula ad Pisones*, Berlín, Akademie-Verlag (Schriften zur Geschichte und Kultur del Antike), 1979.

C. Rambaux, «La composition d'ensemble du livre I des *Satires* d'Horace», *Rev. Étud. Lat.* 49 (1971): 179-204.

C. A. van Rooy, «Arrangement and Structure of Satires in Horace, Sermones, Book I, with More Special Reference to Satires 1-4», *Acta Classica* 11 (1968): 38-72.

C. A. VAN ROOY, «Arrangement and Structure of Satires in Horace, Sermones, Book I: Satires 4 and 10», *Acta Classica* 13 (1970a): 7-25.

C. A. VAN ROOY, «Arrangement and Structure in Horace, Sermones, Book I: Satires 5 and 6», *Acta Classica* 13 (1970b): 45-59.

C. A. VAN ROOY, «Arrangement and Structure of Satires in Horace, Book I: Satire 7 as Related to Satires 10 and 8», *Acta Classica* 14 (1971): 67-90.

C. A. VAN ROOY, «Arrangement and Structure of Satires in Horace, Sermones, Book I: Satires 9 and 10», *Acta Classica* 15 (1972): 37-52.

C. A. VAN ROOY, «*Imitatio* of Vergil, *Eclogues*, in Horace, *Satires*, Book I», *Acta Classica* 16 (1973): 69-88.

W. WIMMEL, *Zur Form und Struktur der horazische Diatribensatire*, Frankfurt, V. Klostermann, 1962.

J. E. G. ZETZEL, «Horace's *Liber sermonum*: The Structure of ambiguity», *Arethusa* 13 (1980): 59-77.

Lengua y estilo

J. BOURCIEZ, *Le* sermo cotidianus *dans les Satires d'Horace*, Burdeos-París, Féret-Picard, 1927.

G. BRUNORI, *La lingua d'Orazio*, Florencia, Valecchi, 1930.

D. BO, *De Horati poetico eloquio*, *Indices* (vol. III de la edición LECHANTIN DE GUBERNATIS-BO), Turín Paravia, 1960.

G. BONFANTE, «Los elementos populares en la lengua de Horacio», I, II y III *Emerita* 4 (1936a): 86-119; 4 (1936b): 207-247; 5 (1937): 17-88 (reed. en traducción italiana en *La lingua parlata in Orazio*, pref. de N. HORSFALL, trad. de M. VAQUERO, Venosa, Edizioni Osanna, 1994).

L. P. WILKINSON, «The Language of Virgil and Horace», *Class. Quart.* 53 (1959): 181-192.

Pervivencia[102]

AA. VV., *Orazio nella Letteratura Mondiale*, Roma, Istituto di Studi Romani, 1936.

V. Cristóbal, «Pervivencia de autores latinos en la literatura española: Una aproximación bibliográfica», *Tempus* 26 (2000): 7-86 (para Horacio: 35-41).

G. Highet, *The Anatomy of Satire* (véase *supra*)[103].

G. Highet, *The Classical Tradition: Greek and Roman Influences on Western Literature*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 1985.

M. R. Lida de Malkiel, *La Tradición Clásica en España*, Barcelona, Ariel, 1975.

J. Marmier (ed.), *Présence d'Horace*, Tours, Centre de Recherches A. Piganiol, 1988.

J. Marmier, *Horace en France, au dix-septième siècle*, París, Presses Universitaires de France, 1962.

M. Menéndez Pelayo, *Horacio en España* (1985), reed. en *Bibliografía Hispano-Latina Clásica* VI, Santander, C, S. I. C., 1951, por la que aquí citamos.

J. Marouzeau, «Horace dans la littérature française», *Rev. Étud. Lat.* 13 (1935): 274-295.

F. Navarro Antolín, *Quinto Horacio Flaco, Epístolas, Arte Poética...*, Madrid, C. S. I. C. (*Alma Mater*), 2002, cap. «Fortuna literaria»: XLII ss.

---

[102] Véanse también, o sobre todo, los múltiples artículos de la *EO* III citados dentro del texto.

[103] El libro se basa en un concepto amplio de *sátira*, que incluye sus formas en prosa así como la parodia (por ejemplo, el *Quijote*); pero, aparte de ser de grata lectura, proporciona una excelente panorámica del género, en el sentido dicho, en la literatura occidental.

B. POZUELO CALERO, «De la sátira epistolar y la carta en verso latinas a la epístola moral vernácula», en B. LÓPEZ BUENO (ed.), *La Epístola (V Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro...)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000: 61-99.

E. STEMPLINGER, Horaz im Urteil der Jahrhunderten, Leipzig, Dieterich, 1921.

LIBRO I

1

La sátira que abre la colección, que no puede ser anterior al año 37 por su dedicatoria a Mecenas, no tiene el *carácter programático* que cabría esperar en ella. De acuerdo con un rasgo frecuente del género, no sigue un discurso estrictamente lógico, sino un «procedere.... desultorio» (Fedeli: 296). Desarrolla dos temas tradicionales de la diatriba estoico-cínica. Ante todo el de la μεμψιμοιρία o descontento con la propia suerte. Pasa luego al de la φιλαργυρία o avaricia, en su variante de la πλεονεξιά (el afán de tener más que nadie), para volver al final sobre el primero, en un esquema de *Ringkomposition* (véase Rudd, 1966: 14). Todos los hombres se quejan de su posición en la vida y envidian la de los otros (1-15), pero si se les ofreciera cambiarla, no querrían (15-22). El asunto, aunque parezca una broma, merece tomarse muy en serio. Todos se afanan en el oficio que tienen, según dicen, porque esperan ahorrar lo bastante para cuando sean viejos, como hace la hormiga que guarda para los tiempos de escasez; pero ésta, al llegar el invierno, no sale de casa y disfruta de lo ya conseguido, en tanto que los hombres no paran de buscarse ganancias (23-40). ¿De qué sirve acumular caudales sin límite? El avaro alega que si se echa mano al patrimonio éste pronto quedará en nada, ignorando la razón de existir de la riqueza. A partir de un cierto límite, no tiene sentido ganar más, pues la capacidad de disfrute es limitada; pero al avaro le complace sacar lo que gasta *de un montón más grande*, como si, apeteciéndole un poco de agua, prefiriera tomarla de un río que de un cántaro. Sin embargo, el que se contenta con lo poco que es necesario

se librará de graves contratiempos (40-60). Muchos buscan la riqueza como garantía de estimación social; pero se puede llegar a rico sin lograrla. La avaricia es tan insaciable como la sed de Tántalo, porque contempla los bienes sin ser capaz de disfrutarlos y siempre temiendo por ellos, situación poco digna de envidia (61-79). Suponiendo que le sobrevenga una enfermedad, el avaro se extrañará de que nadie lo cuide, ni siquiera los suyos; y es que los afectos no se cultivan poniendo el dinero por delante de todo (79-91). En fin, como en todas las cosas, hay que atenerse a la medida justa y poner un límite a la propia ambición. Umidio se pasó la vida ahorrando y temiendo por su vejez, y al final lo mató de un hachazo una liberta. Se trata de no caer en ninguno de los dos extremos opuestos (92-107). Volviendo al principio, nadie está contento con lo que es porque siempre se compara con los que son más y no con los que son menos que él. Por eso nadie se va de esta vida como un comensal satisfecho; pero el poeta no quiere pasarse de moralista, como el filósofo Crispino (93-121).

¿Cómo es, Mecenas, que nadie vive contento con la suerte que le ha deparado su propia elección o la Fortuna le ha puesto delante, y que todos alaban a quienes siguen otros caminos? «¡Felices los mercaderes!», dice el soldado cargado de años y el cuerpo roto por las muchas fatigas; y el mercader, a su vez, cuando los austros[104] zarandean su nave: «Es mejor la milicia; ¿que no?: se da la batalla y en una hora, a lo sumo, llega una muerte rápida o una victoria dichosa». Al labrador alaba el experto en derecho y en leyes cuando un cliente aporrea su puerta al canto del gallo; y aquel al que, tras presentar fiadores[105], lo llevan a rastras del campo a la urbe, clama diciendo que sólo en la urbe es dichosa la gente.

[104] Los tempestuosos vientos del sur. El tópico recurre en *Od.* I 1, 15 ss.

[105] *Datis uadibus* es la fórmula jurídica que emplea Horacio. En ciertos pleitos se exigía, en efecto, prestar una fianza como garantía de comparecencia a la vista.

Los casos por el estilo son tan abundantes que podrían cansar hasta a un charlatán como Fabio[106]; y como no quiero hacer que pierdas el tiempo, escucha adónde quiero llevar el asunto. Si un dios[107] dijera: «Aquí estoy yo para hacer al punto lo que queréis: tú, que eres ahora soldado, serás mercader; y tú, hasta ahora abogado, serás labrador. Vosotros dejad ese sitio, y ese otro vosotros, cambiando vuestros papeles[108]. ¡Vamos! ¿Por qué os quedáis ahí parados?». No querrían; y eso que el ser felices les sería posible. ¿No hay motivo para que Júpiter, enfadado con ellos con toda razón, hinche sus dos carrillos y diga que en adelante ya no estará tan dispuesto a atender sus deseos?

Por lo demás, y por no seguir como quien se ríe de sus payasadas (aunque, ¿qué impide que el que se ríe diga verdades[109], como a veces los maestros se atraen a los niños dándoles galletas para que aprendan de buena gana las letras?)... Pero bueno, dejemos las bromas y vayamos a las cosas serias: aquél, que con el duro arado voltea pesados terrones; este otro, el tabernero que engaña a la gente; el soldado y los marineros que corren audaces por todos los mares, dicen que aguantan las fatigas pensando en retirarse de viejos a un descanso tranquilo,

---

[106] Según Porfirión, se trata del caballero romano Fabio Máximo, filósofo estoico. Parece ser el mismo que Horacio cita en II 134.

[107] Cabe entender que precisamente Júpiter, como luego se dice en el v. 20.

[108] Parece clara la presencia de la metáfora del *teatro de la vida*, para la cual remito a J. L. Moralejo, «El teatro de la vida: las raíces clásicas de un tema literario», en J. M. Maestre-J. Pascual-L. Charlo, *Humanismo y Pervivencia del Mundo clásico* II.1 (Homenaje al Prof. Luis Gil), Cádiz, Universidad de Cádiz, 1991: 191-220.

[109] Es un lugar común en la filosofía popular cínica, el de lo σπουδογέλοιον: « la broma que va de veras». Parte de él es el tópico de las golosinas que se dan a los niños para que se avengan a aprender la lección, o bien tomar un medicamento, según hacía Lucrecio I 936 ss., para explicar por qué ponía en verso las doctrinas filosóficas.

después de juntar para comer; al igual que la hormiga —pues se pone ese ejemplo—, que, pequeña pero dada a grandes tareas, arrastra cuanto puede en su boca y lo añade al montón que va haciendo, porque no ignora ni descuida el futuro. Ahora bien, una vez que Acuario[110] entristece el cambio de año, ella no va a ningún sitio, y sabiamente disfruta de lo que antes se ha procurado; mientras que a ti[111] ni estío ardiente ni invierno podrán apartarte de tu negocio, y no hay fuego ni mar ni hierro ni nada que se te ponga delante, con tal de que otro no te aventaje en riqueza.

¿Por qué te complace ocultar bajo tierra, a escondidas y lleno de miedo, un inmenso caudal de plata y de oro? ¿Acaso si gastas algo de él quedará reducido a un mísero ochavo[112]? Mas si no se hace eso, ¿qué tiene de hermoso el montón que has acumulado? Pongamos que tu era ha trillado cien mil moyos[113] de grano: no por ello cabrá en tu estómago más que en el mío; al igual que, si fueras con los esclavos que van a la compra y llevaras al hombro el saco del pan, no recibirías más que el que no hubiera cargado con nada. O dime: ¿a quien vive conforme a los límites que pone la naturaleza, qué más le da cultivar cien yugadas[114] que mil? «¡Pero es agradable —dirás— coger de un montón que sea bien grande![115]» Mientras nos dejes tomar otro tanto a nosotros de uno pequeño, ¿por qué has de alabar tus gra-

[110] Constelación zodiacal por la que el Sol pasa en enero.

[111] Naturalmente, aquí Horacio ya no se dirige a Mecenas, sino al *interlocutor fingido* típico del género, en este caso un avariento insaciable.

[112] Seguimos la puntuación de KLINGNER, que considera esta frase como parte de la interpelación del poeta. Otros editores prefieren considerarla como una respuesta del supuesto interpelado.

[113] La unidad de capacidad está sobreentendida en el texto; se trata del *modius*, equivalente a algo más de 8,5 litros.

[114] El *iugerum* romano equivalía a algo más de 25 áreas.

[115] Naturalmente, aquí habla el interlocutor fingido.

neros más que nuestros arcones? Supongamos que no necesitas más que una jarra o un cazo de agua, y dices: «Preferiría tomar esa cantidad de un gran río que de esta fuente pequeña». Por eso ocurre que, a quienes les gusta un caudal mayor de lo justo, el Áufido[116] impetuoso se los lleva arrastrándolos junto con sus riberas. En cambio, el que necesita sólo ese poco que es necesario, ni bebe agua turbia de lodo ni se deja la vida en los remolinos.

Sin embargo, no es poca la gente que llevada por una engañosa ambición dice: «Nada es bastante; pues tanto tú tienes, tanto tú vales». ¿Qué vas a hacerle? Dile que sea infeliz, pues lo hace a su gusto. Es igual que aquel ateniense[117] sórdido y rico, del que cuentan que despreciaba los comentarios del pueblo de esta manera: «El pueblo me silba, pero yo en mi casa me aplaudo cuando contemplo los cuartos que tengo en el arca».

Tántalo[118], lleno de sed, intenta alcanzar el agua que rehúye sus labios... ¿De qué te ríes? Con un nombre distinto, a ti se refiere la historia: por doquier acopias talegos y sobre ellos te duermes con la boca abierta; y te sientes en la obligación de respetarlos cual cosas sagradas, o de disfrutarlos sólo como si fueran pinturas. ¿No sabes para qué vale el dinero ni qué ventajas reporta? Hay que comprar el pan, la verdura, un cuartillo[119] de vino, y además todo aquello que si se le niega, se resiente la humana naturaleza. ¿O acaso lo que te gusta es estar en vela, muerto de miedo, y temer día y noche a los malvados ladrones, a los incendios y a los esclavos, no sea que te desvalijen y esca-

---

[116] Horacio recuerda al río de su natal Venusia, temible por sus súbitas crecidas.

[117] No hay otras noticias del personaje.

[118] Semidiós que por haber divulgado las conversaciones del Olimpo fue condenado en el Hades a un suplicio consistente en estar sumergido en unas aguas que descendían cuando él intentaba beber, y tener junto a su cabeza un ramo de frutos que se retiraba cuando pretendía comer.

[119] Un sextario equivalía a algo más de medio litro.

pen? Desde luego, en tal clase de bienes yo quisiera siempre ser el más pobre.

Ahora bien, si se resiente tu cuerpo aquejado por un resfriado, o si algún otro mal te ha postrado en la cama, ¿tienes quien que esté a tu lado, que te prepare fomentos y llame al médico, para hacer que te cures y devolverte a tus hijos y a tu querida familia? Tu mujer no quiere que sanes y tampoco tu hijo; todos los vecinos te odian y los conocidos, y hasta los niños y niñas. ¿Y te extrañas, cuando todo lo pones por detrás del dinero, si nadie te da un cariño que no te mereces? Si quisieras mantener y conservar el afecto de esos parientes que la naturaleza te da sin trabajo ninguno, ¿acaso perderías el tiempo de mala manera, como si uno se pone a enseñar a un asnillo a correr, obediente al freno, en el Campo de Marte[120]? En fin, hay que ponerle coto al afán de ganancias; y cuando más tengas, menos has de temer la pobreza, y empezar a poner a tu esfuerzo unos límites, una vez logrado lo que ambicionabas; no sea que hagas lo que un tal Umidio[121]. La historia no es larga: tan rico que contaba sus cuartos por celemines, y tan miserable que nunca vestía mejor que un esclavo, hasta la última hora temió que la necesidad cayera sobre él; una liberta, la más valerosa de las Tindáridas[122], lo partió en dos de un hachazo.

«¿Entonces, qué me aconsejas? ¿Que lleve la vida de un Nevio o la de un Nomentano[123]?» Te empeñas en oponer posturas

[120] El lugar donde los jóvenes distinguidos de Roma se adiestraban en la gimnasia, la lucha y la equitación.

[121] Personaje desconocido.

[122] Literalmente, «de las hijas de Tíndaro», en clara alusión a Clitemnestra, que mató a su marido Agamenón.

[123] Nomentano parece ser el derrochador citado en varios otros lugares de las *Sátiras* (I 8, 11; II 1, 22; 3, 175; 224). En cuanto, al Nevio mencionado anteriormente, la interpretación tradicional entiende que debiera ser *otro que tal*, por lo que no sería identificable con el de II 2, 68, ejemplo de mezquindad. Ello

que se dan de cornadas: cuando te digo que no seas avaro, no te mando que seas un perdulario ni un golfo; entre Tánais y el suegro de Viselio[124] hay un término medio; en todas las cosas hay una medida y, en fin, unos límites claros, más allá o más acá de los cuales no puede asentarse lo justo.

Vuelvo al punto de donde partía: por qué nadie, al igual que el avaro, está satisfecho consigo, y más bien alaba a los que siguen otros caminos; y todos se ponen mustios porque la cabra de otro lleva más llenas las ubres, y no se comparan con la mayoría de quienes son más pobres que ellos, sino que se esfuerzan por superar a éste y al otro. Al que corre de esa manera siempre hay otro más rico que se le pone por medio; al igual que, cuando los cascos de los caballos se llevan volando a los carros que salen de las cocheras[125], acosa el auriga a los corceles que van por delante de los suyos, y desdeña al que ha adelantado como a uno más de los últimos. Por eso ocurre que raramente podemos hallar a uno que diga que ha vivido feliz y que, cumplido su tiempo, deje esta vida como un comensal satisfecho[126].

---

ha llevado a SHACKLETON BAILEY a aceptar la lectura *Maenius* del ms. *Glareanus*, con lo que Horacio se referiría a un Menio citado por Lucilio como ejemplo de prodigalidad (*cf.* FEDELI, que también acepta esa lectura). Sin embargo, nosotros creemos posible que ahí Horacio plantee no dos casos similares sino opuestos, conforme a lo que luego dice. Sobre la cuestión véase G. D'ANNA, *EO* I: 822 s.

[124] Porfirión dice que Tánais era un eunuco, liberto de Mecenas o de Munacio Planco, y que el suegro de Viselio era un herniado (se entiende que inguinal). HEINZE comenta que Horacio aplica aquí un refrán griego que literalmente decía «o eunuco o herniado», que vendría a corresponder, más o menos, a nuestro «unos tanto y otros tan poco».

[125] Los *carceres* en los que los carros esperaban la señal de salida.

[126] La metáfora de la vida como banquete está ya en LUCRECIO III 939 (MARTIN): «¿Por qué no te vas como un comensal satisfecho de la vida...?»; pero procede del viejo repertorio de la diatriba.

Ya es bastante; y para que no creas que he saqueado los papeles del legañoso Crispino[127], no añadiré una palabra.

2

La I 2, que puede contarse entre las más antiguas de las *Sátiras*, es una cruda diatriba sobre los peligros que corren los aficionados a las mujeres casadas. La postura de Horacio no está inspirada por el rigorismo moral, sino, una vez más, por el principio del justo medio (*cf.* Fedeli). Se inicia con un repaso al mismo y, como en la sátira precedente, también tomando pie en la capacidad para administrarse en la vida. El mundo de *la vida alegre* está triste por la muerte del cantor Tigelio, que tanto lo había favorecido con sus despilfarros (1-4). Hay quienes, por no ofrecer esa imagen, dejan a un amigo en la estacada; y quienes, por no parecer tacaños, dan al traste con su patrimonio; o bien, como el usurero Fufidio, nadan en la riqueza, pero acosan a sus acreedores y entrampan a los jóvenes en edad de heredar, pero nada gastan consigo mismos. Conclusión: la gente, por huir de unos vicios, cae en los vicios contrarios (5-24). Así, uno lleva la toga a rastras y otro remangada hasta los ijares; uno apesta a perfumes y otro huele a macho cabrío: no hay término medio (24-28). Pasando a las cosas del sexo, hay quienes sólo se acercan a honradas madres de familia y quienes no salen de los prostíbulos (28-36). Muchos son los riesgos que acechan a quienes andan tras las casadas (37-46); pero tampoco hay que excederse con las libertas y las comediantas (47-63). Con frecuencia es la alta condición de la mujer la que atrae a sus amantes; sin embargo, el natural deseo no distingue entre clases (64-79). Está también, sin embargo, el seductor aquejado de *donjuanismo*, que desdeña a la que se le muestra fácil y va tras la que se le resiste. A ése hay que hacerle notar, siguiendo a Epicuro, que basta con satisfacer el natural deseo, sin exponerse a los riesgos que muchas aventuras traen consigo. Horacio le

[127] Plocio Crispino, filósofo estoico y poeta de proverbial locuacidad; *cf.* I 3, 139; 4, 14; II 7, 45.

hace ver las ventajas de la *Venus parabilis facilisque* (105-118). Por su parte, prefiere las relaciones sin problemas con una liberta apetecible y bien dispuesta que los sobresaltos de los encuentros furtivos con *mujeres decentes* (119-134).

Los gremios de tañedoras de flauta, los vendedores de emplastos, los pedigüeños, las comediantas de mimos, los charlatanes..., toda la gente de semejante calaña está apenada e intranquila porque se ha muerto el cantante Tigelio[128].

Y es que era en verdad generoso. En cambio este otro, por miedo a que digan de él que es un pródigo, se negará a darle al amigo en apuros algo con lo que pueda librarse del frío y de la dureza del hambre. Si a este otro le preguntaras por qué hace menguar malamente el gran patrimonio que le dejaron su abuelo y su padre con su glotonería jamás satisfecha, comprándose todas las gollerías a costa del capital invertido, te respondería que es porque no quiere pasar por tacaño y por hombre de alma mezquina. Y así es alabado por unos y censurado por otros. Fufidio[129] teme a la fama de derrochador y juerguista, [rico como es en tierras, rico en dineros puestos a rédito][130]. A su capital le apaña una renta del cinco por ciento[131], y cuanto más perdido

[128] Originario de Cerdeña y personaje muy conocido en su tiempo, citado también en I 3, 4. Debió de morir hacia los años 39 o 40. Horacio lo presenta aquí como ejemplo de despilfarrador. Parece ser distinto del Tigelio Hermógenes, también cantante y tal vez liberto suyo, citado en I 3, 129 ss; 4, 72; 9, 29; 10, 78 s; véase P. Meloni, *EO* I: 916 s.

[129] Personaje conocido sólo por este pasaje, en el que aparece como prototipo del usurero tacaño.

[130] Este verso 13 ha sido excluido como interpolado por varios editores, entre ellos Klingner, siguiendo a Sanadon, por ser idéntico a *A. P.* 421.

[131] Parece que ese tipo era mensual y cobrado por adelantado al principio de cada mensualidad, en contra de las leyes contra la usura, que ponían un límite del 12% anual.

está uno, tanto más implacable lo apremia. Va tras los nombres de los que han tomado hace poco la toga viril, novatos que aún viven bajo unos padres severos[132]. ¿Quién no exclamará, al oír esto: «¡Grandísimo Júpiter!, ¿pero gasta consigo en proporción a su renta?». ¿Éste[133]? Apenas podrías creer lo poco amigo que es de sí mismo; hasta el punto de que aquel padre que en una comedia pone en escena Terencio —el que vivía infeliz tras haber provocado la huida del hijo— no se atormentaba a sí mismo de peor manera que él[134].

Si alguno ahora pregunta: «¿A qué viene esto?»... Pues a esto: los necios, por escapar de los vicios, corren hacia los vicios contrarios. Maltino[135] va con la túnica a rastras, y hay quien hasta las ingles se la remanga, de una manera indecente. Rufilo, que es tan exquisito, huele a pastillas[136], y Gargonio[137] a macho cabrío: no hay término medio. Hay quienes sólo quieren tocar a mujeres cuyos talones los cubra un volante cosido al vestido[138], y otro, en cambio, no toca más que a la que se exhibe en un bur-

---

[132] Es decir, jóvenes ricos e inexpertos a los que probablemente prestaría con cargo a la herencia que en su día recibirían.

[133] Aquí nos apartamos tanto de la puntuación de KLINGNER, que incluye «éste» en la frase precedente como de los editores que lo adjudican a la siguiente.

[134] Se refiere al *Heautontimorumenos* («El atormentador de sí mismo») de Terencio, el gran comediógrafo de la primera mitad del s. II a. C., obra en el que un padre cuyo hijo lo ha abandonado por su excesiva severidad se castiga a sí mismo por su error.

[135] No se sabe de un personaje de tal nombre, pero los comentaristas antiguos recogen el rumor de que Horacio alude a Mecenas, conocido por su aire *negligé* en el vestir, aunque añaden que en este caso lo que pretendía era disimular sus varices; véase F. CITTI, *EO* I: 787 s.

[136] El personaje es desconocido. Las pastillas para paliar la halitosis ya eran usadas por entonces.

[137] Este verso se repite en 4, 92; del personaje no hay más noticias.

[138] Es decir, vestida conforme al recato tradicional romano.

del maloliente. Cuando un hombre muy conocido salía de un lupanar, le dijo Catón[139] en una famosa sentencia: «¡Bravo, así se hace!; pues tan pronto como hincha las venas la negra pasión, justo es que los jóvenes bajen aquí, y que no anden moliendo[140] en las mujeres ajenas». «No quisiera yo que así me alabaran», dice Cupienio, admirador de los coños cubiertos de blanco[141].

Vale la pena que oigáis, los que no queréis que las cosas les salgan bien a quienes andan tras las mujeres casadas, cómo por todas partes se topan con inconvenientes; cómo su gusto queda amargado por muchos dolores y raramente les llega, a menudo entre arduos peligros. Éste se tiró de cabeza desde un tejado, a aquél lo mataron a golpe de látigo; éste, al huir, cayó en medio de una banda feroz de ladrones, éste se tuvo que rescatar con dinero, a éste le dieron por culo unos mozos de cuadra. Más todavía: incluso ocurrió que a alguno, a cuchillo, le segaron los testes y el rabo salaz[142]. Y todos decían: «Es justo», y Galba[143] decía que no. Cuánto más seguro es, en cambio, el trato con las de segunda; quiero decir las libertas, por las cuales Salus-

[139] Marco Porcio Catón, el Censor (234-149 a. C.), prototipo de la antigua moralidad. Sin embargo, el comentario del Pseudo-Acrón añade que, habiéndose encontrado de nuevo al mozo en semejante lugar, le dijo: «Muchacho, yo te elogié pensando que venías por aquí de vez en cuando, no que vivieras aquí»; véase la nota de VILLENEUVE.

[140] El empleo metafórico del verbo «moler» con el sentido de abusar de alguien, incluyendo el sexual, tiene una larga tradición; *cf.* FEDELI.

[141] El personaje, según Porfirión, era un *dandy* muy amigo de Augusto; *cf.* BONAMENTE, *EO* I: 702 s. La cruda expresión que acto seguido emplea Horacio parece responder, según HEINZE, a la costumbre de las matronas romanas de llevar la *stola*, una larga falda blanca que hacía menos perceptibles sus pormenores físicos.

[142] Así, como suena.

[143] No se sabe de qué Galba se trata, de entre los muchos jurisconsultos que dio la *gens* de los Sulpicios.

tio[144] hace no menos locuras que uno que comete adulterio. Mas si éste —en la medida en que su patrimonio y el sentido común le aconsejan, y en cuanto se puede ser desprendido sin exceder la medida— quisiera ser generoso y espléndido, daría lo que es suficiente, sin causarse a sí mismo quebranto y deshonra. Sin embargo, se halaga, se mima y se ensalza diciendo siempre lo mismo: «Yo no toco a ninguna señora casada». Igual que antaño Marseo, aquel que era amante de Orígine[145], y que a la cómica le regaló las tierras y el hogar de sus padres, decía: «Jamás tenga yo cosa alguna que ver con las mujeres ajenas»; pero las tiene con comediantas, las tiene con putas; lo que reporta a la fama un daño mayor que a la hacienda. ¿Es que te basta y te sobra con guardarte de hacer un cierto papel[146], y no de lo que en todo caso te daña? Perder la reputación y pulirse la fortuna paterna son cosas muy malas en cualquier circunstancia. ¿Qué más da si caes con una casada o con una sierva que haya tomado la toga[147]?

Vilio, el «yerno de Sila», en cuanto que amigo de Fausta[148],

---

[144] No se trata, al parecer, del famoso historiador, hombre de conducta desordenada, pero que murió en el a. 35. Sin embargo, por razones de edad, tampoco parece verosímil identificarlo, como algunos hacen, con su sobrino nieto e hijo adoptivo, hombre inmensamente rico y sucesor de Mecenas como confidente de Augusto (*cf.* TÁCITO, *An.* III 30). Horacio le dedicaría la *Od.* II 2; véase M. MALAVOLTA, *EO* I: 888 s. Por lo demás, ya se sabe que libertos y libertas no estaban sometidas a los cánones de la moral sexual tradicional, según recuerda todavía nuestro término «libertino».

[145] Marseo es un personaje desconocido. Orígene fue, según los comentaristas, una famosa actriz de mimo.

[146] Con HEINZE entendemos que el término *personam* supone una recurrencia de la metáfora teatral de la vida; como ahora diríamos, «un papelón».

[147] Es decir, con una esclava que ha pasado a ser liberta y por ello se viste con toga, pero no con la *stola* propia de las matronas; véase el comentario de HEINZE.

[148] Cornelia Fausta, hija del dictador Sila, famosa por su promiscuidad sexual. A Vilio no le valió de mucho estar considerado como «yerno de Sila»

engañado —el pobre— por ese único título, pagó la pena debida y con creces, molido a sopapos, agredido espada en mano y echado a la calle, en tanto que Longareno dentro quedaba. Si a ése, cuando veía tanta desgracia, le dijera su alma, con palabras dictadas por su carajo: «¿Qué pretendes? ¿Acaso te exijo yo un coño nacido de un cónsul ilustre y cubierto de estola[149], una vez que hierve mi furia?». ¿Qué le respondería?: «Es que la moza es hija de un padre importante».

En cambio, cuánto mejores consejos y cuán contrarios a ésos nos da la naturaleza, tan rica en recursos, sólo con que te avengas a administrarlos debidamente y a no mezclar lo que hay que evitar con lo que debe buscarse. ¿Crees que no importa nada si tu sufrimiento es culpa tuya o de las circunstancias? En consecuencia, para que no te pese, deja de andar tras las mujeres casadas, de las que más se pueden sacar graves inconvenientes que recoger auténticos frutos. Ésta, con sus piedras níveas y verdes —y aunque esto sea cosa tuya, Cerinto[150]— no tiene el muslo más tierno ni más derecha la pierna; e incluso muy a menudo las tiene mejor la que viste de toga[151]. Añade a

---

cuando uno de sus rivales, Longareno, estaba disfrutando de los favores de la común amante. Fausta estaba casada con Memio, protector de Lucrecio y de Catulo; véase M. Bonamente, *EO* I: 732 s.

[149] Véase *supra* la nota al v. 36.

[150] Pasaje de interpretación muy discutida. Quienes siguen la noticia de los escoliastas de que el tal Cerinto era un famoso afeminado entienden que ahí se lo invoca ya como modelo de perfección corporal, ya como entendido en cuestiones estéticas. Otros, en cambio, creen que «esto» se refiere a la afición por las mujeres casadas, y hay también quien lo refiere a las piedras preciosas antes nombradas. Al considerar la frase dudosa como una expresión parentética nos apartamos de la puntuación de Klingner, pero creemos haberla recogido una ambigüedad similar a la del original; véanse especialmente Fraenkel 1957: 84 ss. (con una pequeña enmienda al texto propuesta por Bentley) y E. Romano, *EO* I: 685.

[151] Como ya se ha dicho, la liberta.

eso que lleva una mercancía sin tintes, que muestra a las claras lo que pone a la venta, y que, si algo tiene de hermoso, no lo hace valer, lo tiene a la vista, y no intenta ocultar sus defectos.

Los reyes, cuando compran caballos, tienen esta costumbre: los examinan cubiertos, para evitar que, si, como ocurre a menudo, una planta vistosa se apoya en pies blandos, seduzca al comprador embobado el que tengan unas ancas hermosas, una cabeza pequeña o una cerviz levantada. En esto hacen bien; no contemples tú las excelencias de un cuerpo con los ojos que tuvo Linceo[152], ni mires lo que está mal con más ceguera que la Hipsea[153] aquella. «¡Qué pierna, qué brazos!» ¡Pero si no tiene culo, es nariguda y tiene corto el talle y largos los pies!

En una mujer casada no podrás ver sino el rostro; pues el resto, si no es una Cacia[154], se lo tapa con el vestido que cae hasta el suelo. Si buscas lo que está prohibido, lo que está rodeado de una empalizada —pues es eso lo que te enloquece—, entonces habrá muchas cosas que te estorben el paso: los guardianes, la litera[155], los peluqueros, las parásitas[156], la estola[157], que le llega a los pies, y el mantón que por encima se pone; muchas cosas que impedirán que la realidad se te muestre como es. La otra no pone estorbo ninguno: con las telas de Cos[158] casi puedes verla como si estuviera desnuda, por si tiene la pierna mal hecha o feos los pies; podrás medir a ojo su talle. ¿O bien prefieres caer en la trampa, y que te saquen los cuartos sin que an-

---

[152] El argonauta famoso por su agudeza visual.

[153] Según Porfirión, se refiere a Plaucia Hipsea, una mujer de la época.

[154] Según Porfirión, una dama a la que le gustaba lucir sus hermosas piernas, lo que no le impidió cometer adulterio tapándose con su velo.

[155] O silla de manos, en las que las personas ilustres se movían por la ciudad.

[156] Que habitualmente escoltaban a sus protectoras.

[157] La falda larga de la que ya hemos hablado.

[158] Telas de seda muy fina, prácticamente transparentes.

tes te enseñen aquello que compras? «El cazador, así como persigue a la liebre por la nieve profunda, no querría tocar a la que se encuentra tendida»; eso me canta y añade: «Mi amor es semejante a ese caso; pues pasa volando sobre lo que se pone a su alcance y da caza a lo que le escapa»[159]. ¿Es que con esos versillos esperas poder ahuyentar de tu pecho los pesares y las turbaciones, y las cuitas que tanto te abruman? ¿No es más provechoso indagar el límite que a las pasiones pone la naturaleza, qué está dispuesta a aguantar, de qué ha de dolerse, si se le niega, y separar lo que nada vale de lo que tiene importancia? ¿Es que, cuando la sed te quema el gaznate, buscas un vaso de oro? ¿Acaso, si el hambre te aprieta, desdeñas todo alimento, a no ser el rodaballo y el pavo[160]? Cuando se te hinchan las ingles, y si tienes a mano una sierva o un joven esclavo nacido en la casa, con los que puedas pasar de inmediato al ataque, ¿preferirás reventar del aprieto? Yo no, porque la Venus accesible y fácil es la que me gusta.

La que dice: «Un poco más tarde», «Pero tienes que darme algo más», «Si mi marido sale de casa»..., Filodemo dice que ésa se quede para los galos[161]; para él, la que no pida mucho dinero ni se haga de rogar cuando se le manda que venga. Ha de tener la tez blanca y buen talle; bien arreglada, pero sin pretender parecer más alta o más blanca de lo que le ha dado la naturaleza. Ésta, una vez que arrime su lado izquierdo a mi lado de-

[159] Horacio traduce en esa cita los dos versos finales del *Epigrama* XXXI de Calímaco, tras resumir en la anterior los precedentes. Puede verse su traducción por A. DE CUENCA y M. BRIOSO en el vol. 33 de esta B. C. G.: 106.

[160] Naturalmente, se refiere al pavo real, no al pavo común, venido de América.

[161] Galos se refiere aquí a los sacerdotes de la diosa Cíbele o Cibeles, que estaban castrados. El Filodemo antes nombrado es, naturalmente, el de Gádara, filósofo y poeta epicúreo que enseñaba en las cercanías de Nápoles por aquellos tiempos. Los hallazgos de la famosa *Villa dei Papiri* de Herculano nos siguen proporcionando importantes fragmentos de sus obras.

recho, es para mí una Ilia, una Egeria[162]; le doy un nombre cualquiera, y no tengo miedo de que mientras jodo vuelva del campo el marido; de que rompan la puerta, de que ladre el perro, de que por doquier retumbe con gran estruendo la casa; de que la mujer, con el color demudado, salte del lecho; de que grite «¡pobre de mí!» la que se ha hecho su cómplice[163]; de que ésta haya de temer por sus piernas[164], por su dote[165] la que se ha visto pillada, y yo por mí mismo. Hay que escapar con la toga suelta y descalzo, para no perder los dineros o el culo o, en fin, el buen nombre. Triste cosa es que lo pillen a uno; yo ganaría este pleito incluso teniendo a Fabio[166] por juez.

3

Partiendo, como otras veces de una anécdota —aquí la de la tendencia del cantante Tigelio, ya citado, a las actitudes extremas (1-19)—, Horacio aborda en esta sátira la consabida tendencia humana a ver la paja en el ojo ajeno pero no la viga en el propio (19-28). A menudo miramos por encima del hombro a hombres sencillos y toscos que tienen altas dotes morales. Por ello debiéramos empezar por examinarnos a nosotros mismos. Los enamorados no ven los defectos de la persona amada y los padres disimulan los de sus hijos, y así hemos de hacer nosotros con los de nuestros amigos (28-54). Pero, al contrario, a veces incluso interpretamos como vicios las buenas cualidades de los otros, por

---

[162] Ilia era el sobrenombre de Rea Silvia, la princesa de Alba Longa que concibió de Marte a Rómulo y Remo. Egeria era una ninfa consejera del rey Numa Pompilio.

[163] La sierva que ha facilitado los encuentros.

[164] En efecto, el suplicio del *crurifragium* o fractura de piernas era aplicado a los esclavos infieles.

[165] Los procesos de divorcio por infidelidad solían comportar que la esposa perdiera parte de su dote a título de indemnización.

[166] El filósofo estoico ya aludido en 1, 14.

lo que sería justo que lo mismo hicieran ellos con nosotros (55-75). En todo caso, no todas las faltas y delitos son de la misma gravedad, según sostienen los rigoristas estoicos, contra los que va la diatriba; pues el sentido práctico —la *utilitas*— es la fuente de la justicia (76-98). En efecto, los hombres primitivos, tras haber vivido sin leyes, a no ser la del más fuerte, inventaron el derecho como medio de prevenir los agravios. No es la naturaleza la que nos hace distinguir entre lo justo y lo injusto, al igual que hace con lo provechoso y lo nocivo, sino la razón, que no puede aplicar la misma pena a una vulgar fechoría y a un sacrilegio (100-119). Al final Horacio se encara directamente con el estoico que hace de interlocutor fingido y que, como todos los de su escuela, aspira, como Platón, a una monarquía regida por un sabio: si el sabio ya es, como también sostiene la Estoa, el mejor de los hombres para cualquier oficio, incluido el de rey, ¿para qué quiere precisamente ser rey? Se quedará solo y haciendo el ridículo con su *realeza moral*; mientras el hombre indulgente que es Horacio convivirá plácidamente con sus amigos que disculpan sus faltas, como él hace con las suyas (120-142).

Todos los cantantes tienen este defecto: que estando entre amigos no se animan nunca a cantar cuando se les pide y, en cambio, cuando nadie lo quiere no paran de hacerlo. Lo tenía el sardo Tigelio[167]: si César[168], que podía obligarlo, se lo pidiera por la amistad de su padre y la suya, nada conseguiría; mas si a él le daba la gana, desde el huevo hasta las manzanas[169] clamaba «¡Ío, Bacantes!»[170], ya en la voz más aguda, ya en la que da la más baja de las cuatro cuerdas[171]. En aquel hombre no había

[167] Ya nombrado en 1, 4.

[168] Se refiere al que luego sería Augusto; pero como luego se ve, Tigelio ya había sido amigo de Julio César.

[169] Es decir, des de los entrantes a los postres de una comida.

[170] Invocación típica de los cultos báquicos. Según HEINZE, sería el comienzo de algún ditirambo.

[171] Al parecer, la cítara primitiva, en lugar de las siete cuerdas posteriores, tenía las cuatro que formaban un tetracordo.

mesura: unas veces iba como quien corre escapando de un enemigo, muchas otras como quien lleva los atributos sagrados de Juno[172]. Unas veces tenía doscientos esclavos, otras se quedaba con diez; en ocasiones sólo hablaba de reyes y de tetrarcas, todo grandezas; y en otras decía: «Lo que yo quiero es tener un taburete por mesa, una concha de sal pura[173] y una toga capaz de librarme del frío, por basta que sea». Si a este hombre tan parco, contento con tan pocas cosas, le hubieras dado un millón; a los cinco días no habría nada en el arca. De noche estaba despierto hasta la misma mañana, el día se lo pasaba entero roncando. Nunca hubo nada tan desigual a sí mismo.

Alguno ahora podría decirme: «¿Y tú qué? ¿Es que no tienes defecto ninguno?». Sí, pero otros, y probablemente menores. Cuando Menio se metía con Novio[174], que no estaba presente, uno le dijo: «¡Eh tú! ¿Es que no te conoces, o piensas que no te conocemos nosotros y puedes tomarnos el pelo?». «Conmigo hago la vista gorda», le dijo Menio. Este amor de sí mismo es estúpido e injusto y merece censura. Cuando tus defectos los miras con ojos pitañosos y llenos de ungüentos, ¿por qué con los vicios de tus amigos tienes la vista tan fina como la tienen el águila o la serpiente epidauria[175]? Eso sí,

---

[172] Es decir, en una procesión o rito solemne. HEINZE recuerda al respecto las fiestas de las *canéforos* de Atenas y las fiestas de Juno en la cercana Falerios.

[173] Sobre el simbolismo del salero doméstico véase nuestra nota a *Od.* II 16, 13. Se habla de «sal pura» porque también la había mezclada con otras especies, según advierte HEINZE.

[174] Menio había sido un famoso despilfarrador, ya satirizado por Lucilio. Entre sus extravagancias estuvo la de reservarse, de una casa que vendió, una columna sobre la que construyó un voladizo desde el que poder presenciar los juegos de gladiadores del Foro; *cf.* M. MALAVOLTA, *EO* I: 807 s. El nombre de Novio se encuentra también en 6, 40 y 121; en este caso parece tratarse de un usurero; *cf.* A. LUISI, *EO* I: 824.

[175] La serpiente era el símbolo del dios médico Esculapio, cuyo templo estaba en Epidauro.

también a ti te llega la vez, y son ellos quienes inquieren tus vicios.

Es un hombre un tanto irritable[176], que no les cae bien a las agudas[177] narices que tiene esta gente; podría mover a la risa porque se corta el pelo de modo un poco paleto, arrastra la toga, y su calzado flojo se ajusta mal a su pie. Pero es tan bueno que no hay un hombre mejor; pero es tu amigo; pero un ingente talento se esconde bajo el desaliño de su persona. En fin, examínate bien a ti mismo: a ver si la naturaleza o la mala costumbre no han hecho nacer tiempo atrás en ti algún que otro vicio; pues en los campos que no se cuidan brotan esos helechos que habrá que echar a las llamas.

Pasemos a aquello de que al que ciega el amor se le escapan los más feos defectos que tenga su amiga, o incluso le gustan, igual que a Balbino la verruga de Hagna[178]. Ya me gustaría que así nos equivocáramos en la amistad, y que a ese error la virtud le hubiera puesto un nombre honorable. Y es que al igual que con su hijo hace un padre, así no debemos nosotros llevarlo a mal si algún defecto tiene un amigo. Del bizco dice su padre que mira un poco de lado; y si uno tiene un hijo esmirriado, como antaño fue aquel aborto de Sísifo[179], lo llama «pollito»; a éste, que tiene tuertas las piernas, le susurra llamándole «zambo», y a aquél, que pisa de mala manera sobre unos talones torcidos, «patosillo». Que éste se pasa de parco en la vida que lle-

[176] Según HEINZE, Horacio piensa «en un individuo determinado (que naturalmente puede ser fingido), no en un tipo como en 49 ss.». Algunos han sospechado que se refiere a sí mismo y otros que a Virgilio; véase la nota de VILLENEUVE.

[177] Es decir, al espíritu crítico.

[178] Personajes desconocidos. FEDELI remite muy oportunamente a LUCRECIO IV 1160 ss., donde habla de los eufemismos habitualmente aplicados a los defectos de las mujeres.

[179] Según Porfirión, era un enano que servía como bufón a Marco Antonio.

va: digamos que es hombre frugal. Este otro es poco oportuno y jactancioso en exceso: es que pretende que sus amigos lo tengan por hombre dispuesto. Pero hay otro que es más que bruto y más franco de lo razonable: tengámoslo por sincero y valiente. Alguno es demasiado ardoroso: pues que sea contado entre los hombres de empuje. En mi opinión, esto nos gana amigos y, una vez ganados, nos los conserva.

Sin embargo, incluso a las propias virtudes les damos la vuelta y en nuestra locura manchamos el vaso impoluto[180]. Tratamos a una buena persona, un hombre de lo más humilde: pues lo motejamos de tardo y de espeso. Este otro escapa de todas las trampas, y no deja su flanco a merced de ningún sinvergüenza, dado que nos movemos en esta clase de vida, en la que la envidia feroz y la maledicencia se imponen: pues bien, en lugar de sensato y de bien precavido, lo tildamos de falso y de astuto. Si alguno es más bien sencillo, tal como yo me habré mostrado a menudo, y de buena gana, contigo, Mecenas, hasta el punto de que a uno que está leyendo o en silencio, lo interpela de pronto con alguna charla, decimos: «Este pesado no sabe lo que es el sentido común». ¡Ay, con qué ligereza damos por buena una ley que a nosotros mismos nos daña! Pues nadie nace sin sus defectos; y al que los más pequeños aquejan, ése es el mejor. El amigo benévolo, cuando, como es de justicia, haga balance de mis vicios y de mis virtudes, siendo éstas más —si en verdad son más mis virtudes—, ha de inclinarse hacia ellas si quiere contar con mi afecto; y según esta ley, él será puesto en la misma balanza. El que busca no molestar al amigo con sus propios tumores, le pasará por alto las verrugas que tiene; es justo que quien pide perdón por sus faltas lo conceda cuando le toca.

En fin, dado que la ira, y lo mismo los otros vicios que son inherentes a la necedad, no es posible extirparlos, ¿por qué la

[180] Es decir, lo contrario de lo que se hace antes de usarlo.

razón no usa de su propio peso y medida, y no reprime las faltas con los castigos idóneos según cada caso? Si a un esclavo que, cuando se le ha mandado llevarse una fuente, ha lamido unos pescados a medio comer y una salsa que aún está tibia, alguien lo clava en la cruz, se dirá entre la gente sensata que supera a Labeón[181] en locura. ¡Cuánto más loco y mayor es este otro pecado!: tu amigo ha tenido un pequeño desliz, que no puedes dejar de pasar por alto sin ser tenido por persona intratable; pero tú le coges un odio feroz y escapas de él, como hace con Rusón[182] el que le debe dinero; el cual, si al llegar, para su desgracia, el triste primero de mes[183], no saca de donde sea los intereses o el capital, tiene que oír, doblando el cuello, igual que un cautivo, amargas historias. Uno que estaba bebido se ha meado sobre el diván, o ha hecho caer de la mesa un platillo desgastado por las manos de Evandro[184]: ¿es por ese motivo, o bien porque, muerto de hambre, le echó mano a un pollo que estaba en la parte de la fuente que yo tenía delante, por lo que ha de ser para mí un amigo menos querido? ¿Qué haré si me roba, o si me traiciona en un fideicomiso, o me niega un aval prometido? Quienes piensan que los pecados son todos más o menos iguales[185], lo pasan mal al enfrentarse a la verdad de las cosas: se oponen a ello el sentido común, la costumbre e

---

[181] Porfirión comenta que se trata de Antistio Labeón, junto con Ateyo Capitón el mayor jurista de la época augústea. Sin embargo, la identificación no resulta verosímil por la fecha, por lo que tal vez se trate de su padre, al parecer hombre riguroso hasta el exceso; *cf.* P. DE PAOLIS, *EO* II: 763.

[182] Según Porfirión, un usurero que también escribió libros de historia.

[183] Fecha en que se cobraban las deudas e intereses.

[184] Porfirión dice que se trata de un artesano del tiempo, pero parece más razonable suponer que se trata de una alusión irónica al mítico rey Evandro, que reinaba sobre el solar de la futura Roma cuando Eneas llegó allí; es decir, de una antigüedad excepcional.

[185] Crítica frontal al rigorismo de ciertos estoicos.

incluso la propia utilidad, que es como la madre de lo justo y de lo equitativo.

Cuando los seres dotados de alma surgieron de las tierras primeras[186] —mudo y torpe rebaño—, luchaban por las bellotas y por los cobijos con uñas y puños, luego con palos y más adelante con armas que la experiencia había ingeniado; hasta que hallaron palabras y nombres con los que dar forma a sus voces y a sus pensamientos. Empezaron entonces a dejar los combates, a fortificar las ciudades y a promulgar las leyes, para que nadie fuera ladrón, ni bandolero ni adúltero. Y ya antes de Helena fue el coño una causa funesta de guerras; pero tuvieron muertes ignotas aquellos a los que, cuando, igual que las fieras, echaban mano a una Venus incierta[187], mataba uno que era más fuerte, tal como en la vacada hace el toro. Forzoso es que reconozcas que fue por temor a lo injusto por lo que se hicieron las leyes, si tienes a bien repasar los tiempos y fastos del mundo. No puede la naturaleza separar lo inicuo y lo justo como separa lo bueno de lo que se le opone, lo que se ha de evitar de lo que hay que buscar; ni logrará la razón convencer de que pecan por igual y lo mismo el que troncha las tiernas coles del huerto de otro, y el que roba de noche los atributos del culto divino[188]. Ha de haber una regla que imponga castigos acordes con los delitos, de modo que a quien sólo merece un azote no lo persigas con el terrible flagelo.

En efecto, lo que yo temo no es que le des con la palmeta a quien merezca sufrir golpes mayores, cuando dices que son la misma cosa los hurtos y el bandolerismo, y amenazas con cor-

[186] Evocación de la humanidad primitiva de signo realista —frente al mito de la Edad de Oro—, en la línea de LUCRECIO, V 1011 ss. (véase la traducción de F. SOCAS en el vol. 316 de esta B. C. G.).

[187] Es decir, a la primera hembra que se les ponía delante.

[188] Vuelve la crítica del rigorismo estoico.

tar con la misma hoz los delitos pequeños y grandes, para el caso de que los hombres te confíen el reino. Si sólo el que es sabio es rico y buen zapatero, y el único hermoso y el único rey[189], ¿por qué ansías lo que ya tienes? «Tú no sabes —responde[190]— lo que dice el padre Crisipo[191]: el sabio nunca se ha hecho sus zapatos ni sus sandalias; y sin embargo el sabio es un zapatero.» ¿Y cómo? «Tal como Hermógenes[192], aunque esté callado, es cantor y un óptimo músico; igual que el listo de Alfeno[193], tras deshacerse de todos los útiles de su trabajo y cerrar su tienda, seguía siendo un zapatero; así el sabio es el mejor artesano de cualquier oficio, así es el único rey.» Te tiran de la barba los chicos traviesos, y si no los reprimes con el bastón[194], te ves acosado por una turba que te rodea, y revientas de mala manera y les ladras[195], tú, el más grande de los grandes reyes.

Para no alargarme: mientras tú, siendo rey, vayas a los baños pagando un cuarto y no te siga acompañante ninguno salvo

---

[189] Horacio pone de nuevo en solfa a los estoicos ortodoxos, para los cuales el σοφός poseía, al menos en potencia, las cualidades óptimas para desempeñar cualquier clase de actividad.

[190] El interlocutor fingido, que en este caso es, obviamente, un estoico.

[191] El filósofo del s. III a. C. que sucedió a Cleantes en la dirección de la Estoa.

[192] El impertinente cantor nombrado al principio; el objetor estoico lo toma como ejemplo para explicar la diferencia entre lo que se es *in potentia* e *in actu*.

[193] Hay dudas sobre el personaje. Según Porfirión, era Alfeno Varo, un zapatero de Cremona —según el Pseudo-Acrón un incinerador de cadáveres— que medró como jurisconsulto y acabó siendo cónsul en el año 39 a. C. Son bastantes los estudiosos que consideran inverosímil esa identificación con tan ilustre personalidad que, como se sabe, fue protector de Virgilio; *cf.* M. COCCIA, *EO* I: 631.

[194] La barba y el bastón eran atributos típicos del filósofo y predicador ambulante.

[195] Aquí Horacio tira un derrote a los cínicos, no muy lejanos de los estoicos, cuyo nombre, como se sabe, deriva de κύων, «perro», apodo de Diógenes, uno de sus patriarcas.

Crispino[196], ese tonto, también a mí me perdonarán los amigos benevolentes si en mi necedad incurro en alguna falta; y a mi vez, sobrellevaré de buen grado las suyas, y como un ciudadano de a pie viviré más feliz que tú, que eres rey.

4

Primera sátira de asunto literario, con el carácter *programático* que echábamos en falta en la que abre el libro. Horacio empieza reflexionando sobre los antecedentes del género y sobre las reacciones que sus sátiras anteriores habían provocado en la crítica (lo que prueba que ya eran conocidas antes de que el libro estuviera completo). Pero habida cuenta del carácter moral que la sátira tenía, no es de extrañar que el discurso derive hacia los asuntos éticos. Los cómicos áticos antiguos no dejaban de censurar a cuantos ciudadanos lo merecían. De ellos deriva, salvo en el metro, la sátira de Lucilio, hombre de fino ingenio, pero que estimaba más la cantidad que la calidad de los versos, al contrario que Horacio (1-21). Tampoco le importa al poeta la popularidad de autores como Fannio (actualmente desconocido); y no se atreve a recitar en público sus versos, por ser muchos los que merecen ser objeto de su sátira: avaros, ambiciosos, adúlteros, pederastas..., todos ellos lo temen como a un toro bravo, pues podría ponerlos en boca de todo el pueblo (22-38). Ahora bien, Horacio aclara que no se considera poeta, dado que lo que escribe, quitando los metros, más bien se parece a una simple charla. Al igual que la comedia, la sátira sólo es poesía por su verso. Las quejas de los padres severos que aparecen en la comedia no difieren de las que podría proferir cualquiera de los de su tiempo. El metro, pues, no hace el poema: si a la sátira de Lucilio y a la del propio Horacio se les quitaran sus ritmos, no se reconocerían en sus restos «los miembros del poeta descuartizado», al contrario de lo que ocurriría con un texto épico (39-62). Se trata luego de ver si están justificadas las suspicacias de la gente ante la sátira. Ho-

[196] El estoico ya citado en I 1, 120.

racio no es un *fiscal* ni un delator; sus libros no están a la venta ni él los recita en público, cosas que a él no le van (63-78). Se ve acusado de maledicente, pero quien merece ese reproche es el que despelleja a sus amigos y conocidos a sus espaldas o fingiendo defenderlos; eso nunca lo hará él (79-103). Evoca luego la *pedagogía empírica* que le había aplicado su padre, basada en ejemplos visibles de los vicios y las virtudes (103-129). De ahí que sus defectos no pasen de medianos y que sean, en general, disculpables; sobre ellos medita y sobre ellos se divierte escribiendo; y si su interlocutor no se lo perdona, llamará en su ayuda a la tribu de los poetas, que lo obligarán a cambiar de bando (129-143).

Los poetas Éupolis y Cratino, y también Aristófanes[197] y otros ilustres varones a los que se debe la antigua comedia, si alguien se merecía que lo señalaran por ser malvado y ladrón, por adúltero o por asesino, o bien en razón de su mala fama por otros conceptos, lo ponían en evidencia con gran libertad. De ellos depende todo Lucilio[198], que los siguió cambiando tan sólo los ritmos y metros[199]; un hombre de ingenio, de aguda nariz, duro en la composición de los versos. Y es que tenía el defecto de que a menudo, y como si fuera gran cosa, en una hora dictaba doscientos, manteniéndose en un solo pie[200]. Cuando

[197] Los tres grandes autores de la Comedia Antigua ateniense del s. v a. C., cuya libertad para poner en solfa a cualquier ciudadano (*parrhesía*) era proverbial.

[198] Naturalmente, Gayo Lucilio (c. 180-c. 120 a. C.), el forjador, ya que no el fundador, de la sátira romana.

[199] Como ya hemos dicho en su momento, Lucilio estableció el hexámetro dactílico como verso característico de la sátira, aunque también empleó otros. Los metros de la comedia, y especialmente los de la Antigua, eran muy variados, con predominio de los yámbicos en las partes dialogadas.

[200] Ironía basada en el doble sentido de «pie», que aparte de su sentido propio tenía el de unidad métrica.

fluía lleno de lodo, tenía cosas que suprimirías a gusto. Era dicharachero, holgazán para sobrellevar el esfuerzo que exige escribir; escribir de modo correcto, pues el que fuera mucho nada me importa.

Mas he aquí que Crispino[201] me reta, y apuesta diez contra uno[202]: «Si quieres, coge tablillas y yo haré lo mismo; que nos señalen lugar, hora y testigos; veamos cuál de los dos puede escribir más versos». Bien hicieron los dioses dándome un ánimo nada fecundo y menguado, poco dado a hablar y con muy pocas palabras. Tú, en cambio, si lo prefieres, imita a los vientos que, encerrados en fuelles cabrunos, trabajan sin descanso, en tanto que el hierro se ablanda en el fuego[203].

¡Dichoso Fannio[204], al que le ofrecen estuches para sus libros y además una imagen[205]!; en cambio, mis escritos nadie los lee, pues me da miedo recitarlos en público, porque hay quienes de este género gustan muy poco, al ser muchos los que merecen censura. Escoge a uno cualquiera de entre la gente: o sufre por la avaricia o por una ambición que es digna de lástima. Éste anda loco por amoríos con mujeres casadas, éste por los de los mozos; a este otro lo cautiva el resplandor de la plata, Albio[206] se extasía contemplando los bronces. Éste intercambia mercaderías desde el sol que nace hasta el que entibia la región del

---

201 Parece tratarse del locuaz polígrafo estoico también aludido en I 3, 139; II 7, 45.

202 Literalmente, Horacio dice «por lo mínimo».

203 La metáfora alude, evidentemente, al arduo y ruidoso trabajo de los herreros.

204 Escritor contemporáneo, al parecer de mucho éxito, citado también en I 4, 80, pero del que nada más sabemos; *cf.* G. López, *EO* I: 731 s.

205 Horacio alude aquí a dos honores que se tributaban en las bibliotecas a los autores reconocidos: el de guardar sus obras en lujosas cajas y el de exponer su imagen en bustos o bajorrelieves.

206 Se trata de uno de tantos coleccionistas de bronces griegos, pero parece que no del poeta Tibulo.

poniente; más aún, de cabeza se lanza al peligro, como el polvo que un torbellino levanta, por miedo a que mengüe su fortuna o buscando hacerla más grande. Todos éstos temen los versos, a los poetas los odian: «¡Tiene heno en el cuerno[207]; escapa, y lejos! Éste, con tal de ganarse las risas, no tendrá compasión de ningún amigo; y no parará hasta que todas esas cosas con las que embadurna sus folios las sepan cuantos vuelven del horno o la fuente, incluyendo niños y viejas».

Pues bien, escucha mi respuesta, que es breve. Ante todo, me excluiré del número de los que reconozco como poetas. Pues no me dirás que cuadrar un verso es bastante; y si uno escribe, como yo hago, cosas que más cerca están de una conversación[208], no pensarás que por ello es poeta. Al que tenga talento, al que tenga la inspiración de los dioses y una voz capaz de cantar grandes cosas, a ése has de concederle el honor de tal nombre. Por eso se preguntaron algunos si la comedia era o no poesía; porque ni en sus palabras ni en sus asuntos hay inspiración poderosa ni fuerza; y a no ser que difiere de la conversación por el metro fijado, es conversación pura y simple[209]. «Pero —dirás— el padre arde en cólera porque el hijo juerguista, loco por la cortesana que tiene de amiga, rechaza a una esposa muy

[207] Expresión derivada, al parecer, de la costumbre de *embolar* con un haz de heno a los toros dados a embestir.

[208] Horacio emplea el término *sermo* («conversación» o «charla»), que algunos piensan que fue el título que dio a sus *Sátiras*, tal vez como traducción del gr. διατριβή, el nombre del género prosaico griego al que tanto debía el género.

[209] En efecto, la comedia, tanto por sus asuntos como por su lenguaje, difería sustancialmente de los grandes géneros poéticos como la épica y la tragedia. HEINZE aduce muy oportunamente el pasaje de CIC., *Orador* 67, que recoge la opinión de quienes estimaban que los escritos de Platón y de Demócrito, aunque en prosa, estaban, por su lengua y su tono, más cerca de la poesía que los textos de la comedia, a pesar de que éstos estuvieran en verso. La cuestión remonta, al menos, a ARISTÓTELES, *Poética* (1447b), que no consideraba poetas a quienes escribían en verso sobre temas como la física.

bien dotada y, lo que es gran deshonra, anda bebido y con antorchas antes de que caiga la noche[210].» ¿Es que acaso Pomponio[211] oiría cosas más leves que ésas si viviera su padre? Por tanto, no basta con escribir un verso con palabras corrientes, tal que, si lo desmontas, cualquiera se encolerice de la misma manera que el personaje del padre[212]. Si a esto que yo escribo ahora, si a lo que antaño Lucilio escribió, le quitas los metros fijos y el ritmo, y la palabra que va por delante en el orden la pones detrás, anteponiendo las últimas a las primeras, no será como si deshaces aquello de:

Después de que la espantosa Discordia
rompiera las jambas cubiertas de hierro y las puertas de la [guerra[213]

ya no hallarás los miembros del descuartizado poeta.

Y sobre este asunto ya basta; veremos en otra ocasión si se trata o no de un verdadero poema[214]. Por ahora, sólo voy a indagar si tienes razón al sospechar de esta clase de literatura. Por ahí van Sulgio y Caprio[215], feroces, con una tremenda ronquera y con sus denuncias. Uno y otro son el terror de los bandoleros, aunque si uno vive como una persona decente y tiene limpias

---

210 Hechos típicos de una vida desordenada y típicos de las tramas cómicas.

211 Parece tratarse de un joven derrochador.

212 Es decir, un verso que, eliminado el metro, venga a decir lo mismo que cualquier padre diría en semejantes circunstancias.

213 Ennio, fragm. 225, al parecer perteneciente al l. VII de sus *Anales* y referente a la reapertura del templo de Jano en la Primera Guerra Púnica. Sigo la traducción de J. Martos en el vol. 352 de esta B. C. G. Naturalmente, lo que Horacio quiere decir es que en un texto como ése, incluso tras eliminar el metro seguirá notándose que se trataba de poesía.

214 Horacio, pues, aparca la cuestión inicialmente planteada.

215 Dos temibles abogados especializados en acusaciones.

las manos, no hará caso ni al uno ni al otro. Mas supongamos que tú te asemejas a ese par de bandidos que son Celio y Birrio[216]: yo no sería igual que Caprio y que Sulgio; ¿por qué has de temerme? Ninguna tienda, ningún soportal[217] va a exhibir mis libros, para que las manos del vulgo y las de Hermógenes Tigelio[218] los suden; y a nadie se los recito sino a mis amigos, y eso obligado, y no en cualquier lugar ni delante de cualquier persona. Muchos son los que recitan sus escritos en medio del Foro o en las termas[219]; un lugar cerrado le da a la voz una resonancia agradable. Esto le agrada a la gente superficial, que no se pregunta si lo hacen con poco sentido común o en momento poco oportuno.

«Gozas haciendo daño —me dice—[220], y lo haces a posta y con mala intención.» ¿De dónde has sacado esa acusación que me lanzas? En fin, ¿la respalda alguno de aquellos con los que he convivido? El que hinca el diente al amigo que no está delante[221], el que no lo defiende cuando otro lo acusa, el que anda a la caza de las carcajadas de todos y de la fama de hombre gracioso, el que es capaz de inventarse lo que no ha visto, el que no puede callar lo que se le ha confiado, ese hombre es un malvado; ¡romano, guárdate de él! A menudo puedes ver que cenan cuatro en cada uno de los tres divanes[222]; y que hay uno que dis-

[216] Al parecer, dos famosos bandoleros.

[217] El poeta alude a la costumbre de aprovechar las columnas de los pórticos públicos para la exposición de los libros puestos a la venta.

[218] Se trata, al parecer, de un liberto del famoso cantante ya mencionado anteriormente.

[219] Ya por entonces se había consolidado la costumbre de dar a conocer las obras literarias en *recitaciones* públicas.

[220] Se entiende que habla el interlocutor fingido de la diatriba.

[221] Hay quienes, como BORZSAK, también entrecomillan este párrafo, hasta el final del v. 85, entendiendo que forma parte del alegato del interlocutor.

[222] Los tres triclinios que normalmente se ponían en los banquetes en torno a la mesa y en cada uno de los cuales sólo se acomodaba normalmente a tres comensales.

fruta poniendo verdes, y por todas partes, a todos los otros, salvo al que ofrece el agua[223]; luego, también a éste, una vez que ha bebido, cuando el sincero Líber[224] descubre los secretos del alma. A ti, enemigo de los malvados, te parece que éste es un hombre agradable, ingenioso y abierto; ¿y yo, por haberme reído de que el tonto de Rufilo huele a pastillas y Gargonio a macho cabrío[225], te parezco envidioso y mordaz? Si se hace alguna mención de los hurtos de Petilio Capitolino[226] delante de ti, lo defenderás según tu costumbre: «Capitolino me ha tenido por compañero y amigo desde que era niño; ha hecho muchas cosas por mí accediendo a mis ruegos, y me alegro de que viva en la ciudad sin que lo molesten; sin embargo, me pregunto con asombro cómo escapó de aquel juicio que tuvo». Ésa es la tinta de la sepia negruzca; ésa es, pura y simplemente, la envidia. Que ese vicio ha de estar alejado de mis escritos y, antes aún, de mi alma, si algo puedo prometer de verdad acerca de mí, lo prometo.

Si digo algo con demasiada franqueza, si tal vez algo jocoso en exceso, me concederás tal derecho y a un tiempo tu benevolencia. Mi excelente padre me acostumbró a huir de los vicios haciéndome ver cada uno por medio de ejemplos[227]. Cuando me exhortaba a llevar una vida parca y frugal, contento con lo que

[223] Al parecer, se refiere al anfitrión, que recibía a sus huéspedes ofreciéndoles agua perfumada; sin embargo, se han formulado varias hipótesis acerca del sentido del pasaje, para las cuales remitimos al comentario de FEDELI.

[224] Baco, es decir, el vino.

[225] Véase nota a I 2, 27.

[226] Citado también en I 10, 6. Según Porfirión, fue un magistrado corrupto que, encargado de la custodia del templo de Júpiter Capitolino, sustrajo de él una corona del dios, delito del que fue absuelto por César; *cf.* M. BONAMENTE, *EO* I: 846 s.

[227] Horacio evoca, con un humor impregnado de devoción, la admirable pedagogía con que su padre lo había educado, enseñándole ejemplos prácticos de conducta más que abstractas doctrinas éticas.

él me había agenciado, decía: «¿No ves qué mal vive el hijo de Albio y en qué miseria está Bayo[228]? Buena lección para que nadie despilfarre el patrimonio heredado». Cuando me disuadía del torpe amor de las cortesanas: «Procura no parecerte a Escetano». Para que no fuera tras las adúlteras, pudiendo servirme del placer permitido, decía: «No es nada bonita la fama que tiene Trebonio[229], al que han pillado in fraganti. El filósofo te explicará las razones de lo que es mejor evitar o buscar; para mí es bastante si logro mantener la costumbre legada por nuestros mayores y guardar incólumes tu vida y tu fama mientras precisas de quien te vigile. Tan pronto como la edad robustezca tu cuerpo y tu alma, nadarás sin el corcho[230]». Con tales palabras me formaba de niño, y si me mandaba hacer algo decía: «Tienes un modelo para hacer esto»; y me mostraba a uno de los elegidos para jurados[231]. Y si algo me prohibía: «¿Acaso puedes dudar de que esto sea malo y dañino, cuando éste y aquél se abrasan en su mala fama?». Al igual que el funeral de un vecino asusta a los enfermos que no se privan de nada, y con el miedo a la muerte los fuerza a cuidarse, así, con frecuencia, las deshonras ajenas apartan del vicio a los ánimos tiernos. Por esto quedé yo a salvo de todo cuanto acarrea la perdición, y los defectos que tengo son medianos y que merecen que me los perdones. Tal vez acaben con buena parte de ellos el correr de los años, el amigo sincero, mi propia conciencia. Y es que cuando me acogen mi lecho o un pórtico[232], no me abandono a mí mismo:

---

228 Se trata en ambos casos de personajes desconocidos.

229 Tampoco sabemos quiénes eran Escetato y Trebonio.

230 Ya entonces se usaban flotadores de corcho para enseñar a nadar a los niños.

231 Se trataba de personas notables e íntegras de entre las que los pretores elegían a los jurados.

232 Eran numerosos los soportales o pórticos en que los romanos podían pasear al resguardo del sol y las lluvias.

«Esto es más acertado; viviré mejor si hago esto; así complaceré a los amigos; esto que me hizo fulano no estuvo bien: ¿acaso, sin darme yo cuenta, le haré yo algo por el estilo en otra ocasión?». Esto es lo que trato conmigo mismo a boca cerrada; y cuando tengo un poco de tiempo, me divierte pasarlo a mis folios. Éste es uno de aquellos vicios medianos; y si no quieres pasarlo por alto, vendrá en mi ayuda un gran pelotón de poetas —pues somos la gran mayoría—, y como judíos[233] te haremos entrar en nuestra caterva.

5

El ameno *iter Brundisinum* constituye el objeto de esta sátira. En la primavera del año 37 a. C., cuando las relaciones entre Marco Antonio, dueño de la parte oriental del Imperio, y César Octaviano, dueño de Roma y del Imperio occidental habían llegado a un momento crítico, se acordó que ambos líderes se reunieran en Brindis, en el extremo S.E. de Italia, el puerto más accesible para cuantos viajaran a Italia desde Grecia y el Oriente. Horacio, recién incorporado al círculo de Mecenas, y junto con otros poetas del mismo, acompañó en aquel viaje a su protector, que sin duda quería proporcionar a Octaviano un séquito vistoso (*cf.* P. FEDELI, *EO* I: 248 ss.). El poeta toma, como era de rigor, la Vía Apia, acompañado solamente por un personaje digno de nota, el rétor Heliodoro. Pasando por Aricia y Foro de Apio, se embarca en el canal que llevaba a Ánxur (Terracina), indispuesto por la mala calidad del agua que había bebido (1-26). Tras algún que otro incidente, allí se encuentra con Mecenas y con los *hombres buenos* que pretendían facilitar la negociación (27-33). Pasando por Fundos, caminan hasta Formias, y al día siguiente hasta Sinuesa, donde les salen

[233] Horacio se refiere con frecuencia, y en términos poco amables, a los judíos, que abundaban en la Roma de su tiempo. En este caso, alude a su espíritu proselitista.

al encuentro Virgilio, Tucca y Vario, los poetas amigos, con los que marchan hasta el confín de la Campania (34-46). Tras un alto en Capua, los viajeros continúan hasta la villa de Cocceyo Nerva, cerca de Caudio, donde pernoctan tras presenciar un cómico debate entre dos bufones que Horacio describe en términos épicos (47-69). El viaje continúa por Benevento, con un amago de incendio, y la jornada termina en Trivico, donde nuestro poeta se ve chasqueado por las promesas de una criada (70-85). Pasando por un lugar innombrable (*cf.* nota) y algunos otros, los viajeros llegan a Canusio, donde Vario se separa del grupo, a Rubos y a Bari (86-97). Tras pasar por Gnacia, y al cabo de trece jornadas, arriban a Brindis, término del viaje (97-103).

Después de partir de la gran Roma, Aricia[234] me acogió con una hospitalidad sin pretensiones. Me acompañaba el rétor Heliodoro[235], con mucho el más docto de los griegos. De allí, al Foro de Apio[236], atestado de marineros y de venteros malnacidos. Por pereza, dividimos en dos esta jornada, que es una sola para los que se ciñen la túnica más alta de lo que hicimos nosotros[237]; la Vía Apia[238] resulta menos dura si se viaja despacio. Aquí yo, a causa del agua, que era pésima, declaro a mi estó-

[234] Actual Ariccia, a unos 30 km. Al S. de Roma, junto al lago Nemi.

[235] Pese al encomio de Horacio, es un personaje desconocido por otras fuentes; *cf.* Fr. Bornmann, *EO* I: 717 s.

[236] Actual Forappio, en el Lacio, a 27 millas de Aricia. Para entender lo que a continuación se cuenta, conviene saber que de allí arrancaba un canal de 16 millas que cruzaba los insalubres pantanos Pontinos (no saneados hasta los tiempos de Mussolini). Los viajeros solían recorrerlo en barcas tiradas por mulos que marchaban por un camino de sirga, hasta llegar a las inmediaciones de Ánxur; *cf.* Fedeli, *ad loc.*

[237] Es decir, que estaban dispuestos a hacer jornadas más largas.

[238] La más famosa de las vías romanas, iniciada en el 312 a. C. por el censor Apio Claudio, que unía Roma con Capua y, más adelante, con Benevento y Brindis, el puerto principal del tráfico con Grecia. Todavía hoy pueden admirarse sus tramos conservados en la periferia de Roma.

mago la guerra[239], mientras espero de mala gana a mis compañeros que cenaban.

Ya la noche se disponía a echar sobre la tierra sus sombras y a esparcir por el cielo las estrellas. Empezaron entonces los esclavos a increpar a los marineros y éstos a aquéllos: «¡Aborda aquí!»; «¡Que embarcas a trescientos!»; «¡Eh tú, que ya basta!». Mientras se nos cobra el pasaje, mientras se ata la mula[240], se va una hora entera. Los malvados mosquitos y las ranas de los pantanos ahuyentan el sueño; canta a su amiga ausente un marinero bien empapado de vino peleón, y un viajero compite con él. Al fin el viajero cansado se pone a dormir; el marinero, perezoso, amarra a una piedra el ronzal de la mula, la deja pastar y ronca panza arriba.

Y ya llegaba el día, cuando nos damos cuenta de que la barca no avanzaba, hasta que un chalado salta a tierra y con una vara de sauce le pule la cabeza y los lomos a la mula y al marinero. Y al fin desembarcamos, cuando ya iba a dar la hora cuarta[241].

Nos lavamos rostros y manos en tus aguas, Feronia[242]. Entonces, después de comer, nos arrastramos por tres millas y llegamos al pie de Ánxur, encaramada en blancas rocas que brillan de lejos. Aquí iba a llegar el excelente Mecenas y con él Cocceyo[243], uno y otro enviados por asuntos de enorme impor-

---

239 En efecto, parece que el poeta era de estómago delicado. La expresión, en términos que parodian el lenguaje épico, parece significar que aquella noche se abstuvo de cenar, a causa del *mal estómago* que le había provocado el agua.

240 La que debía arrastrar la barca por el camino de sirga.

241 En primavera, como parece ser el caso, esa hora caería entre las 9 y las 10 de la mañana.

242 Santuario cercano a Ánxur, la actual Terracina, en la costa meridional del Lacio, donde había una fuente famosa.

243 Como se ve, Mecenas se incorpora al viaje sobre la marcha, acompañado por Cocceyo Nerva, importante personaje de la familia de la que saldría, mucho tiempo después, el emperador Nerva (96-98 d. C.). Al parecer, había

tancia, acostumbrados los dos a poner paz entre amigos en discordia[244]. Aquí yo unté mis ojos pitañosos con negruzcos colirios[245]. Entretanto, llegaron Mecenas y Cocceyo, y también Capitón Fonteyo[246], un hombre sin fisuras, amigo de Antonio como ninguno. Dejamos de buena gana Fundos[247], con su pretor Aufidio Lusco[248], riéndonos de las insignias de ese escribano medio loco: su toga pretexta, su laticlavo y su badil de brasero. Luego, cansados, nos quedamos en la ciudad de los Mamurras[249], donde Murena[250] nos procuró una casa y Capitón una cocina.

---

mantenido su amistad tanto con Octaviano como con Antonio, lo que lo hacía especialmente idóneo para una mediación entre uno y otro; *cf.* A. Bianchi, *EO* I: 694 s.

[244] Naturalmente, en este caso César Octaviano y Marco Antonio.

[245] En efecto, Horacio padecía de oftalmia crónica.

[246] Gayo Fonteyo Capitón, que actuaba como plenipotenciario de Marco Antonio; *cf.* M. Malavolta, *EO* I: 740. Horacio lo define con la metáfora *ad unguem factus homo*, derivada de la costumbre de los canteros de comprobar el debido ajuste de sillares y losas pasando la uña sobre sus juntas.

[247] Actual Fondi, algo más alejado de la costa.

[248] No sabemos más de este pintoresco magistrado municipal, aunque ha llamado la atención que Horacio lo denomine «pretor», cuando consta que Fundos estaba gobernada por entonces por tres ediles; *cf.* M. G. Granino Cecere, *EO* I: 650 s. Lo que da pie a la ironía del poeta son los afanes de grandeza del personaje, que habría salido a recibirlos vestido con sus mejores galas y portando el *turibulum* o incensario ritual con su paleta o *vatillum*, término que sobrevive en nuestro «badil» o «badila».

[249] La ciudad de Formias, actual Formia, en el extremo sur de la costa latina. Horacio se refiere a una familia bien conocida, sobre todo por el estrecho colaborador de Julio César satirizado por Catulo en sus poemas 29, 41 y 57; *cf.* C. Ferone, *EO* I: 788 s.

[250] Se trata de Lucio Licinio Varrón Murena, que también llevó otros nombres a causa de sucesivas adopciones. Era cuñado de Mecenas, al ser medio hermano de su esposa Terencia. Tras compartir con Augusto el consulado en el 23 a. C., fue acusado de participar en la conjura de Cepión, y sumariamente ejecutado. Esta crisis, al parecer, hizo que Mecenas perdiera su papel de confi-

Amanece el siguiente día, con mucho el más dichoso, pues en Sinuesa[251] nos salen al encuentro Plocio, Vario y Virgilio[252], las almas más puras que la tierra ha dado, y a quienes nadie quiere más que yo. ¡Oh, qué abrazos hubo y qué alegrías! Nada compararía yo a un amigo querido, estando en mis cabales.

La pequeña villa que está junto a Puente Campano[253] nos brindó su cobijo; los aposentadores[254], la leña y la sal que es debida. Luego los mulos descargan sus alforjas en Capua por un rato[255]. Mecenas se va a jugar, y Virgilio y yo a dormir, pues la pelota y el juego son enemigos de los que están mal de los ojos o del estómago[256]. Después nos recibe la villa de Cocceyo[257],

---

dente principal de Augusto; véanse G. Vogt-Spira, *EO* I: 773 s. y nuestra nota previa a la *Oda* II 10, que Horacio le dedicó, en el vol. 360 de esta B. C. G. No parece que Murena estuviera en el grupo de viajeros, pero su influencia era obvia.

251 Actual Sinuessa, en el Lacio, a unos 25 km de Formias.

252 Plocio Tucca y L. Vario Rufo (que serían los editores póstumos de la *Eneida*), y el propio Virgilio, en torno al que se agrupaba aquella escuela de poetas amigos.

253 Confín entre el Lacio y la Campania.

254 Horacio habla de los *parochi*, los comisionados oficiales que debían ocuparse del alojamiento de quienes viajaban por encargo y cuenta del Estado. Su obligación era la de proporcionarles, aparte de techo y cama, leña para el fuego y sal (para los pediluvios que todo caminante agradece); *cf.* Fedeli, *ad loc.* Algo muy parecido, por cierto, a lo que las Ordenanzas militares de Carlos III, fenecidas no hace muchos años, exigían a los vecinos obligados a alojar a las tropas en tránsito: «agua, sal y asiento a la lumbre».

255 En efecto, parece que el grupo sólo hizo en Capua una pequeña parada; *cf.* Fedeli.

256 De la oftalmia de Horacio ya hemos hablado. De los males de estómago de Virgilio —posiblemente más bien tuberculosis— nos informa, entre otros testimonios, la *Vida* de Suetonio 8 (véase el vol. 81 de esta B. C. G. (*Biografías Literarias latinas*: 86 s.)

257 Huelga comentar lo bien surtida que estaría la finca de tan ilustre personaje, que figuraba entre los viajeros.

bien provista de todas las cosas, que está sobre los mesones de Caudio[258].

Y ahora quisiera, oh musa, que me recordaras brevemente la pugna del bufón Sarmento con Mesio Cicirro[259], y de qué padre había nacido cada uno de los que entablaron el combate. El linaje del osco Mesio es ilustre, y el ama[260] de Sarmento vive todavía. De tales mayores engendrados, se encontraron los dos en la batalla. Empezó Sarmento: «Yo digo que tú te pareces a un caballo salvaje». Nos reímos, y entonces Mesio dijo: «Acepto el reto», y movió la cabeza. «¡Vaya! —dijo el otro—, ¿qué harías si a tu frente no le hubieran cortado el cuerno que tenía, cuando así mutilado de tal manera amenazas?» Y es que al otro una cicatriz horrible le afeaba la frente peluda por el lado izquierdo. Tras burlarse mucho de él a cuento de su dolencia campana[261], le pedía que bailara la danza del cíclope pastor: ninguna falta le hacían la máscara ni los trágicos coturnos[262].

---

[258] Localidad de la región del Samnio correspondiente a la actual Montesarchio, de ominosa fama por la derrota que allí habían sufrido las tropas romanas en las guerras con los samnitas (343-290 a. C.), la de las «horcas caudinas».

[259] Como decíamos, son evidentes los términos paródicos de los de la épica con los que Horacio introduce la chusca querella entre estos dos pobres diablos. El *scurra* Sarmento parece ser un liberto y parásito de Mecenas, al cual quizá acompañaba como bufón. En cuanto a Mesio, cuyo sobrenombre de *cicirrus* («gallo de pelea») tal vez es el de un personaje de la *Atellana*, la farsa dramática tradicional del pueblo osco, resulta verosímil que fuera una figura local de menor cuantía; véase el amplio comentario de FEDELI *ad loc.*

[260] Pues, como decíamos, había sido esclavo, aunque últimamente, según parece, de Mecenas.

[261] Según uno de los escolios transmitidos por el humanista Cruquius, se trataba de una especie de verrugas que dejaban en el rostro tremendas cicatrices y que eran especialmente frecuentes en la región de Campania; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

[262] Probable referencia a un número de pantomima protagonizado por el famoso cíclope Polifemo, enamorado de Galatea. Sarmento, con su tremenda

Muchas cosas le dijo Cicirro al responderle: le preguntaba si, cumpliendo su voto, ya había ofrecido su cadena a los lares[263]; le decía que no porque fuera escribano su ama tenía sobre él menor derecho[264]; le preguntaba, en fin, por qué se había fugado en cierta ocasión[265], cuando le bastaba con una libra de grano, siendo tan canijo y esmirriado. Y así alargamos aquella cena placentera.

De allí nos fuimos directamente a Benevento[266], donde nuestro oficioso hospedero no se abrasó por poco cuando en el fuego daba vueltas a unos tordos flacos; pues al desmadrarse Vulcano[267], la llama cundió por la vieja cocina y se aprestaba a lamer la cima del techado. Entonces tendrías que ver a los hambrientos comensales echando mano de la cena y a los esclavos despavoridos llevándosela, y a todos tratando de acabar con el incendio.

A partir de allí la Apulia[268] empieza a mostrarme sus montes consabidos, que abrasa el lebeche[269], y que jamás habríamos superado de no habernos acogido una villa cercana a Trivico[270], no sin humos que nos arrancaron lágrimas, pues en el hogar ardían ramas verdes con todas sus hojas. Aquí yo —tonto y más

cicatriz que, al parecer, había afectado a uno de sus ojos, debía de recordar al grotesco personaje. Horacio se refiere a él también en *Epi.* II 2, 125.

263 Los dioses domésticos. Tal ofrenda era tradicional en los esclavos que alcanzaban la libertad.

264 Los antiguos amos, luego patronos, de los libertos conservaban sobre ellos cierta potestad.

265 El de darse a la fuga era uno de los mayores delitos que podía cometer un esclavo. Como castigo por el mismo se los solía marcar a hierro en la frente.

266 Importante ciudad del Samnio, que sigue teniendo el mismo nombre.

267 Naturalmente, el fuego.

268 La región natal de Horacio, en el S.E. de la Península italiana.

269 El viento del S.O. que Horacio llama *Atabulus*.

270 Actual Trevico.

que tonto— me quedo esperando hasta la media noche a una moza mentirosa; pero el sueño me arrebata cuando Venus me tenía tieso. Entonces, mientras dormía en decúbito supino, unos sueños de imágenes inmundas manchan mi ropa de noche y mi vientre.

Después corremos en carro veinticuatro millas, para parar en un villorrio que el verso no permite que se nombre, aunque hacerlo por indicios es muy fácil[271]. La más vulgar de las cosas, el agua, aquí se vende; pero el pan es con mucho el mejor, de modo que el viajero inteligente suele cargar con él para el camino. En efecto, el de Canusio[272] es como piedra; y de agua no tiene más de un cántaro ese sitio que antaño fundara el valeroso Diomedes[273]. En este punto Vario, desolado, se separa de sus amigos, que llorando quedan.

De ahí llegamos a Rubos[274], agotados, pues habíamos andado un trecho largo, que las lluvias habían hecho más difícil. Al día siguiente fue mejor el tiempo, pero peor el camino hasta los muros de Bari[275], rico en pescado; luego Gnacia, levantada contra designio de las ninfas[276], nos dio ocasión de risas y de bromas, con su pretensión de hacer creer que en la puerta de su templo se funde el incienso sin llama[277]. Que lo crea Apela el

---

[271] Según Porfirión, se trata de *Aequum Tuticum* (hoy San Eleutero), nombre que, en efecto, por su estructura prosódica es inutilizable en el verso hexámetro.

[272] Actual Canosa.

[273] En el marco de las diversas fundaciones posteriores a la guerra de Troya se atribuía a Diomedes la de Canosa, Benevento y otras ciudades de la Italia meridional; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

[274] Actual Ruvo di Puglia.

[275] La antigua *Barium*, importante puerto del Adriático.

[276] Actual Egnazia. Al parecer, era una localidad especialmente árida, por lo que se entendía que no gozaba del favor de las ninfas, cuyo nombre habría sido relacionado, por una etimología popular, con el de las *lumpae* o *limp(h)ae*, «las aguas»; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

[277] Escéptica alusión a un mito de la religiosidad local.

judío[278]; yo no, pues he aprendido que los dioses viven tan tranquilos; y que si la naturaleza hace un prodigio, no son los dioses los que, airados, lo dejan caer desde lo alto del cielo[279].

Y Brindis[280] es el final de este largo escrito y del largo viaje.

6

También la segunda parte del libro se inicia con una sátira dedicada a Mecenas, ejemplo del poderoso que no juzga a los demás por su origen, sino por sus cualidades morales; lo contrario de lo que hace el vulgo, que sigue admirando a los nobles aunque sean unos degenerados (1-20). Quien, como el propio Horacio, desea vivir en paz, no tratará de ganarse los votos de la plebe, que somete a un severo escrutinio a cuantos pretenden sus favores y especialmente en cuanto a su estirpe (20-44). El poeta pasa a tratar de sí mismo, *el hijo del liberto*, envidiado antaño por haber llegado a tribuno militar y ahora por su intimidad con Mecenas; pero él no la había conseguido por un golpe de suerte: Virgilio y Varo, los poetas amigos, se lo habían presentado, y al cabo de unos meses Mecenas lo incorporó a su círculo sin mirar a sus antecedentes familiares y sí a sus buenas cualidades (45-64). En efecto, Horacio se considera una buena persona, sincero y leal amigo de sus amigos. Todo ello se debía a la esmerada formación que le había proporcionado su padre. Éste no había querido que su hijo se educara en el estrecho marco de Venusia, donde siempre sería *el hijo del liberto*. Haciendo un esfuerzo, lo llevó a Roma para que allí recibiera la educación propia de los romanos de elevada condición; y se había ocupado personalmente de que

[278] Otra mención despectiva de las creencias judaicas. Según Porfirión, el nombre del judío en cuestión alude sutilmente al rito de la circuncisión.

[279] Profesión de fe típica de un epicúreo.

[280] La antigua *Brundisium* y actual Brindisi. Mantenemos su castiza denominación española, forjada en los siglos en que perteneció a la Corona de Aragón. Era, como decíamos, el término final de la Vía Apia y el escenario del encuentro pactado con Antonio.

así fuera. No pretendía para su hijo una profesión superior a la suya, pero sí una verdadera formación humana y moral (64-88). En consecuencia, Horacio no piensa en excusarse, como otros, por no haber tenido un padre más ilustre: no hubiera elegido otro en caso de haber podido hacerlo. Además, un más alto linaje hubiera sido para él una carga poco grata. Tal como es, puede llevar una vida sencilla y viajar hasta el extremo de Italia en un modesto mulo; mientras que al pretor Tilio, que va a Tíbur con sólo cinco esclavos, todos lo acusan de mezquino (89-109). Describe luego Horacio el cómodo y sencillo plan de vida que sigue en Roma: pasea a solas por las tardes por el Circo y el Foro y escucha a vendedores, charlatanes y adivinos. Luego, en casa, toma su cena, frugal y servida por tres esclavos sin lujo alguno; duerme, libre de madrugones, hasta bien entrada la mañana; pasa por el Campo de Marte para hacer un poco de ejercicio y luego se toma un baño. Tras una comida no menos frugal, dedica al ocio la tarde, con una tranquilidad que no tiene la gente de ilustre familia (110-131).

Mecenas, no porque ninguno de los lidios que los confines de Etruria[281] han poblado te aventaje en nobleza, ni porque hayas tenido por parte de madre y de padre abuelos que en su día mandaron grandes legiones[282], dejas colgados de tu nariz encogida[283], como tantos suelen hacer, a los desconocidos como yo, nacido de un padre liberto. Cuando dices que nada importa el padre del que cada cual ha nacido, con tal de que sea un hombre de bien[284],

---

[281] Los etruscos, pueblo al que pertenecía Mecenas, eran tenidos como originarios de Lidia, en la costa O. del Asia Menor.

[282] Como ya hemos recordado en varias ocasiones, Mecenas descendía de reyes etruscos.

[283] La expresión *naso adunco* se utilizaba para designar el gesto de las personas displicentes con el prójimo.

[284] El término *ingenuus* se aplicaba en propiedad al hombre nacido de condición libre, caso de Horacio, pero no de su padre. El comentario del Pseudo Acrón lo refiere más bien *ad morum probitatem*, y en esa línea Fedeli (*cf.* su comentario) lo interpreta como «un galantuomo».

estás en verdad persuadido de que ya antes de que Tulio[285] llegara al poder, y de su reinado, que salió de la nada, vivieron muchos varones honrados carentes de ancestros notorios, que fueron engrandecidos con grandes honores; y de que, en cambio, Levino[286], descendiente de aquel Valerio por el que Tarquinio el Soberbio[287] fue derribado del trono y empujado al exilio, nunca ha valido un cuarto más que los otros; incluso en la opinión de ese juez que ya sabes, el pueblo, que tantas veces, necio, da los honores a quienes no los merecen; que estúpidamente se somete a la fama; que se queda extasiado ante los títulos y las estatuas[288].

¿Qué hemos de hacer nosotros, que estamos lejos, y bien lejos, del vulgo? Pues —admitámoslo— el pueblo preferiría confiar un cargo a Levino que a Decio[289], que es hombre sin abolengo; y Apio[290], en su papel de censor, me hubiera excluido a mí, al no ser hijo de un padre libre de nacimiento; y con razón, por no haberme quedado quieto, metido en mi piel[291]. Ahora bien, la Gloria[292]

---

[285] Servio Tulio, sexto rey de Roma (578-535). Según la tradición —y como su nombre sugiere— era hijo de una esclava; *cf.* A. Bianchi, *EO* I: 881 s.

[286] Publio Valerio Levino, considerado como descendiente de Valerio Publícola, uno de los fundadores de la República romana. Su conducta desmereció gravemente de la de sus mayores; *cf.* G. Vitucci, *EO* I: 768 s.

[287] El séptimo y último rey de Roma (534-509 a. C.), destronado por su despotismo.

[288] Se refiere a las inscripciones e imágenes que recordaban a las grandes figuras del pasado.

[289] Sobre Levino véase lo ya dicho. En cuanto a Decio, se trata de Publio Decio Mus (o Mure, «ratón»), gran caudillo de las guerras de Roma contra los samnitas, en la segunda mitad del s. iv. Era, en efecto, un hombre sin abolengo.

[290] No se refiere al mítico censor del 312 a. C., sino a su descendiente Apio Claudio Pulcro, censor en el 50 a. C., tras haber sido pretor y cónsul. Como su antepasado, era hombre de extremada severidad; *cf.* G. Marasco, *EO* I: 639.

[291] Es decir, por haber aspirado a más.

[292] Se trata de una personificación, que, al igual que los generales vencedores a sus prisioneros, lleva tras de sí a cuantos han pretendido alcanzarla; *cf.* Fedeli, *ad loc.*

lleva amarrados a su carro brillante no menos a los ignotos que a los linajudos. ¿De qué te ha valido, Tilio, volver a tomar el laticlavo[293] que habías dejado y hacerte tribuno? Ha crecido la envidia hacia ti, que hubiera sido menor hacia un ciudadano privado. En efecto, tan pronto como algún insensato se ata hasta la mitad de la pierna las negras correas[294] y deja que el laticlavo cuelgue en su pecho, no para de oír: «¿Quién es éste?, ¿quién es su padre?». Es como si uno enferma de la misma dolencia que Barro[295] y pretende ser tenido por guapo; y va por doquier y provoca en las mozas la curiosidad por saberlo todo sobre él: cómo es su cara, su pierna, su pie, sus dientes y sus cabellos. Así también, quien promete que va a preocuparse por los ciudadanos, por la Urbe, por el imperio, y por Italia, y por los santuarios divinos, obliga a toda la gente a fijarse y a preguntar de qué padre ha nacido, y si por ser de madre desconocida carece de alcurnia.

«¿Entonces tú, el hijo del sirio Dama o de Dionisio[296], te atreves a arrojar desde la roca a ciudadanos o a entregarlos a Cadmo[297]?»— «Pues mi colega Novio[298] está un escalón por de-

[293] El laticlavo, así llamado por su ancha franja bordada, era lo mismo que la *toga praetexta*, la que llevaban los chicos hasta la mayoría de edad y los magistrados. El sentido de la expresión parece ser el de que al tal Tilio, no conocido por otras fuentes, no le había valido la pena entrar en la carrera político-administrativa; *cf.* F. BELLANDI, *EO* I: 917 s.

[294] Junto con el laticlavo, las cuatro correas que ataban el calzado a las piernas, eran propias del atuendo de los senadores; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

[295] Parece tratarse de un personaje de los tiempos de Lucilio condenado por seductor; *cf.* F. CITTI, *EO* I: 659 s.

[296] Aquí habla, una vez más, un interlocutor fingido. Dama y Dionisio son dos nombres típicos de esclavos.

[297] La roca nombrada anteriormente era la Tarpeya, en las estribaciones del Capitolio, lugar tradicional de ejecución para ciertos delitos. Cadmo nombrado era, según Porfirión, un verdugo de la época.

[298] El interlocutor, probablemente hijo de un liberto, se refiere ahora a un colega en una magistratura, tal vez el tribunado, al que, como liberto, le corres-

trás de mí, porque es lo que era mi padre.»— «¿Y por eso ya te parece que eres un Paulo o un Mesala[299]? Pues éste[300], aunque en el Foro se junten doscientos carros y tres grandes entierros[301], logrará que suene su voz, hasta imponerse a cuernos y trompas; al menos esto nos gusta.»

Ahora vuelvo a mí mismo, hijo de un padre liberto, al que todos le hincan el diente como a hijo de un padre liberto; ahora, Mecenas, porque soy de tus íntimos, y antes porque, en mi condición de tribuno, una legión romana obedecía mi mando[302]. Lo uno es distinto de lo otro; porque, si tal vez alguno me puede envidiar con razón aquel cargo, con tu amistad no es lo mismo, sobre todo porque te cuidas tú de elegir a quienes se la merecen, dando de lado al oportunismo bastardo. No podría decirme feliz porque la fortuna me hizo tu amigo; y es que no fue ningún golpe de suerte el que te puso a mi alcance: un día el excelente Virgilio, y Vario[303] después de él, te dijeron quién era. Cuando comparecí en tu presencia, tras decir sólo unas palabras entrecortadas (pues un pudor infantil me impedía hablar más), no te conté que fuera hijo de padres ilustres, ni que anduviera

---

ponde en el teatro un lugar de condición inferior al de la suya; *cf.* C. Santini, *EO* I: 824.

[299] Dos prototipos de romanos ilustres: G. Valerio Mesala Corvino, el gran político, orador e historiador, y Paulo Fabio Máximo, que emparentaría con Augusto y al que Horacio dedicó la *Oda* IV 1.

[300] El criticado Novio.

[301] Por el Foro pasaban toda clase de comitivas, y especialmente fúnebres, por lo que a veces era difícil hacerse oír en los procesos y asambleas que allí se celebraban.

[302] Como ya decíamos en nuestra Introducción general, Horacio había desempeñado el cargo de tribuno militar en la campaña de Filipos. El cada legión solía haber seis, pero es posible que en algún momento tuviera que ejercer el mando de una.

[303] Los poetas amigos que en el año 38 a. C. lo presentaron a Mecenas.

por mis tierras en un corcel de Saturio[304], sino que te conté lo que yo era. Me respondes tú brevemente, según tu costumbre; me voy y me llamas de nuevo tras nueve meses, y me ordenas contarme en el número de tus amigos.

Mucho estimo yo el haberle caído en gracia a quien, como tú, distingue al malvado del bueno no por un padre preclaro, sino por la pureza de vida y de alma. Pero si mi natural, honrado por lo demás, adolece de defectos medianos y no muy numerosos, cual los lunares que puedes ver que salpican la belleza de un cuerpo; si nadie me acusará con razón de avaricia ni de sordidez, ni de andar por tugurios infames; si —por alabarme yo mismo— llevo una vida limpia e intachable, y mis amigos me quieren, de todo ello fue causa mi padre, que, humilde dueño de un predio modesto, no quiso enviarme a la escuela de Flavio[305], a donde iban los niños ilustres, nacidos de centuriones ilustres[306], con su cartera y tablilla del brazo izquierdo colgadas, llevando a mediados de mes sus ocho monedas[307]. Antes bien, se atrevió a llevarme a Roma cuando aún era niño, para que me enseñaran los mismos saberes que cualquier caballero o cualquier senador hace que aprendan sus hijos. Si alguien hubiera visto mi atuendo y los siervos que me acompañaban, como era del caso en medio de tanto gentío, creería que aquellos lujos me venían de un patrimonio ancestral. Él mismo, el más incorruptible de los guardianes, me acompañaba cuando acudía a un maestro tras otro. ¿Para qué alargarme? Él preservó mi pudor, ornato prime-

---

304 Parece referirse a *Satur(i)um* un lugar cercano a Tarento, zona de grandes propiedades rústicas.

305 El maestro de escuela que había en Venusia, villa natal de Horacio.

306 Como hacíamos notar en nuestra Introducción general, seguramente se refiere, y con cierta ironía, a los de las tropas asentadas en Venusia a raíz de la Guerra Social de los años 98-90 a. C.

307 A mediados de mes, los alumnos pagaban los ocho ases que costaba la enseñanza.

ro de la virtud, no sólo de toda acción, sino incluso de toda acusación vergonzosa; y no tuvo miedo de que alguien le hiciera reproches si andando el tiempo, haciéndome pregonero o, como él mismo fue, cobrador de subastas[308], seguía una carrera de escasas ganancias; ni tampoco yo me hubiera quejado. Pero precisamente por esto le debo mayor alabanza y reconocimiento.

Estando yo en mis cabales, nada me puede pesar de un padre como éste; y por ello no voy a justificarme como hacen muchos, que dicen que no es culpa suya si no tienen padres libres e ilustres. Mi voz y mi pensamiento discrepan largamente de ésos. Pues, si nos ordenara la naturaleza, al cabo de unos ciertos años, desandar el tiempo pasado y escoger otros padres —los que cada cual deseara para mayor gloria suya—, yo, con los míos contento, no querría hacerme con unos distinguidos por fasces y sillas curules[309]; loco a los ojos del vulgo, quizá sensato a los tuyos, por no querer una carga pesada que no estoy hecho a llevar. Y es que habría tenido que buscar sin descanso un patrimonio más grande, y saludar a más gente y llevar a uno o dos que me acompañaran, para no ir solo al campo o de viaje; tendría que dar de comer a más mozos de cuadra y caballos, tendría que llevar carruajes. Ahora, si me apetece, podré ir incluso hasta Tarento[310] en un simple mulo, al que las alforjas le despellejen los lomos y el jinete las paletillas. Nadie me reprochará la tacañería que a ti, oh Tilio, te echan en cara, cuando, siendo pretor, por la Vía Tiburtina[311] te acompañan cinco esclavos, llevándote el orinal y la jarra del vino[312].

---

[308] Es decir, *coactor*, como veíamos en su lugar que nos cuenta la *Vida* de Suetonio.

[309] Es decir, por los haces de varas con el hacha y la silla que eran atributos de los magistrados superiores.

[310] Ciudad situada en el extremo del S. de Italia.

[311] La que llevaba a Tíbur, actual Tívoli, a unos 30 km al N.E. de Roma.

[312] Menguado séquito para un personaje de su categoría.

En esto y en otras mil cosas, senador preclaro[313], vivo yo más cómodamente que tú. Por donde me apetece voy solo, pregunto a cómo están las legumbres y el grano; a menudo me voy a pasear por el Circo, lleno de engaños[314], y por el Foro cuando atardece; me paro junto a los adivinos[315], luego me vuelvo a mi casa, a mi plato de puerros, garbanzos y torta[316]. Tres esclavos me sirven la cena, y un mármol blanco sostiene dos copas y el jarro; al lado hay un equino[317] barato, y una alcuza con su patera, vajilla campana[318]. Luego me voy a dormir sin preocuparme de que mañana haya que levantarse temprano, e ir a ver al Marsias[319], que dice que no puede aguantar ver la cara del menor de los Novios[320]. Duermo hasta la hora cuarta[321], y después paseo o leo o escribo lo que me apetezca, en silencio; y me doy friegas de aceite, aunque no del que el asqueroso de Nata[322] le roba

---

313 El apóstrofe va dirigido al ya nombrado Tilio, con toda la ironía que puede verse.

314 El Circo Máximo, en buena parte aún conservado, era lugar predilecto de los charlatanes de feria.

315 En el Foro, y especialmente por las tardes, abundaban los vendedores, adivinos, etc.

316 El Pseudo Acrón explica que los *lagana* «están hechos de una cierta harina de trigo, con forma como de una piel, que cuecen con salsa de pimienta y así los comen». Parece, pues, tratarse de una especie de *pasta*, no muy distinta de las actuales lasañas o canelones.

317 Según algunos comentaristas, se trataba de un recipiente de vidrio o de bronce destinado a enjuagar los vasos; pero otros piensan en una especie de bandeja de madera para colocarlos; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

318 Es decir, de poco precio.

319 La estatua de Marsias o Sileno en el Foro era lugar tradicional de cita de quienes iban a concluir un negocio, pagar una deuda o asistir a un juicio.

320 Al parecer, conocidos usureros.

321 Más o menos, sobre las 10 de la mañana.

322 El darse friegas de aceite era habitual antes de practicar ejercicio físico. El tal Nata era, según Porfirión, un hombre de proverbial sordidez.

a las lámparas. Y cuando el sol demasiado fuerte me aconseja marcharme a los baños, huyo del Campo de Marte y del juego del triángulo[323]. Tras comer moderadamente —lo bastante para no llegar al cabo del día con el vientre vacío—, me entrego al ocio en mi casa. Ésta es la vida de los que están libres de la mísera e insoportable ambición; con todo esto yo me consuelo, pensando que voy a vivir mejor que si mi abuelo, mi padre y mi tío hubieran sido cuestores.

7

Estamos ante la más breve de las *Sátiras*, probablemente la más antigua (quizá anterior a la batalla de Filipos) y, desde luego, la más superficial, aunque no carente de gracia. Su asunto no pasa de ser un chascarrillo acaecido en los tiempos en que Horacio militaba entre los *cesaricidas*. El escenario parece ser Clazómenas, próspera ciudad de la Jonia, en la que un rico comerciante, Persio, había tenido conflictos con Rupilio Rey, uno de los satélites de Bruto. Éste, en su condición de pretor, hubo de juzgar sobre el asunto. El griego —o, como Horacio dice, mestizo— atacó duramente en su primer discurso al romano, lo que le valió una respuesta proporcionada. Pero en su réplica, y recordando que su juez era un Bruto y que su adversario se apellidaba Rey, le pide a aquél que, al igual que había hecho su antepasado con Tarquinio el Soberbio, acabe con este nuevo *monarca*.

Cómo el mestizo Persio[324] se vengó de la mala baba y del

[323] Se trataba de un deporte en el que tres jugadores, situados en los vértices de un triángulo, se lanzaban la pelota. El Campo de Marte, como se sabe, era un espacio llano a la orilla del Tíber donde se practicaban los ejercicios atléticos y militares.

[324] Según el Pseudo Acrón, era de padre asiático y madre romana; pero nada más se sabe sobre él; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

veneno de Rupilio Rey, el proscrito[325], creo que todos lo saben, desde los que andan mal de los ojos hasta los barberos[326]. El tal Persio era rico, y tenía en Clazómenas[327] negocios muy grandes y también engorrosos pleitos con Rey. Era un hombre tan desagradable y odioso como para dejar corto a Rey; soberbio, orgulloso y tan mala lengua, que con caballos blancos adelantaba a Sisenas y Barros[328].

Vuelvo a Rey. Una vez que no hubo acuerdo entre ellos (pues todos los hombres conflictivos se encuentran en la situación de los paladines que han de enfrentarse a un combate: entre Héctor, el hijo de Príamo, y el animoso Aquiles hubo un odio capital, de modo que sólo la muerte acabó separándolos, y no por otra razón que la de que en uno y otro el valor era máximo. En cambio, si son dos cobardes los zarandeados por la Discordia, o si el combate se da entre hombres dispares, como le ocurrió a Diomedes con el licio Glauco[329], el menos valiente se retirará, procurando ofrecerle regalos al otro)...; pues bien, cuando Bruto gobernaba como pretor la rica Asia[330], se

---

[325] Publio Rupilio Rey, según Porfirión, era un anti-cesariano exiliado en África y proscrito por el primer triunvirato. Acabó en el ejército de Bruto, donde se habría ganado la enemistad de Horacio; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

[326] Horacio parece plantear aquí dos extremos: el de los aquejados de oftalmia (como era él mismo) que se supone que *no se enteraban de nada*, y el de los barberos, que entonces, como ahora, estaban al tanto de cuanto ocurrían en su localidad.

[327] Ciudad jonia en la costa del Asia Menor.

[328] Expresión proverbial; los caballos blancos eran tenidos por los más veloces. Sisena y Barro son personajes desconocidos.

[329] El aqueo Diomedes se tropezó en el combate con el licio Glauco. Una vez que éste le dio noticia de su familia, con la que Diomedes había mantenido relaciones de hospitalidad, concluyeron amistosamente el encuentro y se intercambiaron las armas; *cf.* HOMERO, *Ilíada* VI 234 ss.

[330] Marco Junio Bruto (c. 85-42 a. C.), líder de los *cesaricidas*, que, como recordábamos en nuestra Introducción general, había estado en aquel territorio

enfrenta la pareja formada por Rupilio y por Persio, no menos proporcionada que la que haría Bito con Baquio[331]. Acuden enardecidos al tribunal, dando el uno y el otro un gran espectáculo.

Expone Persio su causa y se gana las risas de toda la concurrencia: alaba a Bruto y alaba a su cohorte; a Bruto lo llama sol de Asia, y estrellas propicias a los de su séquito, exceptuando a Rey, del que dice que ha venido como la constelación del Can[332], odiada por los labradores. Impetuoso corría, como un río en invierno por los lugares donde entra la segur pocas veces[333]. Entonces el prenestino[334] responde al aluvión de agua salada[335] con denuestos que exprime de su propia cepa, como vendimiador robusto e indomable, ante el que más de una vez se hubiera achantado el viandante que a grandes voces le hubiera llamado cuclillo[336].

---

en los años 43-42 reclutando efectivos con que oponerse a los cesarianos. La provincia de Asia, constituida por la parte más occidental de Asia Menor, era famosa por su prosperidad, en buena parte derivada de la larga tradición comercial de sus pobladores griegos.

[331] Dos conocidos gladiadores de la época.

[332] O del perro, de cuyo nombre viene el de la «canícula».

[333] Persio parece seguir los exuberantes modos de la oratoria asiática. La comparación que establece es de origen homérico; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

[334] En efecto, Rupilio era de Preneste, actual Palestrina, en el Lacio.

[335] La sal, entonces como ahora, tenía connotaciones que evocaban el espíritu satírico.

[336] Alusión a una ancestral costumbre campesina, documentada desde la Grecia y la Italia antiguas hasta la España del Siglo de Oro. Al parecer, los viandantes solían increpar con la onomatopeya «cucú», el canto del cuclillo, a los labradores que retrasaban la poda de las viñas, propia del invierno, hasta los primeros días de la primavera, en los que ya canta ese pájaro. El cuco, además, era considerado por sus costumbres como ejemplo ya de cornudo, ya de *cornificador*, lo que hace más compleja y vidriosa la cuestión. Véase a su respecto la exhaustiva investigación de J. GIL, «PARERGA IV: El canto del cuco», en *HABIS* 37 (2006): 211 ss.

Pero el griego Persio, una vez que se vio empapado de vinagre de Italia[337], exclamó: «Por los grandes dioses te ruego, Bruto, a ti que estás hecho a quitar de en medio a los reyes[338]: ¿por qué a este rey[339] no le cortas el cuello? Créeme que esta tarea es de las que te conciernen».

8

Esta sátira recoge el regocijante monólogo del Priapo de palo que en las Esquilias —siniestro paraje— hubo de presenciar los ritos mágicos de la bruja Canidia y sus ayudantes. Él estaba allí como espantapájaros, para proteger los jardines y huertos de aquel lugar en proceso de rehabilitación (1-13). Pero las hechiceras siguen merodeando por allí, a la luz de la luna, en busca de hierbas y huesos que sirvan para sus maleficios (14-22). Y así apareció Canidia con sus ayudantes, para practicar una serie de ritos macabros (23-45). El buen Priapo, muerto de miedo, deja escapar una sonora ventosidad que raja su trasero y pone en grotesca fuga a las brujas (46-50).

Yo era antaño un tronco de higuera, inútil madero, cuando un artesano que no sabía si hacer un escaño o un Priapo[340] pre-

---

[337] El *Italum acetum* servía ya, al menos desde Plauto, como expresión metafórica del ácido humor popular de los itálicos. Aquí Horacio lo emplea, evidentemente, en contraste con el «agua salada» que el griego había propinado antes al romano; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

[338] El *quid* de la gracia reside en la apelación al nombre y figura de Lucio Junio Bruto, antepasado de Marco, que en el año 509 a. C. había encabezado la rebelión que destronó a Tarquinio el Soberbio, último rey de Roma.

[339] Naturalmente, en este caso se trata más bien de un «Rey», *cognomen* de Rupilio. Recuérdese las connotaciones negativas que el término «rey» tenía en latín, en buena parte por el mal recuerdo del último de ellos.

[340] Priapo era un dios menor ligado a los cultos de fecundidad, procedente del Oriente griego. En Italia fue adoptado como protector de huertos y jardines;

firió que yo fuera un dios. Y un dios es lo que soy desde entonces, el mayor espanto de ladrones y pájaros; pues a los ladrones los tienen a raya mi diestra y la bermeja estaca que sale de mi indecente entrepierna; y a los pájaros inoportunos los ahuyentan las cañas hincadas en lo alto de mi testa[341], y les prohíbe posarse en los jardines nuevos.

Tiempo atrás, a los muertos arrojados de las angostas chozas un compañero de servidumbre los metía en un pobre cajón para traerlos aquí[342]; aquí estaba la fosa común de la mísera plebe, para el bufón Pantólabo y para Nomentano, el perdulario[343]. Les daba mil pies al frente y trescientos al fondo una lauda que aquí había, prohibiendo que el monumento pasara a un heredero[344].

Ahora se puede vivir en unas Esquilias[345] saneadas y pasear por su muro soleado, donde hace poco la gente veía con pena un campo que los huesos blanquecinos afeaban; aunque a mí los

---

y como una especie de espantapájaros, sus imágenes de madera, con un prominente falo, podían verse en la mayoría de ellos.

[341] Fedeli hace observar al respecto que probablemente se trata de un haz de cañas que, sujeto a la cabeza de la imagen y agitado por el viento, producían un ruido que espantaba a los pájaros.

[342] En efecto, las Esquilias habían sido tradicionalmente el cementerio de siervos e indigentes. Horacio alude a las humildes *cellae* en las que solían vivir los esclavos.

[343] Según Porfirión, Pantólabo era Manlio Verna, impenitente parásito que se había merecido tal apodo («el que todo lo pilla»); *cf.* Fedeli, *ad loc.* Nomentano parece ser un famoso despilfarrador.

[344] Fórmula típica de las inscripciones sepulcrales, en las que suele constar la extensión del recinto funerario y se deja claro que el mismo no pasaba al heredero, que por lo tanto no podía enajenarlo ni alterar su uso originario.

[345] El barrio ya aludido de las Esquilias o Esquilino, en el N.E. de Roma, donde actualmente está la Estación Términi, era de antiguo, como decíamos, el lugar de enterramiento de los pobres. Sin embargo, en la época en que escribe Horacio se había llevado a cabo un proceso de rehabilitación urbanística, probablemente por iniciativa de Mecenas, que allí construyó su casa y los jardines que tomarían su nombre. Allí fue enterrado él, al igual que el propio Horacio.

ladrones y las bestias que solían revolver por este sitio no me preocupan ni me inquietan tanto como esas mujeres que con ensalmos y pócimas trastornan las almas de los hombres[346]. Con éstas no logro acabar de ningún modo, ni impedir que, tan pronto la vagante Luna[347] su hermoso rostro exhibe, recojan huesos y hierbas dañinas.

Yo he visto cómo iba Canidia[348], ceñida de negro manto, desnudos los pies y sueltos los pelos, aullando con la mayor de las Saganas[349]. La palidez había dado a la una y a la otra un aspecto espantoso. Con sus uñas escarbaron en la tierra, y a mordiscos se pusieron a despedazar una cordera negra[350]; la sangre la vertieron en la fosa, para hacer salir a las almas de los muertos que habían de dar respuesta a sus consultas. Había también una efigie de lana y otra hecha de cera. Era mayor la de lana, para infligir castigos a la más pequeña. La de cera se mostraba suplicante, como a punto de perecer como perecen los esclavos[351]. Invoca la una a Hécate, la otra a la sañuda Tisífone[352]. Además, se podía ver errando por allí serpientes y perras infer-

346 Se refiere a las hechiceras, que acudían a tales lugares en busca de materiales para sus maleficios.

347 La de la luna llena era una fase especialmente propicia para las malas acciones de las brujas. No se olvide que, en virtud de su identificación con Diana o Trivia, la Luna presidía sus ritos.

348 La hechicera, al parecer llamada Gratidia, que llegó a ser la *bête noire* de Horacio. Véanse los *Epodos* 3, 5 y 17 y nuestras notas a los mismos.

349 También brujas conocidas; al menos una de ellas, por el *Epodo* 5, 25.

350 Las ovejas negras estaban tradicionalmente relacionadas con los ritos infernales; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

351 La escena es similar a las que todavía hoy podemos presenciar en los ritos del *vudú*.

352 Hécate era una diosa griega de no muy vieja prosapia, relacionada con el mundo de los muertos y de la magia. En Roma aparece con frecuencia identificada con Diana. Tisífone era una de las tres erinias o furias, divinidades del remordimiento y la venganza.

nales, y cómo la Luna, ruborizada, se escondía tras los grandes sepulcros, por no ser testigo de semejantes cosas. Y si en algo miento, que manchen mi cabeza de blancas mierdas los cuervos, y que vengan a mearme y a cagarme encima Julio y ese Pediacia, que es tan delicado, y también el ladrón de Vorano[353].

¿Para qué contar con todos los detalles cómo las sombras, dialogando con Sagana, resonaban con un tono siniestro y chirriante; cómo a escondidas ocultaron en tierra una barba de lobo, con un diente de culebra moteada; cómo de la imagen de cera surgió un fuego enorme, y cómo, cual testigo que no renuncia a la venganza, expresé mi horror por las voces y el proceder de aquellas dos furias[354]? Yes que, con el mismo estruendo con que una vejiga revienta, solté un pedo que, al ser yo de higuera[355], me rajó el trasero. Corrieron ellas hacia la ciudad; y cómo a Canidia se le caían los dientes, a Sagana la alta peluca y las hierbas, y las mágicas ataduras de los brazos[356], es cosa que, de haberla visto, te hubiera provocado gran risa y jolgorio.

9

La *sátira del pelmazo* se encuentra entre las más conocidas y celebradas de Horacio. El poeta, paseando por la Vía Sacra, se ve asaltado por la indeseada compañía de un trepador que intenta valerse de él para alcanzar la amistad de Mecenas. Trata de quitárselo de encima

---

[353] Tres personajes, por lo que se ve, despreciables; según el Pseudo Acrón, *infames*, aunque no mucho más parece saberse de ellos. Sobre el nombre del primero, *Iulius*, se han planteado dudas entre los editores, habida cuenta de que era el gentilicio de los Césares; *cf.* FEDELI, *ad loc.* El del segundo tal vez está feminizado para hacer burla de sus aficiones sexuales.

[354] Véase *supra* la nota a Tisífone.

[355] Es bien conocida la facilidad con que la madera de higuera se raja.

[356] Atributos típicos de los ritos brujeriles.

con excusas varias, pero no hay manera: el otro no tiene nada que hacer y está decidido a ir con él hasta donde vaya (1-19). Resignado, Horacio continúa su camino mientras el inoportuno acompañante no deja de charlar enalteciendo sus propios méritos, sin apreciar las ironías de su víctima (20-34). Al llegar al templo de Vesta, cercano a las sedes de los tribunales, el pelmazo recuerda que ha de acudir a una citación judicial; pero decide pasarla por alto para seguir *dando la tabarra* a Horacio; y entonces le deja ver, ya sin rebozo, su interés por las intimidades del círculo de Mecenas y por acceder a él; pero Horacio le hace ver que allí no reina el espíritu competitivo que él supone. El obstinado oportunista, sin embargo, sigue en sus trece (20-60). Aparece entonces un buen amigo, Aristio Fusco, en el que Horacio ve una tabla de salvación; pero él le gasta la broma de dejarlo en la estacada, con el pretexto de que no quiere ofender a los judíos quebrantando el descanso sabático (60-72). Al fin, es el contrincante legal del pelmazo el que libera a Horacio, aunque éste prefiere atribuir a Apolo tan señalada gracia (72-78).

Iba yo un día por la Vía Sacra[357], pensando, según mi costumbre, en no sé qué tonterías y a ellas por entero entregado. Se me acerca corriendo un individuo, conocido sólo de nombre, y cogiéndome la mano me dice: «¿Qué tal, amigo al que quiero sobre todas las cosas?». «Por ahora, bien —le digo—, y te deseo cuanto tú quieres.» Como él me seguía, me adelanto yo a preguntarle: «¿Quieres algo?»; y él dice: «Tú tienes que conocerme: somos gente de letras». Y entonces le digo: «Precisamente por eso te tendré en más estima».

Buscando inútilmente darle esquinazo, a ratos voy más despacio y a ratos me paro; le digo no sé qué al oído a mi siervo, mientras el sudor me llegaba al zancajo. «¡Oh feliz tú, Bolano[358], por tu mal genio!», me decía a mí mismo en silencio; y

[357] La más importante de Roma y eje central del Foro.

[358] Según el Pseudo Acrón, era un personaje conocido porque con los peores modales le soltaba a la cara a cualquiera lo primero que se le ocurría.

en tanto él charlaba a su gusto, y comentaba lo bien que estaban la ciudad y los barrios. Como no le respondía, me dice: «Estás rabiando por irte; ya lo veo hace rato. Pero pierdes el tiempo: no voy a soltarte. Te acompañaré desde aquí hasta donde vayas ahora».— «No hace falta que andes dando rodeos; voy a ver a uno que tú no conoces; está en cama y vive muy lejos, al otro lado del Tíber, cerca de los jardines de César[359].»— «Yo no tengo nada que hacer, y además no soy perezoso; te acompañaré hasta allí.»

Me quedo con las orejas caídas, como un burro irritado porque le han cargado al lomo un peso excesivo. Y empieza: «Si me conozco bien a mí mismo, no estimarás más como amigos a Visco ni a Vario[360]; pues ¿quién podrá escribir más versos que yo o más rápidamente?[361]; ¿quién será capaz de danzar moviendo más suavemente los miembros? Y canto de modo que el propio Hermógenes[362] me envidiaría». Ésta era la ocasión de cortarlo: «¿Tienes madre y parientes a los que les traiga cuenta que estés sano y salvo?[363]».— «No tengo a nadie; a todos los he en-

[359] Situados, en efecto, bastante lejos, en el actual barrio del Trastevere.

[360] El pelmazo empieza ahora a descubrir su juego: lo que pretende es que Horacio le facilite el acceso a la amistad de Mecenas, incluso desplazando a Vibio Visco, caballero romano padre de los dos críticos literarios del mismo nombre citados en I 10, 83, y a Vario Rufo, uno de los poetas más amigos de Horacio.

[361] Ya hemos visto en I 4, 9 ss., a propósito de Lucilio, la poca estima de Horacio por los poetas atropellados y prolíficos.

[362] El cantante Hermógenes Tigelio, ya nombrado en I 3, 129.

[363] Se ha discutido sobre el sentido de esta observación de Horacio. Según FEDELI, su ironía consiste en dar a entender que se toma en serio los elogios que el pelmazo hace de sí mismo, con lo que sería una personalidad privilegiada. Ahora bien, era creencia popular la de que quienes tenían cualidades extraordinarias estaban más expuestos a maleficios y a una muerte prematura. En términos pragmáticos —que no semánticos— la expresión sería equivalente a la pregunta que se hace a los que se alaban a sí mismos de *si no tienen abuela*.

terrado.»— «¡Qué suerte la suya! Ahora soy yo el que queda: acaba conmigo. Y es que me amenaza un siniestro destino, que ya una vieja adivina sabelia[364] me predijo de niño, después de que hubo agitado su urna[365]: "A éste no lo ha de quitar de en medio siniestros venenos ni una espada enemiga ni un dolor de costado, ni una tos, ni la torpe podagra; será un charlatán el que acabe con él cualquier día. Si tiene sentido común, que evite a los hombres locuaces tan pronto como se haga un hombre maduro".»

Habíamos llegado al templo de Vesta[366], pasada ya la cuarta parte del día[367], y el caso es que entonces él debía comparecer a una citación judicial, y si no lo hacía, tenía el pleito perdido. «Si me aprecias, —dijo— quédate aquí un momento.»— «Que me muera si tengo fuerzas para quedarme de pie, o si sé de derecho civil; además tengo prisa por llegar a donde ya sabes.»— «Tengo dudas —dijo— sobre lo que debo hacer: si dejarte a ti o dejar el asunto.»— «A mí, por favor.»— «No lo haré», dijo él; y se puso a andar por delante. Yo, como es cosa ardua luchar con un vencedor, lo sigo. Empieza entonces de nuevo: «¿Qué tal te va con Mecenas?». — «Es hombre de poca gente y muy en sus cabales.»— «Nadie ha aprovechado la suerte más hábilmente que tú. Tendrías un buen ayudante, que podría hacerte el papel de segundo, si quisieras presentarlo a ese hombre. Que me muera si no los quitabas a todos de en medio.»— «Allí no nos comportamos de esa manera que piensas. No hay casa más intachable ni más alejada de esas maldades. Para nada me estorba —le

---

364 Los sabelios eran más o menos lo mismo que los sabinos, pueblos del interior de Italia, al N.E. y E. de Roma. Entre ellos eran tradicionales los ritos mágicos y adivinatorios.

365 En la que se agitaban las *sortes* (tablillas, láminas o piedras) que luego se extraían para hacer el pronóstico.

366 Situado en el propio Foro.

367 Es decir, sería la hora tercia, equivalente a entre las 9 y las 10 de la mañana, la de mayor actividad judicial.

digo— el que otro sea más rico o más sabio: cada uno tiene su sitio.»— «Grandes cosas me cuentas, y me cuesta trabajo creerlas.»— «Pues así es.»— «Me enciendes en mayores deseos de acercarme a su lado.»— «Basta con que te lo propongas: con lo que vales tú, lo conquistarás; además es hombre al que resulta fácil vencer, y por eso es difícil la aproximación inicial.»— «No me he de fallar a mí mismo: corromperé con dádivas a sus esclavos; y si hoy me dejan fuera, no por ello voy a desistir; buscaré la ocasión, haciéndome el encontradizo en las encrucijadas, iré a su lado. La vida nunca ha dado nada a los hombres sin un gran esfuerzo.»

Mientras habla así, he aquí que nos sale al encuentro Fusco Aristio[368], amigo mío querido, que lo conocía muy bien. Nos paramos. «¿De dónde vienes?»— «¿A dónde vas?», le pregunta, y el otro responde. Empecé a darle tirones y a pellizcarle en los brazos, que no se enteraban, moviendo la cabeza y torciendo los ojos, para que me rescatara. Él, con maldita la gracia, disimulaba riendo, y a mí, con la bilis, el hígado se me quemaba: «Por cierto, que me decías que querías hablar conmigo en privado de no sé qué asunto[369]».— «Lo recuerdo bien, pero te lo contaré en mejor ocasión; hoy es día treinta y es sábado: ¿acaso quieres soltarles un pedo a los pelados judíos?[370]»— «Yo no tengo supersticiones», le digo. «Pero yo sí las tengo; y es que soy un poco más débil, como uno de tantos. Sabrás perdonarme; ya te hablaré del asunto en otro momento.» ¡Qué negro se levantó para mí este día! El muy canalla se va y me deja bajo el cuchillo. Y en esto se le presenta al otro su

---

[368] Poeta y amigo también nombrado en I 10, 83, *Od.* I 22 y *Epi.* I 10, 1.

[369] Naturalmente, es Horacio el que habla, buscando en su amigo un pretexto para dar esquinazo al inoportuno acompañante.

[370] Otra alusión despectiva a los judíos: era sábado y final de mes, fecha en la que ellos, y por doble motivo, se abstenían de toda actividad. Horacio los llama *curti* aludiendo a su circuncisión.

contrincante[371] y a voces le dice: «¿A dónde vas tú, sinvergüenza?». Y luego, dirigiéndose a mí: «¿Puedo ponerte a ti por testigo?». Y yo le ofrezco la oreja[372]. Se lo lleva ante el tribunal; por todas partes gritos, por todas partes gente que se arremolina. Fue Apolo el que así me salvó[373].

10

La segunda sátira literaria está precedida de un prólogo apócrifo y bastante confuso (vv. 1*-8*). Horacio se reafirma en las críticas a Lucilio formuladas en I 4: es un poeta descuidado, no le niega gracia e ingenio. Pero no es suficiente hacer reír al público: al igual que los cómicos áticos antiguos, tan poco admirados por algunos seguidores de Catulo y de los *poetae noui* (1-19). Se objetará que Lucilio demostró gran talento al mezclar en sus versos numerosas palabras griegas; pero eso no es una virtud; y el propio Horacio acabó desistiendo de sus intentos de versificar en griego (20-35). En la Roma del tiempo no faltan poetas épicos, cómicos, trágicos y didascálicos dignos de nota. En cambio, la sátira era una *asignatura pendiente* que él ha querido abordar, aunque sin pretender arrebatar a Lucilio su primacía (36-49). Él ha criticado sus numerosos defectos, pero también Lucilio puso en solfa a Accio y a Ennio. Por tanto, es justo que los lectores se pregunten por qué muchos de sus versos resultan duros. De nada vale hacer muchos y muy deprisa. Aunque a Lucilio se le reconozca su talento y su mérito como pionero del género, él sería el primero que, de haber nacido en los tiempos modernos, cambiaría muchas cosas en su obra y compondría de manera más meditada (50-71). En efecto, el poeta ha de corregir sin

[371] El del pleito al que el pelmazo no había acudido.

[372] Con ese gesto se materializaba el compromiso de prestar testimonio ante los tribunales. Según PLINIO, *Hist. Nat.* X 261, el lóbulo de la oreja era el órgano propio de la memoria.

[373] El dios de los poetas, que así acudió en socorro de su protegido. La frase tiene un claro aroma homérico.

cesar lo que escribe y no aspirar al aprecio de la masa. A Horacio no le importan el aprecio ni la aversión de los mediocres como Pantilio, Demetrio y Fannio; le basta con la estima de sus amigos del círculo de Mecenas y la de críticos competentes como Aristio, los Viscos, Polión o Mesala. Allá los mediocres con sus admiradoras (72-92).

[Lucilio, lo chapucero que eres lo demostraré con el testimonio de tu defensor, Catón[374], que se apresta a enmendar tus versos mal hechos; y lo hace con más indulgencia porque es mejor persona y más sutil, con mucho, que aquel[375] [5*] que tantas veces, ya desde niño, las correas y las cuerdas mojadas[376] lograron que se convirtiese en valedor de los poetas antiguos, frente a nuestros desdenes, siendo el más docto de los caballeros gramáticos[377]. Y volviendo a lo de antes,][378]

En efecto, dije que los versos de Lucilio corren con pie desacompasado[379]. ¿Qué defensor de Lucilio es tan necio que no lo confiese? En cambio, porque refregó a la ciudad con sal abundante[380],

[374] Parece tratarse de Valerio Catón, el poeta y crítico neotérico, que al parecer había hecho una edición de Lucilio.

[375] La interpretación de estos versos es oscura y discutida. Aquí parece haber una referencia a Orbilio, el maestro que hacía aprender a Horacio y sus compañeros los versos de Livio Andronico a golpe de palmeta (*Epí* II 1, 71). Así, pues, ya él en su infancia habría padecido similares castigos.

[376] Que, naturalmente, hacían más dolorosos los azotes.

[377] De hecho Suetonio (*Vidas de gramáticos* 9) acredita que Orbilio era caballero romano.

[378] Como puede verse, consideramos como interpolados por algún imitador, y al igual que la mayoría de los editores, estos versos 1*-8*, que sólo aparecen en algunos manuscritos. La interpolación, sin embargo, debe de haberse producido en época muy antigua, pues ya aparece en los escoliastas.

[379] Obvio juego de palabras con el doble sentido de «pie», que, como se sabe, también designa las unidades métricas menores que forman un verso.

[380] Es decir, con las gracias de sus sátiras, pero también *jouant du mot* con las friegas de sal aplicadas en ciertos tratamientos médicos; *cf.* Fedeli, *ad loc.*

en el mismo escrito es objeto de elogio. Sin embargo, al reconocerle tal cosa, no tengo por qué concederle también las demás; pues según esa regla, admiraría también los mimos de Laberio[381] como poemas hermosos. Así, pues, no basta lograr que con una risa se alivie la seriedad del oyente, aunque también eso tiene su mérito; hace falta ser breve, para que el pensamiento discurra sin enredarse en palabras que se hacen pesadas a los oídos cansados; y hace falta un estilo a veces serio y más a menudo jocoso, que a ratos haga el papel del orador o el poeta, y de vez en cuando el del hombre de mundo que no malgasta sus fuerzas y las controla según su criterio. Por lo general, un golpe de ingenio zanja las grandes cuestiones con más energía y mejor que las palabras adustas. Ahí destacaron y en ello han de ser imitados aquellos varones que escribieron la antigua comedia[382], a los que jamás han leído el guapo Hermógenes[383] ni tampoco ese mono que sólo sabe cantar a Calvo y Catulo[384].

«Pero ya hizo gran cosa al mezclar las palabras griegas con las latinas[385].» ¡Ay, gente retrasada en estudios[386]! ¿Entonces vais a tener por difícil y digno de admiración lo que logró Pitoleonte de Rodas[387]? «Pero es que el estilo resulta más grato si acierta a combinar las dos lenguas, como si al vino de Quíos se

---

[381] Décimo Laberio (105-43 a. C.) había sido escritor de mimos, un género dramático popular que, como se ve, no contaba con la simpatía de Horacio.

[382] Recuérdese el inicio de I 4.

[383] Una vez más el famoso cantante.

[384] Otro cantante, que, como más adelante se verá, se llamaba Demetrio y era devoto seguidor de los poetas neotéricos Licinio Calvo y Catulo.

[385] Aquí se recoge una objeción del típico interlocutor fingido. La mezcla indiscriminada de palabras griegas en el discurso latino repugnaba a la sensibilidad clásica.

[386] Ya Porfirión anota que con *seri studiorum* Horacio traduce el gr. *opsimatheîs*, los que han aprendido tarde.

[387] Pese a la deformación del nombre, parece tratarse del liberto griego M. Otacilio Pitolao, autor de epigramas contra Julio César.

le mezcla un falerno de marca[388].» Eso —y te lo pregunto a ti— ¿al componer versos o también cuando tienes que defender la difícil causa que tiene Petilio[389]? ¿O sea, que olvidando tu patria y al padre Latino[390], y mientras Pedio y Publícola Corvino[391] sudan los pleitos, tú preferirías mezclar con las palabras patrias otras traídas de fuera, tal como en el bilingüe Canusio[392]? Por mi parte, cuando hacía versillos griegos, habiendo nacido a este lado del mar, Quirino me lo prohibió con estas palabras, apareciéndoseme tras la media noche, cuando los sueños resultan veraces[393]: «No serías más insensato si llevaras leña a los bosques[394], que si pretendieras sumarte a las grandes catervas que forman los griegos».

Mientras que el Alpino, hinchado, degüella a Memnón[395], y

[388] El de la isla de Quíos, en Jonia, era de los vinos griegos más apreciados; y el falerno, de la zona de Campania, el más apreciado de los romanos.

[389] Es decir, en la oratoria. Petilio es el amigo de las cosas ajenas ya citado en I 4, 94, que, lógicamente, se hallaba en un aprieto judicial.

[390] El mítico rey que reinaba en el Lacio cuando Eneas llegó a él.

[391] Dos oradores de fama. El primero parece ser Quinto Pedio, sobrino nieto de César, muerto en el 43 a. C. en el desempeño del consulado. El segundo es el bien conocido M. Valerio Publícola Mesala Corvino, político, hombre de letras y émulo de Mecenas en la protección de los literatos.

[392] La ciudad actualmente llamada Canosa, en la Apulia, ya citada en I 5, 91. Sus habitantes hablarían tanto griego como latín.

[393] Quirino era en origen una divinidad de los sabinos luego integrados en la Roma primitiva; pero con el tiempo se tendió a identificarlo con Rómulo. La doctrina *onirocrítica* tendía, en efecto, a dar por verídicos los sueños posteriores a la media noche, en horas en que la mente ya se ha purgado de las secuelas de la comida y la bebida, según anota Porfirión. De los posibles restos de los ensayos poéticos de Horacio en griego hemos dado cuenta en nuestra Introducción general al poeta, en el vol. 360 de esta B. C. G., págs. 13 s.

[394] Hoy hablaríamos de «llevar trigo a Castilla».

[395] Aunque la identificación no es segura, ya el Pseudo Acrón anota que el Alpino citado es el poeta neotérico M. Furio Bibáculo, amigo de Catulo, y que como él se distinguió por sus ataques a Julio César, criticado también en II 5,

mientras modela la cabeza del Rin, de fangoso color[396], yo paso el rato con estos versos, que ni han de sonar en un templo, en un certamen juzgado por Tarpa[397], ni han de volver una y otra vez a los espectáculos de los teatros. Cuando la cortesana astuta y Davo engañan al anciano Cremes[398], tú eres, Fundanio, el único de los vivientes que puede charlotear con la gracia que tienen tus obras. Polión[399] canta gestas de reyes con el pie que golpea tres veces; el recio verso heroico lo saca Vario[400] con más ardor que ninguno; con suavidad y con gracia, le dieron su aprobación a Virgilio las camenas[401] que en los campos disfrutan. Esto

40 s. El apelativo podría deberse a una épica descripción de los Alpes que hubiera escrito. Pero en este caso también se nos habla de Memnón, hijo de la Aurora y hermano de Príamo, que cayó en Troya a manos de Aquiles. Su madre habría obtenido para él la inmortalidad *post mortem*, tras llevárselo a Etiopía. Horacio se referiría, pues, a una *Etiópide* escrita por el propio Bibáculo; pero Horacio da a entender que Memnón había muerto por segunda vez a manos de tan mal poeta; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

[396] Porfirión anota que, en efecto, el Rin solía correr turbio. Pero el comentario de Horacio parece ser irónico.

[397] Horacio alude a las recitaciones ya habituales por entonces. Espurio Mecio Tarpa era un prestigioso crítico literario de aquellos tiempos; sobre él véase el artículo de G. CALBOLI en *EO* I: 803 ss.

[398] Escena típica de la comedia, y en especial de la de Terencio. En ese género, en opinión de Horacio, sólo mostraba talento Gayo Fundanio, colega suyo en el círculo de Mecenas, al que introduce como interlocutor en II 8. Nada más sabemos de su obra.

[399] Gayo Asinio Polión (76 a. C.-4 d. C.) fue un destacado orador y político de la época. Escribió obras históricas y tragedias (de lo que Horacio dice luego de las historias de reyes en trímetros yámbicos). También se distinguió en la protección de los hombres de letras, entre ellos del joven Virgilio, y fundó la primera biblioteca pública de Roma. Horacio trata de él también en *Od.* II 1, 14.

[400] L. Vario Rufo, amigo de Virgilio y Horacio, notable poeta trágico y épico de obra perdida.

[401] Alusión clara a las *Geórgicas*, que Virgilio había publicado en el a. 39. Recuérdese que «camenas» es la denominación itálica de las musas.

era, tras los intentos fallidos de Varrón Atacino[402] y de algunos otros, lo mejor que yo podía escribir, por debajo de quien lo inventó[403]; y es que tampoco osaría robarle la corona que con tanta gloria la cabeza le ciñe.

Pero dije de él[404] que corría turbio, y con frecuencia llevando más cosas que debieran quitarse que cosas que conviniera dejar. Por favor, respóndeme: ¿tú, que tanto sabes, no criticas nada en el gran Homero?; ¿Lucilio, que es tan gracioso, no le corrige nada al trágico Accio[405]?; ¿no se ríe de versos de Ennio[406] que no están a la altura de su gravedad, aunque no hable de sí como de quien es superior a los que critica? ¿Qué impide que nosotros también, leyendo lo que Lucilio escribió, preguntemos si fue su propia naturaleza, o bien la de sus asuntos —tan dura—, la que le negó unos versos más hechos, que marchen con más suavidad que los de uno que, tras meter cualquier cosa en seis pies[407], y contento sólo con eso, aspire a escribir dos centenares de versos antes de la comida y otros tantos después de la cena? Así fue el talento de Casio[408], el etrusco, más impetuoso que un desbocado torrente, del que

[402] Otro de los grandes poetas neotéricos; sólo por esta noticia sabemos que hubiera escrito sátiras.

[403] Parece que se refiere a Lucilio, omitiendo el precedente de Ennio.

[404] También Lucilio.

[405] Lucio Accio (c. 170-86 a. C.), el más estimado de los trágicos latinos arcaicos.

[406] L. Ennio (239-169), el verdadero padre de la poesía latina, que introdujo en ella el hexámetro.

[407] Es decir, en un hexámetro.

[408] Los comentaristas antiguos lo identifican con el Casio Parmense citado también en *Epi.* I 4, 3, que, tras militar entre los *cesaricidas*, se unió al partido de Antonio y fue proscrito y muerto por orden de Octaviano después de la batalla de Accio. FEDELI no comparte esa hipótesis, pues le parece claro que Horacio se refiere a un escritor ya muerto por entonces.

se cuenta que fue a la hoguera con sus propios estuches y libros[409].

Admitamos —y soy yo el que lo dice— que Lucilio fue un hombre amable y de mundo; y asimismo que fue más pulido que el autor de un poema[410] rudimentario y al que nada se le haya pegado de griego, y más que la turba de los poetas más viejos. Ahora bien, si por obra del destino hubiera bajado hasta esta época nuestra, se tacharía a sí mismo no pocas cosas, podaría todo lo que se pasara de la perfección, y al escribir sus versos se rascaría sin cesar la cabeza, y hasta la carne viva se roería las uñas.

A tu estilete dale la vuelta a menudo[411], si has de escribir cosas que más de una vez merezcan leerse; y no te esfuerces por que

---

[409] Se alude, naturalmente, al ritual de la incineración. Horacio parece dar a entender que nada de su obra sobrevivió al autor.

[410] La interpretación de este pasaje es muy discutida. La letra del texto permitiría entender que a partir del v. 66 Horacio se refiere a una persona distinta de Lucilio, que sería el segundo término de la comparación que ahí establece. Por ello piensan algunos que, sin nombrarlo, alude a Ennio, que ya había cultivado la sátira; así, entre otros, P. Lejay, K. Büchner, en *Gnomon* 22 (1950): 243, y G. Highet, en el *Oxford Classical Dictionary*, *s.u.*; pero a ese respecto se ha hecho observar que a Ennio Horacio seguramente lo incluía más bien en la *poetarum seniorum turba* que luego cita. Otros opinan que el poeta sigue hablando ahí de Lucilio, al que en el v. 48 había llamado *inventor* del género; pero no parece que a él le cuadrara bien el reproche de no conocer las letras griegas. En fin otros, entre ellos Fraenkel 1957: 131, n. 3 (que sigue a Nipperdey), Rudd 1966: 95, Fedeli y Brown, entienden que el segundo término de la comparación es un indeterminado poeta arcaico que hubiera escrito al margen de la beneficiosa influencia de los griegos. Horacio distinguiría, pues, entre la poesía romana más primitiva, la de los autores arcaicos, la sátira de Lucilio y la suya propia. Ésta es la posición que nos ha parecido más probable.

[411] El estilete utilizado para escribir sobre las tablillas enceradas tenía en su parte posterior una especie de espátula o paleta que servía para borrar lo escrito allanando la cera.

te admire la masa, contento con unos pocos lectores. ¿O acaso vas a preferir, insensato, que tus poemas se dicten en las escuelas de ínfima categoría? Yo no, pues me basta con que me aplaudan los caballeros, como dijo Arbúscula[412] con osadía, despreciando al resto, que la abucheaba. ¿Es que me va a impresionar esa chinche de Pantilio[413], o a hacerme sufrir Demetrio[414], porque a mis espaldas me despelleja, o el necio de Fannio, porque me denigra cuando Hermógenes Tigelio[415] lo invita? Que Plocio y Vario, Mecenas y Virgilio, Valgio y el excelente Octavio y Fusco[416] aprueben estos escritos, y ojalá los alaben el uno y el otro Visco[417]. Dejando de lado la adulación, puedo nombrarte a ti, Polión, a ti, Mesala[418], y también a tu hermano, y al tiempo a vosotros, Bíbulo y Servio[419]; junto con éstos a ti, buen Furnio[420], y a varios otros hombres doctos y amigos míos a los que omito a propósito. A todos ellos quisiera que esto que escribo —tenga el valor que tenga— les haga gracia, y me dolerá si les gusta menos de lo que yo espero. A ti, Deme-

---

[412] Actriz de mimos de la época de Cicerón.

[413] Al parecer, un poeta y crítico de escaso predicamento.

[414] El cantor aludido en el v. 19.

[415] Fannio ya había sido aludido despectivamente en I 4, 22. Hermógenes Tigelio es el cantor ya tantas veces citado.

[416] Horacio cita ahora a sus amigos: Plocio Tucca y Vario Rufo, testamentarios de Virgilio; Mecenas y el propio Virgilio; Valgio Rufo, Octavio (no el ya César Octaviano y futuro Augusto, sino Octavio Musa, poeta e historiador); Aristio Fusco, al que ya conocemos por I 9, 61.

[417] Dos hermanos de sólido prestigio como críticos.

[418] Polión y Mesala ya han sido citados *supra* en los vv. 29 s. y 42. El hermano de Mesala (en realidad medio hermano) parece ser Lucio Gelio Publícola, cónsul en el 36 a. C.

[419] Otros amigos menores. Bíbulo parece ser hijo del cónsul colega de César en el consulado del 59, y Servio un cuñado de Mesala.

[420] Furnio parece ser el cónsul del 17 a. C.

trio, y a ti, Tigelio, os mando a llorar entre los asientos de vuestras alumnas[421].

Vete, muchacho, y añade enseguida todo esto a mi libro[422].

---

[421] Horacio alude al éxito que esos dos cantantes tenían entre las mujeres de elevada condición.

[422] Horacio se dirige al esclavo que le servía de secretario. Una fórmula para dar el libro por terminado.

LIBRO II

1

Abre el libro segundo otra sátira literaria, en la que Horacio parece querer hacer examen de conciencia sobre las anteriores. Para ello llama a consejo el jurisconsulto Trebacio. La pieza es totalmente dialógica y así la hemos dispuesto en nuestra traducción. El poeta está indeciso ante la diversidad de opiniones a propósito de sus sátiras precedentes: unos opinan que *se ha pasado*, otros que sus poemas carecen de fuerza y son triviales. Trebacio le aconseja que deje de escribir, y que si quiere conciliar el sueño haga ejercicio y beba generosamente; y si no, que se anime a escribir una epopeya sobre César Octaviano (1-12). De buena gana lo haría Horacio, pero se siente sin fuerzas para la épica. Trebacio le sugiere que, al igual que Lucilio con Escipión Emiliano, se dedique a ensalzar sus virtudes; sin embargo —alega Horacio— César está prevenido contra los aduladores (12-23). Muy diversas son las vocaciones humanas, y la de Horacio es seguir a Lucilio, tratado en esta sátira con especial deferencia. Hijo de las duras tierras del S. de Italia, no quiere dañar gratuitamente a nadie; pero tampoco está dispuesto a permitir que lo ataquen, pues quien lo haga estará en boca de todos (24-46). Horacio pone luego una serie de ejemplos de personas de las que tiene algo que temer; y explica por qué él se defiende con los medios que le ha dado la naturaleza. No está dispuesto a abandonar la sátira (47-59). Trebacio le augura que así no vivirá muchos años (60-62). Horacio le replica que Lucilio no dejó de tener una excelente relación privada con los notables a los que había satirizado en sus versos. Él, aunque muy inferior, también tiene amigos importantes (59-79). Trebacio reconoce que tiene ra-

zón, pero lo avisa de los riesgos judiciales que corre si cae en el libelo (79-83). Pero Horacio hace buenos versos y que le gustan a César (83-85). Entonces, concluye Trebacio, nada tiene que temer.

HORACIO.— Hay quienes piensan que en mi sátira soy agrio en exceso y que la llevo más allá de lo que permite la ley; otros opinan que cuanto he compuesto carece de nervio y que versos como los míos se pueden sacar hasta mil en un día. Trebacio[423], indícame tú qué he de hacer.

TREBACIO.— Estarte quieto.

HOR.— ¿Me dices que no haga ni un verso?

TREB.— Eso digo.

HOR.— Que me muera si no era lo mejor; pero es que no puedo dormir.

TREB.— Que crucen a nado tres veces el Tíber, untados de aceite, los que andan faltos de un sueño profundo, y que al caer la noche tengan su cuerpo bien remojado de vino[424]. O bien, si tanto es el afán de escribir que te embarga, atrévete a cantar las gestas de César[425] invicto, que ha de tener recompensa abundante tu esfuerzo.

HOR.— Estoy ansioso de hacerlo, padre excelente, pero me faltan las fuerzas; y es que no sabe describir cualquiera la tropa erizada de lanzas, los galos que mueren mientras su dardo se quiebra[426], o las heridas del parto[427] que cae del caballo.

---

[423] Gayo Trebacio Testa era un ilustre jurisconsulto, amigo de Cicerón, de César y de Augusto.

[424] Como se ve, Trebacio propone dos remedios contra el insomnio: el ejercicio físico y una generosa ración de vino.

[425] Naturalmente, el que pronto sería Augusto.

[426] Horacio practica una evidente *recusatio* del género épico. De los dardos aludidos otros estiman que son las que los romanos arrojaban.

[427] Como se sabe, el imperio parto, sucesor del persa, fue por mucho tiempo el más peligroso enemigo de Roma.

TREB.— Con todo, podías escribir de lo justo y lo valeroso que es, como hizo con el Escipíada[428] el sabio Lucilio.

HOR.— No he de fallarme a mí mismo una vez que la ocasión se presente; pero a no ser en el momento oportuno, las palabras de Flaco no han de llegar a los ya ocupados oídos de César; y es que si a destiempo lo palpas, prevenido como está, cocea por uno y por otro costado[429].

TREB.— ¡Cuánto más acertado es eso que despellejar con un áspero verso al bufón de Pantólabo y al golfo de Nomentano[430]! Pues, aunque tú no te hayas metido con ellos, todos temen por sí y te aborrecen.

HOR.— ¿Y qué voy a hacer? Milonio se pone a bailar tan pronto aumenta el hervor del vino en su trastornada cabeza y la cantidad de candiles que lucen[431]; con los caballos Cástor disfruta, y el que del mismo huevo nació, con los puños[432]; cuantos millares hay de personas, otros tantos hay de aficiones. Lo que a mí me gusta es encerrar las palabras en metros tal como hacía Lucilio, que valía más que cualquiera de nosotros dos. Él, en su tiempo, confiaba a los libros sus secretos como a fieles amigos, sin dedicarse a otra cosa si fracasaba, ni tampoco si bien le salía;

---

[428] Forma helenizada del *cognomen* Escipión, al parecer acuñada por Ennio para obviar el problema de que la forma *Scipio*, por contener una sílaba breve entre dos largas, era impracticable en el verso hexámetro. El Escipión aquí aludido es el apellidado Emiliano o «Africano el Menor», conquistador de Cartago (en el 149 a. C.) y de Numancia (en el 133 a. C.), amigo y protector de Lucilio, que lo siguió en sus campañas por las tierras de Soria.

[429] Llama la atención la gráfica comparación —con un potro sin domar— con la que Horacio describe la suspicacia de Octaviano ante los aduladores. Cabe interpretarla como un indicio de que por entonces ya se podía permitir con él ciertas confianzas.

[430] Ya nombrados en I 8, 11 y I 1, 102.

[431] Milonio era, según Porfirión, un juerguista (*scurra*) de la época.

[432] De los dos Dioscuros, nacidos de Júpiter, transformado en cisne, y de Leda, Cástor había destacado en la equitación y Pólux en el pugilato.

y ocurre por ello que toda la vida del viejo puede verse como pintada en una tabla votiva[433]. A éste lo sigo yo, que no sé si soy de Lucania o de Apulia[434]; pues por el confín de una y otra lleva su arado el venusino colono, que allí fue enviado, según cuentan las viejas historias, una vez que se expulsó a los sabelios, a fin de que el enemigo no cayera sobre los romanos marchando por tierra desierta, si el pueblo de Apulia o la violenta Lucania desencadenaban la guerra. Pero mi pluma[435] no ha de ser la que se adelante a atacar a ningún ser viviente; me protegerá cual espada metida en su vaina: ¿por qué he de sacarla si estoy a resguardo de la amenaza de los bandoleros? ¡Oh padre y rey Júpiter: que acabe la herrumbre con esta arma sin que yo la use, y a mí, que ansío la paz, que nadie me dañe! Pero aquel que me provocare —es mejor no tocarme, lo digo en voz alta—, llorará y se hará famoso andando en coplas por toda la Urbe.

Cervio, cuando está airado, amenaza con leyes y urnas[436]; Canidia, a aquellos de los que es enemiga, con el veneno de Albucio[437]; Turio, con una desgracia terrible si tienes un pleito

---

433 En tales tablas, que se ofrecían a los dioses en agradecimiento por un favor recibido, se pintaban escenas de la vida del dedicante.

434 Pasaje clásico como fuente de la biografía de Horacio, ya comentado en nuestra Introducción general al poeta, en MORALEJO, 2007: 8. Venusia estaba, en efecto, en el límite de la Apulia con la Lucania, y en ella se habían instalado colonias y guarniciones romanas después de su conquista, hacia el 291 a. C., y al final de la Guerra Social (89 a. C.).

435 Horacio, naturalmente, habla del *stilus* con el que se escribía sobre las tablillas enceradas.

436 Según los escolios transmitidos por el humanista *Cruquius*, se trataba de un liberto especialista en denuncias falsas; *cf.* FEDELI, *ad loc.* La urna aludida es, naturalmente, la utilizada para recoger los votos de los jueces.

437 La bruja Canidia, al parecer llamada Gratidia, fue escarnecida por Horacio en diversas ocasiones, y especialmente en los *Epodos* 5 y 17; véanse nuestras notas a los mismos en el vol. 360 de esta B. C. G. Albucio sería, según la interpretación que aquí seguimos, un envenenador; pero cabe entender también que fuera simplemente un amante de Canidia; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

cuando él sea juez[438]. Que cada cual mete miedo a la gente de la que no se fía echando mano de aquello en lo que reside su fuerza, y que esto lo manda el poder de la naturaleza, compruébalo de esta manera conmigo: ataca con sus dientes el lobo, con sus cuernos el toro; ¿y por qué lo hacen si no es porque se lo manda lo que llevan dentro? Confíale al perdido de Esceva[439] esa madre longeva: su diestra piadosa no cometerá ningún crimen —¡pues sí que es extraño que el lobo no ataque a patadas ni el buey con sus dientes!—; pero será la maligna cicuta, emponzoñando la miel, la que quite de en medio a la vieja. Para no alargarme: ya me espere una tranquila vejez, ya la muerte esté volando en torno a mí con sus negras alas; ya sea rico, ya pobre, en Roma o bien desterrado, si así lo manda el destino, yo he de escribir, cualquiera que sea el color de mi vida.

TREB.— Muchacho, me temo que no llegues a viejo y que alguno de tus poderosos amigos te hiera con su frialdad.

HOR.— ¿Por qué lo dices? Cuando Lucilio fue el primero que osó componer poemas como éstos, y arrancar la piel con la que cualquiera brillaba a los ojos de todos, aun siendo feo por dentro, ¿acaso Lelio, o aquel que tomó bien ganado apellido de la destrucción de Cartago[440], se sintieron ofendidos por su ingenio, o bien se dolieron de sus invectivas contra Metelo, o porque Lupo quedara cubierto de versos infamatorios[441]? Y eso

---

[438] Personaje no bien identificado, pero del que está claro que en sus sentencias se vengaba de sus enemigos.

[439] No se sabe de quién se trata, aunque queda clara su afición a practicar la eutanasia.

[440] Alude en primer lugar a Gayo Lelio, cónsul en el 104 a. C., inmortalizado por Cicerón en el diálogo que lleva su nombre. Era amigo íntimo de Escipión Emiliano, ya nombrado antes, conquistador de Cartago.

[441] Otros dos notables satirizados por Lucilio: Quinto Cecilio Metelo Macedónico, cónsul en el 143 a. C., y Lucio Cornelio Lupo, cónsul en el 156 a. C.; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

que la tomó con los principales del pueblo y con el pueblo tribu por tribu[442], respetando sólo, como es natural, la virtud y a los que la amaban. Más todavía: cuando el valor del Escipíada y la sabiduría amable de Lelio se apartaban del vulgo y del escenario[443], con él bromeaban y jugaban desceñidos[444], mientras la verdura se cocía a la lumbre. Sea yo lo que sea, y aunque no alcanzo a Lucilio en renta y talento, con todo la envidia ha de reconocer a la fuerza que he convivido con hombres ilustres; y cuando busque hincar su diente en quien tiene por blando, se lo romperá al dar en lo duro; a no ser que tú, oh docto Trebacio, no estés de acuerdo conmigo.

TREB.— La verdad es que a todo eso no logro encontrarle una grieta. Sin embargo, según te he advertido, procura guardarte, no sea que el ignorar las leyes sagradas te cause problemas: si uno hace contra otro versos malvados, hay un derecho y un juicio.

HOR.— De acuerdo: si uno hace versos malvados; pero ¿y si los hace buenos y es alabado por el juicio de César?; ¿y si le ha ladrado a uno que es digno de oprobio, siendo él hombre honrado?

TREB.— Entonces las tablillas[445] se desencuadernarán de risa y libre de cargos te irás a la calle.

---

[442] Como es sabido, el pueblo romano estaba repartido en tribus basadas en el parentesco y que también servían como distritos electorales en ciertos comicios.

[443] Parece que estamos ante otra manifestación de la metáfora del *teatro de la vida*: a resguardo de la opinión pública, las relaciones entre las personas influyentes son más distendidas que cara al pueblo.

[444] Es decir, sin toga y sólo con la vestidura corta que facilitaba la práctica del deporte.

[445] Las tablillas enceradas en que Horacio había escrito sus versos. Se las ataba de dos en dos, a modo de díptico.

2

La sátira de Ofelo, en su mayor parte, está puesta en boca de un viejo campesino, filósofo autodidacta, que nos brinda una lección sobre las ventajas de la vida sobria y sobre la preparación necesaria para afrontar los reveses de la suerte. Grandes son los bienes que comporta la frugalidad y no hay nada mejor que el hambre para apreciar la comida sencilla (1-22). Son la vanidad y las modas las que dan prestigio a los manjares caros, hasta llegar a la extravagancia (23-52). La austeridad —y ahora toma la palabra Horacio— tampoco significa caer en la tacañería (53-69). Un régimen frugal y ordenado evita enfermedades, maledicencias y quebrantos de la propia hacienda; y si uno tiene de sobra, tiene también nobles causas en las que emplearlo: la gente que pasa necesidad, las nobles causas públicas...; y en todo caso es mejor guardar para los tiempos de vacas flacas (70-111). Horacio había conocido personalmente a Ofelo, que había sabido afrontar el infortunio y al que ahora cede de nuevo la palabra: despojado de su propiedad, había sobrevivido dignamente como aparcero de sus antiguas tierras gracias a la vida sencilla que antes llevaba (112-125). Pues nadie es propietario definitivo de sus cosas y cualquier golpe avieso puede privarlo de ellas (126-136).

«Qué virtud y cuán grande es vivir sobriamente, varones honrados —y este discurso no es mío, sino que son preceptos de Ofelo[446], un campesino que a su manera era un sabio y estaba dotado de una tosca Minerva[447]—, aprendedlo no en medio del

[446] FEDELI: 554, cree que este labriego filósofo era un personaje real, alguien parecido, diríamos nosotros, al «Séneca» que José María Pemán hizo famoso en sus artículos del *ABC* de hace ya más de cuarenta años. Sería un campesino de Venusia que, como la familia del propio Horacio, se habría visto desposeído de sus tierras por las confiscaciones subsiguientes a la guerra civil que concluyó en Filipos.

[447] La de la *crassa Minerua* parece ser fórmula antigua para designar la sabiduría carente de refinamientos; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

brillo de fuentes y mesas, cuando la vista se embota ante locos fulgores y la mente, proclive a lo falso, rechaza la mejor parte; averiguadlo más bien aquí, conmigo y estando en ayunas. ¿Y esto por qué? Si puedo, te lo diré.

«Sopesa mal la verdad todo juez corrompido[448]. Cuando estés rendido tras perseguir a una liebre o tras montar a un corcel que no ha sido domado; o si te fatiga la milicia romana porque estás hecho a las modas de Grecia, y te atrae la pelota veloz, en la que la afición suavemente engaña al áspero esfuerzo, o bien el disco (¡golpea con el disco el aire que cede![449]); pues bien, cuando el esfuerzo haya acabado con tus remilgos y estés seco y con la tripa vacía, atrévete a despreciar una comida sencilla y a no beber sino miel del Himeto[450] disuelta en falerno. Tu mayordomo está fuera, y el mar se ennegrece con el temporal protegiendo a los peces: el pan y la sal calmarán muy bien el ladrar de tu estómago. ¿Por qué y cómo crees que logran tal cosa? No está en el aroma de un caro manjar el supremo placer: en ti mismo lo tienes[451]; lo que has de agenciarte con tu sudor es la guarnición[452]. Al hombre cebado y descolorido a fuer-

[448] En este caso, la persona que acaba de darse un hartazgo.

[449] Construcción un tanto brusca y braquilógica, en la que parece haberse introducido una expresión coloquial; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

[450] La miel del Himeto, monte cercano a Atenas, en dirección a S., era de una proverbial calidad; también el vino falerno, ya nombrado como el mejor de los de Italia.

[451] Para entender el pasaje hay que tener en cuenta, como hace FEDELI, *ad loc.*, que aquí hay una alusión a la paradoja, típica y tópica de la diatriba, de que el mejor condimento de una comida son el cansancio y el hambre. Cuando uno los tiene, sólo falta agenciarse algo que llevarse a la boca.

[452] Eso parece ser que eran los *pulmentaria* de los que habla el texto, aunque, obviamente, se refiere a verdadera pitanza, con una ironía que roza el sarcasmo.

za de vicios no lograrán halagarlo ni ostra ni escaro[453] ni el exótico urogallo[454].

»Y, sin embargo, a duras penas podré disuadirte de que, si te sirven un pavo[455], prefieras mimarte el gusto con él que con una gallina, corrompido como estás por las vanidades, porque aquella ave rara se vende a precio de oro y despliega el colorido espectacular de su cola; como si eso tuviera que ver con lo que nos importa. ¿Te comes acaso esas plumas que tanto encareces? ¿Es que una vez guisado conserva la misma belleza? Con todo, aunque en la carne no hay diferencia ninguna, admitamos que prefieras ésta que aquélla, engañado por la distinta apariencia; pero ¿de dónde te ha venido el don de apreciar si la lubina que ahí está boqueando es del Tíber o ha sido pescada en la mar; si la zarandearon las aguas de entre los puentes o las de las bocas del río toscano[456]? Alabas, insensato, un salmonete[457] de tres libras de peso, que has de partir a razón de un trozo por barba. Te

---

[453] Como ya anotábamos a propósito de *Epod.* 2, 50, parece tratarse del pez llamado «loro» o «vieja».

[454] Se trata de la *lagois*, al parecer el *tetrao lagopus* de las modernas clasificaciones, ave que toma su nombre del parecido de sus patas, cubiertas de plumas, con las de la liebre. No es un ave migratoria, pero sí confinada a las zonas de alta montaña, lo que puede explicar el calificativo de *peregrina*; *cf.* HEINZE y FEDELI, *ad. loc.*

[455] Recordemos de nuevo que se habla del pavo real y no del común, venido de América.

[456] El río toscano es el propio Tíber, que venía de la Toscana o Etruria. Las diferencias que establece el *gourmet* tienen su lógica, pues, contra lo que pudiera parecer, se consideraba más sabroso el pescado de mar que había remontado los estuarios; *cf.* FEDELI, *ad loc.* Traducimos por «lubina» (*lupina*) el ictiónimo *lupus*.

[457] El texto habla de un *mullus*. Queda patente la exageración del *gourmet* si consideramos que, según PLINIO, *Hist. Nat.* IX, tales peces «raramente superan las dos libras de peso»; *cf.* la traducción del pasaje por A. M. MOUREE en el vol. 308 de esta B. C. G.

guías por las apariencias, ya veo; ¿a qué viene entonces aborrecer las lubinas grandes? Es claro que porque la naturaleza les dio a éstas mayor tamaño y poco peso a los otros[458]. Un estómago ayuno raramente desdeña las comidas corrientes.

»'Ver un gran salmonete tendido en una gran fuente, eso es lo que yo desearía'— dice una garganta digna de las rapaces harpías[459]. Pues acudid vosotros, austros, y guisad los manjares que come esa gente[460]. Aunque el jabalí y el rodaballo frescos apestan cuando un mal hartazgo aqueja a un estómago enfermo, cuando, indigestado, uno prefiere nabas y helenio en vinagre[461]. Y aún no se ha perdido toda señal de pobreza en los regios banquetes, pues hay hoy en día un lugar para los humildes huevos y las negras olivas[462]. No hace tanto tiempo que suponía un escándalo un esturión en la mesa del pregonero Galonio[463]. ¿Y qué? ¿Acaso criaba el mar menos rodaballos entonces? A buen seguro el rodaballo se hallaba, y la cigüeña en nido seguro, hasta que un pretor os aleccionó con su ejemplo[464]. El caso es que ahora, si alguno decreta que están buenos los mer-

---

[458] El Pseudo Acrón anota que las lubinas tienen más carne y más dura, y más si son grandes. La respuesta que el propio Ofelo da a la pregunta parece basarse en la idea de que en un pez ya de por sí relativamente grande el mayor tamaño no supone mayor ventaja; pero la cuestión dista de estar clara; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

[459] Las harpías eran unas repugnantes «subdivinidades», aladas y con garras, que robaban cuanto podían y, si no, lo contaminaban.

[460] Los austros eran vientos del S. y, por ello cálidos, que provocaban la descomposición de los alimentos.

[461] Comida *de dieta*: la *rapula* parece corresponder a la carnosa raíz de la naba o rapo; la *inula* es la énula o helenio, hierba medicinal.

[462] En efecto, los huevos cocidos seguían sirviéndose como entrantes, mientras las olivas se tomaban también como tales o bien como postres.

[463] Horacio evoca un pasaje de Lucilio (1238 MARX) en que atacaba a ese *parvenu* dado a los excesos gastronómicos.

[464] Se alude, según Porfirión, a Sempronio Rufo, en realidad fracasado en las elecciones a la pretura, que introdujo la moda de comerse a esa zancuda, la

gos[465] asados, le hará caso la juventud romana, tan dócil para todo lo malo.»

Entre vida sórdida y vida frugal habrá una distancia, a juicio de Ofelo. Pues en vano habrás evitado aquel vicio si errando el camino incurres en otro. Avidieno, que lleva pegado el mote de «Can»[466], ganado con toda justicia, come olivas de cinco años y bayas de cornejo silvestre; y no se aviene a servir un vino a no ser que esté estropeado; y un aceite cuyo olor no se puede aguantar es el que, aunque, vestido de blanco, celebre una tornaboda, un cumpleaños u otros días de fiesta, lo echa él mismo gota a gota a las coles, de un cuerno de dos libras, y sin ahorrar añejo vinagre.

Así, pues, ¿qué modo de vida seguirá el sabio y a cuál de esos dos[467] habrá de imitar? Por allá acosa el lobo, por acá acosa el perro[468], dice la gente. El sabio ha ser refinado hasta el punto de no molestar por roñoso, y llevará un tren de vida que no merezca censura ni en uno ni en otro sentido[469]. No será cruel, siguiendo el ejemplo del viejo Albucio[470], al distribuir el trabajo a sus siervos, ni, como el simple de Nevio[471], ofrecerá a

---

cual seguramente ha convivido tan tranquilamente con el hombre precisamente por lo poco apetecible de su carne.

[465] Ave marina cuya baja calidad gastronómica no parece necesario ponderar.

[466] Personaje desconocido, cuyo mote, según FEDELI, podría evocar a los cínicos, «la secta del perro».

[467] Es decir: ¿a Galonio o a Avidieno?

[468] Expresión proverbial ya documentada en PLAUTO (*Cásina* 971): «por aquí los lobos, por aquí los perros».

[469] Una vez más el principio del justo medio.

[470] El personaje no parece guardar relación con el citado en II 1, 48. Se trataría de un hombre especialmente severo con sus esclavos, y en particular a la hora de preparar sus banquetes.

[471] El extremo contrario: un hombre grosero y descuidado en los detalles con sus invitados. Téngase presente que el primer deber de un anfitrión era el de ofrecer agua perfumada a sus huéspedes.

sus huéspedes agua grasienta, lo que supone también una falta muy grave.

Ahora escucha qué ventajas y qué grandes comporta la frugalidad[472]. En primer lugar, tu salud será buena; pues de cuánto daña al hombre la diversidad de manjares, te percatarás si te acuerdas de aquella comida sencilla que te sentó tan bien otras veces. Mas tan pronto mezcles cocidos y asados, moluscos y tordos, en bilis se tornarán la dulzuras y la blanda mucosa[473] llevará el tumulto a tu estómago. ¿No ves cómo todos se levantan descoloridos tras una cena marcada por la incertidumbre[474]? Más todavía: un cuerpo cargado con los excesos de ayer también abruma al alma y clava a la tierra esa partecilla del aura divina[475]. Pero hay otro que, tras entregar al cuidado del sueño su cuerpo, y en menos tiempo del que se tarda en decirlo, se levanta bien dispuesto para sus quehaceres. Éste, por el contrario, podrá permitirse en alguna ocasión ciertos lujos, ya sea que el retorno del año traiga consigo un día de fiesta, ya que quiera cuidar de su cuerpo menguado, ya que, conforme se le acumulen los años, quiera que su edad más débil reciba un trato más suave[476]. Pero a ti, ¿qué te queda por añadir a esa molicie que te

---

[472] Horacio pasa a exponer ideas de neta estirpe epicúrea.

[473] El texto habla de la *lenta pituita*, la mucosidad que, según las doctrinas médicas de la época, producía el estómago en los casos de indigestión.

[474] Es decir, en la que uno no sabe qué manjares elegir de entre los muchos que se ofrecen.

[475] Doctrina estoica según la cual el alma humana era un soplo (*aura*) de la divinidad creadora. Al parecer, remontaba ya a los pitagóricos, según CICERÓN, *Catón el Viejo, de la vejez* 78: «Yo oía que Pitágoras y los pitagóricos... nunca habían dudado de que teníamos unas almas sacadas del alma divina universal»; *cf.* VILLENEUVE, *ad loc.* En la misma línea, el *Génesis* 2, 9 (trad. NÁCAR-COLUNGA) contaba que «Modeló Yavé Dios al hombre de la arcilla y le inspiró en el rostro aliento de vida y fue así el hombre ser animado».

[476] Recuérdese que en la doctrina epicúrea los placeres se racionaban sólo en cuanto podían ser causa de mayores males.

tomas por adelantado, siendo un muchacho y en la plenitud de tus fuerzas, para cuando la mala salud o la lenta vejez se te vengan encima? Alababan los antiguos el jabalí enranciado; y no porque no tuvieran narices[477], sino —según creo— en la idea de que mejor era que diera cuenta de él, aun estando pasado, un huésped que llegara a deshora, que, estando en su punto, el amo de la casa que fuera un tragón. ¡Ojalá que entre tales héroes la tierra primera me hubiera engendrado[478]!

¿Haces alguna concesión a la fama, por aquello de que cautiva el oído del hombre con más gracia que el canto? Los rodaballos y fuentes muy grandes llevan consigo un gran desprestigio, junto con no poco daño. Añade el enfado del tío[479] y de los de la casa de al lado, y el odio a ti mismo, que ansiarás en vano la muerte cuando, arruinado, te falte hasta el as que cuesta una cuerda. «Con razón —me dice[480]— se puede censurar a Trausio[481] con tales palabras; mas yo tengo grandes rentas y riquezas bastantes para tres reyes.» Pues bien, lo que te sobra, ¿no hay algo mejor en que puedas gastarlo? ¿Por qué está alguno en inmerecida miseria mientras tú eres tan rico? ¿Por qué se caen de viejos los templos divinos? ¿Por qué, malvado, no sacas de tamaño montón un poco para tu patria querida? Por lo que parece, las cosas sólo van a marchar siempre bien para ti, que —¡ay!— un día has de ser el gran hazmerreír de tus enemigos. ¿Quién tendrá más seguridad en sí mismo de cara a los inciertos azares: el que haya acostumbrado a su espíritu y a su cuerpo soberbio a tener muchas cosas, o el

[477] Sobre este pasaje véase la explicación de J. GIL en *Emerita* 30 (1962): 132-135.

[478] Es clara la evocación de los felices tiempos de la Edad de Oro.

[479] La figura del *patruus*, el tío paterno que, a falta del padre, reprende al *nepos* («sobrino», pero también «despilfarrador») era tradicional en la literatura latina desde la comedia arcaica; véase nuestra nota a *Od.* III 12, 3.

[480] Naturalmente, uno de los despilfarradores contra los que va la diatriba.

[481] Personaje desconocido que, al parecer, gastaba lo que no tenía.

que, contento con poco y temiendo por el porvenir, haya dispuesto en la paz, como un sabio, las cosas que exige la guerra?

Para que des mayor crédito a cuanto te digo, yo mismo, cuando era un niño pequeño, conocí al Ofelo del que te hablo, cuando usaba de sus bienes intactos con no mayor largueza que ahora, que están ya menguados. Puedes verlo en la pequeña parcela que le adjudicaron, con su ganado y sus hijos, convertido en esforzado colono a sueldo[482] y contando: «Yo nunca me he permitido comer en día que no fuera de fiesta más que verdura con una punta de ahumado pernil; y si tras mucho tiempo un huésped llegaba a mi casa, o bien, si no teniendo trabajo que hacer, en tiempo de lluvias, me acompañaba a la mesa un vecino estimado, nos arreglábamos bien; no con pescado traído de la ciudad, sino con pollo y cabrito. Luego, las uvas que tenía colgadas y las nueces nos proporcionaban el postre, junto con unos higos abiertos[483]. Tras esto, el juego consistía en beber sin otro juez que la culpa[484]; y el vino de las libaciones a Ceres[485], para que se alzara con una espiga bien alta, distendía las frentes que la inquietud arrugaba.

»Que la Fortuna se ensañe y provoque nuevos tumultos: ¿qué podrá quitarnos de esto? ¿Cuánto menos lucidos estamos vosotros o yo, muchachos[486], desde que aquí llegó el nuevo pro-

[482] Como decíamos al principio, Ofelo había decaído de su situación de pequeño propietario para convertirse en colono a sueldo, tal vez a causa de las mismas confiscaciones que había sufrido el patrimonio de Horacio.

[483] Era costumbre conservar los higos partiéndolos a la mitad, pero manteniendo entero el pedúnculo, y apareándolos con otros de manera que la pulpa de cada mitad se acoplara a una la mitad de otro; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

[484] Es decir, la conciencia y sentido común de cada cual, y lo que ordenara el *simposiarco* propio de los banquetes ilustrados.

[485] La diosa agrícola por excelencia. La libación consistía en una especie de brindis, en el que se vertía por tierra parte de la copa antes de beberla.

[486] Ofelo parece dirigirse tanto a sus hijos como a sus siervos, cuya propiedad conservaría.

pietario?[487] Y es que la naturaleza no lo ha hecho a él ni a mí, ni a nadie dueño de la tierra que es suya. Él nos ha echado a nosotros, y a él lo ha de echar a la postre una mala faena, o el no saber de triquiñuelas legales o, en todo caso, un heredero con más esperanza de vida. La finca, que está ahora a nombre de Umbreno[488], y hasta hace poco de Ofelo, no será propiedad de ninguno, sino que está ahora a mi disposición, y luego a la de otro cualquiera. Así, pues, sed valientes en la vida y salidle al paso a la adversidad con pechos valientes.»

3

Con sus 326 versos, esta sátira es la más larga de todas y el más largo de los poemas horacianos después del *Arte Poética*. También pertenece al tipo dialogado, aunque su mayor parte la ocupa un parlamento del interlocutor de Horacio, Damasipo, un coleccionista de arte que, tras arruinarse e intentar el suicidio, se ha convertido en filósofo estoico y se dedica a difundir la doctrina de su maestro Estertinio. De ahí que la mayoría de su intervención reproduzca en estilo directo el sermón con el que aquél había cambiado su vida. Pero la plática de Estertinio incluye a su vez varias intervenciones de interlocutores más o menos fingidos, con lo que la sátira llega a presentar una compleja y singular *estratigrafía discursiva* que en sus detalles sigue siendo objeto de discusión (véase F. CAVIGLIA, *EO* I: 706 ss.). Damasipo comienza reprochando a Horacio su indolencia para escribir, incluso en la paz de su casa de campo. El poeta, sorprendido de que lo conozca tan bien, le agradece su interés, e irónicamente le pregunta cómo a su anterior locura por las antigüedades le ha sucedido una nueva por la filosofía (1-31). Damasipo le responde que todos los hombres están locos, salvo los filósofos (31-38). También él lo estaba antes de que Estertinio

487 El que era dueño de la tierra tras la confiscación.

488 El nuevo propietario, seguramente un veterano de la guerra civil.

lo disuadiera del suicidio y le enseñara a vivir. Cede entonces la palabra a su maestro, que empieza argumentando que, salvo el sabio, todos los hombres padecen de alguna demencia (38-63). En el caso del propio Damasipo, más locos que él estaban los que le concedían créditos sin garantía ninguna (64-76). Estertinio enumera las diversas variedades de esa *locura común* que aqueja a los mortales: la de los avaros, la de los ambiciosos, la de los hedonistas, la de los supersticiosos (77-81). Entrando en materia, trata de la avaricia con el ejemplo del rico Estaberio, que hizo grabar en su tumba la suma del capital con que había llegado a la muerte. La acumulación de riquezas que no se emplean, incluso a costa de pasar necesidad, es mayor locura que la del matricida Orestes. Pero el mal tiene difícil remedio: Opimio, salvado de la muerte *in extremis*, aún se quejaba de lo que le había costado el agua de arroz recetada por el médico (82-157). Tan dañina como la avaricia es la ambición, y por eso Opidio había prohibido a sus hijos tanto aumentar su patrimonio como menguarlo en actividades políticas (168-186). El afán de gloria ha llevado a algunos hasta las peores locuras: enfrentándose con el propio Agamenón, Estertinio le hace ver que la suya, al sacrificar a Ifigenia, había sido más dañina que la de Áyax al degollar a las ovejas tomándolas por rivales (187-223). Luego le toca el turno a los amigos de la buena vida, con los ejemplos de Nomentano, del hijo de Esopo y de los de Arrio, todos ellos despilfarradores (224-246). Parecidos a éstos son los que siempre andan en amoríos (247-280). Quedan para el final los supersticiosos, como el liberto que pedía a los dioses que lo libraran de la muerte o la madre dispuesta a meter a su hijo en el Tíber si se cura de sus cuartanas (281-295). Así concluye la plática de Estertinio, en la que Damasipo cree haber encontrado una defensa contra quienes lo hagan de menos. Horacio, sin embargo, se atreve a preguntarle qué clase de locura le atribuye a él; y el filósofo señala su afán de igualarse con los grandes y sus pasiones amorosas. Y el poeta acaba renegando de él como de alguien que aún está más loco (296-326).

DAMASIPO.— Escribes tan poco, que ni cuatro veces al año pides un pliego; y destejes cuanto has escrito, airado contra ti

mismo porque, indulgente con el vino y el sueño, nada compones que merezca contarse. ¿Qué va a ser esto? Eso sí, en plenas Saturnales para aquí[489] has escapado sin haber bebido una copa. Pues bien, dinos algo digno de tus promesas; empieza ya. No hay nada. En vano le echas la culpa a tus cálamos, y sin razón las paga una pared nacida bajo el odio de dioses y vates[490]. Y eso que tu expresión era la de quien amenaza con muchas cosas preclaras, para el caso de que tu casita te acogiera desocupado al calor de su techo. ¿A qué venía lo de empaquetar a Platón con Menandro, y traerte acompañantes tan distinguidos como Éupolis y como Arquíloco[491]? ¿Pretendes aplacar la envidia dando de lado al esfuerzo? Te despreciarán de mala manera. Hay que evitar a esa sirena engañosa[492] que es la desidia, o dejar de buen grado cuanto has logrado llevando una vida mejor.

HORACIO.— Que los dioses, Damasipo, y las diosas te premien con un buen barbero[493] por tu acertado consejo. Pero ¿cómo es que tan bien me conoces?

---

[489] Se supone que Damasipo se encuentra con Horacio en su finca de la Sabina. Las fiestas Saturnales se celebraban del 17 al 19 de diciembre, y por su ambiente y costumbres se asemejaban a nuestro Carnaval.

[490] Al parecer, Horacio buscaba pretexto para no empezar a escribir en la mala calidad de los cálamos —cañas debidamente cortadas al efecto— de los que disponía para hacerlo. Su reacción es evidente: los arrojaba contra la pared, que ninguna culpa tenía.

[491] Como se ve, Horacio se había preparado un buen equipaje bibliográfico. Todos los autores son bien conocidos, salvo el cómico antiguo Éupolis, citado ya en I 4, 1.

[492] La sirenas eran unos seres míticos que desde su isla atraían a los navegantes —como a Ulises (*cf.* HOMERO, *Odis.* XII 1 ss.)— por medio de su canto para devorarlos. Su apariencia era semifemenina; pero su parte inferior no era la cola de pez de las que las dotó la iconografía medieval, sino el cuerpo de un ave, lo que da a sus representaciones un aspecto harto menos grato.

[493] La broma de Horacio alude a que Damasipo, una vez que había decidido dedicarse a la filosofía, se había dejado crecer la barba, atributo imprescindible de todo filósofo.

Dam.— Desde que toda mi hacienda quebró en mitad del pasaje de Jano[494], excluido de los negocios propios me ocupo de los ajenos. Pues antes gustaba de averiguar en qué bronce se había lavado los pies aquel astuto de Sísifo[495], cuál estaba esculpido con poco arte y cuál fundido con demasiada dureza. Como un experto, tasaba en cien mil tal o cual escultura, sabía comerciar como nadie con jardines y casas egregias sacando buenas ganancias; de ahí que en los mentideros de las esquinas me pusieran «Mercurial» por apodo[496].

Hor.— Lo sé, y me admiro de que te hayas librado de semejante dolencia; pero igual de admirable es que una nueva[497] haya desplazado a la antigua, según suele ocurrir cuando un desdichado dolor del costado o de la cabeza se pasa al estómago; como cuando un cataléptico se convierte en púgil y acosa a su médico[498]. Con tal de que no sea nada como eso, sé como quieras.

Dam.— ¡Ay, buen amigo, no te equivoques!: también estás loco tú y casi todos son necios, si hay algo de verdad en lo que a voces proclama Estertinio[499], de quien yo dócilmente copié estos admirables preceptos, en el tiempo en que, tras reconfor-

[494] Parece que se trataba, en efecto, de un pasaje cubierto, como los que abundan en las ciudades de la Italia actual, situado en el Foro y cerca del templo de Jano, en el cual solían encontrarse los hombres de negocios; algo así como nuestra Bolsa.

[495] Damasipo caricaturiza su pasada afición por las antigüedades, y en particular por los bronces, seguramente los de Corinto, los más famosos. Sísifo, como se sabe, fue un ejemplo mítico de astucia, lo que no lo libró de acabar en los infiernos, condenado a empujar eternamente su famosa piedra.

[496] Mercurio era el dios del comercio.

[497] Su interés por aleccionar a los demás.

[498] A puñetazos, naturalmente.

[499] El filósofo estoico bajo cuyo magisterio se había puesto Damasipo, también citado en *Epi.* I 12, 20. El Pseudo Acrón comenta que había escrito 220 libros exponiendo en latín la doctrina de su escuela; *cf.* P. Desideri, *EO* I: 906 s.

tarme, me mandó dejarme una barba de sabio y volverme sin tristeza del puente Fabricio[500]. Y es que cuando yo, arruinado, quería tirarme al río con la cabeza envuelta[501], ante mí se plantó y me dijo[502]: «Guárdate de hacer cosa alguna indigna de ti. A ti te angustia una malsana vergüenza, porque temes ser tenido por loco entre locos. Por tanto, ante todo, voy a inquirir en qué consiste estar loco; y si resulta que sólo te ocurre a ti, no añadiré ni una sola palabra para evitar que valientemente perezcas.

»Al que la necedad morbosa y al que el ignorar la verdad los hacen andar como ciegos, el pórtico y la grey de Crisipo[503] los tienen por locos. Este gran principio abarca a los pueblos, abarca a los grandes reyes, y el sabio es la sola excepción. Ahora escucha por qué deliran no menos que tú todos cuantos te han puesto el mote de loco. Al igual que en los bosques, cuando el extravío saca del justo camino a la gente haciéndola andar de aquí para allá, y aquél se va por la izquierda y por la derecha este otro, el error es para ambos el mismo, pero los extravía por lugares distintos; de la misma manera has de tenerte por loco, de modo que el que se ríe de ti sin ser más sensato también arrastra su cola[504].

»Un género de necedad es el de quien teme a cosas que de temibles no tienen nada; y así se queja de que en campo abierto

---

[500] Uno de los que une con las orillas la isla Tiberina. Al parecer, era lugar predilecto de los suicidas.

[501] Al parecer, era tal la costumbre de quienes decidían tirarse al río; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

[502] Aquí comienza el largo parlamento de Estertinio que Damasipo recoge en el seno del suyo y que llena gran parte de la sátira, hasta el v. 299.

[503] El «pórtico» es, naturalmente, la Estoa. Crisipo (c. 280-207) fue el primero que sistematizó la doctrina de esa escuela, en cuya dirección sucedió a Cleantes.

[504] Evoca la broma infantil de colgarle a alguien un monigote o cualquier otra cosa en la espalda.

le salen al paso fuegos, precipicios y ríos; otro género, opuesto a éste pero no más sensato, es el de quien se lanza por medio de fuegos y ríos. Aunque una amiga, o su madre, o una buena hermana, o su padre, parientes y esposa le griten: '¡Aquí hay una fosa enorme, allí un gran precipicio, ten mucho cuidado!', no les hará más caso que el Fufio aquel que estaba borracho cuando se durmió haciendo de Iliona, mientras mil doscientos Cacienos gritaban: '¡Madre, es a ti a quien llamo!'[505]. Te demostraré que el común de la gente está aquejada de una locura como ésa.

»Damasipo enloquece comprando estatuas antiguas; ¿está en sus cabales el que a Damasipo le presta dinero? Supongamos que sí. 'Toma esto, y nunca me lo devuelvas'— si yo te digo eso, ¿serás un loco por aceptarlo, o más insensato serás rechazando el botín que Mercurio propicio te pone delante? Apunta los diez mil de Nerio[506]; no basta; añade las cien pólizas del retorcido Cicuta, añádele aún mil cadenas: pese a todo, el sinvergüenza, como un Proteo[507], se librará de todas las ataduras. Cuando lo lleves a los tribunales, mientras se ríe con mandíbula ajena[508], se convertirá en jabalí, luego en ave, después en

[505] La anécdota, ya proverbial, proviene de una representación de la tragedia *Iliona* de Pacuvio en la que un actor, el tal Fufio, que interpretaba el papel femenino de Iliona (cosa por entonces normal), se quedó dormido por haber bebido en exceso. Cacieno interpretaba el de su hijo Deífilo, y cuando Fufio no respondió a su invocación, todo el teatro la repitió a voz en grito; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

[506] Pasaje de difícil interpretación en sus detalles por lo sumario de sus términos, aunque su sentido general parece claro: estamos ante un hombre, parece que el propio Damasipo, que no para de endeudarse; en este caso con los prestamistas Nerio y Cicuta (apodo bien expresivo); *cf.* FEDELI, *ad loc.*

[507] Proteo era un dios marino cuya especial habilidad consistía en cambiar de aspecto siempre que le convenía (un poco como el Filemón de nuestras historietas infantiles). De la misma manera se supone que obrará el impenitente deudor aquí retratado.

[508] La expresión, tal vez proverbial, deriva de Homero; pero no está claro su exacto sentido, tal vez el de reírse de manera intempestiva; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

pedrusco, y cuando quiera, en un árbol. Si administrar mal lo de uno es propio de un loco, y en cambio hacerlo bien es propio de una persona sensata, créeme: mucho más averiado tiene el cerebro Perelio[509], que dicta recibos a los que nunca podrás hacer frente.

»Yo le aconsejo que escuche, tras acomodarse la toga[510], a todo el que ande descolorido por causa de la torcida ambición o por amor al dinero; al que le queme la fiebre del lujo o de una siniestra superstición, o de algún otro mal de la mente. Venid aquí en fila, más cerca de mí, mientras os hago ver cómo todo el mundo está loco.

»La dosis más grande —y con mucho— de eléboro[511] hay que dársela a los avaros, y hasta no sé si el buen sentido no guardará para ellos una Antícira entera. Los herederos de Estaberio[512] grabaron en su sepulcro el montante de su capital. De no haberlo hecho así, se los condenaba a dar al pueblo cien parejas de gladiadores y un banquete al arbitrio de Arrio[513], y tanto trigo cuanto el África coge. 'Tanto si he obrado mal como si he obrado bien queriéndolo así, no vengas a hacerme de tío'[514]. Creo que así lo tenía previsto Estaberio con su prudencia. Y entonces, ¿en qué pensó cuando quiso que sus herederos grabaran

509 Un prestamista imprudente.

510 Es decir, dispuesto a escuchar con calma.

511 Era un planta habitualmente empleada como remedio de las enfermedades nerviosas. Se producía sobre todo en Antícira, ciudad de la Fócide a orillas del golfo de Corinto.

512 Nada más sabemos de este extravagante personaje, pero véase P. SABATINI TUMOLESI, *EO* I: 905.

513 Este Arrio, amigo de Cicerón y conocido por su suntuosidad, sería, pues, una especie de albacea encargado de velar por el cumplimiento de la cláusula testamentaria; sobre él véase el artículo citado en la nota precedente.

514 Es la expresión proverbial ya comentada a propósito de II 2, 97. El alegato parece atribuirse al propio Estaberio.

en su lápida el monto de su patrimonio? Toda su vida creyó que ser pobre era un vicio muy grande, de ninguna cosa puso mayor empeño en guardarse; hasta el punto de que, si llegara a morir con un cuarto de menos, se tendría a si mismo por hombre de menos valía. 'Es que todas las cosas —virtud, fama y honra, y todo lo divino y lo humano— obedecen a las hermosas riquezas; y quien haya logrado juntarlas, ilustre será, virtuoso y justo'[515]. ¿Y sabio? 'También; y rey y todo cuanto le plazca'[516]. Él concibió la esperanza de que esto, cual cosa lograda por su virtud, le reportaría una gloria muy grande. ¿En qué se asemeja a él el griego Aristipo[517], el cual ordenó a sus esclavos que arrojaran su oro en medio de Libia porque iban demasiado despacio a causa del peso? ¿Cuál de los dos es más loco? El ejemplo no sirve de nada, porque el problema nos lo resuelve con otro problema.

»Si uno da en comprar cítaras y en almacenarlas después de compradas, sin haber mostrado interés por la cítara ni por musa ninguna; si compra cuchillas y hormas sin ser zapatero, o velas de barco siendo ajeno al comercio, por todas partes, y con razón, dirán que delira y que es un demente. ¿Y en qué se distingue de ésos el que esconde su dinero y su oro sin saber usar de lo ahorrado, y temiendo tocarlo como si fuera cosa sagrada? Si uno está siempre en vela, tendido junto a un montón enorme de trigo, con un largo garrote y, siendo su amo y estando hambriento, no se atreve a tocar un grano, y más bien, por sentido de la austeridad, prefiere sustentarse de hojas amargas; si, mientras tiene guardados en casa mil jarros de vino de Quíos y de

---

515 También estas palabras parecen atribuirse a Estaberio, que así viene a asumir el papel del *fictus interlocutor* típico de la sátira.

516 La respuesta de Estaberio parece parodiar términos típicos del estoicismo, que ponían al sabio sobre todas las cosas.

517 Discípulo de Sócrates tradicionalmente tenido por cabeza de la escuela cirenaica, netamente hedonista; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

añejo falerno[518] —y eso no es nada, pongamos trescientos mil—, bebe acre vinagre; más aún: si encima, y a punto de cumplir los ochenta, duerme sobre un jergón, en tanto que en su arca se pudre la ropa acolchada, banquete para carcomas y para polillas, seguramente sólo a unos cuantos les parecerá que está loco; porque los más de los hombres están a merced de la misma dolencia. ¿Es que guardas todo eso a fin de que se lo beba el que te ha de heredar, ya sea tu hijo, ya incluso un liberto, tú, anciano odioso a los dioses? ¿O es para que a ti no te falte? ¿Pues qué miseria le va a quitar a tu patrimonio cada día que pase, si empiezas a echarle un aceite mejor a tus coles y a tu cabeza, que está hecha un asco porque la caspa te impide peinarla[519]? ¿Por qué, si con cualquier cosa te basta, por todas partes perjuras, hurtas y robas? ¿Estás en tu sano juicio? Si te pones a apedrear a la gente o a los esclavos que te has agenciado con tu dinero, te llamarán loco a gritos todos los niños y niñas; y cuando matas a tu esposa echándole un lazo al cuello o a tu madre con un veneno, ¿estás bien de la cabeza? ¿Entonces qué? Tú no haces eso en Argos[520] ni matas con la espada a la que te engendró, como el loco de Orestes; pero ¿acaso piensas que él perdió la razón tras matar a la que lo había parido, y que no andaba agitado por las malignas furias[521] ya antes de entibiar su agudo hierro en el cuello materno? Más todavía: Orestes, desde que fue tenido por hombre de cabeza extraviada, no hizo absolutamente nada que mereciera reproche: no osó acometer con el hierro a Pílades ni

[518] Ya nombrados ambos en I 10, 24, el primero famoso en Grecia y el segundo en Italia.

[519] El aceite se empleaba también para el cuidado del cabello.

[520] Estertini habla ahora de Argos refiriéndose más bien a Micenas, como había hecho el propio Homero. Allí Orestes había matado a su madre Clitemnestra para vengar el parricidio que había acabado con su padre Agamenón.

[521] Divinidades equiparadas a las euménides o erinias griegas, encargadas de promover el castigo de los crímenes impunes.

a Electra su hermana[522]; sólo maldice del uno y de la otra, llamándole a ésta furia y a aquél cualquier otra cosa que le inspiró su atrabilis[523].

»Opimio, menesteroso de la plata y el oro que tenía guardados[524], que solía beber los días de fiesta vino de Veyos en un cazo de Campania[525] y a diario vino picado, en cierta ocasión cayó presa de un profundo letargo; de modo que ya su heredero corría feliz y contento en torno a cofres y llaves. Mas en esto, un médico diligente y fiable lo reanima de esta manera: manda poner una mesa y vaciar encima monedas de unos talegos, y que para contarlas se acerque la gente. Así reanima al hombre y añade: 'Si no guardas lo tuyo, se lo va a llevar enseguida tu ambicioso heredero'. '¿Estando yo vivo?[526]' 'Para estar vivo procura mantenerte despierto; eso es lo que tienes que hacer.' '¿Qué quieres que haga?' 'Tus venas te dejarán tirado si a tu estómago desfallecido no llegan el alimento y un sustento abundante. ¿Te quedas ahí parado? Venga, tómate esta tisana de arroz[527].' '¿Cuánto ha costado?' 'Poco.' 'Pero dime cuánto.' 'Ocho ases.' '¡Ay!, ¿qué más me da perecer por enfermedad que por la rapiña y el robo?'

---

[522] Pílades era el amigo incondicional de Orestes. Electra la hermana que lo animó a la venganza. Sobre lo que luego dice Horacio, comenta FEDELI que sus improperios a Electra parecen corresponder a los que Eurípides incluyó en su *Orestes*, pero que no hay noticia de que también insultara a Pílades.

[523] Preferimos traducir con este cultismo castellano (que significa la «bilis negra» o μελαγχολία) la *splendida bilis* de la que habla Horacio, que literalmente significaría «reluciente», «vidriosa», «verdosa».

[524] El de Opimio parece ser un *nombre parlante* fabricado por Horacio para la ocasión, sobre la base de *opes*, «riquezas». Obsérvese el agudo oxímoron con que el poeta describe la situación del viejo avaro.

[525] El de Veyos, antigua ciudad etrusca, pasaba por ser lo que hoy se llama un «vino peleón». La vajilla de Campania, de simple barro cocido, era el de menos pretensiones.

[526] Naturalmente, palabras del propio Opimio.

[527] Entonces, como ahora, recomendada para afecciones del estómago.

»'Entonces, ¿quién está en sus cabales?' El que no es un necio. '¿Y qué es un avaro?' Un necio y un loco. '¿Y qué? ¿Si uno no es un avaro, sólo por eso ya está en sus cabales?' En absoluto. '¿Por qué lo dices, estoico?[528]' Te lo voy a decir. 'Este enfermo no está mal del estómago'— supón que Crátero[529] ha dicho tal cosa. ¿Entonces está bien y va a levantarse? Dirá que no [porque su costado o sus riñones están aquejados por una aguda dolencia][530]. No es un perjuro ni un miserable: pues que sacrifique un puerco a los benévolos lares; pero es ambicioso y osado: pues que se vaya a Antícira[531] en barco. En efecto, ¿qué diferencia existe entre tirar a un abismo cuanto posees y no usar nunca de lo que te has ganado?

»De Servio Opidio, natural de Canusio[532], un rico de los de antaño, se cuenta que repartió entre sus dos hijos sus dos posesiones; y que estando para morir, tras llamar a los chicos junto a su lecho, les dijo: 'Desde que vi que tú, Aulo, llevabas tus tabas y nueces en el pliegue de tu vestido sin cinto, y que las dabas y te las jugabas[533], y que tú, Tiberio, las contabas y con aire

---

[528] Entendemos que aquí ya habla el habitual interlocutor fingido, que trata a Estertinio como estoico que es. En este punto nos apartamos levemente de la edición de KLINGNER, que parece considerar que esta pregunta también forma parte del parlamento del propio Estertinio. Otros entienden que ya toda la serie precedente de preguntas y respuestas puede considerarse como un diálogo entre el filósofo y su interlocutor y no como un monólogo del primero; pero la cuestión no afecta a la comprensión del texto.

[529] Un famoso médico de la época.

[530] El verso 163 ha sido considerado como interpolado por bastantes editores, entre ellos KLINGNER, siguiendo a Haupt, en cuanto que casi igual a *Epi.* I 6, 28, pero no son pocos los que lo dan por auténtico.

[531] Recuérdese que era el principal origen del eléboro, remedio para los dementes.

[532] Parece que se trata de un personaje que Horacio conoció en su tierra natal, pues era del ya nombrado Canusio (hoy Canosa), en la Apulia; *cf.* M. SILVESTRINI, *EO* I: 831 s.

[533] Objetos con que jugaban habitualmente los niños.

muy serio las escondías en los agujeros, me entró miedo de que os dominaran locuras opuestas: de que tú siguieras a Nomentano y tú a Cicuta[534]. Por ello, uno y otro haceos cuenta de esto que por los dioses penates[535] os ruego: guárdate tú de menguar y tú de aumentar lo que vuestro padre estima bastante y la naturaleza limita. Además, y para que no os seduzca la gloria, os ligaré a los dos con un juramento: el que de vosotros fuere edil o pretor, ése quede incapacitado para testar y sea maldito'[536].

»¿Es que tus bienes los vas a gastar en guisantes, en habas y en altramuces, para pasearte a tus anchas por el Circo, y para quedarte tieso, convertido en estatua de bronce[537], una vez despojado, insensato, de los campos y del capital de tu padre; y todo, naturalmente, para llevarte tú los aplausos que Agripa se lleva, igual que la astuta zorra que imita al león generoso[538]?

»¿Por qué prohíbes, Atrida[539], que alguien se atreva a dar tierra al cuerpo de Áyax? 'Yo soy el rey.' Nada más te pregunto, siendo plebeyo. 'Además, lo que ordeno es equitativo; y si

534 Ejemplos, respectivamente, de despilfarrador y de tacaño, ya citados.

535 Como se sabe, los dioses familiares.

536 El viejo moribundo se vale de expresiones contenidas en las famosas XII Tablas; *cf.* Fedeli, *ad loc.*

537 Ahora el asunto es el de quienes gastan su patrimonio en repartos públicos de alimentos en busca de la popularidad y de ganarse un monumento. Fedeli, *ad loc.*, entiende que este párrafo todavía forma parte del parlamento de Opidio, y que está dirigido a Aulo, el menos ahorrador de sus hijos. Otros —y nos parece más verosímil— interpretan que aquí Estertinio reemprende su discurso propio con Damasipo.

538 Agripa, colaborador y yerno de Augusto, se había hecho famoso por su munificencia. El ejemplo fabulístico que pone Horacio no tiene fuente conocida.

539 Estertinio finge ahora hablar con Agamenón, hijo de Atreo, comandante general de los griegos ante Troya, que había prohibido que se diera sepultura a Áyax Telamonio. Éste habiéndose vuelto loco cuando las armas de Aquiles fueron adjudicadas a Ulises, perpetró diversas barbaridades y al fin se suicidó. Estertinio va a demostrarle a Agamenón que más loco está él.

alguno estima que no hago justicia, le permito que diga lo que piensa sin miedo a venganzas.' ¡Oh el más grande de los reyes, que te concedan los dioses regresar con tu flota de Troya ya conquistada[540]! ¿Entonces podré preguntar y después responderte? 'Pregunta.' ¿Por qué Áyax, después de Aquiles el héroe más grande, está ahí apestando, cuando tantas veces, salvando aqueos, se hizo famoso? ¿Acaso para que se alegren el pueblo de Príamo[541] y Príamo mismo, de que quede insepulto aquel por quien tantos jóvenes quedaron sin un sepulcro en su patria? 'A mil ovejas mandó a la muerte aquel loco, mientras gritaba que estaba matando al ínclito Ulises y a Menelao junto conmigo[542].' ¿Y tú, cuando en Áulide[543] pones ante el altar, en lugar de una ternera, a tu hija querida, y espolvoreas, cruel, su cabeza con la harina salada[544], conservas tu buen juicio? '¿A qué viene esto?' ¿Pues qué hizo Áyax en su locura, cuando abatió con el hierro el rebaño?: se guardó de hacer violencia a su mujer y a su hijo; y aunque lanzó mil imprecaciones contra los Atridas, no acometió a Teucro[545] ni al propio Ulises. 'Es que yo, para poder sacar mis naves paradas en una ribera adversa, aplaqué prudente a los dioses con sangre.' ¿Con la tuya, demente? 'Con la mía, pero demente no.'

---

540 Reminiscencia de HOMERO, *Ilíada* I 18 s.

541 El rey de Troya.

542 Uno de los excesos de Áyax en su locura. Es obvio que la aventura de Don Quijote con los rebaños tiene ahí su fuente.

543 Alusión al trágico episodio del sacrificio de Ifigenia, hija de Agamenón. Cuando la flota griega marchaba contra Troya, se vio bloqueada por los vientos contrarios en Áulide, en el estrecho de Eubea. El adivino Calcante declaró que la diosa reclamaba el sacrificio de Ifigenia, en estricto cumplimiento del voto que su padre le había hecho en una cacería de ofrendarle el primer ser vivo que se encontrara al volver a su casa. La desdichada muchacha fue inmolada, aunque hay versiones más benévolas del mito.

544 Con la *mola salsa* se espolvoreaba a las víctimas de los sacrificios; de ahí el término «inmolar».

545 Medio hermano de Áyax.

»Al que conciba imágenes que no casan con las verdaderas, y que estén perturbadas por una pasión criminal, se lo tendrá por demente; y lo mismo dará si yerra por necedad o por ira. Áyax loquea al matar a los inocentes corderos; y cuando tú, a plena conciencia, cometes un crimen a cambio de unos títulos vanos, ¿te hallas en tus cabales y tienes sana la mente, cuando la tienes hinchada? Si a uno le da por llevar una lozana cordera en una silla de manos, y le pone un vestido, como a una hija, y criadas y oro, y la llama Rufa o Pusila[546], y se la da como esposa a un valiente marido, a ése el pretor, con un interdicto, lo privará de todo derecho, y su tutela irá a parar a parientes que tengan juicio. ¿Y entonces qué?: si uno sacrifica a una hija en lugar de una muda cordera, ¿está en sus cabales? No me lo digas. Así, pues, donde está la malvada estulticia, ahí está también la suprema locura; quien sea un criminal será también un demente. Alrededor de aquel al que seduce la fama, que es como el vidrio[547], truena Belona[548], la que con la sangre disfruta.

»Ahora vamos, y junto conmigo échale mano al afán de lujo y a Nomentano[549]; pues la razón hará ver que los despilfarradores, por necios, son locos. Este hombre, tan pronto como recibe los mil talentos de su patrimonio, decreta que el pescadero, el frutero, el que caza las aves, el perfumista y toda la turba impía del barrio Toscano[550], los bufones con el chacinero, y todo el mer-

[546] Estertinio hace ahora una *caricatura en negativo* de la conducta de Agamenón: presenta el supuesto de uno que tratara a una oveja, la víctima normal de un sacrificio, como a una hija suya. Rufa significa «rubia» y Pusila «chiquita».

[547] Es decir, brillante pero frágil.

[548] Diosa itálica de la guerra.

[549] Casio Nomentano, ejemplo de despilfarrador, ya nombrado en I 1, 102; I 8, 11 y II 1, 22.

[550] En el *Vicus Tuscus*, calle que iba del Foro al Tíber, abundaban las casas de lenocinio.

cado, incluido el Velabro[551], vengan de mañana a su casa. ¿Y qué pasó entonces? Que vinieron en masa y un rufián[552] toma la palabra: 'Cuanto yo tengo en mi casa y éstos en la suya, considéralo tuyo y pídelo, si te apetece, ahora y si no mañana'. Y escucha lo que a esto respondió con toda justicia el muchacho: 'Tú duermes con polainas sobre la nieve lucana[553], para que cene yo jabalí; tú, cuando hay temporal, sacas del mar el pescado, mientras que yo soy un haragán, indigno de tener tanto. Toma, llévate tú un millón, y lo mismo tú; y tres veces más para ti, de cuya casa me viene corriendo una esposa si a media noche la llamo'.

»El hijo de Esopo, quitándosela de la oreja a Metela, disolvió en vinagre una magnífica perla, sólo para beberse de un trago un millón de sestercios[554]. ¿Acaso estaba más cuerdo que si la hubiera tirado a la corriente de un río o a una cloaca? Los hijos de Quinto Arrio[555], famosa pareja de hermanos, gemelos por su golfería, su frivolidad y su amor a los vicios, que solían comer ruiseñores pagados a precio de oro, ¿cómo saldrán de aquí: marcados con tiza, como hombres sensatos, o bien con carbón[556]?

»Construir casitas, uncir ratones a un carrito, jugar a pares y nones, cabalgar sobre una larga caña... Si eso le gusta a un hom-

---

551 En el Velabro, también en las inmediaciones del Foro, se asentaba el principal mercado de alimentación.

552 Sin duda uno de los que ejercían en el *Vicus Tuscus*.

553 La respuesta de Nomentano va dirigida, sucesivamente, al cazador, al pescador y al proxeneta de cuyos servicios disfruta. La Lucania, en el extremo S. de Italia, era tierra rica en caza mayor.

554 Anécdota que se haría famosa en los anales del despilfarro. Los personajes citados son M. Clodio Esopo, hijo de un famoso actor, y Cecilia Metela, una aristócrata de vida escandalosa; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

555 Al parecer, el ya nombrado en el v. 86.

556 En los tribunales griegos los jueces votaban la sentencia depositando una piedra blanca o una negra.

bre de barba crecida, es que se ha apoderado de él la locura. Y si el razonamiento demuestra que más pueril que todo eso es enamorarse, y que no hay diferencia entre que, como hacías en otro tiempo, cuando tenías tres años, juegues en la arena, y que angustiado llores por el amor de una cortesana, entonces te pregunto: ¿vas a hacer lo que antaño hizo Polemón[557] una vez convertido?; ¿vas a dejar las enseñas de tu enfermedad —vendas, codal y bufandas[558]—, al modo en que se cuenta que aquél, estando bebido, se quitó a hurtadillas las coronas del cuello cuando lo reprendió la voz del maestro que estaba en ayunas[559]?

»Cuando a un niño enfadado le ofreces fruta, él la rechaza: 'Toma, cachorro'; él dice que no, y si no se la das la está deseando. ¿En qué se diferencia de él el amante al que han dejado plantado, cuando piensa en si ir o no ir a donde iba a volver aunque no lo llamaran, y se queda pegado a la puerta que tanto aborrece[560]? '¿Y ahora, aunque ella me llame, tampoco he de ir, o más bien pensaré en ponerle un fin a mis cuitas? Me dejó plantado y me llama: ¿he de volver? No, ni aunque me lo suplique.'

---

[557] Era un joven ateniense que una mañana, tras una de sus habituales juergas, fue a parar a la Academia, platónica, entonces dirigida por de Jenócrates. Éste logró regenerarlo, y a su muerte fue sucedido por Polemón como cabeza de la escuela.

[558] Prendas propias de los enfermos o de personas de salud delicada. Traducimos por «codal», en propiedad la pieza de una armadura que tiene la forma del codo, el término *cubital*, sólo acreditado en este pasaje y que es su exacto étimo. H. SILVESTRE, tal vez con más acierto, traduce «manguito». Nombrando esos atributos de los enfermos, Estertinio introduce la comparación con las coronas de fiesta de las que, como luego cuenta, se despojó Polemón.

[559] Las coronas de flores al cuello o en la cabeza eran típicas de los festines antiguos.

[560] Ya conocemos por la lírica del propio Horacio la escena del *paraclausithyron*, en la que el *exclusus amator* se duele ante la puerta cerrada de su amada. Era especialmente típica de la comedia y la elegía. Se admite que aquí Horacio parafraseó pasajes de TERENCIO, *Eunuco* 46-49 y 57-63.

Pero hete aquí al esclavo, que es bastante más listo[561]: '¡Ay, amo, una cosa que carece de medida y sentido no admite que se la trate con medida y sentido. En el amor ocurren esos reveses: la guerra y de nuevo la paz; y si esto, que es algo casi tan tornadizo como la tempestad y fluctúa a merced de la ciega fortuna, uno se empeña en volverlo seguro, no ha de lograr mucho más que si pretende ser loco según un cierto modo y medida'.

»¿Y qué? Cuando, al quitarle la pepita a la manzana picena, te regocijas si por suerte das con ella en el techo[562], ¿estás en posesión de ti mismo? ¿Y qué? Cuando golpeas contra tu paladar añoso balbucientes palabras de amor[563], ¿en qué medida estás más cuerdo que el que construye casitas? Añade la sangre a la necedad y atiza con la espada el fuego que arde[564]: cuando —como quien dice ayer— Mario se tiró por una ventana tras malherir a Hélade[565], ¿estaba trastornado? ¿O es que a ese hombre vas a absolverlo de la acusación de locura, y a condenarlo por un delito, poniéndole a las cosas, según la costumbre, un nombre que parezca cuadrarles?[566]

---

561 Figura típica de la comedia.

562 Las manzanas de la región del Piceno eran especialmente apreciadas. Porfirión comenta que el juego consistía en apretar sus pepitas entre los dedos y lograr que salieran disparadas. Si alcanzaban el techo se consideraba señal de buena suerte.

563 Horacio describe ahora a un viejo enamorado, probablemente desprovisto de dientes.

564 La de atizar el fuego con la espada es una expresión proverbial atribuida a Pitágoras por DIÓGENES LAERCIO, *Vidas de los filósofos* VIII 18, y referida a quienes agravan más una situación ya grave de por sí.

565 Personajes desconocidos.

566 El sentido y forma del verso son discutidos. SH. BAILEY propone corregir *cognata uocabula* en *non apta uocabula*. Nosotros creemos que se puede mantener la lección transmitida entendiendo que *cognata* se refiere a palabras que, aun sin ser las propias, pueden servir en ciertos casos en razón de su parentesco con ellas.

»Había un liberto, ya viejo, que por las mañanas, tras lavarse las manos y sin haber bebido una gota, corría por las encrucijadas rogando: '¡Sólo una cosa!' —y añadía: '¿es mucho pedir?'—, '¡sólo una cosa: que a mí me libréis de la muerte, pues es cosa bien fácil para los dioses!'. Estaba sano de ambos oídos y de ambos ojos; pero en cuanto a su mente, a no ser que quisiera buscarse un pleito, su amo hubiera hecho una reserva legal al venderlo[567].

»También a esta gente la pone Crisipo en la casta feraz de Menenio[568]: 'Júpiter, tú que das y quitas los grandes dolores —dice la madre del niño que lleva ya cinco meses en cama—, si al niño se le va la fría cuartana, en la mañana del día en que tú prescribes ayunos se pondrá desnudo en el Tíber[569]'. Pongamos que el azar o el médico salvan al enfermo del peligro de muerte: su delirante madre lo matará plantándolo en la gélida orilla y hará que le vuelva la fiebre. ¿De qué mal está aquejado su espíritu? Del miedo a los dioses»[570].

He aquí las armas que Estertinio, el octavo sabio[571], me dio a mí, su amigo, para que en adelante no me insultaran impunemente. El que me llame loco oirá otro tanto y aprenderá a mirarse lo que, sin que él lo sepa, le cuelga a la espalda[572].

---

567 En efecto, un «vicio oculto» podía invalidar el contrato de venta.

568 Parece haber sido un prototipo de loco, pero nada más sabemos de él.

569 No parece que el jueves, el día dedicado a Júpiter, estuviera prescrito el ayuno, lo que ha llevado a pensar que Horacio practica aquí un deliberado sincretismo de la religión tradicional con las observancias judaicas; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

570 Algo que, como advierte HEINZE, no sólo los epicúreos, sino también los estoicos consideraban como una pasión insana. Aquí concluye el largo sermón de Estertinio.

571 El canon de los *Siete sabios de Grecia* incluye, en su forma más habitual, a: Solón de Atenas, Tales de Mileto, Pítaco de Mitilene, Cleobulo de Rodas, Quilón de Esparta, Biante de Priene y Periandro de Corinto.

572 Damasipo vuelve a lo dicho en el v. 53. Según Porfirión, Horacio alude también al tópico fabulístico de que los hombres llevamos una alforja en cuya

HOR.— Estoico —y ojalá que tras tu ruina lo vendas todo tan bien, por más de su precio[573]—, puesto que la necedad no es de un solo tipo, ¿por cuál crees tú que estoy loco? Pues a mí me parece que soy hombre cuerdo.

DAM.— ¿Y qué? Cuando Agave lleva en sus manos la trunca cabeza de su pobre hijo, ¿se tiene ella entonces por loca de atar[574]?

HOR.— Confieso que soy un necio —permítaseme reconocer la verdad—, y que incluso estoy loco; pero al menos explícame esto: de qué mal del alma crees que estoy aquejado.

DAM.— Escucha: en primer lugar, andas metido en obras; es decir, imitas a los que son más altos, tú que de arriba abajo mides dos pies[575]; y encima te ríes de los aires y del andar de Turbón[576], por desmesurados para su talla, cuando lleva encima sus armas. ¿Y en qué eres tú menos digno de risa que él? ¿O no es verdad también que, haga lo que haga Mecenas, tú rivalizas con él, siendo tan distinto y tan inferior? Una vez, estando ausente la rana, un ternero aplastó con la pata a sus crías; y una que logró escapar le cuenta a la madre cómo una bestia enorme ha hecho pedazos a sus hermanos. Ella le preguntaba cómo era de grande; si era de este tamaño —y se hinchaba. «Como eso, más la mitad.» «¿Así de grande?» Y como más y más se inflaba, la cría le dijo: «Aunque te revientes, no serás como ella»[577].

---

parte delantera van los vicios ajenos y en la trasera los propios, razón por la que no solemos verlos.

573 Recuérdese que Damasipo está en proceso de liquidación de sus bienes.

574 La madre de Penteo, el rey de Tebas que persiguió el culto de su primo Dioniso. El dios la hizo enloquecer, y en compañía de otras bacantes degolló a su propio hijo. El mito fue dramatizado por Eurípides en sus *Bacantes*.

575 Horacio volvería a dar noticia de su escasa talla en *Epi.* I 20, 24, aunque es claro que aquí se refiere principalmente a su modesta condición.

576 Porfirión anota que fue «un gladiador pequeño de cuerpo pero valiente en el combate».

577 Otro tema fabulístico, de estirpe esópica y recreado por FEDRO I 24.

Esta imagen no te anda muy lejos a ti. Ahora añade tus versos, es decir, al fuego échale aceite; y si alguien los hizo teniendo juicio[578], también tú lo tienes cuando los haces. Nada digo ya de esa furia tremenda...

HOR.— ¡Ya basta!

DAM.— ... ni de ese tren de vida por encima de tus posibles...

HOR.— ¡No te pases, Damasipo[579]!

DAM.— ... tus locuras por mil chicas y por mil chicos...

HOR.— ¡Oh loco de marca mayor, deja en paz de una vez al que es menos loco!

4

Horacio se encuentra con Cacio, un *gastrosofista* (un *gourmet* de alto nivel), que no tiene tiempo para pararse con él, pues le urge poner por escrito los preceptos que un maestro del ramo acaba de darle y que dejarán cortos a los de los mayores filósofos. El poeta le ruega que le diga de quién se trata, pero Cacio sólo se aviene a darle una noticia de sus doctrinas (1-11). En primer lugar, la elección de los huevos: han de preferirse los de forma apuntada. Las coles son mejores si provienen de huertos poco regados. Para ablandar la gallina conviene bañarla en vino falerno. Las buenas setas son las de los prados, y el mejor postre es el de moras cogidas antes de que caliente el sol (12-22). Es un error añadir miel al vino falerno, como hacía Aufidio. Para el estreñimiento lo mejor son los mejillones y la acedera con vino de Cos; pero los moluscos han de cogerse en la fase apropiada de la luna, y hay que saber de dónde vienen los mejores de cada especie (23-34). Orga-

---

578 La idea de que la poesía brotaba de una cierta locura era corriente en la Antigüedad; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

579 Algunos entienden que Horacio le dice a Damasipo que se ocupe de sus propios intereses, que buena falta le hace. Otros, que hay una frase de doble sentido, a medias entre ése y el que nosotros hemos adoptado.

nizar una cena no es cosa que pueda hacer cualquiera: no basta con llevarse sin más los pescados más caros. El jabalí de la Umbría es mejor que el de Laurento; el corzo criado en las viñas no vale gran cosa; de la liebre han de preferirse las paletillas (35-44). Anteriormente nadie sabía cómo habían de prepararse pescado y aves. Pero no hay que descuidar un aspecto por atender a otro (45-50). En cuanto a los vinos, hay que saber cómo suavizar los fuertes y cómo clarear los flojos a los que se ha mezclado la hez de los mejores para darles fuerza; y qué manjares avivan la sed. También es importante saber hacer la salsa doble y qué frutas son las mejores para el postre (51-75). En fin, también la presentación y la limpieza del servicio son importantes (76-87). Horacio, anonadado por la sabiduría de Cacio, le ruega que en la primera ocasión que tenga no deje de llevarlo junto al maestro al que debe esas profundas doctrinas, que pueden hacer la felicidad de la vida (76-95).

HORACIO.— ¿De dónde vienes y adónde vas, Cacio[580]?

CACIO.— No tengo tiempo; pues me urge anotar unos nuevos preceptos que van a dejar atrás a Pitágoras, al acusado de Ánito[581] y al docto Platón.

HOR.— Confieso mi error al interrumpirte en momento tan poco oportuno; pero te ruego que con tu bondad me perdones. Además, si ahora se te escapa algo, al punto lo recordarás; pues ya sea cosa de naturaleza, ya de habilidad, eres admirable por uno y por otro concepto.

CA.— No, si lo que me preocupaba era el modo de retenerlo todo, siendo cosas sutiles y tratadas con sutiles palabras.

HOR.— Dime el nombre del individuo, y también si es romano o extranjero.

CA.— Te recitaré de memoria los propios preceptos, dejando al autor en secreto. Recuerda que los huevos que tengan for-

[580] Según Porfirión, era un filósofo epicúreo, aunque hay dudas sobre su identificación; *cf.* P. DESIDERI, *EO* I: 683 s.

[581] El «acusado de Ánito» fue Sócrates.

ma alargada son los que has de servir, pues son de mejor sabor y más blancos que los redondos; y es que su cáscara encierra la yema de un macho. Más sabrosa que la col suburbana[582] es la que ha crecido en los campos más secos; nada hay más insulso que un huerto con exceso de riego. Si de pronto te cae encima un huésped al anochecer, para que una gallina dura no le plante cara de mala manera a su paladar, aprenderás a meterla viva en mosto falerno[583] mezclado con agua; esto la volverá tierna. Las setas mejores son las de los prados; las otras son de poco fiar. Pasará con buena salud los veranos el que ponga fin a su almuerzo con moras negras, cogidas del árbol[584] antes de que el sol apriete. Aufidio[585] le mezclaba miel a un fuerte falerno; y se equivocaba, porque a las venas vacías no conviene echarles si no cosas suaves[586]. Es mejor que te empapes las tripas con un vino suave y con miel. Si tienes el vientre duro y no se te mueve, los mejillones y otros moluscos vulgares le darán un empujón al atasco, y también la breve hierba de la acedera, mas no sin un vino blanco de Cos[587]. Las lunas nacientes engordan a los escurridizos moluscos, pero no todo mar es fértil en mariscos de buena raza: mejor que la cañadilla[588] de Bayas es el ostión

[582] Es decir, la cultivada en la propia Roma o en sus afueras, donde no faltaba el agua.

[583] El famoso vino de la Campania ya tantas veces citado.

[584] Se trata, pues, de moras de morera, no de zarzamora.

[585] El nombre era frecuente, por lo que no se ha podido identificar con seguridad al personaje.

[586] FEDELI, *ad loc.*, entiende que Horacio se atiene a la concepción antigua según la cual la bebida y alimento pasaban directamente al torrente sanguíneo.

[587] Isla en el N. del mar Egeo.

[588] Creo que el nombre de este molusco, abundante en el S. de España, le cuadra bien a la especie *murex* de la que habla Horacio, parecida pero distinta de la que producía el tinte de púrpura. Bayas era una famosa playa y estación balnearia en la orilla N. de la bahía de Nápoles.

del Lucrino[589]; en Circeyos se crían las ostras y los erizos en el cabo Miseno[590]; de sus anchos peines de mar se jacta la muelle Tarento[591].

Y que nadie se arrogue sin más el arte de saber preparar una cena, sin antes dominar la ciencia sutil de los gustos. No basta con barrer con todo el pescado de un puesto de los más caros, ignorando a cuáles les sienta mejor una salsa y cuáles, asados, harán que el invitado se apoye en el codo, ya sin apetito[592]. El jabalí de la Umbría, criado con bellotas de encina, curva los redondos platos de quien rehúye las carnes de poca sustancia; el jabalí laurentino es malo, pues ha engordado con ovas y cañas[593]. La viña no siempre cría corzos buenos para comer. De la fecunda liebre buscará el sabio las paletillas. Cuáles debían ser las cualidades y el tiempo de los pescados y aves, nadie lo tuvo claro hasta que mi paladar lo indagó. Hay algunos cuyo talento sólo inventa nuevos pasteles. De nada sirve consumir el esfuerzo en un solo asunto, como si uno sólo se cuida de que no sean malos los vinos, sin importarle con qué aceite aliña el pescado.

Si dejas al sereno los vinos másicos[594], lo que tengan de bas-

---

589 Sospechamos, en efecto, que la *peloris* correspondía a esa variante, más grande y menos sabrosa, de la ostra, también frecuente en el S. de España. El lago Lucrino, también famoso por sus ostras, era una albufera situada junto a Bayas.

590 *Circei*, actual Circei, está en la costa más meridional del Lacio. El Miseno es el cabo que acota por el N. la bahía de Nápoles.

591 Tarento, en la parte interior del *tacón* de la *bota* de Italia, era una vieja colonia griega famosa por su lujo (no en vano estaba cerca de Síbaris). Sobre los *peines de mar*, véase PLINIO, *H.N.* IX 84.

592 Recuérdese que los romanos comían recostados en los triclinios. El gesto aludido indica que el comensal *se ha retirado* de la mesa.

593 La Umbría es la región que está al N.E. del Lacio. La de Laurento era una zona pantanosa, al S. de la desembocadura del Tíber.

594 Vinos del monte Másico, al N. de la Campania. Eran muy estimados, pero se los tenía por muy fuertes.

to lo suavizará el aire nocturno y se les irá ese olor que ataca a los nervios; en cambio, pierden su verdadero sabor si se los estropea con un filtro de lino[595]. El hombre avispado, que a los de Sorrento le mezcla las heces de vinos falernos, con huevo de paloma, recogerá fácilmente los posos; pues la yema envuelve las impurezas y se precipita en el fondo[596].

A un bebedor que esté mustio lo animarás con quisquillas asadas y con caracoles de África[597]; pues tras el vino, la lechuga nada por el estómago provocando acidez. Éste, una vez que lo excitan, exige que lo reanimen más y más con jamón y salchichas; incluso preferirá cuanto se trae hirviendo de las inmundas tabernas.

Vale la pena conocer bien la composición de la salsa doble. La simple consta de aceite dulce, que convendrá mezclar con un vino puro de mucho cuerpo y salmuera, pero sólo de la que haya dado su olor a un tonel de salazón de Bizancio[598]. Una vez que todo ha hervido revuelto con hierbas picadas, y espolvoreado con azafrán de Córico ha reposado, le echarás encima el jugo del fruto molido del olivar de Venafro[599].

Ante la fruta del Piceno cede en jugo la de Tíbur[600], que en

---

[595] En efecto, era costumbre filtrar con un paño los vinos, y sobre todo los añejos.

[596] Desde siempre las claras y yemas de huevo, aunque no necesariamente de paloma, se han utilizado para clarear los mostos o vinos turbios, pues tienen un efecto *floculante*. Sin embargo, aquí se trata de un caso especial: a un vino más bien flojo (el de Sorrento, en la costa S. de la bahía de Nápoles), se le han añadido las heces del falerno; luego, se hace necesario decantarlo con el procedimiento indicado.

[597] Manjares que excitaban la sed y que solían tomarse como segundo plato, el momento de beber.

[598] En efecto, de allí venían famosas salazones de atún y otros peces.

[599] Córico estaba en S. de Asia Menor, en la región de la Cilicia. Venafro, en la Campania, era famosa por sus olivares.

[600] Actual Tívoli, ya nombrado.

cambio le gana en aspecto. La uva venúncula se conserva bien en ollas; dura más, ahumada, la albana[601]. Es cosa sabida que fui yo el primero que la sirvió por toda la mesa con manzanas, y también posos de vino con escabeche[602], y pimienta blanca revuelta con sal negra, y todo en platillos bien limpios.

Es una barbaridad pagar cada vez tres mil sestercios en el mercado, y apretujar en una fuente angosta los peces errantes. Gran repugnancia provoca al estómago el siervo que manosea una copa con las manos pringosas de lo que furtivamente ha lamido; o el pegote de posos pegado a una vieja cratera. El gasto en vulgares escobas, en manteles y en serrín[603], ¿en cuánto se pone? Si se descuida eso es una enorme vergüenza. ¿Es que vas a fregar un mosaico con una hoja de palma llena de lodo, y a envolver las telas de Tiro[604] en fundas que no se hayan lavado, olvidando que, cuanto menos trabajo y gasto tales cosas exigen, tanto más justa es la reprensión en su caso, que en el de las cosas que sólo pueden darse en las mesas de los potentados?

HOR.— Sapiente Cacio, te lo ruego por tu amistad y también por los dioses: a donde quiera que vayas a oír a ese hombre, acuérdate de llevarme contigo; pues aunque tú me repitas todo al dedillo, haciendo de intérprete no podrás ayudarme en la misma medida. Añade la expresión y el porte del personaje, al que tú has tenido la felicidad de ver en persona; y no la tienes en mucho porque te cupo esa suerte. En cambio yo tengo interés, y más que mediano, en poder acceder a esas fuentes remotas y y beber los preceptos de la vida dichosa.

---

601 La *uenuncula* era una variedad de uva que solía guardarse en recipientes cerrados. La albana, que se ahumaba, procedía de las cercanías del lago Albano, al S. del Lacio.

602 Extraña mixtura, aunque no es de extrañar en un *gourmet* como Cacio.

603 En efecto, parece que ya se empleaba para facilitar la limpieza de los suelos.

604 Famosas por sus tintes de púrpura.

5

Para comprender esta sátira hay que remontarse a HOMERO, *Odisea* XI 100-137, episodio de la *catábasis* o descenso al Hades de Ulises, que allí se había entrevistado con el espíritu del adivino Tiresias. Como ampliación del oráculo en que éste le había predicho los avatares que le esperaban antes de volver a casa y los desaguisados que allí lo esperaban, el héroe le pregunta ahora cómo podrá rehacer su hacienda quebrantada por los pretendientes de su esposa Penélope. Tiresias, echando mano de un recurso de viva actualidad en tiempos de Horacio, le aconseja que se convierta en cazador de testamentos de viejos ricos sin herederos. Debe adularlos y cortejarlos aunque sean unos miserables (1-17). Superando su inicial reluctancia, Ulises pide al adivino instrucciones concretas sobre el negocio. Tiresias le dice que debe apoyar a sus víctimas en todo, y especialmente en los problemas legales que se les presenten, creándose fama de amigo desinteresado (18-44). En caso de que el viejo tenga reconocido algún hijo de escasa salud, no hay que perder la esperanza: si se consigue que lo nombre a uno segundo heredero, un golpe de suerte que se lo lleve al otro mundo puede arreglar las cosas (45-50). Cuando le ofrezca a uno su testamento para que lo lea, hay que negarse dignamente a hacerlo, pero no sin echar un vistazo a la línea en que designa a los herederos, no sea que ocurra lo que le pasó a Nasica con el escribano Corano (51-69). No hay que escatimar esfuerzos ni pararse en escrúpulos, ni siquiera en el de entregar a Penélope al rico que la pretenda (70-83). Sin embargo, la adulación ha de ser discreta y adaptarse a las diversas personalidades (84-98). Una vez alcanzada la herencia, hay que disimular la alegría, ser generoso en los funerales y ponerse a bien con los coherederos. Pero Tiresias debe retornar al Hades, pues Prosérpina lo reclama (99-110).

ULISES.— Tiresias, aparte de lo que ya me has contado, respóndeme también a esta otra pregunta: ¿con qué artes y qué maneras podré recuperar el patrimonio perdido? ¿De qué te ríes?

TIRESIAS.— ¿Acaso no te basta, hombre astuto[605], con volver a Ítaca y ver de nuevo a los penates paternos?

UL.— ¡Oh tú, que nunca a nadie has mentido!: ya ves que, conforme a tu profecía, vuelvo a mi casa pobre y desnudo, y que allí ni mi bodega ni mi ganado han quedado a salvo de los pretendientes[606]. Ahora bien, alcurnia y mérito valen un bledo si no llevan consigo riqueza.

TI.— Puesto que sin ambages muestras tu horror a ser pobre, escucha de qué modo puedes enriquecerte. Si te dan para tu disfrute un tordo o cualquier otra cosa, ha de irse volando allí donde brille una gran riqueza que tenga a un viejo por dueño[607]. La dulce fruta y todo aquello con lo que se engalane la finca por ti cultivada, antes que el dios lar, que lo pruebe un rico más venerado que el lar[608]; y aunque sea un perjuro, falto de alcurnia, manchado con sangre fraterna y esclavo fugado, pese a todo, tú no has de negarte a acompañarlo dándole escolta, en caso de que él te lo pida[609].

UL.— ¿Que le cubra yo el flanco a un Dama[610] asqueroso? No fue tal mi conducta en Troya, donde siempre rivalizaba con los mejores.

TI.— Entonces vas a ser pobre.

UL.— Ordenaré a mi ánimo valeroso que lo tolere; ade-

[605] El efecto, Ulises era el πολύτροπος, el hombre «de muchas vueltas».

[606] Los famosos *proci* que cortejaban a Penélope y entretanto acababan con la hacienda del ausente Ulises.

[607] Es decir, cualquier *delicatesse* que caiga en sus manos debe enviarla a un viejo cuya herencia pretenda captar.

[608] El lar era el dios que velaba por cada casa y a él se le debían ciertas deferencias.

[609] El acompañar a un personaje por la calle era una pública señal de estima y respeto.

[610] Nombre típico de esclavo de la comedia; aquí se supone que se trata de un liberto rico.

más, mayores cosas he soportado en su día. Pero tú continúa, adivino, y dime de dónde puedo apañar riquezas y dinero a montones.

Ti.— Ya te lo he dicho y te lo digo otra vez: con astucia y donde sea, procura cazar testamentos de viejos; y si uno o dos son lo bastante listos como para eludir la emboscada después de roer el anzuelo, no pierdas tus esperanzas ni abandones decepcionado el oficio.

Si alguna vez en el Foro se debate un pleito, grande o pequeño, de aquel de los dos litigantes que sea rico y sin hijos, del sinvergüenza que en su osadía lleva a los tribunales a un hombre decente, de aquél hazte tú defensor; y al ciudadano que es superior por su fama y derecho, desprécialo si en su casa hay un hijo o una esposa fecunda. Supongamos que dices: «Publio» o «Quinto —y es que a las orejas blandas les gusta su nombre[611]—, tus méritos me han hecho tu amigo. Yo conozco las vueltas que tiene el derecho, y se me da bien la defensa de pleitos; cualquiera me arrancará los ojos antes de que logre hacerte de menos ti y quitarte ni una migaja[612]. Es cosa mía el que tú nada pierdas y que no te tomen el pelo». Mándale que se vaya a casa y que se cuide el pellejo; conviértete en su defensor, aguanta y resiste, ya sea que la roja canícula raje las mudas estatuas[613], ya que Furio, hinchado de grasientas tripas de vaca[614], escupa canosa nieve en invierno sobre los Alpes. «¿No ves —dirá

---

[611] Es decir, el antiguo *praenomen*, el primero de los tres que tenía todo romano libre y que equivale a nuestro nombre de pila.

[612] Horacio habla de una *nux cassa*, una nuez que sólo tiene la cáscara.

[613] Los días que actualmente llamaríamos del *ferragosto* romano. Su nombre proviene, como se sabe, del de la constelación del Can, y el color del fuego que en esos días parece llover del cielo.

[614] Alusión poco amable al poeta neotérico Furio Bibáculo, ya aludido en II 5, 41. Era autor de un poema sobre la Guerra de las Galias, uno de cuyos versos, referente a las nevadas invernales en aquella región, parodia aquí Horacio,

alguno dándole con el codo al que esté a su lado— qué paciente es, qué bueno con los amigos, y cuánto se esfuerza?» Nadarán hacia ti más atunes y crecerán tus viveros.

Además, si alguno cría en medio de grandes riquezas a un hijo reconocido de mala salud, procura que no te deje al desnudo la adulación manifiesta al padre soltero: ábrete camino con suavidad hacia tus esperanzas, mostrándote amable, a fin de que te inscriba como segundo heredero; y si una desgracia manda al Orco[615] al muchacho, ocupes tú el lugar que queda vacío. Esta jugada falla muy raramente.

A quien te dé su testamento para que lo leas, no olvides decirle que no y apartar de ti las tablillas; pero de modo que, de refilón, te dé tiempo a cazar lo que la cera de la primera dispone en la línea segunda[616]: comprueba con ojo veloz si eres heredero único o en compañía de muchos. Muchas veces un antiguo quinquéviro[617], recalentado para hacer de escribano, engañará al cuervo ansioso, y el cazador Nasica dará de qué reír a Corano[618].

UL.— ¿Acaso estás loco? ¿O es que te burlas de mí a conciencia vaticinándome oscuridades[619]?

---

como modo estrafalario de describir el invierno. Al parecer, era hombre muy comilón y tenía una panza descomunal.

[615] Al otro mundo, naturalmente.

[616] Los testamentos se escribían en tablillas enceradas, que luego se ataban con cintas y se sellaban para garantizar su integridad. En la segunda línea de la primera tablilla, y tras el nombre del testador, irían los de los herederos.

[617] Los *quinqueuiri* eran modestos funcionarios de orden público, pero que, como en este caso, podían llegar a notarios.

[618] El tal Nasica parce ser un cazador de herencias, aquí asimilado al cuervo de la fábula que deja caer su presa. Corano sería el quinquevio reciclado de escribano; véanse también los vv. 64 ss. y. FEDELI, *ad loc.*

[619] FEDELI hace notar con razón que Ulises se siente desconcertado cuando Tiresias le habla de personajes del propio tiempo de Horacio.

TI.— ¡Oh Laertíada[620]!, cuanto yo diga o será o no será; pues es el gran Apolo quien me otorga el arte de adivinar[621].

UL.— Pero explícame, si es posible, qué significa ese cuento.

TI.— En el tiempo en que un joven temible para los partos, descendiente de Eneas bajado del cielo, sea grande por tierra y por mar[622], con el valeroso Corano se ha de casar la hija, tan buena moza, que tiene Nasica, el cual teme tener que pagar lo que debe[623]. Entonces el yerno hará esto: dará al suegro las tablillas de su testamento y le rogará que las lea. Nasica, tras mucho negarse, las cogerá al fin y las leerá en silencio, y se encontrará con que nada se le lega a él ni a los suyos, salvo el llorarlo.

Además te ordeno también lo siguiente: si a un viejo chocho lo manejan una astuta mujer o un liberto, asóciate a ellos; alábalos para que ellos te alaben a ti en tu ausencia. También esto ayuda, pero lo mejor es, y con mucho, dar el asalto a la propia cabeza. Que el muy loco escribe versos infames: alábaselos; que es mujeriego: evita que te ruegue y adelántate de buen grado a entregarle a Penélope[624] a él, que es el más importante.

UL.— ¿Acaso crees que se podrá persuadirla, siendo tan honrada y tan casta, cuando no consiguieron sacarla del buen camino los pretendientes?

---

620 Ulises era hijo de Laertes.

621 Adviértase la ironía de Tiresias sobre su propia arte adivinatoria: en última instancia, el responsable es Apolo.

622 Evidentemente, alude a César Octaviano, el futuro Augusto, y en un tono humorístico que permite suponer que el poeta ya era su amigo. Tiresias emplea el estilo rimbombante propio de los oráculos.

623 Vuelven los personajes de los vv. 56 s. La trama del asunto no está clara. Parece, como decíamos, que Nasica era un cazador de herencias, tal vez endeudado con Corano. Por medio de ese matrimonio esperaría deshacerse de su deuda y, además, heredar a su yerno, persona de edad avanzada. Pero al leer el testamento de éste se ve chasqueado; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

624 La virtuosa esposa de Ulises.

TI.— Es que los que vinieron eran unos jóvenes parcos a la hora de los grandes regalos, y no tan interesados por Venus como por la cocina[625]. Así es la fidelidad que Penélope tiene contigo; mas si sólo una vez, y de un solo viejo, llega a probar un bocado a medias contigo, no habrá quien se la quite de encima, como a un perro con un pellejo grasiento[626].

Lo que te voy a contar sucedió cuando yo ya era viejo[627]. En Tebas, una pícara vieja fue enterrada de esta manera, en virtud de su testamento: el cadáver, generosamente untado de aceite, lo llevó el heredero en sus hombros desnudos, sin duda para ver si después de muerta lograba escaparse; y es que creo que en vida la había acosado en exceso[628]. Tú acércate con cautela, y ni cejes en la tarea, ni te pases por tu falta de tacto. Al que es antipático y puntilloso le molestará un charlatán: más allá del «no» y del «sí» mantente callado. Hazte el Davo[629] de la comedia y quédate cabizbajo, como quien tiene miedo. Esfuérzate en ser obsequioso: si el aire arrecia, avísale que tenga cuidado y se cubra su cabecita; sácalo de entre la turba protegiéndolo con tus espaldas; si es hablador, arrima la oreja. Al que es poco tratable le gusta el elogio; hasta que levantando las manos al cielo te diga «¡Eh, ya está bien!», aprémialo e hincha con tu charla ampulosa el odre que crece.

Cuando él te haya librado de tu servidumbre y de tus largos cuidados y, estando seguro de que estás despierto, hayas oído:

---

625 Es decir, menos interesados por el amor de Penélope que por su despensa.

626 Expresión proverbial de origen griego.

627 No se olvide que cuando Ulises se entrevistó con Tiresias éste ya había muerto.

628 Es decir, la vieja quería probar a ver si, al menos muerta, podía escurrirse de su solícito heredero.

629 Es un nombre de esclavo abundante en la comedia. Aquí parece representar al que es sumiso y obediente.

«De la cuarta parte sea Ulises el heredero», suelta de tiempo en tiempo algo así como: «¿Así que ahora ya no está Dama[630], mi compañero? ¿De dónde sacaré yo uno tan valiente y tan fiel?»; y si puedes, suelta unas lágrimas; hay modos de ocultar la expresión que denuncia alegría. El sepulcro, si lo ha dejado a tu arbitrio, házselo sin tacañerías, y un funeral que el vecindario alabe como algo egregio. Si alguno de los coherederos es más viejo que tú y tose de mala manera, dile que en caso de que quiera comprar una finca o una casa de la parte que a ti te toca, estarás encantado de dejársela en nada[631].

Pero a mí me llama imperiosa Prosérpina[632]. Que tengas larga vida y con buena salud.

6

El tópico del *menosprecio de corte y alabanza de aldea* es el tema principal de esta sátira. Horacio lo introduce con un encomio de su *fundus Sabinus*, que seguramente lo es también de la generosidad de Mecenas, con una invocación a Mercurio, dios de las haciendas, y con una crítica a los que siempre quieren tener más (1-15). Ya instalado en el campo, el poeta evoca los inconvenientes de la vida en Roma: madrugones, pleitos y apreturas que apenas le permiten llegar a casa de Mecenas; además, las mil peticiones que de camino le hacen quienes conocen su confianza con él (16-39). Sin embargo, se engañan al pensar que sus charlas con el poderoso amigo versan sobre asuntos de estado, y cuando él les dice que nada sabe de ellos, creen que les está

[630] El nombre de esclavo ya citado en el v. 18.

[631] Comenta Porfirión que la maniobra responde a la prohibición legal de donar una propiedad adquirida por testamento, por lo que quienes querían hacerlo debían fingir una venta por una cantidad insignificante. Esto, según FEDELI, permitiría al falso vendedor recuperar en el futuro la propiedad sin gasto alguno.

[632] La diosa que reinaba en el Hades. No se olvide que allí estaba Tiresias desde tiempo atrás.

tomando el pelo (17-58). De ahí que Horacio suspire por verse en su finca, entregado a la lectura, al sueño y al descanso. Allí cena con sus amigos y esclavos de confianza una pitanza sencilla pero grata, mientras todos beben según su gusto y hablan no de frivolidades de actualidad, sino de asuntos de cierta sustancia (40-76). Y si alguien pondera las riquezas ajenas, su vecino Cervio pone las cosas en su punto contando, por ejemplo, la famosa fábula del ratón del campo y el ratón de la ciudad, del que tenemos aquí la primera versión conocida en la literatura occidental (77-117).

Por esto hacía yo votos: una finca no grande en exceso, en la que hubiera un huerto y un manantial de agua viva cercano a la casa y además un poco de bosque. Más y mejor me han dado los dioses. Bien está. Nada más pido, hijo de Maya[633], sino que hagas que estos dones de verdad sean míos. Si no he incrementado mi patrimonio con malas artes, ni he de hacerlo menor por el vicio o la incuria; si no pronuncio necias plegarias como éstas: «¡Ay si me viniera a la mano aquella esquina de al lado que ahora deforma mi campo!; ¡ay si un golpe de suerte me pusiera delante una olla llena de plata, como al jornalero que con el tesoro encontrado compró y aró el mismo campo, aquel al que Hércules[634] propicio hizo rico!»; si con lo que tengo estoy feliz y contento, con esta plegaria te imploro: ¡Haz que al amo le engorde el ganado y también lo demás, quitando el ingenio[635]; y asísteme, máximo valedor, según tu costumbre!

[633] Mercurio, dios que gobernaba cuanto se refería a asuntos económicos, además de protector del poeta (*cf. Od.* II 17, 29). Horacio lo invoca aquí con esa perífrasis (a diferencia de lo que haría en *Od.* I 10, 1) porque el vocativo *Mercuri*, al contener una sílaba breve entre dos largas, era impracticable en el hexámetro; véase NISBET-HUBBARD 1970: 164).

[634] Era ese dios el que propiciaba el hallazgo de tesoros; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

[635] Expresión irónica. El *ingenium* de un poeta no debía volverse *pingüe*, y menos en el caso de Horacio, que profesaba la estética de la «musa fina» (λεπταέη) de Calímaco; *cf.* FEDELI, *ad loc.*

Pues bien, una vez que de la ciudad me he venido al monte y a mi ciudadela[636], ¿qué he de celebrar ante todo en mis sátiras y con mi musa pedestre[637]? No me pierden la torcida ambición, ni el austro plúmbeo ni el otoño malsano, ganancia de la cruel Libitina[638]. Padre Matutino —o Jano, si así atiendes con más gusto[639]—, con quien inician los hombres los primeros afanes de sus trabajos y vidas, pues así les plugo a los dioses: sé tú el principio de mi poema. En Roma me llevas a rastras a hacer de fiador[640]: «¡Vamos, que nadie se te adelante a cumplir el deber, date prisa!». Tanto si el aquilón afeita la tierra, como si el invierno arrastra al día de nieve por la calle de dentro[641], es preciso ir allá. Luego, tras declarar en voz alta y con aplomo lo que podría perjudicarme[642], tengo que luchar con la turba y hacer agravio a los que me retrasan. «¿Qué pretendes, loco? ¿Qué haces? —me apremia un insolente con imprecaciones airadas[643]—; tú atropellas cuanto te encuentras al paso por volver corriendo junto a Mecenas, sin pensar en ninguna otra cosa.» Esto me gusta y me sabe a miel, no voy a mentir. Pero tan pronto llego a

---

[636] Naturalmente, su finca en la Sabina.

[637] Ya se sabe que Horacio consideraba la sátira como el grado mínimo de lo poético, diferenciada de la mera «charla» sólo por su metro; *cf.* I 4, 40 ss.

[638] La diosa de las pompas fúnebres. El otoño romano, en el que aún soplaba el viento del S. (el austro), era una estación especialmente malsana.

[639] Parece ser que aquí Horacio hace de Jano un *pendant* de la diosa itálica *Mater Matuta*, que presidía las actividades mañaneras; *cf.* Fedeli, *ad loc.*

[640] Obviamente, de alguien que tiene algún contencioso judicial.

[641] El aquilón era un frío viento del NE. En el solsticio, el sol corre por la ruta más corta del cielo, aquí comparada a la calle más interior de un estadio o circo de carreras.

[642] Pues declara como fiador, movido sólo por su confianza en el amigo que lo ha llamado.

[643] La forma del texto, en la que seguimos a Klingner, es discutida; pero el sentido parece claro: Horacio tiene prisa en ir a presentar su saludo diario a Mecenas y camina a empellones entre la gente.

las siniestras Esquilias[644], cien asuntos ajenos me saltan a la cabeza y me acosan los flancos: «Roscio te pedía que le echaras mañana una mano en el Pozal, antes de la hora segunda[645]». «Los escribanos[646] te rogaban, Quinto, que te acordaras de volver hoy por un asunto que ha surgido, muy importante y del común interés.» «Procura que Mecenas les ponga su sello a estas tablillas[647].» Supongamos que dices: «Lo intentaré»; él añade: «Si quieres, puedes»— e insiste.

Ya va el séptimo año, casi el octavo[648], desde que entre los suyos empezó a contarme Mecenas, hasta el punto de querer llevarme en su coche al ir de viaje, y de confiarme insignificancias como éstas: «¿Qué hora es?», «¿El tracio Gallina puede igualarse con Siro?»[649], «Los fríos de la mañana ya muerden a los incautos»—, y otras cosas que bien se pueden dejar caer en

[644] Era un barrio, en efecto, de fama siniestra, pues en él se encontraba un cementerio de indigentes, pero por entonces estaba en proceso de rehabilitación, seguramente gracias a Mecenas, que allí había edificado su casa. Este último factor es el que seguramente tiene presente Horacio, pues allí es donde lo abordan los que pretenden encargarle peticiones de favores para su poderoso amigo.

[645] Aquí Horacio parece estar haciendo una reminiscencia de los favores que le han pedido en el camino, según parece indicar su empleo del pretérito imperfecto y subraya con acierto FEDELI, *ad loc.* El tal Roscio sería uno de tantos de tal nombre. El «Pozal» era el *Puteal Libonis*, el lugar del Foro donde se hacían las comparecencias judiciales; en este caso, el compromiso debía hacerse entre las siete y las ocho de la mañana.

[646] Se ha sospechado que éste puede ser el único pasaje en que Horacio alude a su cargo de *scriba quaestorius*, con el que se había ganado la vida tras la derrota de Filipos. Serían, pues, sus compañeros de profesión los que lo llamarían para un asunto de su interés y seguramente pensando en la influencia que por entonces ya tenía en las altas instancias.

[647] Se trata de que Mecenas *firme* un documento, tal vez un testamento en el que sería testigo.

[648] Horacio recuerda ahora los años ya transcurridos de su amistad con Mecenas. Su cómputo permite fechar la sátira entre el 31 y el 30 a. C.

[649] Dos gladiadores famosos de la época.

una oreja con grietas[650]. Durante todo este tiempo, y más cada día y cada hora, nuestro hombre[651] ha estado a merced de la envidia. Había presenciado con él los juegos, y con él había jugado en el Campo[652]; y todos: «¡Un hijo de la Fortuna![653]». Desde los Rostros[654] corre por las esquinas un rumor que deja helados a todos; todos los que me encuentro me preguntan: «¡Oh buen amigo!, pues tienes que saberlo, dado que tocas de cerca a los dioses, ¿has oído algo sobre los dacios?[655]». — Nada en absoluto.— «¡Mira que siempre te has de burlar de la gente!» — Pues que todos los dioses me persigan si sé algo de eso.— «¿Y qué?, ¿los campos prometidos a los soldados se los va a dar César en tierras de Triquetra[656] o de Italia?» Cuando juro que no sé nada se admiran de mí, como si fuera el único mortal de una discreción egregia y profunda.

En estas cosas pierdo el día de mala manera, no sin formular un deseo: «¡Oh campo!, ¿cuándo he de verte; cuándo me será permitido, ya con los libros de los antiguos, ya con el sueño y las horas de asueto, lograr el dulce olvido de esta vida agitada? ¡Oh!, ¿cuándo me pondrán en la mesa las habas, parientas de Pitágoras[657], y unas verduras bien rehogadas con pingüe to-

---

[650] Es decir, incluso a una persona de no estricta confianza.

[651] Ahora Horacio habla de sí mismo.

[652] El Campo de Marte, lugar de prácticas deportivas y militares.

[653] Expresión proverbial para referirse a una persona con mucha suerte.

[654] El lugar del Foro donde estaba la tribuna de las arengas políticas. Se llamaba así porque estaba decorada con los *rostra* o espolones de las naves cartaginesas apresadas en la Primera Guerra Púnica.

[655] Pueblo del bajo Danubio, que por entonces estaba sublevado contra Roma.

[656] Otro nombre de Sicilia, que significa «la triangular». Se alude, naturalmente, a los repartos de tierras que iba a hacer el futuro Augusto, previa confiscación, como las que el propio Horacio había padecido.

[657] Horacio alude irónicamente a la prohibición pitagórica de comer habas, pues, según algunos creen el maestro había enseñado que en ellas se reencarnaban las almas de los muertos.

cino?». ¡Oh noches y cenas divinas, en las que como con los míos ante mi propio hogar, y a los traviesos esclavos nacidos en casa les doy un bocado de cuanto yo pruebo! Al gusto de cada cual, vacían los comensales copas dispares, libres de leyes absurdas[658]: el que es un valiente las toma bien fuertes y otro gusta más de remojarse con tragos ligeros. Y entonces empieza la tertulia, no a cuento de las villas o casas ajenas, ni de si Lepor[659] sabe bailar o no sabe; sino que tratamos de lo que más nos interesa a nosotros y es malo ignorar: de si los hombres son felices por la riqueza o por la virtud; de qué nos arrastra hacia la amistad: el interés o la honradez; y de cuál es la naturaleza del bien, y cuál su máximo grado.

En medio de todo esto, mi vecino Cervio no para de hablar contando historias de viejas. Y así, si uno, sin saber de qué habla, alaba las intranquilas riquezas de Arelio[660], empieza de esta manera: «Cuentan que una vez un ratón de campo recibió en su pobre agujero a un ratón de ciudad, como un viejo huésped a su viejo amigo. Era austero y muy mirado con su hacienda, pero dispuesto a mitigar lo frugal de su carácter en aras de la hospitalidad. No hará falta decir que no le escatimó los garbanzos que tenía guardados, ni la avena de largo grano; y llevándoselas en su propia boca le dio uvas secas y trozos de tocino mordisqueados, ansioso de vencer con la variedad de la cena los remilgos del otro, que apenas tocaba cosa alguna con su diente soberbio; y entretanto, el propio amo de aquella casa, tendido sobre paja fresca, comía espelta y cizaña, dejándole a él lo mejor del banquete. Al fin le dijo el de la ciudad: '¿Cómo es que te

[658] Es decir, allí no había, como en los simposios ciudadanos, un *simposiarco* o *rex uini* con facultades para prescribir a cada comensal lo que había de beber.

[659] Porfirión anota que Lepor («delicia») era llamado así por ser un actor de mimos que «bailaba y hablaba con gracia y encanto».

[660] Probablemente otro vecino.

gusta, amigo, vivir malamente en el lomo de un bosque escarpado? ¿No quieres poner a los hombres y a la ciudad por delante de los montes salvajes? Hazme caso: ponte en camino conmigo, que los seres terrestres viven porque les han tocado en suerte unas almas mortales, y no existe manera, ni para el grande ni para el pequeño, de escapar de la muerte[661]. Así, pues, buen amigo, mientras te es posible vive feliz en medio de los placeres; vive pensando en qué breve es tu vida'. Cuando estas palabras convencieron al rústico, saltó ligero fuera de su madriguera; luego hacen ambos el viaje propuesto, ansiosos de colarse por los muros de la ciudad durante la noche. Y ya la noche había alcanzado el punto medio del cielo, cuando uno y otro ponen sus pies en una rica morada, donde sobre ebúrneos divanes brillaba el rojo de los paramentos teñidos de púrpura, y donde quedaban muchas sobras de una gran cena que se había dado la víspera, metidas en unos cestos apilados a un lado. El caso es que el anfitrión, una vez que dejó al del campo tumbado sobre una tela de púrpura, se remanga y corre de aquí para allá trayendo manjares uno tras otro; y cumple además su tarea al modo de los buenos siervos caseros, lamiendo previamente cuanto le lleva[662]. El otro, tumbado, disfruta de su cambio de suerte, y en medio de aquel bienestar se muestra como un convidado feliz; cuando de pronto un tremendo batir de puertas hizo saltar a uno y otro de su diván. Aterrados corrían por toda la estancia, y sin resuello temblaban más y más, cuando la alta mansión resonó con el ladrar de unos perros molosos[663]. Dijo

---

[661] Consideraciones filosóficas que, con cierta ironía, Horacio encaja en el parlamento del ratón urbano.

[662] Otra ironía horaciana: en efecto, se consideraba cosa corriente que los esclavos *probaran* los platos que llevaban a la mesa.

[663] En las versiones modernas de la fábula el que irrumpe es el gato, animal que por entonces se estaba introduciendo en Roma, procedente, al parecer de

entonces el rústico: 'No me hace falta esta vida; que te vaya bien. El bosque y mi agujero, a seguro de las asechanzas, me consolarán de las humildes arvejas[664]'».

7

La *Sátira de las Saturnales* es una diatriba autocrítica que Horacio pone en su mayor parte en boca de su siervo Davo, tras permitirle que se acoja a la libertad propia de aquellas fiestas, comparable a las de nuestro Carnaval (1-5). Obtenida la licencia, Davo empieza poniendo ejemplos de personas inconstantes y de otras que son constantes, pero sólo en sus vicios (6-20). El amo se da por aludido, y el siervo ahonda en su crítica, apuntándole directamente: alaba la antigua virtud, pero no estaría dispuesto a vivir conforme a ella; ensalza en la ciudad la paz de los campos, pero en su finca está deseando volver a Roma; se dice muy feliz en su casa cuando no tiene que salir a cenar, pero marcha corriendo si a última hora lo invita Mecenas, dejando plantados a sus propios huéspedes (21-42). Davo pasa luego a la hipocresía que supone la distinta valoración social del sexo mercenario del que él se vale y de los amores adúlteros de tantos romanos de libre condición: él no es más esclavo que aquéllos, según le ha hecho ver el portero del filósofo Crispino. Los amoríos ilícitos son una fuente de conflictos y provocan una peligrosa dependencia (43-71). Cierto que Horacio no es un adúltero, pero sólo por temor a las consecuencias (72-82). Sólo el sabio es libre y feliz (83-88). Pero aunque haya resistido a las pasiones mencionadas, Horacio sucumbe a otras, como la debilidad por las obras de arte y la afición a las comilonas, algo no muy distinto de lo que está mal visto en un esclavo (88-111). Su congénita ansiedad le impide estar un rato consigo mismo (111-115). La paciencia del amo se agota y amenaza a Davo con mandarlo al campo (116-118).

Egipto. Para perseguir a los ratones más bien se tenían comadrejas o bien perros, como los molosos (especie de mastines) que aquí aparecen.

[664] El *eruum* también podrá corresponder a la algarroba o la almorta.

DAVO.— Ya hace rato que te estoy escuchando[665] y, aunque me gustaría decirte algunas cosas, me da miedo, siendo tu siervo.

HORACIO.— ¿Eres Davo?

DA.— Sí, Davo, esclavo amigo de su amo, y bastante decente; es decir, no tanto como para que pienses que no te voy a durar[666].

HOR.— ¡Pues venga!, aprovéchate de la libertad del mes de diciembre[667], ya que así lo quisieron nuestros mayores. Cuéntame.

DA.— Parte de los humanos disfruta con sus vicios sin desanimarse y se afana en su empeño. Otra gran parte va a la deriva, eligiendo el bien unas veces, y dejándose ir de vez en cuando hacia el mal. Prisco, que a menudo se hacía notar por llevar tres anillos, y otras veces por ir con la mano izquierda desnuda, tuvo una vida tan irregular, que de una hora para otra cambiaba de franja[668]; salía de una gran casa para meterse en lugares de los que apenas podría salir sin deshonra un liberto medianamente aseado; y ora le daba por vivir en Roma como un mujeriego, ora como un maestro en Atenas; un hombre nacido bajo el mal sino de cuantos Vortumnos[669] existen. Volanerio, el gracioso, des-

[665] Cabe suponer que Horacio estaba leyendo en voz alta alguna de sus sátiras precedentes.

[666] Hay acuerdo en que hay una alusión a la creencia popular de que las personas virtuosas estaban destinadas a una vida breve; véase el comentario de FEDELI.

[667] Las fiestas Saturnales se celebraban del 17 al 19 de diciembre. Como decíamos, era propia de ellas un ambiente de cordial licencia —el de *el mundo al revés*— todavía vigente en nuestro Carnaval.

[668] El personaje, desconocido por otras fuentes, aparece como ejemplo de inconstancia: ya salía sin el anillo propio de caballeros y senadores, ya llevaba tres; ya lucía el *laticlavo* (ancha franja bordada de la toga senatorial), ya el *angusticlavo* propio de los caballeros.

[669] Vortumno o Vertumno, como su nombre sugiere, era un dios de origen etrusco que regía el turno de las estaciones y, en general, todos los procesos de cambio.

pués de que una bien merecida artritis le machacó los artejos, mantuvo a jornal a un hombre que le recogiera las tabas y se las metiera en el cubilete[670]. Cuanto más constante fue en los mismos vicios, tanto más llevadera fue su desgracia; y salió mejor librado que el que sufre mientras la cuerda unas veces se tensa y otras se afloja[671].

Hor.— ¿No acabarás hoy de decirme, canalla, a qué viene toda esa basura?

Da.— A cuento de ti, desde luego.

Hor.— ¿Y cómo, bellaco?

Da.— Tú alabas la suerte y costumbres de la plebe de antaño; pero si un dios te llevara a ellas de golpe, al momento las rechazarías, ya sea porque no crees que lo que proclamas sea más justo, ya porque lo que es justo lo defiendes sin energía, y pretendiendo en vano sacar tu pie del cieno, en él te quedas pegado. En Roma añoras el campo, y convertido en rústico, con la mayor ligereza, pones por las nubes la lejana ciudad. Si por casualidad no estás invitado a cenar en casa de nadie, alabas tus fieles verduras; y como si a algún sitio te llevaran atado, dices que así eres feliz y que estás encantado de no tener que ir de copas a ninguna parte. Mas supongamos que Mecenas te manda recado de que a su casa vayas, de invitado de última hora, cuando ya se encienden las luces: «¿Nadie me puede traer más deprisa el aceite[672]? ¿Es que nadie me oye?»— chillas a grandes

---

[670] La artritis de Volanerio sería merecida a causa de su ludopatía.

[671] Pasaje de forma y sentido discutido. Parece predominar la opinión de que en él hay una referencia metafórica al animal de tiro que se ve sometido a un mando irregular. Otros piensan en los ejercicios de un funámbulo y otros, en fin, en los que ha de hacer un marinero para gobernar las velas.

[672] Se ha pensado en aceite perfumado que, a modo de ungüento, serviría para acicalarse antes de ir a un banquete; pero se considera más probable que se trata del necesario para el candil destinado a alumbrarse a la vuelta por las calles, en las que no había alumbrado alguno.

voces y te vas escapado. Mulvio[673] y los otros graciosos se marchan, tras lanzarte unas maldiciones que no puedo contarte. «Es verdad —diría él[674]—, confieso que por el estómago es fácil cogerme; el aroma de una cocina me pone la nariz para arriba; soy débil, haragán y, si quieres, un adicto de la taberna. Pero tú, siendo lo que yo soy, y quizá algo peor, ¿vas a atreverte a atacarme como si fueras mejor, envolviendo tu vicio en hermosas palabras?»

¿Y qué pasará si se descubre que tú eres más necio que yo, que fui comprado por quinientas dracmas? Deja ya de meterme miedo con esa mirada y controla tu mano y tu cólera, mientras te cuento lo que me enseñó el portero de Crispino[675]. A ti te tiene agarrado la mujer de otro y a Davo una pobre putilla. ¿Cuál de los dos merece más acabar en la cruz a causa de su pecado? Cuando la ardiente naturaleza me pone tieso, quienquiera que sea la que, desnuda a la luz de un candil, recibe los azotes de mi cola turgente, o bien, lasciva, con sus nalgas me azuza como a un caballo, tendido yo boca arriba, me deja marchar sin deshonra, y sin la preocupación de si uno más rico o más guapo se corre allí mismo. Tú, cuando dando al traste con tus insignias, con tu anillo de caballero y con tu atuendo romano, convertido de juez en un Dama[676] rastrero, vas por ahí tapándote la perfumada cabeza con un capote, ¿no eres lo que simulas? Te meten dentro lleno de miedo, y tiemblan tus huesos mientras pugnan tu pasión y tu pánico[677]. ¿Qué diferencia hay entre que te enro-

---

673 Horacio ya tenía en su casa a varios invitados, quizá meros gorrones, a los que abandona de mala manera.

674 El ya nombrado Mulvio, dirigiéndose a Horacio.

675 El filósofo estoico ya nombrado en I 1, 120.

676 Nombre típico de esclavo cómico.

677 El supuesto que Davo plantea no parece referido al propio Horacio sino, de manera más general, a todo *romano respetable* aficionado a los amoríos ilícitos.

les como gladiador, para que te abrasen con vergas y con la espada te maten, y que, vergonzosamente encerrado en el arca, en la que te ha metido una cómplice del delito de su ama, te toques con las rodillas la cabeza encogida[678]? ¿No tiene el marido de la casada que peca justa potestad contra ambos, y contra el seductor todavía más justa? Sin embargo, no es ella la que cambia de atuendo ni de lugar, ni se pone encima al pecar; pues al fin y al cabo es mujer, y te tiene miedo y no se confía a un amante. Te meterás en la horca a plena conciencia, y confiarás a un amo loco tu vida y hacienda, y junto con tu cuerpo, tu fama. Has escapado; supongo que tras la lección cogerás miedo y tendrás más cuidado; mas lo que vas a hacer es buscar la ocasión en que puedas aterrorizarte de nuevo y de nuevo perderte, ¡oh mil veces esclavo[679]! ¿Qué bestia es tan irracional que, tras lograr escapar, vuelva a las cadenas que ha roto?

«Yo no soy un adúltero»— dices; ¡por Hércules!: y yo tampoco un ladrón, cuando sensatamente paso de largo junto a tu vajilla de plata. Quita el peligro: enseguida la naturaleza saltará desbocada al verse sin frenos. ¿Y eres mi amo tú, que estás sometido al imperio, tan poderoso, de tantas cosas y tantas personas, y al que la vara de la libertad[680] que tres o cuatro veces le pusieran encima no le quitaría el temor que lo hace digno de lástima? Añade una cosa de no menos valor que lo dicho: ya se le llame vicario[681] a quien obedece a un esclavo, según dice vuestra costumbre, ya compañero de esclavitud, ¿qué soy yo para ti?

---

678 Típica escena de amores furtivos, en la que, ante la llegada del marido, la criada esconde al amante en el arca (el armario de entonces).

679 Es tradicional en la diatriba estoica —véanse las de Epicteto— el llamar «esclavo» al hombre cautivo de sus vicios.

680 Se refiere a la empleada en el trámite oficial de la manumisión de un esclavo.

681 Se llamaba así a los esclavos que ayudaban a otros, mediante una paga que aquéllos sacaban de su propio peculio.

Desde luego tú, que me mandas, sirves miserablemente a otros, y al igual que una marioneta te mueves por nervios ajenos.

Entonces, ¿quién es libre? El sabio, el que manda en sí mismo, al que ni pobreza, ni muerte ni cadenas asustan; el que tiene valor para rechazar las pasiones, para despreciar los honores, y que está entero en sí mismo, pulido y redondo[682], tan liso que ninguna cosa de fuera puede apegársele y contra quien la Fortuna siempre se lanza sin fuerzas. ¿Puedes reconocer algo de eso como cosa propia? Una mujer te pide cinco talentos, te trata de mala manera, te echa de su puerta y te remoja con agua fría, y luego te vuelve a llamar. Libra tu cuello del yugo infamante. ¡Venga!, di: «¡Libre, soy libre!». No puedes; y es que te agobia la mente un amo nada benévolo, y cuando estás cansado te aplica recias espuelas, y aunque te niegues te hace torcer la carrera.

Cuando te quedas absorto ante un cuadrito de Pausias[683], ¿hasta qué punto yerras menos que yo, cuando de puntillas admiro los combates de Fulvio, de Rútuba o de Pacideyano[684], pintados con minio y carbón, y tal como si aquellos hombres lucharan de veras, y dieran tajos y los esquivaran blandiendo sus armas? Davo es un sinvergüenza y un vago; en cambio tú eres tenido por juez agudo y sutil en materia de antigüedades.

Yo no sirvo para nada si me dejo llevar por un pastel humeante[685]; ¿y tu gran virtud y tu fuerza de ánimo les plantan cara a las opíparas cenas? ¿Por qué es más pernicioso en mi caso darle gusto al estómago? Pues a mí me sacuden los lomos; pero ¿hasta qué punto tienes tú un castigo menor, cuando andas

[682] La imagen de la esfera siempre fue para los filósofos un símbolo de perfección e independencia.

[683] Pintor griego del s. IV a. C. mencionado por PLINIO EL VIEJO (*H.N.* XXV 123 ss.) como autor de escenas de niños.

[684] Famosos gladiadores de la época.

[685] Es decir, de los que se sirven en la casa.

tras los manjares que no pueden comprarse por poco dinero? Y es que la búsqueda de banquetes sin fin los amarga, y los pies claudicantes se niegan a llevar sobre sí al cuerpo enviciado. ¿Acaso delinque el siervo que por la noche cambia una uva por una rascadera robada[686], y el que vende sus predios obedeciendo a su gula no tiene nada de esclavo?

Añade que, además, tú no eres capaz de estar contigo mismo una hora, que no sabes emplear correctamente tu tiempo, y que de ti mismo escapas como un esclavo fugitivo y errante, buscando engañar a las preocupaciones, ya con el vino, ya con el sueño, y en vano; pues esas compañeras siniestras apremian y siguen al que huye de ellas.

HOR.— ¿De dónde puedo coger una piedra?

DA.— ¿Para qué te hace falta?

HOR.— ¿De dónde puedo coger unas flechas?

DA.— Este hombre o está loco o está haciendo versos.

HOR.— Si no te largas de aquí enseguida, te convertirás en el noveno esclavo de la finca sabina[687].

8

La última de las *Sátiras* vuelve sobre los grotescos excesos de los *gastrosofistas*, ya puestos en solfa, entre otros lugares, en II 4. La narración de la exquisita cena de Nasidieno corre a cargo de Fundanio, el poeta cómico amigo de Horacio (1-5). Para abrir boca se puso en la mesa un jabalí de Lucania, y luego dos esclavos sirvieron aparatosamente vino cécubo y de Quíos. El anfitrión se ofrece a Mecenas para servirle otros, si los prefiere (6-17). Con tal ocasión, Hora-

[686] Al amo, naturalmente. Eran las *strigiles* empleadas en el aseo personal y especialmente para quitarse el aceite con que se untaba la piel antes de los ejercicios atléticos.

[687] Es decir, Horacio amenaza a Davo con trasladarlo de la ciudad a su finca.

cio pregunta por los demás invitados, de los que Fundanio le da relación detallada (18-24). El *parásito casero* Nomentano estaba allí para poner de realce las secretas exquisiteces del menú (25-33). Por su parte, Vibidio, llevado a la cena por Mecenas, exige copas más grandes, para consternación del amo de la casa (34-41). Se sirve una morena preñada guarnecida de quisquillas y Nasidieno aprovecha para ilustrar a sus comensales sobre la originalidad de sus salsas (42-53). En esto, sobreviene el desastre: los baldaquinos y colgaduras de la sala se vienen abajo con gran estruendo y polvareda, lo que da lugar a una escena cómica que Fundanio narra en registro épico (54-74). Nasidieno se va, pero por poco tiempo: restablecida la situación, vuelve con nuevos platos y con la intención de seguir impartiendo lecciones de gastronomía; pero, hastiados, sus invitados escapan sin probarlos (75-95).

Horacio.— ¿Qué tal lo pasaste en la cena de Nasidieno[688] el ricacho? Pues ayer, cuando yo te buscaba para invitarte, me dijeron que estabas banqueteando allí desde mediodía[689].

Fundanio.— Tan bien lo pasé, que nunca en la vida lo he pasado mejor.

Hor.— Si no te molesta, cuéntame qué primer plato os aplacó las iras del vientre.

Fun.— Hubo primero un jabalí de Lucania cazado con un austro suave[690], según el padre de la cena decía. Alrededor, ra-

[688] Personaje que algunos consideran ficticio. Otros, dado que se trata de un nombre documentado en la epigrafía y que el resto de los que comparecen en la sátira están bien identificados, creen que es una figura real. Como tal lo considera también el escolio del Pseudo Acrón, que, sin embargo, no añade nada a lo que el propio texto dice. El interlocutor al que Horacio interpela es su amigo el poeta cómico Gayo Fundanio, al que no nombra hasta el v. 19.

[689] Algo excesivo, pues los convites solían comenzar al atardecer.

[690] La Lucania era la región situada en el *empeine* de la *bota* de Italia. El que haya sido cazado precisamente cuando el viento del S. no soplaba con fuerza es el primer detalle de exquisitez que Nasidieno pone de relieve.

banitos picantes, lechuga, rábanos blancos, cosas para animar los estómagos flojos; rapónigo, adobo de pescado y poso de vino de Cos. Cuando, retirado todo esto, un esclavo bien remangado hubo limpiado la mesa de arce con una bayeta de púrpura, y otro retiró los desechos que había en el suelo y lo que pudiera molestar a los comensales, al modo de una doncella ática que porta los objetos del culto de Ceres[691], se presentan el moreno Hidaspes trayendo vinos cécubos y Alcón uno de Quíos que no conocía el agua de mar[692]. Entonces el amo dijo: «Mecenas, si el albano o el falerno[693] te gustan más que los que te ofrecen, tenemos del uno y del otro».

HOR.— ¡Miserables riquezas! Pero ardo por saber, Fundanio[694], quiénes cenaron contigo cuando tan bien lo pasaste.

FUN.— Yo estaba en el sitio de arriba[695], a mi lado Visco el

---

691 Alusión a las *canéforas* que portaban en sus cestos los atributos de los cultos de Deméter en Eleusis.

692 Los personajes nombrados son sin duda esclavos. El primero, por lo que de él se dice y por su nombre, el de un afluente del Indo, parece ser un indio. El cécubo, ya citado en *Od.* I 37, 5 era un vino muy estimado del S. del Lacio. Quíos es una isla de la Jonia. A los vinos griegos era habitual mezclarles agua de mar.

693 Otros dos vinos famosos. El falerno, repetidamente citado por Horacio (*Od.* I 27, 10; II 3, 8, etc.), provenía del N de la Campania. El albano de la zona de la antigua Alba Longa, cerca del actual lago Albano, donde actualmente está Castelgandolfo.

694 Al fin Horacio nombra a su interlocutor, al que atribuye la mayor parte de la sátira.

695 La disposición y denominación de los triclinios o divanes en los que se recostaban los comensales, así como la de los puestos de cada uno, exige comentario. Normalmente eran tres, rodeando la mesa. El «de arriba» (*summus lectus*) se situaba al lado izquierdo mirando a la mesa; perpendicular a él estaba el *medius lectus*, y perpendicular a éste el *imus* («el del fondo»). En cada uno de ellos, a su vez, había los lugares *summus, medius* e *imus*. El lugar de honor era, al parecer, el *imus* del *medius lectus*. Véanse la detallada nota y esquema de la edición de KIESSLING-HEINZE.

de Turios, y abajo, si recuerdo bien, Vario[696]; además, Servilio Balatrón y Vibidio[697], a los que Mecenas había llevado como a sus sombras. Más arriba del amo estaba Nomentano y más abajo Porcio[698], que provocaba las risas al tragarse de un golpe los pasteles enteros. Nomentano estaba allí para hacer una señal con el dedo si algo pasaba desapercibido. En cuanto a la turba restante —nosotros, quiero decir—, cenamos aves, moluscos y pescados que escondían un sabor muy distinto del conocido, según quedó claro enseguida, cuando me sirvió tripas de acedía y de rodaballo, cosas que yo nunca había probado. Tras esto me enseñó que las manzanas dulces se ponen rojas si se las coge en cuarto menguante. Qué interés tiene eso, será mejor que se lo oigas a él mismo. Entonces le dijo Vibidio a Balatrón: «Nosotros, si no bebemos como condenados, moriremos sin que nadie nos vengue»[699]; y pide copas más grandes. Entonces la palidez demudó el rostro de nuestro proveedor[700], que a nada teme tanto como a los bebedores intrépidos, ya porque se dan a la maledicencia con más libertad, ya porque los vinos ardientes embotan los paladares sutiles. Vibidio y Balatrón vierten en copas de Alifas[701] jarros enteros y todos los siguen, aunque los con-

[696] Los Viscos eran dos hermanos muy respetados por su autoridad como críticos literarios (*cf. Od.* I 9, 22; 10, 83). Turios era una colonia jonia en el golfo de Tarento. Lucio Vario Rufo era el poeta amigo de Horacio que, junto con Virgilio, lo había presentado a Mecenas (*cf.* I 6, 55).

[697] Dos *satélites* o *parásitos* del generoso protector de Horacio.

[698] Nomentano no parece ser el vividor citado en I 1, 102; 8, 11; II 1, 22; 3, 175 y 224, sino un parásito de Nasidieno, encargado, como luego se advierte, de subrayar todas las finuras del menú. De la misma condición parece ser Porcio, que además hace el papel de bufón del festín.

[699] Se entiende que los comensales están hartos de los empalagosos comentarios de su anfitrión y que deciden vengarse bebiéndose su vino sin medida.

[700] Es decir, Nasidieno.

[701] Copas de gran tamaño, fabricadas en esa localidad del confín de la Campania y el Samnio.

vidados del diván de abajo no hicieron daño alguno a los garrafones.

Traen una morena extendida entre quisquillas que nadaban en la fuente. Y entonces el amo dice: «Ésta fue pescada cuando estaba preñada, pues tras el parto su carne sería peor. La salsa se ha hecho mezclando estos ingredientes: aceite del que ha exprimido en Venafro[702] la primera molienda, garo de jugo de pescado ibero[703], vino de cinco años, pero criado a este lado del mar y echado mientras cocía la salsa (después de cocida, le va mejor que ningún otro el de Quíos); pimienta blanca, y también vinagre del que da la uva de Metimna[704] cuando se pica. Yo fui el primero que enseñó a cocer en la salsa orugas verdes y helenios amargos[705]; y Curtilo[706], erizos de mar sin lavar, porque mejor que la salmuera es el jugo que suelta esa concha marina».

En esto, los paramentos que colgaban del techo se desplomaron con todo su peso sobre la fuente, levantando una pol vareda negra tan grande como la que el aquilón levanta en las tierras campanas[707]. Nosotros, que temimos algo más grave, una vez que nos percatamos de que no había peligro, recobramos el ánimo. Rufo[708], cabizbajo, lloraba como si se le hubiera muerto prematuramente un hijo. A saber cuál hubiera sido el final de todo esto, si el prudente Nomentano no hubiera animado

---

[702] Población de la Campania famosa por la calidad de su aceite; *cf. Od.* II 15 s.

[703] El garo era una salsa muy apreciada que se elaboraba en el S. de Hispania dejando escurrir el jugo de diversos pescados.

[704] Ciudad de la isla de Lesbos.

[705] Las orugas citadas no son gusanos, sino las plantas del mismo nombre (también llamadas rúcolas, como en italiano) conocidas por su sabor picante.

[706] Al parecer, otro *gastrosofista*.

[707] Recuérdese que el aquilón era el viento del N.E. y que la Campania era la región situada inmediatamente a S. del Lacio.

[708] Es el *cognomen* del propio Nasidieno.

así a su amigo: «¡Ay Fortuna!, ¿qué divinidad es más cruel con nosotros que tú? ¡Cómo gozas burlándote siempre de las cosas humanas!». Vario apenas lograba calmar la risa con la servilleta. Balatrón, colgándose cada palabra de la nariz[709], decía: «Ésta es la condición de la vida, y por eso una fama pareja jamás corresponderá a tus esfuerzos. ¿Es que para que yo sea agasajado con esplendidez, has de torturarte, agobiándote con toda suerte de cuitas: que no se sirva un pan chamuscado, ni una salsa mal sazonada; que todos los esclavos sirvan bien trajeados y bien aseados? Añade además estos otros azares: que se caigan los paramentos, como ahora mismo ha ocurrido; que un lacayo[710] resbale y rompa una fuente... Pero la categoría del que invita a comer, como la de un general, suelen dejarla en claro las adversidades y ocultarla los éxitos».

A esto Nasidieno responde: «Que los dioses te den todos los bienes que pidas; pues eres tan buena persona y tan amable como invitado»— y pide que le den sus sandalias[711]. Hubieras visto entonces cómo en cada diván reinaban los susurros reservados a la oreja vecina.

HOR.— Ningún espectáculo hubiera presenciado con más gusto que ése; pero, vamos, cuéntame qué otras cosas te hicieron reír más adelante.

FUN.— Mientras Vibidio pregunta a los siervos si también la garrafa se ha roto, porque no le servían las copas cuando él las pedía, y mientras reímos con sus cuentos, que Balatrón se-

---

[709] Expresión que se refiere a quien habla con aire de irónica superioridad; el Pseudo Acrón comenta: *inridens omnia*.

[710] El texto habla, en efecto, de un *agaso* (un palafrenero o caballerizo). Tal vez Nasidieno había tenido que echar mano de él a falta de criados que pudieran servir como camareros.

[711] Es decir, se dispone a marcharse, pues los comensales estaban descalzos durante la cena.

cundaba, vuelves tú, Nasidieno[712], con una cara distinta, como dispuesto a enmendar a la fortuna por medio del arte. Siguieron luego unos siervos llevando en una gran fuente los miembros descuartizados de un macho de grulla, sazonados con sal abundante y además empanados; también el hígado de una oca blanca cebado con pingües higos y paletillas de liebre cortadas, que así son mucho más sabrosas que si junto con los lomos se comen. También vimos servir entonces mirlos con la pechuga braseada y palomas sin zancos, cosas deliciosas si el amo no nos contara sus fundamentos y sus cualidades. Y así nosotros nos vengamos escapándonos sin probar cosa alguna, como si sobre todo aquello hubiera soplado Canidia[713], que es más dañina que las sierpes de África.

[712] El narrador opta ahora por el apóstrofe al anfitrión, aunque ausente, un giro que sigue parodiando el estilo épico.

[713] La bruja tantas veces atacada por Horacio; véase a su respecto nuestra nota a *Epod.* 3, 9.

EPÍSTOLAS

INTRODUCCIÓN

El género y su tradición

Simplificando un poco las cosas —y luego haremos las precisiones que son del caso—, cabría decir que con las *Epístolas* de Horacio nos encontramos ante un género nuevo en la literatura latina e incluso en toda la literatura clásica; un género que nunca llegó a ser uno de los grandes del canon poético[1], pero que estaba llamado a tener un vistoso *Fortleben* en las modernas letras europeas. Ello no significa que no haya una *tradición* anterior (o, mejor, varias) a la que se lo puede adscribir.

Las *Epístolas*, incluso sin tener en cuenta la autoridad de las denominaciones antiguas[2], pueden ser consideradas como tales —es decir, como *cartas*, aunque sean literarias[3]— porque todas

[1] Véase O. A. W. Dilke, «Horace and the Verse Letter», en C. D. N. Costa (ed.), *Horace*, Londres-Boston, Routledge & Kegan Paul, 1973: 98.

[2] Para la denominación de las *Epístolas* en la tradición manuscrita y en los autores antiguos véase O. A. W. Dilke, «The Interpretation of Horace's 'Epistles'», en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt (ANRW)* II.33.3 (1981): 1837.

[3] Es cuestión discutida la de si las *Epístolas* fueron verdaderas *cartas* en el sentido material y funcional del término, es decir, si cabe suponer que un primer ejemplar de las mismas fuera enviado al respectivo destinatario sin esperar a la publicación del libro completo. Frente a Courbaud, 1914 y a Fraenkel, 1957, que sostuvieron que así había sido, R. S. Kilpatrick (*EO* I: 304) reitera

ellas presentan alguno de los que R. FERRI (*CH*: 122) ha llamado recientemente «*formal markers of epistolarity*»; a saber: «salutaciones iniciales y finales». En efecto, ninguna carece, al menos, de un destinatario contemporáneo, más o menos conocido, de cuyo distanciamiento físico[4] —otra obvia *marca de epistolaridad*— también se da noticia en algunas de ellas. Ese rasgo es, antes que cualquier otro, el que las distingue de las *Sátiras*, de las cuales, sin embargo, su propio autor parece que las consideró como «una continuación orgánica» (FRAENKEL, 1957: 310)[5]; unas y otras serían, pues, *sermones*, con lo que ya tenemos otro indicio claro de su estirpe literaria.

---

su parecer de KILPATRICK, 1986, coincidente con el de C. BECKER (*Das Spätwerk des Horaz*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1963: 16) de que las epístolas «son realistas pero imaginarias»; DILKE, 1981: 1846, mantiene una posición más moderada, aunque no opina que fueran cartas 'genuinas'. A este respecto G. LUCK, «Brief und Epistel in der Antike», *Altertum* 7 (1961): 77-84, ha introducido la distinción entre la *carta*, que se dirige a su destinatario, y la *epístola*, que lo hace a un círculo más amplio. Sin embargo, de lo que no puede dudarse es de que epístolas horacianas llegaron efectivamente a sus destinatarios, cuando menos, por la lectura del correspondiente libro (salvo, naturalmente, I 20, dirigida al propio libro); y en cuanto a la *Epístola a Augusto* (II 1), cuesta trabajo creer que Horacio no se la hubiera hecho llegar de inmediato en un *ejemplar especial*, habida cuenta de que, como enseguida recordaremos, la había escrito para complacer sus demandas.

4 Así, por ejemplo, están ausentes de la Urbe Floro en I 3, Albio en I 4, Celso Albinovano en I 8, Claudio Nerón en I 9, Bulacio en I 11, Iccio en I 12, el *uilicus* en I 14, Vala en I 15, en tanto que Vinnio Ásina, en I 13, y el propio libro de Horacio, en I 20, están ya con el pie en el estribo. En otras ocasiones, sin embargo, es el poeta el que está fuera de Roma, en general en el campo, como en I 2, I 7, I 10 o I 16. Con esas ausencias, según FERRI (*CH*: 124), el poeta, al tiempo que un nuevo género, crea para él un paisaje propio, inspirado en su nuevo camino de retiro filosófico (*fallentis semita uitae*, I 18, 103), «la escondida / senda por donde han ido / los pocos sabios que en el mundo han sido», que diría Fray Luis de León. Para otros rasgos de epistolaridad véase DILKE, 1981: 1846 s.

5 Sin ir más lejos, esto es lo que suele deducirse del hecho de que en II 2, 60, al hablar, y ya en su última época, de los géneros poéticos por él cultivados,

Si las *Sátiras*, según ya hemos visto en su lugar, debían mucho al popular género filosófico de la diatriba, las *Epístolas* parecen ser deudoras de otro de la misma familia, aunque menos popular y literariamente superior en cuanto que, frente a la *oralidad*, al menos *virtual*, de la diatriba, suponía en sus eventuales destinatarios un cierto grado de *alfabetización*. Nos referimos al de la carta filosófica, que tan importante había sido en la difusión de doctrinas como el platonismo o el epicureísmo[6]. Era también, por supuesto, un género prosaico; pero la *condición poética* de las *Epístolas*, se explica fácilmente considerando lo antes dicho de que Horacio mismo las incluía en el género de los *sermones*. Además, resulta que ya el padre de ese género, Lucilio, había dado forma epistolar a alguna de sus sátiras[7], forma que también adoptarían, aunque en diferente metro, otros poetas romanos más recientes, como Catulo[8]. Y, en fin, también

---

nombre, aparte del *carmen* y de los *iambi*, sólo el *Bioneus sermo*, en el que no cabe sino entender que incluye *Sátiras* y *Epístolas*. Por su parte, el escoliasta Porfirión comenta: «Los libros de las *Epístolas* de Flaco sólo son distintos de los de las *Sátiras* en el título». Véanse al respecto DILKE, 1981: 1837; NAVARRO ANTOLÍN: XV ss. y, para las diferencias, también FERRI, *CH*: 128 s.

[6] Sobre la importancia de la carta filosófica, y en particular de las de Epicuro, en este punto tratan, entre otros, R. HEINZE, «Horazens Buch der Briefe», de 1919, reeditado en *Vom Geist der Römertum* (ed. E. BURCK), Darmstadt, Wissenschafliche Buchgesellschaft, 1972[4]: 295-307, que defiende la dependencia directa de las cartas de Epicuro (en contra, BECKER, 1963; 15 s.); O. A. W. DILKE, 1973: 94 s.; 1981: 1845, y FERRI, *CH*: 126. Y, naturalmente, la misma función había de desempeñar la epístola en la difusión del cristianismo a través, sobre todo, de las de san Pablo. A este respecto tal vez proceda matizar lo antes dicho sobre la condición *alfabética* del género, pues bien cabe imaginar a los fieles de Filipos, Corinto, Roma o Colosas, incluidos los analfabetos, reunidos para escuchar la lectura de las cartas de quien, como él decía, los había engendrado en la fe.

[7] Véanse DILKE, 1973: 95 s.; FERRI, *CH*: 121.

[8] Así, sus poemas 13, 35, 65 y 68. También se alega en este punto la forma epistolar de algunas composiciones de los elegíacos más o menos contemporá-

se han considerado como «epístolas poéticas» algunas manifestaciones tempranas de la elegía y la lírica griegas; así, pues, *por precedentes que no quede*, pero hay que hacer justicia a Horacio insistiendo en que fue el primero en escribir epístolas con los contenidos y metros con los que él las escribió. Y yendo a más, recordemos de nuevo el juicio de R. S. KILPATRICK (*EO* I: 304) de que «Las E[pístolas] son consideradas a menudo como la expresión más cumplida y madura de la forma poética horaciana. Si están ligadas a las *Sátiras* por el metro y por el argumento filosófico, de vez en cuando se elevan a un nivel de *liricidad* que revela la mano del maestro de la lírica latina»; no son, pues, *poesía impura* en el mismo grado que decíamos que lo eran las *Sátiras*.

Las Epístolas *en la carrera literaria de Horacio*

Ya hemos visto en su lugar que, según parece, a raíz de la decepcionante acogida que público y crítica habían dispensado

neos de Horacio (Propercio y *Corpus Tibullianum*), cf. FERRI, *CH*: 122. Sin embargo, conviene deslindar los campos: la epístola era en origen, en la prosa, un género en sentido pleno; pero transferida —¿*metafórica, paródicamente*...?— al ámbito poético, pasó a ser más bien una simple *forma*, compatible con los rasgos externos e internos propios de cada género de la poesía. De ahí que, en nuestra opinión, quepa hablar de *sátira epistolar*, de *elegía epistolar* e incluso de *lírica epistolar*, según parece haber sido, y ya en la Grecia arcaica, la aludida por FERRI (*CH*: 121) como lejano precedente de la epístola horaciana. Y así, creemos que los poemas epistolares de Catulo o Propercio en metro elegíaco son precedentes de la *epístola elegíaca* de Ovidio, también de dilatado éxito en la ulterior literatura europea; pero no de la horaciana. A fin de cuentas, parece que estamos ante un nuevo episodio de la *Kreuzung der Gattungen* de la que como típica de la literatura helenística y romana hablaba W. KROLL, *Studien zum Verständniss der römischen Literatur*, Stuttgart, Metzler, 1924: 202 ss.

a la aparición de los tres primeros libros de las *Odas*, Horacio experimentó una especie de *decepción* o *conversión* que lo llevó a replantearse su quehacer poético y a decidirse por asuntos *más serios*, dando de lado a las frivolidades de la lírica. Tales asuntos eran, ante y sobre todo, los filosófico-morales, que lo hacían volver a sus tiempos juveniles en las escuelas de Atenas, en las cuales, entre otras cosas, había aprendido a «distinguir lo torcido y lo recto» (II 2, 44). Por ello afirma en el poema inicial:

> Y así, dejo ahora los versos y demás diversiones. Cuál es la verdad, qué es el bien: de eso me ocupo, sobre eso pregunto, y a eso me doy por entero (I 10 s.).

Por entonces, y como más tarde diría, ya no quería

> andar buscando palabras para entonar con la lira latina, sino aprender los ritmos y sones de la auténtica vida (II 2, 143 s.).

Pero también, como veremos, se ocupó de asuntos de teoría y práctica literaria, incluyendo la reflexión sobre su ya larga ejecutoria poética. Así se gestó el libro I de sus *Epístolas*, que debió de aparecer hacia el año 20 a. C. En la Introducción a su versión póstuma de las mismas, el malogrado C. MACLEOD (1986: XV s.) describió de manera muy verosímil, parafraseando al propio Horacio, el estado anímico y mental en el que el poeta Horacio decidió dedicarse a este nuevo *subgénero poético*: «now Horace wants to learn goodness and wisdom».

El libro II tiene una historia menos clara, aunque no menos interesante, por estar implicada en ella una preciosa anécdota que nos narra el biógrafo Suetonio: la de la queja de Augusto porque en sus anteriores epístolas (para ser exactos, *sermones*) no se hubiera acordado de él, y la de la correspondiente reac-

ción de Horacio dedicándole precisamente la famosa *Epístola a Augusto* (II 1):

> «Has de saber que estoy enfadado contigo porque muchos de tus escritos de este tipo no están dirigidos especialmente a mí. ¿Temes acaso mala reputación entre las generaciones venideras porque pueda parecer que has sido amigo mío? y así le arrancó el poema que comienza: 'Cuando llevas tú solo el peso de tantos y tamaños negocios...'» (*Vida* 8, B. C. G. n.º 81, pág. 99).

Se cree, sin embargo, que de las dos epístolas del libro II se escribió antes la 2, la dirigida a Floro, tal vez del año 19[9], en tanto que la dirigida a Augusto podría ser, en opinión de algunos, bastante posterior, incluso posterior a la muerte de Agripa en el a. 12 a. C., cuando se podía decir en propiedad que el Príncipe, muerto su yerno y marginado Mecenas desde tiempo atrás, *llevaba él solo el peso de tantos y tamaños negocios*; y aún quedaba por aparecer, claro está, la última y más larga de las epístolas y de las obras de Horacio: el *Ars Poetica*, que, como decíamos y luego veremos de nuevo, no ha lugar a considerar como la tercera del libro II. Sin embargo, algunos han puesto en duda que Horacio hubiera concebido esas grandes epístolas literarias como similares en género a las del libro I e incluso que publicara las dos primeras en forma de libro[10] (aunque el propio hecho de que en la tradición aparezca por delante la *Epístola a Augusto*, escrita bastante después que la dirigida a Floro, parece un claro indicio de diseño editorial). Más todavía: esas *epístolas mayores* vendrían a constituir «otro subgénero de escritura

---

[9] Según recuerda FERRI, *CH*: 130, la «apology for not writing poems» con la que se inicia ha llevado a considerarla como anterior a *Odas* IV, es decir, de entorno al a. 17 A. C. (el del *Canto Secular*).

[10] Véase FERRI, *CH*: 121 y n. 3, con bibliografía.

epistolar, a saber, el ensayo literario crítico y teórico en forma de epístola», siguiendo las huellas de Varrón[11].

Los temas y los destinatarios

Aunque, como hemos visto, en ciertos aspectos hay que analizar separadamente los dos libros, se puede decir que tres son los asuntos capitales que Horacio trata en las *Epístolas*: la filosofía (y especialmente la moral), la crítica literaria y los recuerdos autobiográficos; pero, como advierte DILKE (1973: 98), en diversas ocasiones dos de esos temas aparecen trenzados en una misma composición. Así, por ejemplo, en I 2 la señera figura literaria de Homero es evocada como fuente de sabiduría moral; en I 16 y 18 los preceptos de una vida honrada y sensata se combinan con la crónica del apacible retiro campestre del poeta; y en I 7 las consideraciones sobre el mecenazgo literario se alternan con su propia necesidad de unos días libres para dedicarlos a sí mismo. Por lo demás, y como ya recordábamos en nuestra Introducción general (MORALEJO, 2007: 45 ss.), en cuanto a la filosofía, Horacio, aunque no oculte su especial simpatía por el epicureísmo, es un ecléctico que también sabe beber de otras fuentes como la Estoa, la Academia, o el Perípato[12], según esa especie de declaración de principios que sitúa al inicio mismo de las *Epístolas* (I 1, 13 ss.):

---

[11] FERRI, *CH*: 129 s.

[12] Naturalmente, las deudas de Horacio con los peripatéticos son especialmente importantes, como luego se verá, en las epístolas literarias. Sobre la filosofía en las *Epístolas* véase DILKE, 1981: 1847 ss., que se confiesa deudor de MCGANN, 1969; particular interés dedica a las relaciones de Horacio con Panecio y los estoicos.

Y no me preguntes el guía o el lar tras el que me protejo: sin jurar lealtad a maestro ninguno, a dondequiera que el tiempo me lleva, allí voy a parar como un huésped[13].

En cuanto a los temas literarios, DILKE (1973: 101) estima que son las epístolas I 19 (a Mecenas) y la II 1 (a Augusto) las que los tratan con mayor solidez. La primera es, como se sabe, una reivindicación de su propio mérito en la escritura de las *Odas* I-III, cuya publicación no había sido acogida con el entusiasmo que él esperaba. Por su parte, la *Epístola a Augusto*, escrita bastantes años después, arremete, sobre todo, contra la tendencia de los romanos a no estimar sino a los escritores de antaño, en una especie de anticipo de la *querelle des anciens et les modernes*[14]; y también censura los excesos en los que el teatro del tiempo había incurrido buscando ante todo la espectacularidad.

En fin, el elemento autobiográfico destaca especialmente en I 20, donde el poeta, al tiempo de despedir a su librillo, que se marcha *a hacer la vida*, se retrata a sí mismo de manera encantadora (*cf.* DILKE, 1973: 101).

Los destinatarios de todas las *Epístolas* —salvo, obviamente, el propio *liber* de I 20— son personajes históricos y contemporáneos, más o menos bien conocidos; no hay, pues, entre ellos, como advierte DILKE (1981: 1846) ningún *nom-de-plume* ni ningún destinatario inventado, lo que ayuda a que se las tenga por verdaderas *cartas*. Según han puesto de relieve bastantes estudiosos, los destinatarios de las *Epístolas* pueden repartirse en tres grupos. El primero, el más reducido, estaría formado por

---

[13] También aquí seguimos a DILKE, 1973: 99 s.

[14] Sobre ella tenemos ahora el reciente y excelente artículo de J.-J. ISO, «Más sobre la Epístola a Augusto: Problemas de estructura e historia literaria», en E. SUÁREZ DE LA TORRE (ed.), *Teoría y Práctica de la composición poética en el Mundo Antiguo y su pervivencia*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2007: 281-297.

los, aunque coetáneos, *potentiores*: Augusto y Mecenas; el segundo, el más numeroso, por los que cabría llamar sus *aequales* (Albio, Torcuato, Numicio, Fusco, Bulacio, Iccio, Vinnio, su propio capataz[15], Vala y Quincio); en el tercero estarían los *iuniores* (Lolio, Floro, Albinovano y Tiberio; y aunque éste fuera de tan alta condición, por entonces aún era un *joven Claudio* y no el César y sucesor cantado de Augusto que llegaría a ser). Pues bien, aparte de que tomando pie en esa nómina se ha intentado, como enseguida veremos, adivinar una cierta disposición del libro I, también se ha hecho notar —así FERRI, *CH*: 125 s.— que «parece haberse tratado sobre todo de personas de segundo rango», no de figuras como Agripa, Polión, Virgilio o Vario, y en contraste con lo que se había visto en *Odas* I-III; y se ha conjeturado que ello se debe a «una elección deliberada» de Horacio, que trataría así de formarse un grupo de amigos bien dispuesto para responder a la invitación a la sabiduría que contenía su libro[16].

Forma, composición y estructura

La forma monológica predomina en las epístolas del libro I, en tanto que las del II dan entrada eventualmente a la dialógica,

[15] Entiéndase esto, por supuesto, con referencia a la edad, pues se trataría de un liberto o incluso de un esclavo.

[16] Con lo que volvería a plantearse la cuestión, ya aludida más arriba, de si con sus *Epístolas*, según pensaba HEINZE (1972[4]: 298 ss.), Horacio había querido dejar, como Epicuro en las suyas, una especie de «autorretrato espititual» (cf. DOBLHOFER, 1992: 119), si se quiere, *un homenaje a sí mismo*, o bien pretendía escribir un verdadero *protréptico ético*, según estimaba BECKER, 1963: 15 s. No hemos tenido acceso al artículo de W. ALLEN Jr., «The Addressees in Horace's First Book of Epistles», *Stud. Philol.* 67 (1970): 253-266, que trata del modo en que el poeta seleccionó sus destinatarios.

algo que ya habíamos observado en las *Sátiras*. Para KILPATRICK (*EO* I: 304) esto supondría un paso del modelo de la diatriba al del diálogo, según el obvio modelo platónico; pero a ese respecto hace notar DILKE (1973: 103) que también en la diatriba era tradicional esa forma.

Pero, como decíamos, hay aspectos en que hay que analizar separadamente los dos libros de las *Epístolas*, y el principal de ellos es el referente a la composición de los poemas y a la estructura global. De libro I parece claro que *tiene pies y cabeza.* Para FRAENKEL (1957: 309) es «the most harmonious of Horace's books», y para FERRI (*CH*: 125), «dentro de las obras de Horacio, la más concienzudamente planificada y organizada como libro». Por de pronto, incluye en él 20 epístolas, reiterando su afición a los múltiplos de 5 ya acreditada en las *Odas* y en las *Sátiras* (*cf.* DILKE, 1981: 1839). Lo inicia la esperable dedicatoria a Mecenas, a la que hay que dar un cierto alcance general, y lo remata la simpática carta de despedida al propio libro. Pero si se prescinde de ésta como una especie de epílogo añadido, que por lo demás contribuye a reforzar la unidad del conjunto, vemos que a Mecenas se dirige también la última de las restantes, la 19. Además, la una desde el punto de vista filosófico, la otra desde el literario, ambas «pasan revista a la posición de Horacio tras la publicación de *Odas* I-III. Las simetrías no quedan ahí: las epístolas contiguas a la 1 y a la 19 (la 2 y la 18) están ambas dirigidas a Lolio[17]; por su parte, la 3 y la 17 comparten el tema del trato con *los de arriba*; la 4 y la 16 el comentario sobre la vida rústica (la de Horacio y la de Albio, respectivamente); la 5 y la 15 tratan ambas del comer y el beber; la 6 y la 14 la vida de ricos y pobres en la Roma de entonces; la 7 y la 13, respectivamente, las relaciones de Horacio con Mecenas y con Augusto;

[17] Sobre ese par de epístolas véase el análisis comparativo de FRAENKEL, 1957: 314 ss.

8 y 12, ambas encaminadas a personas del entorno del Príncipe, comparten metáforas médicas; entre 9 y 11 podría haber el vínculo de la «alusión», concretamente centrada en posibles lugares de retiro: en 9, por vía de *Od.* II 6, también dirigida a Torcuato, Tíbur o Tarento; en 11, Lébedo, que al poeta no le apetece. Quedaría así 10 como núcleo aislado del libro, pero DILKE (1973: 107; 1981: 1839 s.), al que hemos venido siguiendo, cree que esa epístola se estructura, a su vez, en una mitad dedicada al contraste entre la vida campesina y la urbana, y otra que trata «de sus implicaciones éticas».Tendríamos, pues, en el libro un claro y armónico esquema de *Ringkomposition*[18].

Sin embargo, *alii alia*: así, KILPATRICK (*EO* I: 304) estima que el libro tiene una estructura basada en la edad de los destinatarios: a coetáneos ilustres están dirigidas 1, 7 y 19 (a Mecenas) y 13 (a Augusto, aunque por mediación de Vinnio); a coetáneos *sin más*, 4, 5, 6, 10, 11, 12, 14, 15, 16; y a amigos más jóvenes 2, 3, 8, 9, 17 y 18; y 20 sería también aquí caso aparte, en cuanto que epílogo. El esquema numérico resultante —representando las tres categorías indicadas, respectivamente, por las cifras 1, 2 y 3—, también simétrico, sería: 1+(2+3) +1+(2+3)+ +1+(3+2)+Epílogo; y representado por medio de los ordinales de las piezas: 1+([2+3]+[4+5+6])+7+([8+9]+[10+11+12])+13+ +([14+15+16]+[17+18])+19+20[19]. En fin, se podrá estar de acuerdo o no con este análisis, pero adviértase que, pese a su aspecto, poco tiene de *aritmológico*: las cifras que aparecen en su forma final —lo repetimos— sólo indican los ordinales de las epístolas; y en cuanto a los agrupamientos y correspondencias,

---

[18] Suscribe este análisis, entre otros, NAVARRO ANTOLÍN: XXIX; más cauteloso se muestra en la Introducción a su comentario R. MAYER: 51, que no ve tan claras las cosas una vez que se pasa de los pares 1-19 y 2-18.

[19] Creemos haber acertado al restituir los signos [ ] que abarcan a los números 10 a 12, omitidos en el texto de KILPATRICK.

están basados en criterios de contenido, aunque discutibles, verosímiles[20].

No parece ocurrir lo mismo con los intentos que se han hecho de analizar la estructura interna de los poemas, y ya al término del de DILKE que antes recogíamos veíamos que asomaba la siempre vidriosa cuestión de su división en secciones coherentes en el sentido y equivalentes en la extensión. A este respecto han sido muy discutidos y en algunos casos duramente criticados, los ensayos de G. STÉGEN[21] en los que la *aritmología* sí campa por sus respetos. A su entender, las epístolas se pueden analizar, atendiendo a sus contenidos semejantes o contrastantes, en mitades, cuartos y en fracciones sucesivas hasta llegar incluso a la de 1/64. Por ese camino, según DILKE (1973: 106), «si seguimos adelante, nos encontraremos buscando esquemas donde no existen»[22].

En cuanto al libro II, ya hemos dicho que ni siquiera consta que fuera publicado como tal por Horacio; y el que sólo contenga dos epístolas parecería dejar fuera de lugar cualquier in-

---

[20] Para otros ensayos de estructuración remitimos a DOBLHOFER, 1992: 122, 196, que considera estimable el de MAURACH («Der Grundriss von Horazens erstem Epitelbuch», *Acta Classica* 11 (1968): 73-122, más bien partidario de una «progresión lineal», según MAYER: 51, y como una «aventura numerológica» el de L. HERRMANN, «L'ordre du livre I des Epîtres d'Horace», *Latomus* 28 (1969): 372-377, que sostiene que el conjunto del libro se divide en 56 secciones de 18 cada una; *neutrum uidimus*.

[21] *Essai sur la composition de cinq Epîtres d'Horace (I 1, 2, 3, 11, 15)*, Namur, Wesmael-Charlier, 1960; *L'unité et la clarté des Epîtres d'Horace; étude sur sept pièces du premier livre (4, 6, 7, 9, 13, 14, 16)*, Namur, Wesmael-Charlier, 1963.

[22] Además de las otras observaciones que hace el propio DILKE a STÉGEN en el pasaje citado y en DILKE, 1981: 1841, véanse las aún más críticas que formula y recoge DOBLHOFER, 1992: 121 s. Confesamos que todas ellas nos han disuadido de entrar más a fondo en las teorías del estudioso belga y de reseñarlas aquí con mayor amplitud.

tento de hablar de su «estructura»; sin embargo, hemos advertido también de que algo querrá decir el que la más tardía de las dos, la dirigida a Augusto, figure en primer lugar en la tradición. Sí cabe analizar, como ya se ha hecho, la estructura de cada una de esas largas epístolas, ambas de tema literario. Eso es lo que ha hecho C. O. BRINK, que les ha dedicado un monumental comentario[23], y hasta descender a detalles que, obviamente, no ha lugar a recoger aquí. A grandes rasgos, la *Epístola Augusto* parece articulada en cuatro secciones, con algún que otro pasaje de transición: I. Preámbulo (1-17); II. Lo viejo y lo nuevo, especialmente en poesía (18-82); III. Sociedad y poesía en Grecia y en Roma (93-176); IV. Poesía destinada a ser ejecutada en público (177-213) y poesía para ser leída (214-279)[24]. Naturalmente, BRINK aplica dentro de cada una un ulterior análisis *de alta resolución*. Recientemente J.-J. Iso[25] ha vuelto sobre ese análisis, sugiriendo la incorporación de una quinta sección (desde el v. 250 hasta el final) dedicada a una nueva *recusatio* del poeta ante la elevada tarea de poetizar las *laudes egregii Caesaris* (*Od.* I 6, 11). La *Epístola a Floro*, anterior, según decíamos, combina el asunto poético con las consideraciones morales. Su destinatario es uno de los jóvenes amigos a los que Horacio ya había dirigido buena parte de las del libro I.

---

[23] *Horace on Poetry III: Epistles Book II: The Letters to Augustus and Florus*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982. Véase también su *Horace on Poetry I: Prolegomena to the Literary Epistles*, Cambridge, Cambridge University Press, 1963; para la *Epístola a Floro*: 183 ss.; para la *Epístola a Augusto*: 191 ss.

[24] Citamos literalmente según la versión que del esquema de BRINK da J.-J. Iso al final de su artículo reseñado en la nota que sigue.

[25] «Más sobre la Epístola a Augusto: Problemas de estructura e historia literaria», en E. SUÁREZ DE LA TORRE (ed.), *Teoría y Práctica de la Composición Poética en el Mundo Antiguo y su Pervivencia*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2007: 281 ss.

A su respecto insiste BRINK (I 1963: 184) en que no es un tratado literario sino una epístola poética, y que por ende tiene la estructura propia de un poema horaciano. La primera parte del poema (1-140) puede considerarse como un «adiós a la lírica» (NAVARRO ANTOLÍN: 160); luego Horacio da paso a las consideraciones filosóficas que fundamentan ese nuevo rumbo de su carrera y de su vida (141-216)[26].

Lengua y estilo

«Aunque [al escribir las *Epístolas*] había que dejar de lado la forma lírica de las *Odas*, mucho de la técnica verbal que Horacio había adquirido al componer las *Odas* lo mantuvo. Es esto lo que eleva las *Epístolas* a un nivel de composición que, en conjunto, es más alto que el de las *Sátiras*» (DILKE, 1973: 100). Y, en efecto, ahora vamos a ver que el registro lingüístico y estilístico del Horacio epistolar planea un poco por encima del del Horacio satírico.

Ya decíamos, a propósito de las *Sátiras*, que el mejor repertorio de materiales para el estudio de la lengua, e incluso del estilo de Horacio sigue siendo el vol. III de la edición *Paraviana* de DOMENICO BO (1960), *De Horati poetico eloquio*, que tras una excelente *Praefatio*, nos proporciona unos detallados índices en los que bien puede decirse que nada falta de los *disiecti membra poetae*. Pues bien, en esa *Praefatio* (XXVIII-XXX) se incluye una breve pero sustanciosa semblanza de la lengua de las *Epístolas*, la única exclusivamente dedicada a ella de la que tenemos noticia, de la cual nos permitiremos hacer aquí un aún más breve resumen[27].

---

[26] Para un análisis detallado véase, naturalmente, BRINK III, 1982: 266 ss.

[27] Por lo demás, véanse también los estudios sobre lengua y estilo citados *infra* en nuestra BIBLIOGRAFÍA y, además, el capítulo de la edición de BRINK,

Según Bo, y en comparación con las *Sátiras*, «en las epístolas todo ha sido sopesado y pensado con mayor atención». Entrando ya en la lengua, parece que el poeta muestra un especial dominio; «el *sermo familiaris* se suaviza, se refina y echa mano de no pocas cosas de la lírica». Ello no impide que se encuentren términos y expresiones de tono cotidiano[28]; en el vocabulario, por ejemplo, *aio, auricula, caballus, canto, clamo, dorsum, gula, bene* (por *multum*), *stertere* («bostezar») por *dormire, etc.*; no faltan los arcaísmos, como los infinitivos pasivo/deponentes en *-ier* (*labier, faterier, curarier*), *qui* por *quomodo*, los genitivos temáticos en *-um* (*nummum*); en cuanto a las expresiones, encontramos algunas claramente coloquiales, como *quid te dicam facere?*, *cutem curare* («cuidarse el pellejo»), *quo mihi fortunam?*, *quid ad rem*. En cambio se echan en falta «*iuuenilia uerba atque obscena*» presentes en las *Sátiras*, como *cacare, cauda, cunnus, futuo* y otras de registro plebeyo. Se encuentras neologismos: *plausor*, *plagosus* («el pegón Orbilio»), *irreuocabilis, incuratus*. Los nombres griegos —un detalle culto— tienden a conservar su declinación: *Atriden, Peliden* (lo que, de paso, facilitaba su acomodo métrico). Se amplía la transitividad (licencia poética, aunque no sin raíces populares), complementando con un acusativo verbos como *deliro, insanio, moueor, coronor*, etc., e incluso adjetivos como *gemellus* o *lautus*... En fin, y ya en un ámbito más propiamente estilístico, abundan las anáforas y los asíndetos, se expande el período y, a fin de cuentas, «el discurso avanza con movimientos sua-

---

II, 1971: 445 ss.; F. MUECKE, «lingua e stile», en *EO* II: 755-787; L. RICOTTILLI, «lengua d'uso», en *EO* II: 897-908, así como lo dicho *supra*, págs. 27 ss. en el apartado paralelo sobre *Lengua y estilo* de las *Sátiras*.

[28] También MUECKE, *EO* II: 784, hace notar que en las *Epístolas* abundan menos que en las *Sátiras* los coloquialismos y arcaísmos y que se aprecian algunos rasgos también presentes en las *Odas*.

ves»[29]. Pasando por alto detalles menores, creemos que el lector puede hacerse con lo dicho una idea de la dicción poética del Horacio epistolar.

Antes de cerrar este apartado parece conveniente recordar, como en el caso de las *Sátiras*, los datos que G. Calboli (*EO* II: 866)[30] proporciona y comenta a propósito de la concurrencia entre coordinación y subordinación en el texto de Horacio. Presupuesto que es propia de la lengua poética la preferencia por la parataxis, nos encontramos con que la hipotaxis alcanza en las *Epístolas* una cuota del 33,11%, algo inferior al 35, 18% de las *Sátiras*, aunque claramente superior al 28,44% de los *Epodos* y al 25,88% de las *Odas*.

Pervivencia de las Epístolas *a partir del Renacimiento*

Como era de esperar, la recepción moderna de las *Epístolas* está estrechamente ligada, por una parte, a la del *Arte Poética*[31], con la cual varias de ellas compartían asunto; por otra, a la de las *Sátiras*, en cuanto que también eran *sermones*; y, en fin, a la de la otra gran estirpe de la epístola poética: la elegíaca de Propercio y, sobre todo, de Ovidio. Por ello, no siempre resulta fácil discernir en la copiosa tradición poética moderna lo que ha de atribuirse a cada una de esas ramas de la clásica. Además, el auge que el género literario epistolar, en sentido amplio, conoció dentro del temprano Humanismo, por el redescubrimiento de las *Cartas* de Cicerón y otros epistolarios antiguos en prosa,

[29] Muecke, *EO* II: 785, alude a algunos paralelismos y antítesis que parecen ser propios de las *Epístolas*.

[30] Artículo «ippotassi/paratassi» de la citada enciclopedia, sobre datos de Delatte-Govaerts-Denooz.

[31] Recepción que trataremos separadamente en nuestra Introducción a dicha obra.

también favoreció el desarrollo de la epístola versificada; más todavía: a ningún buen conocedor de la literatura latina de la Edad Media, y por ende de su tendencia a *versificarlo todo*, le parecerá descabellada la hipótesis de que una pervivencia inercial de esa afición versificatoria se combinara con el antedicho auge de lo epistolar. Lo que importa, en resumidas cuentas, es que si la epístola poética, tal como Horacio la practicó, nunca había sido un *gran género* en la Antigüedad, sí llegó a serlo a partir del Renacimiento. De ahí que, como factor añadido de complejidad, el estudioso se encuentre con que la misma ha sido objeto de un especial interés por parte de los estudiosos en los últimos años, y sobre todo de los hispanistas, que han puesto a nuestra disposición una rica y densa bibliografía a su respecto[32].

En los albores mismos del Renacimiento nos encontramos en Italia con epístolas en verso; ante todo, con las del propio F. Petrarca (1304-1374), que en sus 66 *Epystole metrice* latinas escribió un *uarium carmen ad amicos*, una «obra impregnada de una vaga *Stimmung* horaciana» (*cf.* M. FEO, *EO* III: 419 s.). Para POZUELO 2000: 70, «la mayoría son simples cartas en verso», aunque «algunas de ellas... aparecen contaminadas por la sátira epistolar horaciana». Ya al final del siglo, Coluccio Salutati (1331-1406), profundo conocedor de Horacio en términos

[32] Da una relación muy completa de la misma NAVARRO ANTOLÍN: LIV y n. 69. De entre ella hay destacar el volumen colectivo editado por B. LÓPEZ BUENO, 2000 (véase nuestra BIBLIOGRAFÍA), y dentro de él, aparte de otros que citaremos oportunamente, el excelente artículo de B. POZUELO CALERO, «De la sátira epistolar y la carta en verso latinas a la epístola moral vernácula» (61-99). Es un trabajo riguroso y muy documentado, que podría resultar discutible en algunas de sus apreciaciones sobre la epístola poética antigua, así como en la taxonomía de las reviviscencias renacentistas de la misma, tanto latinas como románicas. Sin embargo, obviando los puntos conflictivos, lo seguiremos en los para nosotros fundamentales.

filológicos, se valió ampliamente de Horacio en su *Epistolario* en prosa latina; pero su carta en verso más conocida, la dirigida a Alberto Albizzi, más bien parece ser de estirpe juvenaliana (*cf.* POZUELO, 2000: 73). También era experto filólogo F. Becadelli, «el Panormita» (1394-1471), que seguramente poseyó un códice de las *Epístolas*, de las cuales acusa numerosas reminiscencias en su propio epistolario, latino y en prosa (*cf.* D. COPPINI, *EO* III: 115 ss.). Todavía dentro del siglo XV italiano cabe aludir de paso a F. Filelfo, bastantes de cuyas *Sátiras*, ya glosadas en su lugar, parece que pueden ser consideradas como epístolas (*cf.* POZUELO, 2000: 75). De G. Correr, ya hemos hablado a propósito de la pervivencia de las *Sátiras*, pero advierte POZUELO (2000: 74) que una de sus composiciones tiene forma epistolar. También podemos dedicar un recuerdo a Lorenzo de Médicis, «el Magnífico» (1449-1492), que en sus poemas italianos deja ver bastantes huellas de Horacio y en particular de las *Epístolas* (*cf.* F. BAUSI, *EO* III: 348 s.), al igual que hace en sus *Poemata* latinos el humanista y poeta P. del Riccio Baldi (*Petrus Crinitus*, 1476-1507) (*cf.* F. BAUSI, *EO* III: 183 s.). Estrictamente satíricos, y por ello nos hemos referido a ellos en su lugar, nos parecen Gaspare Tríbraco y Lorenzo Lippi.

Con el siglo XVI irrumpe en la escena la epístola poética en lengua vulgar, y no sólo en italiano. Ya hemos advertido a propósito de L. Ariosto (1474-1533) que sus *Sátiras* pueden ser consideradas, por su forma, más bien como epístolas (*cf.* NAVARRO ANTOLÍN: LII, y la bibliografía allí citada; R. ALHAIQUE PETTINELLI, *EO* III: 99). Algo parecido ocurre con algunos de los *Capitoli* de L. Tansillo (1510-1568), el amigo de Garcilaso que participó en la fundación de la Academia Venusina (*cf.* F. TATEO, *EO* III: 573). Pervive, sin embargo, la tradición de la epístola latina; así, entre los *Carmina* latinos de Giovanni della Casa (1503-1556), ya citado como autor de sátiras, hay al menos uno que es una epístola (*cf.* J. VAN SICKLE, *EO* III: 191).

Por lo demás, si bien es cierto que también en Italia «el siglo XVII marcó la afirmación de H[oracio] como poeta de las *Sátiras* y las *Epístolas*» (F. TATEO, *EO* III: 574), la tradición del *sermo* horaciano parece haberse perpetuado sobre todo por vía de la sátira, con autores como Chiabrera y, en el XVIII, el gran Parini, de los que ya nos hemos ocupado en el correspondiente lugar (caso aparte, naturalmente, hacemos de la recepción del *Arte Poética*, de la que luego trataremos). Por lo dicho, poco es lo que para esos tiempos más cercanos a nosotros reseñan los cronistas de la tradición clásica en Italia a propósito de las *Epístolas*: tras señalar alguna que otra huella en Carducci y en Pascoli y poco más (*cf.*, respectivamente, I. TOPPANI, *EO* III: 151 ss.; M. TARTARI CHERSONI, *EO* III: 390 ss.), a falta de otra cosa acaban derivando hacia la crónica filológica (así P. FERRATINI, *EO* III: 395; SCIVOLETTO, *EO* III: 575 ss.).

En España la fortuna de la epístola poética fue especialmente próspera; de ahí, como antes apuntábamos, que haya a su respecto un amplio caudal bibliográfico presidido —y cómo no— por lo que MENÉNDEZ PELAYO (1951 VI) dejó averiguado y escrito al respecto, pero continuado hasta la actualidad por una abundante serie de nuevas aportaciones[33].

Al respecto de quién fue el primero en escribir en español una *epístola horaciana*, quizá el propio Horacio diría aquello de *adhuc sub iudice lis est* (*A.P.* 78). Según la que por bastantes años fue *communis doctrina*, sentada por don Marcelino[34], habría sido el noble humanista don Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), tan ligado por aficiones literarias y por su oficio diplomático a la Italia renaciente, el que habría iniciado entre nosotros el *carteo horaciano* con su *Epístola a Boscán*, acerca

[33] Nos referimos, sobre todo, a las contenidas en el citado volumen colectivo editado por LÓPEZ BUENO, 2000.

[34] MENÉNDEZ PELAYO, *Horacio en España*, 1951,VI: 295.

de la deseable *inmunidad ante el asombro*, en la cual parafrasea la I 6 de Horacio. Inmediatamente tras él, naturalmente, habría que colocar a su destinatario Juan Boscán (1495-c.1542), el *gran partero* del Renacimiento español, que respondió a Hurtado con otra epístola digna de las circunstancias. Sin embargo, un memorable estudio de R. LAPESA[35] reivindicó como pieza fundacional de la epístola horaciana en España la que Garcilaso de la Vega (1503-1536), en 1534, escribió al propio Boscán, «aunque no deriva especialmente de ninguna de las de Horacio» (LAPESA, 1985: 148). Más tarde apoyó esa interpretación E. L. RIVERS[36], para el que el hecho de que los estudiosos anteriores no la hubieran compartido se debería a que «este tipo de epístola horaciana, la epístola de vena más ligera, no fue posteriormente cultivada en dimensiones considerables en la literatura española» (RIVERS, 1945: 189). Obviamente, las epístolas de Mendoza y Boscán, bastante más largas, presentan rasgos algo distintos (RIVERS, 1945: 193). En su clásica edición crítica de Garcilaso, RIVERS[37] reiteró ese parecer, así como el de que Garcilaso con-

[35] *La trayectoria poética de Garcilaso*, Madrid, Revista de Occidente, 1944, reed. en Madrid, Alianza Editorial, 1985, por la que citamos; sobre la *Epístola*: 148-150.

[36] «The Horatian Epistle and his Introduction into Spanish Literature», *Hispanic Review* 22 (1954): 175 ss.; artículo que también tiene interés para la fortuna del género en Italia. Niega el carácter horaciano de la *Epístola* POZUELO, 2000: 82; y también atribuye el hallazgo a Mendoza y Boscán G. CARAVAGGI, *EO* III: 600 s. Por el contrario, la considera horaciana NAVARRO ANTOLÍN: LIII s., que se apoya en la autoridad de Lapesa, C. Guillén y Rivers. A. SÁNCHEZ ROBAYNA, «La Epístola Moral en el Siglo de Oro», en LÓPEZ BUENO (ed.), 2000: 133, 142, afirma que es «la primera epístola horaciana española»; y que «es la primera que reproduce en España el sentido y los valores de la epístola horaciana». Véase también la opinión de la propia B. LÓPEZ BUENO en su Presentación de ese volumen colectivo por ella editado: 19 s.

[37] *Garcilaso de la Vega, Obras completas con Comentario*, Madrid, Castalia, 1981: 258 s.

sideraba el verso blanco, que utilizó en la *Epístola*, como el más adecuado sucedáneo románico del hexámetro horaciano. En todo caso, el asunto queda entre amigos.

A partir de esos años la epístola horaciana sienta plaza en nuestras letras. Gutierre de Cetina (c.1520-c.1557) escribió, al menos, ocho epístolas que, como era habitual, bordean la sátira, al parecer deudoras de modelos italianos más que latinos (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO 1951, VI: 300 s.; POZUELO, 2000: 84; NAVARRO ANTOLÍN: LVI). Ya en tiempos de Felipe II, el capitán Francisco de Aldana (1537-1578), veterano de San Quintín que moriría en la rota de Alcazarquivir, al lado de don Sebastián de Portugal, escribió en 1577 su *Carta para Arias Montano sobre la contemplación de Dios y los requisitos della*, «en la que la forma de la epístola horaciana demuestra ser perfectamente adaptable a la expresión de los ideales neoplatónicos e incluso místicos de la España del s. XVI»[38].

Entretanto también se produjo un notable auge de la epístola poética en latín, con manifestaciones susceptibles de varia clasificación. Se deben a Hernán Ruiz de Villegas (c. 1510-c. 1571), de inclinación satírica, Juan de Verzosa (1523-1574) y Francisco Pacheco (c. 1540-1599)[39]. Y aunque él mismo los tituló *Satyrae*, cabe mencionar también aquí, dado que tienen forma epistolar, los poemas de Jaime Juan Falcó (1522-1594)[40].

Del original dramaturgo sevillano Juan de la Cueva (1543-c. 1610), pionero del *teatro nacional*, hemos de hablar a propósito del *Arte Poética*; pero MENÉNDEZ PELAYO (1951 VI: 320) reseña algunas epístolas suyas en tercetos «de carácter bastante

---

[38] RIVERS, 1954: 191. MENÉNDEZ PELAYO, 1951 VI: 336 s., cita de Aldana tres epístolas ninguna de las cuales parece ser la que acabamos de comentar. Véase también POZUELO, 2000: 91 s.

[39] Véase POZUELO, 2000: 86 ss.

[40] Véase la edición de D. LÓPEZ-CAÑETE QUILES, 1996, *Jaime Juan Falcó, Obras Completas, vol. I: Obra poética*, León, Universidad de León.

horaciano», aparte de una *heroida* ovidiana, la primera de ese género que dice conocer en una lengua vulgar[41].

De los aragoneses hermanos Argensola, para MENÉNDEZ PELAYO (1951: VI: 339: 339 ss.) los creadores de la sátira horaciana española, ya hemos tratado al respecto de la misma; pero ambos escribieron además epístolas que, como en otros casos, no mantienen límites claros con el género satírico[42]. Por el mismo tiempo publicó epístolas Jerónimo de Lomas Cantoral[43].

Como cima de la epístola horaciana en España suele considerarse la famosa *Epístola moral a Fabio*, escrita en 1613 por el capitán Andrés Fernández de Andrada:

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere
y donde al más activo nacen canas.

El que no las limare o las rompiere,
ni el nombre de varón ha merecido,
ni subir al honor que pretendiere...[44]

---

[41] Véase también el artículo de J. VALENTÍN NÚÑEZ RIVERA, «'Y vivo solo y casi en un destierro': Juan de la Cueva en sus epístolas poéticas», en B. LÓPEZ BUENO (ed.), 2000: 257-294.

[42] Remitimos de nuevo a MENÉNDEZ PELAYO, 1951, VI: 339 ss.; G. CARAVAGGI, *EO* II: 603; sobre Lupercio, POZUELO 2000, : 94 s. sobre Bartolomé, también los trabajos de P. PEIRÉ SANTAS-E. PUYUELO ORTIZ, J. C. PUEO, y R. M. MARINA, en *Alazet, Revista de Filología*, 14 (2002): 406-441 y, sobre todo los de esta última en el volumen R. M. MARINA SÁEZ-J. C. PUEO DOMÍNGUEZ-E. PUYUELO ORTIZ, *El Horacianismo en Bartolomé Leonardo de Argensola*, Madrid, Huerga & Fierro, 2002; además, para sus epístolas, NAVARRO ANTOLÍN: LX s.

[43] Así NAVARRO ANTOLÍN: LX, que sigue a A. SÁNCHEZ ROBAYNA, «La epístola moral en el Siglo de Oro», en B. LÓPEZ BUENO (ed.), 2000: 145.

[44] Nos remitimos a NAVARRO ANTOLÍN: LXII s. y a la bibliografía específica por él citada.

Lope de Vega (1562-1635) fue autor de bastantes epístolas poéticas, en las que «la imitación horaciana no pasa del género, pues en lo demás procede Lope con independencia absoluta» (MENÉNDEZ PELAYO 1951 VI: 349). Sobre ellas hemos de volver al tratar de la fortuna del *Arte Poética*, dado que conciernen sobre todo a preceptiva literaria. También don Luis de Góngora (1561-1627) echó su cuarto a espadas en el género[45]. En cuanto a Quevedo, y en particular al respecto de la sátira, ya hemos visto que MENÉNDEZ PELAYO (1951 VI: 353) consideraba un «error» calificarlo de poeta horaciano. Sin embargo, también ha sido traída a colación en la crónica del horacianismo hispano la *Epístola satírica censoria* dirigida a su entrañable enemigo el Conde-Duque de Olivares (la del famoso «No he de callar, por más que con el dedo...»)[46].

Pasando a nuestro siglo XVIII, cuando, según MENÉNDEZ PELAYO (1951 VI: 358), la *Poética* de Luzán (1737), vino a poner coto a los excesos del culteranismo, hay que esperar a G. M. de Jovellanos (1744-1811) para encontrar muestras de la epístola horaciana. Don Marcelino (1951 VI: 372) considera «admirables» las suyas. También las escribió, aunque más bien escoradas hacia la sátira, el fabulista Tomás de Iriarte (1750-1791) (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO 1951 VI: 362 s.; CARAVAGGI, *EO* III: 604). Como epígonos de esa tradición neoclasicista cabe señalar a L. Fernández de Moratín (1760-1828), corresponsal, entre otros, del propio Jovellanos en su epístolas morales, alguna de las cuales MENÉNDEZ PELAYO (1951 VI: 387) coloca —nada menos— a la altura de la de Fernández de Andrada. Don Marcelino alabó también generosamente al mediano y malogrado poeta catalán M. de Cabanyes, muerto en 1832,

---

45 Véase NAVARRO ANTOLÍN: LXIII y el trabajo de A. Sánchez Robayna allí citado.

46 Véase al respecto NAVARRO ANTOLÍN: LXIV.

aunque reconoce que sus tres epístolas horacianas son inferiores a su lírica (Menéndez Pelayo, 1951 VI: 391 ss.). Dentro de la que todavía llama «escuela sevillana de finales del xviii cita también a Reinoso, amigo de Blanco White y autor de un par de epístolas poéticas (Menéndez Pelayo, 1951 VI: 404); y de José Mor de Fuentes, «literato docto, aunque estrafalario», menciona una epístola al propio Horacio, al parecer imitación de la que, como luego veremos, le había dirigido Voltaire (Menéndez Pelayo, 1951 VI: 414 s.). Manuel J. Quintana (1771-1857), también fue en este género discípulo de Jovellanos, al cual incluso dedicó una de sus epístolas (*cf.* Menéndez Pelayo 1951 VI: 379 s.; Navarro Antolín: LXV). En fin, antes de que el vendaval romántico se llevara por delante los preceptos clasicistas y con ellos un género tan clásico como el de la epístola horaciana, aún la cultivaron, al menos, M. Bretón de los Herreros (1796-1873), el ingenioso comediógrafo ya citado como satírico, que en 1841 publicó una *Epístola sobre las costumbres del siglo*; también escribieron epístolas más o menos horacianas Cañete, otro más que siguió la línea de Jovellanos y, en fin, el historiador de la literatura J. Amador de los Ríos, «según el gusto de las buenas epístolas castellanas del siglo xvii» (*cf.* Menéndez Pelayo 1951 VI: 421 s.; 431 ss.).

Sobre la epístola de asunto literario hemos de volver forzosamente al tratar de la fortuna del *Arte Poética*. Entretanto, concluyamos provisionalmente con Navarro Antolín (LIX), que «las *Epistulae* de Horacio son un texto rico y sugestivo, cuya pervivencia podemos rastrear en una triple dirección: a) la epístola moral en verso; b) la epístola literaria en verso; y c) la poética en verso».

En Portugal la epístola horaciana conoció un floreciente cultivo. Éste se inició, como en España, por obra de un poeta italianizante y además amigo de Garcilaso y de Boscán: Francisco Sá de Miranda (1481-1558), protegido del rey Juan III, al

que dirigió una de sus piezas, cuyo inicio recuerda el de la *Epístola a Augusto*:

Rey de muitos reys, se hum día
Se huma ora só, mal me atrevo...[47]

Siguió la huella de Miranda el más distinguido lírico horaciano de Portugal, Antonio Ferreira (1528-1569), autor de dos libros de epístolas. Corresponsal y discípulo suyo fue Pedro d'Andrade Caminha, y de los tres ya nombrados, más que de Horacio, fue secuaz D. Bernardes. Andrés Falcâo de Resende, ya citado como satírico en su lugar, fue también prolífico epistológrafo (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO 1951 VI: 483, 487 s.). En el s. XVII brilla con luz propia, y tanto en portugués como en castellano, el talento de don Francisco Manuel de Melo (1608-1666), autor de profundas epístolas morales (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO 1951 VI: 494). Ya en el XVIII merecen reseña, al menos, F. Manuel do Nascimento (*alias* Filinto Elysio), autor de epístolas literarias, y A. Ribeiro dos Sanctos, que las escribió de contenido moral (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO 1951 VI: 509).

En Francia la epístola horaciana, al igual que veíamos que ocurría con la sátira, tarda un tanto en madurar[48]. En efecto, el hermoso florecimiento que el horacianismo francés conoce en el s. XVI de la mano de los poetas de la Pléiade concierne sobre todo a la lírica. Dicho esto, es verdad que el más cualificado representante de la misma, P. de Ronsard (1524-1585) pagó su

[47] Véase el amplio tratamiento que le dedica MENÉNDEZ PELAYO, 1951 VI: 475 ss.

[48] Vemos que C. Guillén, citado por NAVARRO ANTOLÍN: LIII, hace referencia a las cartas de Clément Marot (1496-1544) a propósito del género; y ciertamente nos consta que ese gran poeta francés escribió epístolas (o cartas); pero no vemos que lo mencione la reseña del horacianismo francés de G. GRASSO en *EO* III: 543 ss., ni que dicha enciclopedia le dedique un artículo especial.

tributo de citas y elogios a los *sermones* del Venusino (*cf.* E. BALMAS, *EO* III: 457). La eclosión, aunque prácticamente limitada a una sola gran figura, llega un siglo después con N. Boileau-Despréaux (1636-1711), el preceptista literario que suscitó la *querelle des anciens et les modernes*. Además de en su *Art Poétique*, y en sus *Sátiras*, ya comentadas en su lugar, divulgó sus principios morales y poéticos en sus polémicas doce *Epîtres* (*cf.* E. BALMAS, *EO* III: 136). Amigo de Boileau fue J. de la Fontaine (1621-1695), que en sus famosas *Fábulas* pagó el homenaje de la reminiscencia y la cita a las *Epístolas* de Horacio, aunque no sabemos que escribiera epístolas, y menos horacianas[49]. Mucho después compondría Voltaire (1694-1778), escritor profundamente impregnado de Horacio, no una epístola horaciana, sino una dirigida a Horacio mismo, la 114, de nada menos que 192 versos. En ella considera al poeta como un dios de la tolerancia, y por ello lo invoca diciéndole: «Toi qui vois d'un même oeil frère Ignace et Calvin...», lo que no le impedía considerar su *Arte Poética* como inferior a la de Boileau. Voltaire divaga luego sobre toda suerte de asuntos, tanto o más que morales, *de conducta*, y en especial sobre la que el hombre de letras debe seguir con el amigo poderoso; y confronta la posición de Horacio ante Augusto con la que él había tenido ante su protector Federico II de Prusia[50] (*cf.* F. CALDARI BEVILACQUA, *EO* III: 516 s.). En fin, nuestra reseña de la epístola en Francia poco tiene que decir de los tiempos posteriores. Como un epígono re-

[49] Dicho quede en relación con la cita de C. Guillén referida en la nota precedente, en la cual también se habla de La Fontaine en el contexto de la sátira horaciana.

[50] Ello no le impidió hacer un pequeño *ajuste de cuentas* con el rey prusiano, que lo había sentado a su mesa, pero que también le había jugado algunas *malas pasadas* y bromas pesadas, sin duda destinadas *a ponerlo en su sitio*. De ellas recordamos que hay un sabroso relato en un texto del historiador inglés Macaulay que en estos momentos no podemos recuperar.

zagado de su tradición se nos aparece el gran crítico Ch.-A. de Sainte Beuve (1804-1869), que escribió una *Epístola a Patin*, su maestro y amigo, sobre estética clásica (*cf.* J. Marmier, *EO* III: 460 s.).

En Inglaterra la suerte moderna de las *Epístolas* no fue tan próspera como la de las *Sátiras*, aunque, como era de esperar, fue paralela a ella. A su respecto cabe mencionar en primer lugar al poeta, dramaturgo y crítico J. Dryden (1631-1770), autor de epístolas aunque, aunque no de clara condición horaciana (*cf.* N. Rudd, *EO* III: 560; H. D. Jocelyn, *ibid.*: 202). Jonathan Swift (1667-1745) imitó y parodió varias de las la *Epístolas* (*cf.* E. Barisone, *EO* III: 480). Algo similar hizo el maestro de la sátira inglesa, A. Pope (1688-1744), en sus póstumas *Imitations of Horace*, entre las que se contienen seis epístolas horacianas (*cf.* E. Barisone, *EO* III: 444 s.).

En los Estados Unidos procede recordar que W. Ellery, signatario de la Declaración de Independencia, se entretenía, ya nonagenario, traduciendo las *Epístolas*, con un entusiasmo por Horacio que no le impedía desaconsejarlo a su nieto «por sus obscenidades». Un siglo después, el original J. Lowell (1819-1891), precursor de los malabarismos verbales de James Joyce y horaciano probado, escribió *A familiar Epistle to a Friend* en la que parafrasea el precepto horaciano de dejar reposar lo escrito durante nueve años. Y, en fin, Robert Frost (1874-1963), el poeta de New Hampshire con cuya amistad se honró el presidente J. F. Kennedy, escribió un *Never show surprise* que sin duda está inspirado por el horaciano *Nil admirari* de la epístola I 6 (*cf.* A. Mariani, *EO* III: 605 ss.).

Tampoco en Alemania tuvieron las *Epístolas* una pervivencia específica muy abundante[51]. Una primera contribución a se-

[51] Sobre el horacianismo alemán remitimos de nuevo a los artículos de E. Schäffer y L. Quattrocchi, *s. u.* «Germania» en *EO* III: 551 ss.

ñalar es la del gran horaciano Ch. M. Wieland (1733-1813), autor de una famosa traducción de las mismas, que consideraba inspiradas por las propias gracias (*cf.* G. CHIARINI, *EO* III: 519). Por su parte, A. von Platten Hallermünde (1796-1835), polemizó con Wieland sobre el metro de esa traducción e incluso escribió una epístola a un amigo, al parecer horaciana, en que muestra su veneración por el poeta (*cf.* QUATTROCCHI, *EO* III: 431). En fin, ya en tiempos cercanos a nosotros, el dramaturgo B. Brecht, «toma prestada de Horacio la forma epistolar» para varios de sus manifiestos poéticos, entre ellos uno que subtitula *Libro Segundo de las Epístolas de Horacio, Epístola primera* (*cf.* QUATTROCCHI, *EO* III: 141 s., 558).

En fin, el atento lector habrá podido observar en cuántas ocasiones, al tratar de la fortuna póstuma de Horacio, hemos aprovechado y hasta *explotado* la obra de Menéndez Pelayo (lo que, por cierto, seguiremos haciendo hasta el término de este volumen). Pero hay que decir que al llegar a este punto don Marcelino no sólo nos contó la historia, sino que se hizo parte de ella. Nos referimos a la «Epístola a Horacio» que puso como Introducción a su *Horacio en España.* Es un largo poema —nada menos que 241 hendecasílabos— que rezuma cultura clásica y admiración y afecto al *liberto venusino.* Todos sabemos, desde luego, que la creación poética no fue el fuerte del «ilustre polígrafo montañés»; pero nosotros entendemos que en este caso su musa, tal vez en alas del amor a los clásicos, voló más alto de lo habitual, inspirándole la que nos atreveríamos a calificar de muestra ejemplar de la *epístola horaciana* en España:

Yo guardo con amor un libro viejo,
de mal papel y tipos revesados,
vestido de rugoso pergamino;
en sus hojas doquier, por vario modo,
de diez generaciones escolares,

a la censoria férula sujetas,
vese la dura huella señalada.

Y al final concluye:

¡Adiós, adiós, liberto venusino!
En vano el Septentrión hordas salvajes
de nuevo lanzará: sobre el estrago
triunfante se ha de alzar el libro viejo,
de mal papel e innúmeras erratas,
que con amor en mis estantes guardo.

Ciertamente, no es desde el norte desde donde parecen amenazarnos hoy las *hordas* de las que recelaba don Marcelino; y desde luego, no las que amenazan a cuanto Horacio representa (y quién sabe si no están ya dentro). Pero él nos avisó con tiempo de lo mucho que podríamos perder con él y por ello merece nuestro recuerdo agradecido.

Bibliografía[52]

Bibliografías

K. Büchner, *Horaz, Bericht über das Schriftum der Jahre 1921-1936*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1969².

E. Burck, «Nachwort un bibliographische Nachträge» a Kiessling-Heinze (véase *infra Comentarios*): 381-442.

E. Doblhofer, *Horaz in der Forschung nach 1957*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1992.

W. Kissel, «Horaz 1936-1975: Eine Gesamtbibliographie», en *ANRW*[53] II.31.3 (1981): 1403-1558.

W. Kissel, «Horazbibliographie 1976-1991», en S. Koster (ed.), *Horaz-Studien, Erlanger Forschungen*, Reihe A, Bd. 66 (1994): 115-192.

O. A. W. Dilke: véase *infra*: *Estudios* (bibliografía muy completa sobre *Epístolas* desde 1950 hasta su fecha en 1857-1865).

J. L. Moralejo, *Horacio, Odas, Canto Secular, Epodos*, Madrid, Gredos, 2007 (Bibliografía: 114-120).

F. Sbordone, véase *infra*: *Estudios sobre las Epístolas*.

---

52 Remitimos a la bibliografía que ofrecíamos en nuestra Introducción general al autor, en Moralejo, 2007: 114 ss., de la que aquí sólo reiteraremos aquella que, por su frecuente uso, conviene recordar ahora al lector.

53 H. Temporini-H. Haase (eds.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*. Berlín-Nueva York, W. De Gruyter.

W. STROH, página *web www.klassphil.uni-muenchen.de/%7Es-troh/ BibHor02.htm*

G. WHITAKER, *A Bibliographical Guide to Classical Studies* 3: *Literatur: Gaius-Pindaros*, Olms-Weidmann, Hildesheim-Zürich-Nueva York, 2000 (para las *Epístolas*: 185 s.).

Enciclopedias

CH: ST. HARRISON (ed.), *The Cambridge Companion to Horace*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

EO: SC. MARIOTTI (dir.), *Orazio, Enciclopedia Oraziana*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, vols. I-III (1996, 1997, 1998).

Ediciones

D. R. SH. BAILEY, *Horatius, Opera ed...*, Stuttgart, B. G. Teubner, 1995[3].

D. BO, *Q. Horati Flacci Opera, vol. II: Sermonum libri II, Epistularum libri II, De Arte Poetica Liber rec...*, Turín, Paravia, 1959 (continuación de la iniciada por M. LECHANTIN DE GUBERNATIS con la de *Odas* y *Epodos* en 1945).

ST. BORZSÁK, *Horatius, Opera ed...* Leipzig, Teubner, 1984.

C. O. BRINK, *Horace on Poetry III: The letters to Augustus and Florus*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.

P. FEDELI, *Q. Orazio Flacco, Le Opere II, tomo 3: Epistole, l' Arte Poetica: Testo critico e commento di..., trad di.* C. CARENA, Roma, Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, 1997.

Fr. KLINGNER, *Horatius, Opera ed...* Leipzig, B. G. Teubner, 1982[6].

F. VILLENEUVE, *Horace, Epîtres, Art Poétique, texte établi et*

traduit par..., París, Les Belles Lettres, 1934 (7.ª reimpr., 1978).

R. MAYER, *Horace, Epistles, Book I*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

F. NAVARRO ANTOLÍN, *Quinto Horacio Flaco, Epístolas, Arte Poética*, ed. crítica, trad y notas de..., Madrid, C. S. I. C. (*Alma Mater*), 2002[54].

N. RUDD, *Horace, Epistles, Book II and Epistle to the Pisones ('Ars Poetica')*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

Comentarios

C. O. BRINK, véase *supra: Ediciones*[55].

P. FEDELI, *Quinto Orazio Flacco, Le Opere II, tomo 4: Le Epistole, L'Arte Poetica, Comm. di...*, Roma Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, 1997.

A. KIESSLING-R. HEINZE, *Q. Horatius Flaccus, Briefe, erkl. von A. K., sieb. Aufl., bearb. von R. H. (Nachw. von E. Burck)*, Berlín, Weidmann, 1961.

R. S. KILPATRICK, *The Poetry of Friendship: Horace, Epistles I*, Edmonton, University of Alberta Press, 1986.

R. S. KILPATRICK, *The Poetry of Criticism, Epistles II and Ars Poetica*, Edmonton, University of Alberta Press, 1990.

R. MAYER, *véase supra: Ediciones.*

F. NAVARRO ANTOLÍN, véase *supra: Ediciones.*

N. RUDD, véase *supra: Ediciones.*

[54] Que sepamos, la primera edición crítica de una obra de Horacio publicada en España.

[55] Huelga decir que el de BRINK, realmente monumental, es el mejor comentario jamás publicado sobre las epístolas literarias de Horacio.

Traducciones

C. CARENA, véase *supra* ed. FEDELI.

E. GARCÍA GÓMEZ, véase *supra: Sátiras, Ediciones.*

T. HERRERA ZAPIÉN, *Quinto Horacio Flaco, Epístolas, Libros I-II, Estudio introductoria, versión latinizante y notas de...*, México, Universidad Autónoma de México (*Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*), 1986.

E. MANDRUZZATO, *Epistole*, en *EO* I: 163-196.

C. MACLEOD, *Horace, The Epistles, Translated into English Verse with Brief Comment*, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1986.

F. NAVARRO ANTOLÍN, véase *supra*: *Ediciones.*

LL. RIBER, en Q. *Horaci Flac, Sàtires i Epístolas, text rev. per* I. Ribas, *trad. de...*, Barcelona, Fundació Bernat Metge, 1927.

H. SILVESTRE LANDROVE, *Horacio, Sátiras, Epístolas, Arte Poética*, Madrid. Ed. Cátedra (Letras Universales), 1996.

F. VILLENEUVE, véase *supra*: *Ediciones.*

Estudios sobre las Epístolas *y otros de interés*[56]

A A. V V., *Biografías Literarias Latinas*, Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos n.º 81), 1985.

C. BECKER, *Das Spätwerk des Horaz*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1963.

C. O. BRINK, *Horace on Poetry I: Prolegomena to the Literary Epistles*, Cambridge, Cambridge University Press, 1963.

C. O BRINK, *Horace on Poetry III*: véase *supra*: *Ediciones.*

C. O. BRINK, *Horace on Poetry II: The 'Ars Poetica'*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971.

[56] Véanse también los varios artículos de la *EO* citados en nuestro texto.

E. BURCK, véase *supra*: *Bibliografías*.

E. COURBAUD, *Horace, sa vie et sa pensée à l'époque des Epîtres, Étude sur le premier livre*, París, Hachette, 1914 (reimpr. Hildesheim-Nueva York, Olms, 1973).

O. A. W. DILKE, «Horace and the Verse Letter», en C. D. N. COSTA (ed.), *Horace*, Londres-Boston, 1973: 94-112.

O. A. W. DILKE, «The interpretation of Horace's Epistles», en *ANRW* II.31.3 (1981): 1837-1865.

R. FERRI, «The *Epistles*», en *CH* (*vid. supra*): 121-131.

E. FRAENKEL, *Horace*, Oxford, Clarendon Press, 1957.

R. HEINZE, *Horazens Buch der Briefe*, en *Vom Geist des Römertums* (ed. E. BURCK), Darmstadt, Wissenschaftiche, Buchgesellschaft, 1972[4] (reimpr. de la edición original de 1919): 295-307.

J.-J. ISO, «Más sobre la Epístola a Augusto: Problemas de estructura e historia literaria», en E. SUÁREZ DE LA TORRE (ed.), *Teoría y Práctica de la Composición Poética en el Mundo Antiguo y su Pervivencia*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2007: 281-297.

W. KROLL, *Studien zum Verständnis der römischen Literatur*, Stuttgart, Metzler, 1924.

M. J. MCGANN, *Studies in Horace's First Book of Epistles*, Bruselas, Latomus, 1969.

J. L. MORALEJO, *Horacio, Odas,Canto Secular, Epodos*, Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos n.º 360), 2007.

F. SBORDONE, « La poetica oraziana alla luce degli studi più recenti», en *ANRW* II. 31.3 (1981): 1866-1919.

Forma, composición y estructura

L. HERRMANN, «L'ordre du livre I des Epîtres d'Horace», *Latomus* 28 (1969): 372-377.

G. MAURACH, «Der Grundriss von Horazens erstem Epitelbuch», *Acta Classica* 11 (1968): 73-122.

C. STÉGEN, *Essai sur la composition de cinq Epîtres d'Horace (I 1, 2, 3, 11, 15)*, Namur, Wesmael-Charlier, 1960.

C. STÉGEN, *L'unité et la clarté des Epîtres d'Horace; étude sur sept pièces du premier livre (4, 6, 7, 9, 13, 14, 16)*, Namur, Wesmael-Charlier, 1963.

Lengua y estilo

D. BO, *Q. Horati Flacci Opera, vol. III: De Horati poetico Eloquio, INDICES... (Epistularum eloquium:* XXVIII-XXX).

G. BONFANTE, «Los elementos populares en la lengua de Horacio», I, II y III *Emerita* 4 (1936a): 86-119; 4 (1936b): 207-247; 5 (1937): 17-88 (reed. en traducción italiana en *La lingua parlata in Orazio*, pref. de N. HORSFALL, trad. de M. VAQUERO, Venosa, Edizioni Osanna, 1994).

G. BRUNORI, *La lingua d'Orazio*, Florencia, Valecchi, 1930.

P. WILKINSON, «The Language of Virgil and Horace», *Class. Quart.* 53 (1959): 181-192.

Pervivencia

AA. VV., *Orazio nella Letteratura Mondiale*, Roma, Istituto di Studi Romani, 1936.

V. CRISTÓBAL, «Pervivencia de autores latinos en la literatura española: Una aproximación bibliográfica», *Tempus* 26 (2000): 7-86 (para Horacio: 35-41).

G. HIGHET, *The Classical Tradition: Greek and Roman Influences on Western Literature*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 1985.

M. R. LIDA DE MALKIEL, *La Tradición Clásica en España*, Barcelona, Ariel, 1975.

B. LÓPEZ BUENO (ed.), *La epístola (Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro...)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000.

J. MARMIER (ed.), *Présence d'Horace*, Tours, Centre de Recherches A. Piganiol, 1988.

J. MARMIER, *Horace en France, au dix-septième siècle*, París, Presses Universitaires de France, 1962.

F. NAVARRO ANTOLÍN, «Fortuna Literaria», en NAVARRO ANTOLÍN (véase *supra*: *Ediciones*): XLII-XLIX.

M. MENÉNDEZ PELAYO, *Horacio en España* (1985), reed. en *Bibliografía Hispano-Latina Clásica* VI, Santander, C. S. I. C., 1951, por la que aquí citamos.

J. MAROUZEAU, «Horace dans la littérature française», *Rev. Étud. Lat.* 13 (1935): 274-295.

B. POZUELO CALERO, «De la sátira epistolar y la carta en verso latinas a la epístola moral vernácula», en LÓPEZ BUENO (ed.), véase *supra*: 61-99.

E. STEMPLINGER, *Horaz im Urteil der Jahrhunderten*, Leipzig, Dieterich, 1921.

LIBRO I

1

La primera epístola es *semi-programática*. En efecto, Horacio aborda en ella el cambio de actitud que lo ha llevado a dejar las frivolidades poéticas para dedicarse a temas más serios; pero de ellos sólo cita los de filosofía moral, en un típico *protréptico*, omitiendo los *poetológicos*, destinados a cobrar importancia creciente en la colección. Para empezar, el poeta invoca a Mecenas. El amigo, al parecer, había intentado recuperarlo para la lírica; pero Horacio en su *recusatio* le dice que ya no es el que era: aparte de que han pasado los años —como para el gladiador veterano o el caballo que va para viejo—, ha decidido dedicarse por entero a la reflexión moral, acopiando preceptos que le ayuden a vivir mejor (1-12). Lo ha hecho sin adscribirse a escuela alguna, adoptando ya actitudes estoicas, ya las del hedonista Aristipo (13-19). Por lo demás, reconoce que aún no ha abrazado una *vida filosófica* con todas sus consecuencias: es todavía un principiante; pero el no haber alcanzado lo más no significa que deba menospreciarse lo menos (20-32). Hay remedio para todas las enfermedades del alma: avaricia, vanidad, envidia, pereza..., con tal de que se esté dispuesto a escuchar los buenos consejos (33-40). Partiendo de que la virtud empieza por evitar el vicio y la sabiduría por no ser necio, ¿no habrá que poner en curarse los vicios el mismo interés que en evitar los que se estiman grandes fracasos? Además, el éxito está garantizado (41-51). La virtud vale más que el oro, pero todos corren tras la riqueza, porque en ella se basa la estimación social. Sin embargo, y como dice la cantinela infantil, el mejor hombre es el más justo (52-60). La regla de oro es

tener la conciencia tranquila y no tener que avergonzarse de nada. Mejor es lo que cantan los niños, y cantaban los viejos romanos, que el sistema que clasifica a los ciudadanos por su renta; mejor que el consejo de quien anima a hacerse rico como sea es el de quien ayuda a ser un hombre libre y firme ante la desgracia (60-69). Horacio no comparte los valores del común de los romanos, al que teme como la zorra al león enfermo (69-75). En efecto, cada cual va a lo suyo: especuladores, cazadores de herencias... Y además la inconstancia es un mal general: el hombre rico construye aquí y mañana allá; ora alaba una cosa, ora la contraria; y el pobre no le va a la zaga: también, en cuanto puede, cambia continuamente de modo de vida (76-93). Si uno advierte un descuido en el porte o el vestido de un amigo, se ríe; sin embargo, cuando ve que lleva una vida contradictoria y desordenada, lo achaca a la común locura de la mayoría de los mortales y no le da importancia (94-105). En fin, sólo el sabio atesora todas las excelencias de la vida (106-108).

¿Tú, de quien habló mi primera camena[57] y también ha de hablar la postrera, Mecenas, a mí, que ya estoy más que visto y ya he recibido la espada de palo[58], pretendes meterme de nuevo en la antigua palestra? Ya no es la misma mi edad, no es el mismo mi ánimo. Vejanio[59], clavadas sus armas a la puerta del templo de Hércules, retirado se esconde en el campo, para no suplicar más al pueblo desde el borde de la arena[60]. Hay quien sin

---

[57] Recuérdese que es el nombre de las equivalentes itálicas de las musas. Aquí, con obvia metonimia, el poeta se refiere a su propia obra.

[58] Llamada *rudis*, que se entregaba a los gladiadores —seguramente no muchos— que llegaban a jubilarse por edad.

[59] Un gladiador famoso que, una vez retirado, había ofrendado sus armas en el templo de Hércules Fundanio, patrono de su gremio.

[60] Según comenta HEINZE, el gladiador que llevaba las de perder podía implorar del personaje que pagaba los juegos, arrojando su escudo y colocándose en el borde del ruedo, la *missio* o autorización para retirarse del combate, salvando así su vida; pero esa decisión solía depender de los caprichos del público

parar me repite al oído, que tengo bien limpio[61]: «Si tienes cordura, suelta a su tiempo al caballo que va para viejo, no sea que al cabo tropiece y eche los bofes moviendo a la risa»[62]. Y así, dejo ahora los versos y demás diversiones. Cuál es la verdad, qué es el bien: de eso me ocupo, sobre eso pregunto, y a eso me doy por entero[63]. Junto y dispongo reservas de donde más tarde echar mano. Y no me preguntes el guía o el lar[64] tras el que me protejo: sin jurar lealtad a maestro ninguno[65], a dondequiera que el tiempo me lleva, allí voy a parar como un huésped[66]. Unas veces me da por la acción y me sumerjo en las olas de los asuntos civiles, guardián y sirviente inflexible de la virtud ver-

asistente al bárbaro espectáculo, notorio punto negro de nuestra admirada civilización romana.

[61] Expresión coloquial para indicar que se atiende debidamente a lo que a uno le dicen. El que le habla al oído a Horacio podría ser un trasunto del espíritu divino que, según Sócrates (PLATÓN, *Apolog.* 31 c-d), lo inspiraba en su conducta; véase la nota de SILVESTRE, *ad loc.*

[62] El símil del caballo de carreras gastado por los años parece proceder del lírico griego Íbico (*fr.* 287 PAGE, *PMG*): hablando de Amor, dice el poeta «Le temo según viene, igual que un caballo sufridor del yugo que compite en los Juegos, a la vejez mal de su grado con el carro veloz entra en la carrera» (trad. de F. R. ADRADOS en el vol. 31 de esta B. C. G.: 240). Veo en NAVARRO ANTOLÍN, *ad loc.*, que cita a Waters, que el tema reaparece en ENNIO (*fr.* 374 VAHLEN = 522 SKUTSCH): «como el fuerte caballo, que varias veces en la última vuelta venció en Olimpia, y ahora descansa agotado por la vejez» (trad. de J. MARTOS, en el vol. 352 de esta B. C. G. : 256). La expresión *ilia ducere* que Horacio emplea se refiere literalmente al penoso movimiento de las ijadas que el viejo caballo hace en sus resuellos.

[63] Declaración de principios de la nueva actitud que, como decíamos, llevó a Horacio a la composición de sus *Epístolas*, abandonando las frivolidades de la lírica.

[64] El lar, como se sabe, era el dios protector de toda casa romana. Horacio, evidentemente, refiere el término a las escuelas filosóficas disponibles.

[65] El poeta se sirve de una metáfora tomada de la vida militar.

[66] Es decir, con intención de no echar raíces en escuela alguna.

dadera[67]; otras, me dejo ir de nuevo a hurtadillas a lo que Aristipo[68] enseñó, y procuro someter las cosas a mí y no someterme a las cosas.

Al igual que a los que engaña su amiga les parece larga la noche, y largo el día al que tiene que hacer un trabajo, y tardo se le hace el año a los menores agobiados por la dura custodia materna[69], así para mí fluyen lentos e ingratos los tiempos que aplazan la esperanza y designio de hacer, y a conciencia, lo que igual aprovecha a pobres y a ricos, y cuyo descuido hará el mismo daño a niños y a viejos. Me queda guiarme y consolarme a mí mismo con tales doctrinas. No podrás con tu ojo alcanzar cuanto alcanzaba Linceo[70]; mas no por ello, si tienes pitañosos los ojos[71], te negarás a que te den un colirio; y si no esperas tener unos miembros como los del invicto Glicón[72], no por ello dejarás de ahuyentar de tu cuerpo la artrosis nudosa[73]. Se puede avanzar cierto trecho si no se nos deja ir más lejos. De avaricia se inflama tu pecho, y de ambición miserable: hay palabras y ensalmos[74] con las que puedes calmar tu dolor y librarte del mal en gran parte. De afán de gloria revientas: conjuros hay que no

[67] La actitud estoica, comprometida con la política.

[68] Aristipo, tal vez discípulo directo de Sócrates, fue el fundador de la *escuela cirenaica*, que propugnaba el puro y simple hedonismo. La máxima que sigue es adaptación de una de las que desde antiguo se le atribuyen, en relación con sus amoríos con una cortesana: «poseo pero no soy poseído» (Diógenes Laercio II 75).

[69] Hasta los 14 años los niños huérfanos de padre quedaban bajo la custodia materna. Luego se les designaba un tutor.

[70] El mítico ejemplo de agudeza visual ya citado en *Sát.* I 2, 90.

[71] Recuérdese que Horacio padecía de una oftalmia crónica; *cf. Sát.* I 1, 120; 3, 25; 5, 30.

[72] Famoso púgil griego de la época.

[73] La *nodosa cheragra*, que agarrota e hincha las articulaciones de los dedos, dándoles la apariencia de nudos.

[74] El poeta recurre a metáforas de la medicina, aunque más bien popular.

fallan, y curarte podrán si con espíritu puro lees el librillo tres veces[75]. Envidioso, iracundo, haragán, bebedor, mujeriego: ninguno tan fiero será que no pueda domarse, sólo con que a la enseñanza su oído paciente se abra.

La primera virtud es huir del vicio[76], y la sabiduría primera estar libre de la necedad. Los males que a ti se te antojan más grandes —fortuna menguada, vergonzoso fracaso en las urnas—, ya ves con qué esfuerzo de tu alma y persona procuras rehuirlos: mercader incansable, corres junto a los indios remotos[77], escapando de la pobreza por mar, por peñas y fuegos. Y para que ya no te importe lo que neciamente admiras y ansías, ¿no quieres oír y aprender, y fiarte de quien es más sabio? ¿Qué púgil de los que andan por pueblos y encrucijadas rehusará las grandes coronas de Olimpia[78], si tiene esperanza e incluso promesa de alcanzar la palma deseada y sin cubrirse de polvo?

Menos que el oro vale la plata, menos que las virtudes el oro[79]. «Conciudadanos, conciudadanos, ante todo se ha de buscar la riqueza; la virtud, después de los cuartos.» Ésta es la doctrina del pasaje de Jano[80], y de uno a otro extremo; ese dictado repiten los mozos y viejos [con su estuche y tablillas del brazo izquierdo colgados][81]. Tienes cabeza y carácter, elocuencia y

---

[75] Horacio seguramente juega con la ambigüedad del término, que tanto podía aplicarse a los manuales de fórmulas mágico-religiosas como a los libros filosóficos.

[76] Para el origen epicúreo de esta máxima véase NAVARRO ANTOLÍN, *ad loc.*

[77] La India era, por antonomasia, lugar de procedencia de ricas mercancías.

[78] Naturalmente, las que se daban a los vencedores en sus famosos juegos. También era atributo de la victoria la palma luego citada.

[79] La máxima parece derivar de PLATÓN, *Leyes* V 728a: «el oro no vale lo que la virtud».

[80] El pasaje de Jano, donde estaba el equivalente de nuestra bolsa de valores, ya citado en *Sát.* II 3, 18 s.

[81] Se suele considerar como interpolado este verso, que repite *Sát.* I 6, 74.

palabra, mas te faltan seis..., siete mil para los cuatrocientos[82]: plebe serás. En cambio, dicen los niños jugando: «Rey serás si bien haces»[83]. Sea éste un muro de bronce[84]: no tener cosa alguna sobre la conciencia, ni perder el color por culpa ninguna. Dime tú, por favor: ¿es mejor la ley Roscia[85], o la cantinela infantil que brinda el reino a los que hacen el bien, la misma que los viriles Curios y Camilos[86] cantaron? ¿Quién te aconseja mejor: quien te dice que hagas dinero —dinero honrado si puedes, y si no, como sea, dinero— para escuchar más de cerca los lacrimosos poemas de Pupio[87], o quien personalmente te anima y dispone a plantarle cara, libre y erguido, a la soberbia Fortuna?

Si me pregunta el pueblo romano por qué, al igual que sus pórticos[88], no comparto sus mismos criterios, y no sigo o rehúyo lo que él aprecia o aborrece, le repetiría lo que una vez al león enfermo le respondió la cauta vulpeja: «Es que me asustan

[82] Los 400.000 sestercios que formaban el patrimonio mínimo exigido a los caballeros romanos.

[83] El comentario de Porfirión recoge entera y literalmente la cantinela: «Rey será el que bien haga; el que no lo haga no lo será».

[84] Es decir, un principio inalterable de conducta.

[85] La que en el año 67 a. C. había reservado para los caballeros romanos las catorce primeras filas del graderío del teatro. Delante de ellos, en la *orchestra* sólo se sentaban los senadores. Horacio, naturalmente, pone en oposición esa jerarquización censitaria o timocrática de la sociedad con el ideal de la que ponía la virtud por encima de todo.

[86] Famosos ejemplos de la vieja *uirtus* romana: el cónsul Manio Curio Dentato se había distinguido a principios del s. III a. C. en las guerras contra Pirro, rey del Epiro, y contra los samnitas; el dictador Marco Furio Camilo, cien años antes, había sido considerado como el segundo fundador de Roma, tras la invasión de los galos; además, conquistó la ciudad etrusca de Veyos.

[87] Al parecer, autor de mediocres tragedias.

[88] Los muchos soportales que había en Roma para pasear en verano al resguardo del sol y en invierno al de la lluvia.

las huellas, que hacia ti miran todas, y ninguna hacia atrás»[89]. Eres bestia de muchas cabezas[90]: ¿qué postura o a quién seguiré? Hay gente afanada en lograr del estado contratas[91]; hay quienes dan caza a las viudas avaras con pastas y frutas, y tienden el lazo a los viejos, a fin de meterlos en sus viveros[92]; a muchos les medra la hacienda con solapadas usuras. Y pase que esté cada cual empeñado en sus cosas y gustos: ¿pero aguantan los mismos una hora en los mismos afanes? «Ninguna bahía en el mundo reluce más que Bayas[93] la amena»; si así dice el rico, le da que sentir al lago y al mar el amor del amo impaciente[94]. Mas si así se lo inspira su capricho extraviado, dirá: «Obreros, mañana llevaos la herramienta a Teano[95]». Hay un lecho nupcial en el atrio: él dice que nada supera ni nada es mejor que la vida del célibe; si no lo hay, jura que sólo a los casados les van bien las cosas. ¿Con qué nudo ataré a este Proteo[96] que cambia de cara? ¿Y el pobre, qué? Ríete: cambia de habitación y de cama, de baño y barbero; y se marea en un barco alquilado igual que el rico al que lleva su propia trirreme[97].

[89] Un viejo tema fabulístico que, según anota Silvestre, *ad loc.*, ya aparecía en Lucilio.

[90] La imagen parece remontar al estoico Aristón de Quíos, que había definido al pueblo como θηρίον, y en última instancia a Platón; véase la nota de Navarro Antolín.

[91] En concreto, las de recaudación de impuestos.

[92] Recurre el tema, tan horaciano, de los cazadores de testamentos (*cf. Sát.* II 5, 10 ss.). Los viveros mencionados son aquellos en los que los piscicultores guardaban el pescado capturado vivo.

[93] La famosa localidad veraniega al N. de la bahía de Nápoles.

[94] Clara alusión a la moda reinante de ganar terreno al mar para nuevas construcciones por medio de rellenos. En Bayas había una laguna litoral o albufera llamada lago Lucrino.

[95] El rico propietario cambia repentinamente de parecer y decide hacer obras en esa localidad del interior de la Campania.

[96] El dios marino que se metamorfoseaba continuamente.

[97] Una trirreme, por su gran tamaño, no estaba al alcance de cualquiera;

Si me presento con el pelo cortado por un peluquero que me ha hecho trasquilones, te ríes; si bajo mi túnica bien cepillada se ve una camisa raída, o si la toga me cuelga de un lado, te ríes; ¿y qué dices cuando mi pensamiento se hace fuerza a sí mismo, rechaza lo que antes quería, busca de nuevo lo que hace un momento dejó, va de aquí para allá sin seguir ningún orden de vida, derriba y construye, mudando en redondo lo que era cuadrado? Piensas que tengo la misma locura que todos y de mí no te ríes; y no crees que yo necesite de un médico o de un administrador que el pretor me designe[98]; y eso tú, que tanto te cuidas de mis intereses, y tanto te irritas si está mal cortada una uña del amigo que está pendiente de ti y que en ti tiene puestos sus ojos.

En resumen: el sabio sólo está por debajo de Júpiter[99]; es rico y es libre, y honrado y hermoso y, en fin, rey de reyes; y, sobre todo, está sano... a no ser que lo aqueje un catarro[100].

2

Horacio asume en esta epístola el papel de *director espiritual* de un joven noble romano, Máximo Lolio. Sin embargo, no toma pie en los filósofos morales, sino en el viejo Homero, en el que entiende que están debidamente expuestas las ideas fundamentales para saber gobernarse en la vida. En efecto, en los héroes de sus poemas se pueden

---

pero los grandes potentados sí se permitían tenerlas como embarcaciones de recreo.

[98] Eso se hacía en caso de las personas mentalmente enajenadas.

[99] Clásica máxima estoica.

[100] Horacio cierra la epístola con un irónico golpe de efecto, propiciado por la ambivalencia de *sanus*, que tanto puede significar «el que está en sus cabales» como «el que está sano». Con éste atempera la solemnidad de la máxima estoica precedente.

encontrar ejemplos de los vicios y virtudes capitales a tener en cuenta, y mejor expuestos que en los filósofos (1-26); y también a los que no son más que *numerus*, gente del montón, a la que él pretende dirigir sus preceptos, los retrata Homero a la perfección (27-31). Por de pronto, hay que tener para hacer el bien la misma diligencia que algunos ponen en hacer el mal. Hay que decidirse de una vez a cambiar de vida; quien se decide a hacerlo tiene hecha la mitad del camino, y de nada vale engañarse con excusas (32-43). La gente se afana en labrarse un patrimonio y en crear una familia; pero de poco le ha de servir la prosperidad si no remedia previamente las dolencias que aquejan su alma (44-54). No hay que dejarse seducir por el placer que a la larga cuesta disgustos, ni darse a la ambición, a la envidia, y a la ira (55-63). La hora de aprender es la de la juventud: la que deja el sedimento duradero (64-70). Pero Horacio avanza a su propio paso, sin esperar a los que se quedan atrás ni acosar a los que lo preceden (70-71).

Mientras tú, Máximo Lolio[101], declamabas en Roma, yo he releído en Preneste[102] al poeta de la guerra troyana[103]; y lo que es decente y lo que es deshonroso, y lo que es útil y lo que no lo es, lo dice con más claridad y mejor que Crisipo y que Crántor[104]. Escucha por qué así lo creo, si tu atención no la reclama otro asunto.

La fábula que cuenta cómo, por los amores de Paris, Grecia se enfrentó a la barbarie en un duelo tan largo, recoge las ven-

[101] Al parecer, el mismo Máximo Lolio al que se dirige la *Epístola* I 18. Era todavía un muchacho, seguramente hijo del Lolio al que Horacio dedicó la *Oda* IV 9 (véase nuestra nota a su v. 33). Por entonces las *declamaciones* ya eran un ejercicio habitual para los aprendices de oradores y en el caso de los de familias ilustres tenían su vertiente *mondaine*, como tantas de las actuales conferencias.

[102] La actual Palestrina.

[103] Obviamente, Homero.

[104] Dos ilustres filósofos griegos: Crisipo de Solos (en Cilicia, c. 280-207 a. C.) sucedió a Cleantes en la dirección de la Estoa; Crántor, también de Solos (c. 335-235 a. C.) había sido académico.

toleras de reyes y pueblos estúpidos. Propone Antenor[105] acabar con la razón de la guerra; ¿y qué dice Paris?: que no se lo puede obligar a reinar en paz y a vivir felizmente. Corre Néstor a arreglar las querellas entre Pelida y Atrida[106]; al uno lo inflama el amor, y a los dos a un tiempo la ira. Siempre que desvarían sus reyes, son los aqueos[107] los que se llevan el golpe. De sedición, de engaños y crímenes, de concupiscencia y de ira, mucho se peca dentro de Ilión y fuera de ella. En cambio, de lo que puede el valor y la sabiduría, nos propuso Homero un buen ejemplo: al prudente Ulises[108], que tras dominar a Troya fue a ver las ciudades y las costumbres de muchos pueblos, y sufrió en el ancho mar mil fatigas, por lograr el regreso para sí y para sus camaradas, sin hundirse en las olas de la adversidad. Lo del canto de las sirenas y lo de las copas de Circe[109] lo sabes: si, necio y ansioso, igual que sus compañeros, se las hubiera bebido, habría quedado a merced de aquella ramera, deforme y embrutecido, llevando una vida de perro asqueroso, o de cerdo que se refocila en el fango. Nosotros somos del montón, nacidos para vivir de la tierra; zánganos que rondan a Penélope[110], juventud

---

[105] Antenor, que a la postre sería el ancestro de Padua, como Eneas de Roma, propuso a los troyanos devolver a Helena a su marido Menelao (HOM., *Il.* VII 438 ss.).

[106] Se trata, obviamente, de Aquiles y Agamenón, enfrentados por la posesión de la esclava Briseida, causa de la famosa cólera del primero. El venerable Néstor medió para poner fin a la querella (*cf.* HOM., *Il.* I 254 ss.).

[107] Gentilicio que, junto con el de «dánaos» emplea habitualmente Homero para referirse al conjunto de los griegos que combatieron en Troya.

[108] Ulises, según se sabe, y frente a *héroes elementales* como Aquiles, representaba el modelo del hombre ingenioso y dotado para salir con bien de todos los aprietos.

[109] Alusión a dos conocidas aventuras narradas en la *Odisea* (XII 39 ss.; 154 ss. y X 133 ss.). Sobre esos seres míticos véanse nuestras notas a *Sát.* II 3, 14 y a *Od.* I 17, 20.

[110] Obviamente, la fiel esposa de Ulises, que esperaba su vuelta a casa.

de Alcínoo[111], ocupada más de la cuenta en cuidarse el pellejo, para quienes estaba muy bien dormir hasta el mediodía y hacer venir al son de la cítara el sueño atrasado.

Para degollar a un hombre los bandoleros se levantan de noche; ¿no te despiertas tú para salvarte a ti mismo? En todo caso tendrás que correr; si no quieres hacerlo cuando estés sano, lo harás cargando con tu hidropesía[112]. Y si antes de que se haga de día no pides un libro y con él un candil; si no aplicas tu mente al estudio y a lo que vale la pena, la envidia o el amor te torturarán sin dejarte dormir. ¿Por qué te das tanta prisa en quitar lo que te hace daño en un ojo, y en cambio, si algo te come el alma, dejas la cura para el año que viene? El que ha empezado ya ha hecho la mitad del trabajo; ¡atrévete a ser sensato: empieza! Quien da largas al momento de ponerse a vivir como debe, hace lo que el paleto que esperaba a que el río pasara[113]; pero el río corre y correrá rodando por siempre.

Se busca el dinero, se busca una esposa fecunda para criar hijos, y con el arado se amansan bosques incultos; a quien le haya dado la suerte lo que es suficiente, nada más ambicione[114]. No hay casa ni finca, ni montón de bronce y de oro que expulsen del cuerpo de su amo las fiebres ni de su alma las cuitas. Conviene que el propietario tenga buena salud, si piensa disfrutar a su gusto de las riquezas logradas. Al que ansía o al que teme, de tanto le valen casa y riqueza como al cegato los cuadros, las cataplasmas al que sufre de gota, o las cítaras al que

---

111 Horacio emplea la expresión *numerus sumus*, y no solamente dando a entender el común de la gente, sino también, según creo, aludiendo a personas que en Homero sólo aparecen como grupo. Alcínoo era el rey de Feacia, donde Ulises recaló arrojado por las olas. Era una tierra de proverbial prosperidad y bienestar.

112 Enfermedad considerada como típica de los juerguistas y los indolentes.

113 Alusión a algún adagio o fábula que no conocemos.

114 Una vez más el precepto, tan horaciano, de contener la ambición.

está mal del oído porque se le ha acumulado el cerumen. Si el vaso no está bien limpio, se pica cuanto eches en él.

Desdeña los placeres, que el placer que con dolor se paga hace daño. El avaro siempre anda escaso; pon un límite firme a tus ambiciones. El envidioso adelgaza por el éxito ajeno; los tiranos de Sicilia[115] no hallaron tortura mayor que la envidia. Quien no controle la ira, deseará que no hubiera ocurrido lo que le aconsejó el rencor de su alma, al apresurar el castigo violento por su odio y su afán de venganza. La ira es una pasajera locura; domina tu ánimo, pues si no te obedece, te manda; sujétalo con frenos, sujétalo con cadenas. El domador enseña al caballo cuando su cerviz todavía está tierna a ir por donde el jinete le indica; el cachorro de caza, sólo después de ladrarle al pellejo de ciervo[116] en la perrera, milita en los montes. Ahora, cuando eres joven, empapa tu pecho puro de estas palabras; ponte ahora en las manos de los hombres más sabios. Los aromas de los que se impregnó siendo nueva, el ánfora los guardará largo tiempo. Y por si te quedas atrás o bien, lleno de afán, te adelantas, no aguardo yo al rezagado ni me echo encima de los que van por delante[117].

3

Horacio escribe a su amigo Julio Floro, que ha marchado con Tiberio a las provincias orientales, para saber qué es de él y de los varios otros amigos que forman parte del grupo. Le pregunta por sus actividades literarias, por las de Ticio, poeta pindárico, y las de Cel-

[115] Los de la Sicilia griega eran ejemplos antonomásicos de tiranos; entre ellos, Fálaris de Agrigento y Dionisio de Siracusa.

[116] Al parecer, se enseñaba a los perros de caza con tal artilugio.

[117] Con esta metáfora, tomada de las carreras del circo, Horacio remata su sermón afirmando a un tiempo su independencia y su respeto a los demás.

so, al que él ya había aconsejado que no se apegara en exceso a los modelos consagrados (1-20). Volviendo al propio Floro, el poeta quiere saber de su obra poética, y luego elogia también sus dotes como jurista; y lo exhorta a cultivar la vida filosófica (20-29). Para finalizar, le pregunta por sus relaciones con el común amigo Munacio Planco, con la promesa de sacrificar una ternera agradeciendo su regreso (30-36).

Julio Floro[118], inquieto estoy por saber en qué confín de la tierra guerrea Claudio, el hijastro de Augusto[119]. ¿Acaso os retienen la Tracia y el Hebro, sujeto a su cepo de nieve[120], o bien las olas que corren entre las torres vecinas[121], o los feraces llanos y las colinas de Asia[122]? ¿Qué clase de obras compone esa

[118] Jurista, orador y poeta amigo de Horacio, también destinatario de la más importante *Epístola* II 2. Por entonces formaba parte de la *cohors* («plana» o «estado mayor») de Tiberio, que se hallaba en tierras del Oriente.

[119] Se trata, naturalmente, del futuro emperador Tiberio, el hijo mayor de Livia, esposa de Augusto, que por entonces conservaba su nombre de Tiberio Claudio Nerón, pues sólo más tarde sería adoptado por el Príncipe.

[120] La Tracia, región proverbialmente fría, está hoy repartida entre el N.E. de Grecia y el S. de Bulgaria. La cruza de N. a S. el río Hebro, actual Maritza, que se abre camino entre las montañas del Ródope, nevadas y heladas en invierno. El autor de estas líneas, en una excursión de hace ya muchos años, y hecha en primavera, recuerda cómo hubo de ayudar, pala en mano, a retirar la nieve que obstruía la carretera paralela al río, por el que bajaban los témpanos resultantes de su deshielo.

[121] Alusión al estrecho del Helesponto (hoy Dardanelos), el primero de los que dan acceso desde el Egeo al mar Negro. Estaba flanqueado por las ciudades de Sesto y Abido, en cada una de las cuales había una torre o faro que orientaba a los navegantes. El estrecho quedó inmortalizado por la leyenda de Hero y Leandro, el valeroso amante que sucumbió en una de sus travesías a nado del mismo.

[122] Recuérdese que el término «Asia» se aplicaba en origen sólo a la zona N.O. de Anatolia. La provincia romana de ese nombre ya incluía, más o menos, el tercio occidental de la misma y las islas adyacentes.

cohorte[123] tan dada a las letras? También me intereso por eso. ¿Quién asume la empresa de escribir las gestas de Augusto? ¿Quién perpetúa sus guerras y paces por todos los siglos? ¿Qué hace Ticio[124], que pronto ha de andar en boca de los romanos por no haber temido beber en la fuente de Píndaro, osando desdeñar los lagos y ríos accesibles a todos[125]? ¿Cómo le va? ¿Se acuerda de mí? ¿Acaso se afana, con la inspiración de su musa, en ajustar los sones tebanos a las cuerdas latinas, o bien se encrespa y se hincha con el género trágico[126]? ¿Y qué hace mi Celso[127] querido? (ya está avisado, y habrá que avisarlo muchas más veces, de que se haga su propio caudal y evite tocar los escritos que Apolo Palatino[128] ha acogido; no sea que, si un día viene la grey de las aves a reclamarle sus plumas, la corneja mueva a la risa, despojada de sus colores robados[129]). Y tú, ¿en qué andas metido? ¿En torno a qué tomillos[130] vuelas con tu

---

[123] Como ya hemos dicho, la «plana mayor» o «estado mayor» que Tiberio llevaba consigo.

[124] Poeta no conocido por otras fuentes. Como se ve, era de los pocos que habían osado imitar en latín a Píndaro, empresa que Horacio había calificado de insensata en *Od.* IV 2, 1 ss. (véase nuestra nota *ad loc.*).

[125] La metáfora resultará fácilmente comprensible para quien recuerde que Horacio, en *Od.* IV 2, 5 ss. había descrito la poesía de Píndaro como un torrente que baja desbocado de la montaña.

[126] Los sones tebanos son, naturalmente, los versos de Píndaro. Del estilo trágico era típico un tono arrebatado y ampuloso.

[127] Al parecer, el Albinovano Celso, «compañero y secretario» de Tiberio, al que se dirige también la *Epístola* I 8.

[128] El sentido parece ser el de que Celso se había dedicado a imitar demasiado de cerca a los poetas ya consagrados, cuyas obras habían sido colocadas en las bibliotecas, una griega y otra latina, que Augusto había inaugurado en el 28 a. C. en su templo de Apolo del Palatino.

[129] Alusión a un tema que ya aparecía en las fábulas esópicas y también sería tratado en latín por Fedro (I 3): el de la corneja que se vistió con las plumas del pavo real.

[130] Al igual que la abeja. Horacio había comparado su creación poética a la

agilidad? No es escaso tu ingenio ni le falta cultivo ni las asperezas lo afean. Ya sea que aguces tu lengua para los pleitos, ya que te aprestes a dictaminar sobre el derecho de los ciudadanos, ya que compongas versos amables, te llevarás el primer premio de la hiedra[131] triunfal. Y si pudieras abandonar las cataplasmas frías[132] que pones a tus preocupaciones, irías a donde te llevara la sabiduría celeste[133]. A esa obra, a ese afán apliquémonos pequeños y grandes, si con nuestra vida queremos ganarnos el afecto de la patria y el nuestro propio.

También debes responderme a esto: si te ocupas de Munacio[134] en la medida que debes. ¿O acaso vuestra amistad, mal cosida, se rehace en vano y se rasga de nuevo, y os traen a mal traer el calor de la sangre o la inexperiencia, al uno y al otro, altivos e incapaces de doblar la cerviz[135]? Dondequiera que estéis vosotros, de quienes no es digno romper un pacto entre hermanos, ya se ceba aquí la ternera ofrecida en voto por vuestro regreso.

---

paciente y modesta labor del *apis Matina* en *Od.* IV 2, 27, en contraste con los altos vuelos de cisne propios de Píndaro.

[131] Como ya advertíamos en nuestra nota a *Od.* I 1, 29, la corona de hiedra, en principio ligada a los cultos báquicos, acabó por ser trofeo de los buenos poetas; pero aquí Horacio la hace extensiva a las actividades de abogado y jurisconsulto que Floro también desempeñaba.

[132] Al parecer, los *frigida fomenta* eran por entonces una novedad terapéutica; véase la nota de NAVARRO ANTOLÍN.

[133] También sigo a NAVARRO ANTOLÍN en que la sabiduría celeste de la que habla el poeta es la filosofía.

[134] Se cree que aquí reaparece el turbio personaje que fue Lucio Munacio Planco, debidamente despachado en nuestra nota a *Odas* I 7, 19.

[135] Parece claro que entre Floro y Munacio había alguna vieja rivalidad.

4

La epístola, según parece, está dirigida a Albio Tibulo, el conocido poeta elegíaco, al que pregunta si ya se ha decidido a entregarse a la filosofía (1-5). Pondera luego sus dotes personales y las que le ha deparado la suerte (6-11). En fin, lo invita a pensar en que la vida se nos va de entre las manos, y a que cuando quiera pasar un buen rato venga a ver a su amigo, bien nutrido por los preceptos de Epicuro (12-16).

Albio[136], juez bondadoso de mis charlas[137], ¿qué diré yo que haces ahora en la comarca Pedana[138]? ¿Escribir algo que supere a los librillos de Casio el de Parma[139], o bien arrastrarte en silencio por los saludables bosques, ocupado en cuanto es digno de un hombre sabio y bueno[140]?

No eras tú un cuerpo sin alma: los dioses te dieron hermosura y riqueza y el arte de gozarlas. ¿Qué más puede ansiar una nodriza para su adorado niño, si es capaz de pensar y de exponer su pensamiento; si la suerte le da, y sin tasa, amistades, fama y salud, y un buen pasar sin que la bolsa le falle?

En medio de las esperanzas y las cuitas, en medio de los temores y las iras, hazte a la idea de que para ti ha amanecido el día postrero: bienvenida será, cuando llegue por añadidura, la hora que no se esperaba[141].

---

136 Como decíamos, se admite generalmente que se trata del poeta elegíaco Albio Tibulo (c. 55-19 a. C.), al que Horacio ya había dedicado la *Oda* I 33 (véase nuestra nota *ad loc.*).

137 Horacio habla de sus *sermones*, sin duda sus *Sátiras*.

138 *Pedum* era una antigua localidad del Lacio, cuyo nombre sobrevivía en el de su comarca. Tibulo era de Gabios, no lejos de allí.

139 Uno de los *cesaricidas*, aunque no el más conocido Casio (Longino) que, al lado de Bruto, encabezó la conjura. Al parecer, el aquí nombrado cultivó, como Tibulo, la poesía elegíaca.

140 Horacio parece volver a su *protréptico* o exhortación a la filosofía.

141 De nuevo el tema del *carpe diem*.

Vendrás a visitarme cuando tengas ganas de reírte; a mí que estoy gordo y tengo bien cuidado el pellejo, como puerco que soy de la piara de Epicuro[142].

5

La epístola a Torcuato se mueve en el llano nivel de las relaciones amistosas. Es una *inuitatio ad cenam*, subgénero temático de larga tradición como, por ejemplo, y en el propio Horacio, las *Odas* I 20; III 8; III 29 y IV 12. El poeta pone por delante la discreta condición de su mobiliario, su pitanza y su bebida; pero eso es lo que hay (1-6). La casa, debidamente aseada, espera al huésped en la víspera del cumpleaños de Augusto, una buena ocasión para comer y beber con los amigos, sin la amenaza de tener que madrugar al día siguiente (7-11). Los bienes están para disfrutarlos; y ¿qué mayor disfrute que beber con los buenos amigos, olvidando las preocupaciones? (12-20). Horacio se ocupará personalmente de que en la cena esté todo a punto, de que los demás comensales sean gente afín y de confianza, y de que no sean demasiados (13-29). Torcuato, pues, debe decirle cuántos quiere que sean y dar de lado a otros compromisos (30-31).

Si cuando te invitan puedes echarte en divanes de los que hace Arquias[143], y no te da miedo cenar sólo verduras y en una escudilla modesta, a la puesta del sol te esperaré en mi casa, Torcuato[144]. Beberás un vino que se trasegó, cuando Tauro fue cónsul de nuevo[145],

---

142 Horacio emplea la *autoironía*: los epicúreos aparecían frecuentemente calificados de cerdos en las descripciones de sus adversarios.

143 Al parecer, un ebanista más bien modesto, que hacía triclinios de poco tamaño. Recuérdese que en ellos se recostaban los romanos para sus convites.

144 Tal vez el ilustre amigo al que Horacio ya había dedicado la *Oda* IV 7; véase A. Mastrocinque, *EO* I: 921 s.

145 Tito Estatilio Tauro fue cónsul por segunda vez en el año 26 a. C. El vino, pues, no era precisamente un *reserva*.

entre la pantanosa Minturnas y Petrino de Sinuesa[146]. Si tienes tú algo mejor, haz que lo traigan, o bien obedece a lo que yo mando. Ya hace tiempo que el fuego arde en mi hogar, y limpia en tu honor la vajilla reluce. Deja a un lado las esperanzas vanas, los líos de dinero y el pleito de Mosco[147]. Mañana, la fiesta del cumpleaños de César[148], nos permite dormir a placer; en amable tertulia podremos alargar impunemente la noche estival.

¿Para qué quiero yo la fortuna si no se me permite gozarla? El que ahorra y es demasiado austero pensando en el que ha de heredarle, ocupa un lugar cercano al demente. Me pondré a beber y a esparcir flores, y no me importará que por loco me tengan. ¿Qué sello no arranca[149] la bebida? Saca a la luz lo que estaba escondido, hace dar por ciertas las esperanzas, al cobarde lo empuja al combate, a las almas acongojadas les quita un peso de encima, y hace aprender ciertas artes. ¿Pues a quién no ha hecho elocuente la abundancia de copas?; ¿a quién no ha vuelto despreocupado, aun en medio de estrecha pobreza?

A mí mismo me encargo[150] —pues sé hacerlo y no lo hago

---

146 *Minturnae*, actual Minturno, en la desembocadura del Liris (actual Garigliano), en el confín del Lacio y Campania. Sinuesa, y su pago de Petrino, se hallaban muy cerca de ella.

147 Se trata, al parecer, de Volcacio Mosco, un griego de Pérgamo que fue profesor de retórica del propio Augusto. Fue culpado de envenenamiento y defendido por Asinio Polión y, al parecer, por el propio Torcuato; véase Fr. Bornmann, *EO* I: 816.

148 Naturalmente, de César Augusto, que se celebraba el 23 de setiembre, con el verano ya caduco. El carácter festivo de la fecha permitiría trasnochar a los comensales.

149 Adopto la interpretación de *dissignare* que en su comentario brinda Mayer, aunque sin decidirse por ella: el verbo se referiría primariamente a la acción de quitarle el sello o precinto a un ánfora de vino; más o menos, «descorchar». Está muy bien la traducción de Silvestre: «¿Qué no destapa la ebriedad?» Se reconocerá, al menos, que la exegesis no está fuera de contexto.

150 Es decir, los cuidados para que la cena sea un modelo de pulcritud.

a desgana— cuidar de todo esto: que ni un cobertor raído ni una servilleta sucia te hagan arrugar las narices; que la copa y el plato reflejen tu imagen como si fueran espejos; que entre los amigos dignos de confianza no haya quien lleve afuera lo que aquí se diga, de modo que uno se vea y se junte con sus iguales. Te traeré a Butra y Septicio[151]; y si una cena anterior y una moza a la que él prefiera no lo retienen, también a Sabino. Y aun queda sitio para algunos pegotes[152], pero el olor a cabra agobia a las cenas demasiado apretadas[153]. Tú contéstame cuántos quieres que seamos, y dejando tus ocupaciones, dale esquinazo por la puerta de atrás al cliente que está apostado en tu atrio[154].

6

Horacio advierte a Numicio que el perder la capacidad de asombro es una de las claves de la felicidad. Así hacen los sabios ante los fenómenos celestes y lo mismo hemos de hacer todos ante los bienes de la tierra (1-8). Tan malo es temer perder los que se tienen como ansiar los que no se tienen (9-14). Si incluso la virtud ha de buscarse con medida; ¿a qué viene ambicionar honores y riquezas que no nos han de librar de la muerte? (15-27). Esa enfermedad del alma requiere tratamiento, y no hay otro que la virtud. Pero si uno la considera como una mera palabra, sólo queda lanzarse a la búsqueda del dinero, que todo lo compra, hasta no saber cuánto se tiene (28-48); correr tras los honores y cargos adulando al pueblo (49-55); darse a la vida placentera,

[151] Al igual que el Sabino nombrado luego, parecen ser personajes desconocidos por otras fuentes.

[152] Horacio habla de *umbrae*, «sombras», como se llamaba a los encontradizos que se procuraban invitaciones al amparo de amigos ilustres.

[153] El del hedor caprino era un viejo tópico de la poesía antigua.

[154] Naturalmente, para pedirle algún favor. Recuérdese al respecto el sentido antiguo de «cliente»: el hombre del común que mantenía con un poderoso una relación de *vasallaje*/patrocinio.

al igual que los marineros de Ulises (49-64), o a los amoríos en que Mimnermo veía la sustancia de la vida (56-66). Si Numicio conoce una regla de conducta mejor ha de compartirla con su amigo; si no, debe seguir la que él le propone (67-68).

El no asombrarse de nada, Numicio,[155] es casi la única y la sola cosa que a uno puede hacerlo y mantenerlo feliz. Este sol, las estrellas y las estaciones que a plazo fijo se van, hay quienes los contemplan sin dejarse imbuir por miedo ninguno[156]. ¿Qué piensas de los dones que da la tierra, qué de los que da el mar, que enriquece a los árabes e indios remotos[157]; qué de los juegos, aplausos y dones del amigo quirite[158]? ¿De qué modo crees que hay que mirarlos, con qué sentimiento y qué cara? Quien teme lo contrario a todo esto, casi lo admira del mismo modo que el que lo ambiciona. En uno y en otro caso es el miedo el que pesa, cuando al uno y al otro lo aterra la imagen de lo inesperado. Que uno esté alegre o dolido, que ambicione o que tema, ¿qué más da, si cuando ve algo mejor o peor de lo que esperaba, baja los ojos y abotargados se quedan su cuerpo y su alma?

---

[155] No hay más noticias de este personaje. El ideal de *athaumastía*, «el no asombrarse por nada», al parecer de origen pitagórico, era compartido por varias escuelas filosóficas; véase NAVARRO ANTOLÍN, *ad loc.* Cabe añadir que, al menos como actitud intelectual, ese ideal choca con el principio aristotélico de que la investigación científica parte de un cierto *asombro*.

[156] Se alude, naturalmente, a la serenidad que el conocimiento de las causas de los procesos naturales infunde en el sabio, erradicando en él los *temores mágicos*. Recuérdese con qué brío Lucrecio, en su poema *De la naturaleza*, defiende la necesidad de ese conocimiento liberador.

[157] Horacio pasa ahora a la actitud a mantener ante las riquezas y las vanidades del mundo. Recuérdese que Arabia y la India eran tenidas por modelo de tierras ricas.

[158] Alusión a la popularidad que se ganaban quienes pagaban juegos públicos. El de quirites era apelativo colectivo de los ciudadanos romanos.

Llámese loco al sabio y al hombre justo injusto, si a la propia virtud la persiguen más allá de lo que es suficiente[159]. Ahora ve y contempla extasiado la plata y los mármoles viejos, los bronces y obras de arte; admira las piedras preciosas y la púrpura de Tiro[160]; goza de que mil ojos te miren cuando hablas; ve diligente por la mañana al Foro y al caer la tarde vuelve a tu casa, para que Muto[161] no coseche más grano en las tierras de su mujer —cosa indigna, no siendo él de tan buena familia —, ni seas tú quien a él lo admire, y no él a ti. Todo cuanto está bajo tierra el tiempo acabará por sacarlo a la luz; ha de enterrar y esconder todas las cosas que hoy brillan. Aunque cubierto de fama te hayan contemplado el pórtico de Agripa y la vía de Apio[162], lo que te espera es ir allá donde Numa y Anco acabaron[163].

Si una dolencia aguda te ataca el costado o bien los riñones, busca el modo de librarte del mal. Tú quieres vivir a derechas —¿quién no?—; pues si eso sólo con la virtud puede hacerse, ponte a ello con valentía, y deja los caprichos a un lado. Piensas que la virtud es una palabra[164] y leña un bosque sagrado[165]; en-

---

[159] Afirmación del principio del *justo medio* frente al radicalismo estoico: hasta en la búsqueda de la virtud se debe evitar el exceso.

[160] Una de las ciudades de Fenicia de donde venía la púrpura.

[161] Personaje desconocido.

[162] Marco Vipsanio Agripa, colega y luego yerno de Augusto, había inaugurado su pórtico en el Campo de Marte en el a. 25 a. C. Era un lugar de encuentro en pleno centro de la ciudad. La Vía Apia, bien conservada todavía en las inmediaciones de Roma, la unía, como se sabe, con la zona de veraneo de la Campania y con el S. de Italia.

[163] De nuevo el tema de la inexorable universalidad de la muerte, y formulado en términos parecidos a los de *Od.* IV 7, 17. Numa Pompilio y Anco Marcio eran dos de los legendarios reyes de Roma.

[164] La expresión, ya proverbial, aparece de forma muy similar en *Sát.* I 17, 41.

[165] El avariento, en efecto, sólo vería madera en un bosque consagrado por el culto.

tonces procura que otro no se te adelante a llegar a puerto, y pierdas tu negocio con Cíbira y con Bitinia[166]; que te salgan mil talentos[167] redondos, otros tantos después, tras ellos un tercer millar, y lo que falte para cuadrar el montón con cuatro. Pues ya se sabe que esposa con buena dote, crédito, amigos, linaje y belleza son dones de la reina Moneda[168]; y que al que está bien forrado de cuartos también Persuasión y Venus[169] lo adornan. El rey de los capadocios[170], al que le sobran esclavos, no anda muy bien de dinero; procura que a ti no te pase lo mismo. Según dicen, cuando se le preguntó a Luculo si podía proporcionar cien clámides para el teatro[171], dijo: «¿Tantas? ¿Cómo voy a poder? Pero voy a buscar y mandaré las que tenga». Poco después

[166] Dos destinos típicos de los marinos mercantes. Cíbira, en Frigia (N.O. del Asia Menor), exportaba mineral de hierro; de Bitinia, más al E., venían numerosos productos muy rentables; véase *Od.* I 35, 7 y III 7, 3.

[167] El talento era la máxima unidad de peso del sistema métrico griego. Parece que en la época imperial equivalía, por lo general, a algo más de 25 kg (*cf.* H. Chantraine, *Der Neue Pauly* 5, 502 s.). Era también la máxima unidad monetaria (aunque, obviamente, sin plasmación numismática). A su respecto es más difícil calcular valores. Parece ser que en la época de Nerón (unos 80 años después de los tiempos en que escribe Horacio) la dracma contenía, como el denario romano, unos 3,41 g de plata (*cf.* Chantraine, *ibid.* 2, 155 s.); y dado el talento valía 6.000 dracmas, el valor de éste sería por entonces el de algo más de 20 kg de dicho metal, actualmente unos 9.500 euros.

[168] Horacio habla de la *regina Pecunia*.

[169] *Suadela* (gr. Πειθώ) es la personificación de la elocuencia, el arte de persuadir. Obviamente, Venus aparece por metonimia por el éxito en amores.

[170] Capadocia era un reino vasallo situado en el centro del Asia Menor. Su economía era tan primitiva que sus reyes allegaban recursos vendiendo como esclavos a sus súbditos.

[171] Lucio Licinio Luculo (no *Lúculo*, como suele decirse y escribirse), se había distinguido en Asia Menor, en los años 70 y 60 a. C., en la guerra contra Mitridates, rey del Ponto; pero sobre todo se hizo famoso por sus riquezas y sus gustos exquisitos. La clámide era un manto griego, en general teñido de púrpura.

escribe que tiene en casa cinco mil clámides, y que se lleven parte e incluso la totalidad. Pobre casa es aquella en la que no hay muchas cosas de sobra, que se le escapan al amo y a los ladrones les son de provecho. Así, pues, si sólo la riqueza puede hacerlo y mantenerlo a uno feliz, sé tú el primero en ponerte a esa tarea, el último en abandonarla[172].

Si a uno lo hacen feliz la apariencia y prestigio, comprémonos un siervo que nos vaya dictando los nombres, que nos taladre a codazos el costado izquierdo, y nos obligue a tender la diestra a la acera de enfrente[173]: «Éste puede mucho en la tribu Fabia, y en la Velina[174] aquel otro. Éste le dará los fasces a quien le parezca y, sin contemplaciones, a quien le plazca le quitará el marfil de la silla curul[175]». Añade aquello de «padre» y «hermano»[176], y, según la edad que cada cual tenga, adóptalo con toda la simpatía.

Si quien bien cena bien vive, vamos ya, pues está amane-

---

[172] Es obvia la ironía de Horacio.

[173] El poeta se refiere al *nomenclator*, el esclavo de confianza que acompañaba por las calles al amo para advertirle de la presencia y del nombre de aquellos a quienes debía saludar. Lo haría con un golpe de codo, aquí exagerado. Traduzco por «al otro lado de la calle» la expresión *trans pondera*, pues como bastantes otros creo que se refiere a los mojones que en las esquinas facilitaban a los peatones el cruce de las calles, dado que las aceras estaban bastante más altas que la calzada, según aún puede verse hoy en Pompeya.

[174] Naturalmente, ahora habla el *nomenclator*, y lo hace con oficiosa referencia a los intereses electorales de su amo. La influencia de las tribus era fundamental en los *comitia tributa*.

[175] Los fasces o fajos de varas con el hacha (que darían símbolo y nombre al fascismo), así como la silla curul (la que podía ser llevada en un carro), eran atributos de los magistrados romanos superiores, que tradicionalmente se elegían en los correspondientes comicios. El diligente esclavo, pues, señala a los caciques y muñidores electorales a tener en cuenta.

[176] Tratamientos adulatorios que solían emplearse en las campañas electorales.

ciendo, a donde nuestra gula nos lleva: pesquemos, cacemos, como antaño Gargilio[177]; aquel que muy de mañana mandaba que sus redes, venablos y siervos cruzaran el Foro atestado, para que, a la vista del pueblo, sólo uno de sus muchos mulos llevara a su casa un jabalí... que había comprado. Bañémonos en plena digestión e hinchados de tanto comer[178], olvidando lo que es decente y lo que no lo es, y haciéndonos dignos de las tablas de Cere[179], cual los viciosos remeros de Ulises de Ítaca[180], que antes que la patria quisieron los placeres prohibidos.

Si, como piensa Mimnermo[181], sin amor y sin fiestas ya no hay alegría, vive tú en el amor y en las fiestas. Vive y que te vaya bien. Si conoces algo mejor que todo eso, sé bueno y compártelo; si no, practica esta doctrina conmigo.

---

[177] Personaje del que nada más sabemos.

[178] Al parecer, en la Antigüedad se creía que el baño ayudaba a la digestión; véase Antolín Navarro, *ad loc.*

[179] Se trataba, por lo visto, de una especie de registro, llevado por los censores, de los ciudadanos que por su conducta descarriada quedaban decaídos en algunos de sus derechos. Estaría escrito en tablillas enceradas, y su nombre vendría de la antigua ciudad etrusca de Cere, a la que en su día habían recibido de Roma una ciudadanía limitada.

[180] Alusión a algunos de los episodios homéricos (*Od.* IX 82 ss.; XII 295 ss.) en que los marineros de Ulises se dejaron llevar por los engañosos atractivos que les salieron al paso en su regreso a casa.

[181] Mimnermo de Colofón, del s. VII, fue uno de los primeros y principales elegíacos griegos. Cantó al amor y a los goces de la vida, pero también a la decadencia que los años traen consigo. Por fortuna, conservamos el texto que parece recordar aquí Horacio (fr. 1 West): «¿Qué vida, qué placer existe sin la dorada Afrodita? Ojalá muera yo cuando ya no me importe la unión amorosa en secreto....»; trad. de F. R. Adrados, 1990³, *Líricos griegos. Elegíacos y yambógrafos arcaicos*, Madrid, C. S. I. C. (*Alma Mater*): 218.

7

Mecenas es de nuevo el destinatario de esta epístola, en la que Horacio se justifica por su larga ausencia veraniega, motivada por su temor al insano clima de Roma. Su patrono debe comprender que tome tales precauciones (1-13). Mecenas lo había hecho rico, pero no al modo del palurdo calabrés que ofrecía a su huésped las peras que pensaba echar a sus cerdos: ha donado unos bienes que no desprecia y ha sabido elegir un beneficiario digno y agradecido, según Horacio procura demostrar en cada momento. Ahora bien, si Mecenas no quiere que se aleje de su lado, antes deberá devolverle el vigor y salud de sus años jóvenes (14-28). Con la fábula de la zorra que, ahíta, no podía escapar del arca de grano, le da a entender su disposición de que las riquezas recibidas no le hagan perder su libertad, aunque las estime como merecen (29-39). Hay que saber acomodarse a las propias circunstancias, como Telémaco, que no aceptó los caballos que le regalaba Menelao; y así él prefiere la sencilla paz de Tíbur y de Tarento al ajetreo de Roma (40-45). La historieta de Volteyo Mena, el modesto *urbanita* al que, para su desgracia, la generosidad de un poderoso había convertido en propietario rural, ilustra la moraleja de que cada cual debe mantenerse dentro los límites que el destino le haya fijado (46-98).

Tras prometerte que sólo cinco días estaría en el campo, quedo como un mentiroso y todo el mes de agosto[182] se me echa de menos. Ahora bien, si quieres que esté sano y tenga la salud que conviene, la misma licencia que me das cuando estoy enfermo, has de dármela cuando temo enfermar, Mecenas; mientras los primeros higos y el calor le ponen al enterrador una escolta de enlutados lictores[183]; mientras todos los padres y ma-

---

[182] Literalmente, Horacio habla del mes entonces llamado *Sextilis*, que sólo pasaría a ser *Agustus* en el a. 14 d. C., cuando el Príncipe murió en el transcurso del mismo.

[183] El verano de Roma era proverbialmente insano por sus calores y por las fiebres palúdicas surgidas de los pantanos que había en sus alrededores, no sa-

dres palidecen pensando en sus niños, y el celo por los compromisos sociales y los trabajillos del Foro traen consigo las fiebres y la apertura de los testamentos[184]. Y si el tiempo invernal cubre de nieve los campos albanos[185], bajará tu vate[186] a la orilla del mar y cuidará de sí refugiándose en la lectura. A ti, su amigo querido, irá a visitarte de nuevo, si se lo permites, con los céfiros y la primera golondrina que vuelva[187].

No fue a la manera en que el huésped calabrés invita a comer a uno sus peras[188] como hiciste de mí un hombre rico: «Come, por favor».— «Ya es bastante.»— «Vamos, coge todas las que tú quieras.»— «Eres muy generoso.»— «Si se las llevas a tus niños, seguro que el regalito les gusta.»— «Te lo agradezco igual que si me fuera cargado de ellas.»— «Como quieras; lo que dejes aquí se lo han de comer hoy los cerdos.» El que es pródigo y necio regala lo que aborrece y desprecia; y tal sementera ha dado desagradecidos y ha de darlos todos los años. El hombre de bien, el hombre sabio, dice estar disponible para quienes se lo merecen, pero no ignora cuánto va de los cuartos a los altramuces[189]; también yo he de estar a la altura del renombre de mi benefactor. Y si no quieres que me aparte de ti, habrás de devolverme los bríos y el pelo negro que me cubra la

neados hasta época moderna. Los *lictores*, estrictamente hablando, eran funcionarios auxiliares y de escolta de los magistrados; pero, como se ve, había otros que figuraban en los cortejos fúnebres para darles empaque y velar por su orden.

[184] A consecuencia de las numerosas muertes que por entonces se producían.

[185] En el Lacio, al S. de Roma, donde la antigua Alba Longa.

[186] Horacio se considera el «vate» o «poeta» de su amigo.

[187] Es decir, con el retorno de la primavera.

[188] Horacio parece evocar aquí alguna historieta popular. Recuérdese que la Calabria era por entonces no la *punta*, sino el *tacón* de la *bota* de Italia.

[189] Al parecer, en las representaciones teatrales se usaban altramuces en vez de monedas.

frente[190]; me devolverás el dulce hablar, la risa graciosa y la pena, entre copa y copa, porque la descarada Cínara[191] haya huido.

Una vez[192], por una grieta angosta, una enjuta vulpeja se coló en un arca de trigo; y después de que se hartó, con el cuerpo repleto, intentaba salir, pero en vano. La comadreja le dijo de lejos: «Si quieres salir de ese aprieto, vuelve flaca al estrecho agujero por el que flaca has entrado». Si se me apremia con esa comparación, devuelvo todas las cosas: ni alabo, tras hartarme de volatería, lo bien que duerme la plebe, ni cambio mi libérrima paz por las riquezas de Arabia[193]. Tú has elogiado a menudo mi delicadeza; yo, cara a cara, te he tratado de «rey» y de «padre»[194], y en tu ausencia no he dicho una palabra menos; mira tú si no sería capaz de devolver tan contento lo que tú me has dado.

No dijo mal Telémaco, estirpe de Ulises, que tanto aguantó[195]: «Para caballos no es Ítaca tierra adecuada, pues ni se extiende en llanuras ni da mucha hierba. Atrida, te dejaré tus presentes, que a ti te cuadran mejor[196]». Al que es pequeño le van

---

190 Es decir, habrá de devolverle su juventud, en la que su salud no requería tantos cuidados.

191 La amiga citada en *Od.* IV 1, 4 («la buena Cínara»); IV 13, 22 s. (con mención de su temprana muerte) y *Epi.* I 14, 33 («la avariciosa Cínara»).

192 Tema también desarrollado en las fábulas esópicas y en las de Babrio; véase NAVARRO ANTOLÍN, *ad loc.*

193 Horacio habla de su disposición para devolver, si los mismos supusieran una mengua de su libertad, los bienes que ha recibido de su protector; bienes que, por otra parte, aprecia, por lo que tampoco se deja llevar a demagógicos elogios de la sencilla vida de los pobres. No hay por qué pensar, sin embargo, que aquí esté planteando tal posibilidad en términos reales.

194 El tratamientos de *rex* aparece aplicado por los parásitos de la comedia a sus protectores; también los clientes solían llamar *pater* al buen patrono; véase NAVARRO ANTOLÍN, *ad loc.*

195 En efecto, Ulises era prototipo del héroe que había soportado infinitas fatigas.

196 Pasaje derivado de HOM. *Od.* IV601 ss., donde Telémaco declina el ob-

bien las cosas pequeñas. Ya no me gusta a mí la regia Roma, sino la tranquilidad de Tíbur y la paz de Tarento[197].

Filipo[198], tan esforzado y valiente, famoso en la defensa de pleitos, volviendo sobre la hora octava[199] de su trabajo, se quejaba —pues ya tenía sus años— de lo lejos que están las Carinas del Foro[200]. Y cuentan que en esto vio a uno que, bien afeitado, en la sombra de una barbería vacía, tan tranquilo, con un cuchillo se limpiaba las uñas. «Demetrio —y este esclavo no era torpe para entender lo que Filipo mandaba—, ve, pregúntale y dime de qué familia procede; quién es y de qué condición; quién es su padre o quién es su patrono[201].» Va, vuelve y le cuenta que su nombre es Volteyo Mena, que es subastador[202], de no muchos posibles, persona intachable, conocido por saber aplicarse al trabajo y descansar en el momento debido, y ganarse y gastarse los cuartos; feliz con sus modestos amigos y su hogar seguro; con los juegos y, acabado el trabajo, yéndose al Campo[203]. «Tengo interés en saber por él mismo lo que cuentas; dile que venga a cenar.» La verdad es que Mena no se lo creía, y a solas con su asombro se quedaba callado. ¿Para qué decir

sequio de los caballos que le hace Menelao, no Agamenón, el más conocido Atrida.

[197] Sobre las villas veraniegas de Tíbur (actual Tivoli) y Tarento véase *Od.* II 6, 5 ss. y nuestras notas *ad loc.*

[198] Lucio Marcio Filipo, cónsul en el a. 91 a. C., había sido un ilustre político y un abogado de reconocido ardor; véase M. Malavolta, *EO* I: 733 s.

[199] Aproximadamente, la hora de nuestro mediodía.

[200] En el Foro, como se sabe, se juzgaban los pleitos; las Carinas, donde al parecer vivía Filipo, no estaban lejos; pero sí en una posición más elevada, en monte Opio, apéndice del Esquilino, con lo que la caminata resultaba ardua.

[201] Se admita que Horacio parodia aquí la fórmula homérica para preguntar por el origen de un desconocido; véase *Od.* I 170.

[202] Horacio dice *praeco* (literalmente «pregonero»), algo no muy distinto de lo que había sido su padre, según puede verse en *Sát.* I 6, 86.

[203] El Campo de Marte, lugar de esparcimiento.

más? «Muy amable» — responde[204]. «¿A mí va a decirme que no?»— «Eso dice el canalla; y es que o te desprecia o te teme.» Por la mañana Filipo, cuando Volteyo vendía harapos a la plebe que viste de túnica[205], se adelanta y lo saluda el primero. Se excusa él con Filipo, hablando de su trabajo y de las ataduras de su negocio, por no haber acudido a su casa por la mañana y, en fin, por no haberlo visto él antes. «Date por perdonado si hoy cenas conmigo.»— «Como quieras.»— «Entonces vendrás cuando haya dado la hora nona[206]; ahora vete y aplícate a incrementar tu caudal.»

Cuando a cenar se pusieron, y una vez que habló de cuanto debía decirse y callarse, al fin se le deja que se vaya a la cama. Después de que se lo vio acudir con frecuencia como pez al anzuelo escondido —cliente madrugador y comensal ya seguro[207]—, al anunciarse las Ferias Latinas[208] se le manda que vaya de acompañante a una casa de campo. Montado en un carro de cuartagos[209], no para de elogiar la campiña sabina[210] y su clima. Lo ve Filipo y se ríe; y buscando donde sea un motivo para pasarlo bien y reírse, al tiempo que le da siete mil sestercios, le promete otros tantos fiados, y lo convence para que se compre

[204] La respuesta, tan cortés, del invitado implica una negativa.

[205] El atuendo mínimo de los romanos, habitual entre la gente del vulgo.

[206] Equivalente, más o menos, a nuestras tres de la tarde, cuando los romanos solían iniciar la cena, la más importante de sus comidas.

[207] Como se sabe, los clientes iban por la mañana a saludar a su patrono; ello podía comportar sustanciosas invitaciones.

[208] Unas fiestas en las que los romanos conmemoraban cada primavera su acuerdo de paz con los pueblos del Lacio. Se celebraban en un ambiente de *camping*, al modo de la fiesta de los tabernáculos de los judíos y de otras similares de los pueblos árabes, o de la actual romería del Rocío en Andalucía.

[209] Utilizamos de nuevo esta rareza léxica, como en *Od.* III 27, 7 y *Epod.* 4, 14, para traducir el latino *manni*, que designaba a unos caballos de pequeña talla especialmente apreciados para los tiros de viaje.

[210] Recuérdese que la Sabina estaba al E. de Roma.

una tierrilla. La compra. Y para no entretenerte más de lo justo con muchos detalles, de hombre tan pulido como era en campesino se torna; no deja de dar la lata con surcos y viñas, prepara los olmos[211], se deja la vida en su afán y envejece por la ambición de poseer. Ahora bien, cuando por un robo perdió sus ovejas y por una peste sus cabras; cuando su cosecha defraudó su esperanza y su buey, de tanto arar, pereció agotado, dolido por tanto daño, a media noche agarra el caballo y a casa de Filipo se encamina lleno de ira. Tan pronto lo vio, sucio y con el pelo crecido, Filipo le dijo: «Me parece, Volteyo, que te pasas de recio y de austero».— Él le respondió: «¡Válgame Pólux, patrono!; desgraciado debías llamarme, si quisieras darme el nombre adecuado. Por tu genio, tu diestra y tus penates[212] te pido y te ruego: hazme volver a mi vida de antes».

El que una vez ha visto cuánto mejor es lo que deja que lo que pretende, vuélvase pronto atrás y recobre lo que ha abandonado. La verdad consiste en que cada cual se ajuste a su talla y su pie[213].

8

En esta breve epístola Horacio cuenta a su amigo Celso, compañero de Tiberio, los malos momentos en que una depresión lo tiene sumido. No es capaz de reaccionar ante ella siguiendo los saludables

[211] Era costumbre guiar las vides de manera que treparan por olmos o chopos intercalados entre ellas, lo que todavía puede verse en Italia y en Portugal.

[212] Fórmula tradicional de obtestación. El genio era un espíritu que se suponía que acompañaba a cada hombre a lo largo de toda su vida; la diestra era la mano empleada para sellar los acuerdos; los dioses penates eran los propios de cada familia.

[213] Pues las frustraciones de quienes pretenden más de lo que pueden acaban produciéndoles sufrimiento.

principios que ya conoce ni los consejos de los buenos amigos. No es capaz de permanecer en un mismo lugar. Al final le pregunta por su salud y por cómo le va con Tiberio y su séquito, previniéndolo de que no se deje ensoberbecer por el favor del poderoso.

A Celso Albinovano, compañero y secretario de Nerón[214], te ruego, Musa, que le hagas llegar mis deseos de felicidad y de fortuna.

Si te pregunta qué es de mí, dile que, aunque amenazaba con muchas y muy bellas cosas, no vivo como es debido ni a mi gusto; y no porque el pedrisco haya arrasado mis vides, o a mis olivos les haya hincado el diente el calor del estío, ni porque en lejanos campos[215] estén mis ganados enfermos. Es más bien que, no teniendo tanta salud de espíritu como de cuerpo, me niego a oír y a aprender cosa alguna que pueda aliviar mi dolencia; pues me molestan mis médicos de confianza y me enfado con los amigos cuando intentan sacarme de mi funesto letargo; porque voy tras lo que me ha dañado y rehúyo lo que creo que me ayudaría; y en mis ventoleras, me apetece Tíbur[216] cuando estoy en Roma, y Roma cuando estoy en Tíbur.

Tras esto, pregúntale cómo está de salud, cómo le van las cosas, cómo va él, y si le ha caído en gracia al muchacho y los de su cohorte[217]. Si dice que todo va bien, ante todo lo felicitas; y acuérdate luego de dejarle caer al oído este precepto: «Tal

---

214 Nerón es, naturalmente, Tiberio Claudio Nerón, el hijastro mayor de Augusto y futuro emperador. Celso Albinovano es probablemente el Celso aludido en I 3, 15 ss. (véase nuestra nota *ad loc.*).

215 La posibilidad de practicar la trashumancia de los rebaños implicaba tener grandes propiedades.

216 Véase nuestra nota a I 7, 45.

217 El «muchacho» es Tiberio, que por entonces no tendría más de 20 años. Su *cohors*, como ya hemos dicho, la formarían sus más inmediatos ayudantes y colaboradores.

como tú te comportes con tu fortuna, así, Celso, nos comportaremos nosotros contigo[218]».

9

Este *billete*, más que epístola, lo dirige Horacio al propio Tiberio justificándose por haberse a atrevido a recomendarle a su amigo Septimio, pese a saber que él hila muy fino a la hora de escoger a sus colaboradores. Sin embargo, el poeta tampoco ha querido disimular su ascendiente sobre el joven príncipe, como si pretendiera reservárselo para su propio provecho. Por ello insiste en su recomendación y le ruega que lo incorpore a su séquito.

Claudio[219], no hay duda de que Septimio[220] comprende como nadie en cuánto me estimas. Pues cuando me ruega, y con sus ruegos me obliga, que intente —ya sabes— recomendártelo y presentártelo como hombre a la altura de lo que exige en su casa un Nerón[221], que sólo escoge lo bueno; cuando piensa que disfruto de la condición de íntimo amigo, ve y conoce lo que yo puedo, y aun mejor que yo mismo. Verdad es que le dije no pocas cosas con las que podía excusarme; mas temí que pensara que yo fingía ser menos de lo que soy, disimulando mi propia influencia, por no emplearla sino en mi propio provecho. Así, por huir del oprobio de una culpa más grande, me acogí al fue-

[218] Celso no debe mirar por encima del hombro a sus amigos de siempre a causa de su amistad con Tiberio.

[219] Obviamente, Tiberio Claudio Nerón, hijo de Livia, la esposa de Augusto.

[220] Personaje desconocido, aunque pudiera tratarse del amigo invocado en *Od.* II 6 y del que Augusto cita en la carta recogida por SUETONIO (*Vida de Horacio* 6; véase su traducción en *Biografías literarias latinas*, vol. 81 de esta B. C. G.: 98).

[221] Obviamente, el propio Tiberio.

ro de esa desvergüenza que tiene la gente de la ciudad[222]. Si apruebas que yo haya dejado de lado el pudor por hacer caso a un amigo, apúntalo a él en tu grey[223] y tenlo por bueno y valiente.

10

La epístola a Aristio Fusco es un clásico del tópico del *menosprecio de corte y alabanza de aldea*. Horacio, sin mengua de la intimidad con su amigo, prefiere la segunda, donde está como un rey (1-11). Siguiendo el precepto de vivir conforme a la naturaleza, estima que ello sólo es posible viviendo en el campo, donde el clima es benigno y el agua pura; y de hecho, en las grandes mansiones urbanas se procura tener espacios que imiten a la naturaleza silvestre (12-25). No se pierde más el campesino que no entiende de púrpuras que quien no discierne lo bueno de lo malo; el exceso de bienestar es mala preparación para los reveses de la fortuna (26-33). El caballo se sometió al dominio del hombre por un cálculo equivocado de lo que le convenía; lo mismo les ocurre a quienes por evitar la pobreza pierden su libertad, creándose necesidades (34-43). Aristio debe vivir sensatamente y acomodándose a su situación; y reprender a su amigo si él no lo hace; los bienes han de obedecer al amo y no a la inversa (44-48). En el campo, Horacio sólo echa de menos a su amigo (49-50).

A Fusco[224], que ama la ciudad, lo saludamos los que amamos el campo. Y es que sólo en este punto —según ya se sabe— somos muy distintos; en lo demás, como gemelos, almas hermanas: a lo que el uno dice «no», lo dice el otro, y de-

[222] Literalmente, Horacio habla de la *frons*, «la caradura» que se estimaba propia de la gente de Roma.

[223] Es decir, a su séquito o plana mayor.

[224] Parece que se trata de Marco Aristio Fusco, el poeta y crítico amigo que había dejado a Horacio a merced del pelmazo en *Sát.* I 9, 60 ss.

cimos que *sí* a las mismas cosas. Como viejos palomos y bien conocidos el uno del otro, tú guardas el nido[225] y yo alabo los arroyos, las peñas cubiertas por el musgo y el bosque de la campiña amena. ¿Qué quieres que haga? Vivo como un rey desde que abandoné esas cosas que con devoto clamor vosotros ponéis por las nubes; y como un esclavo fugitivo de un sacerdote, rechazo las tortas[226]. Ya sólo me hace falta el pan, cosa mejor que los pasteles de miel.

Si hay que vivir de acuerdo con la naturaleza[227], y para hacer una casa primero hay que procurarse el solar, ¿conoces un sitio mejor que el campo bienaventurado? ¿Hay lugar donde más templado sea el invierno, donde una brisa más grata calme la rabia del Can y el ímpetu del León[228], cuando recibe furioso el puntazo del sol? ¿Hay sitio donde menos ahuyente el sueño la cuita envidiosa? ¿Huele o reluce menos la hierba que las piedras de Libia[229]? ¿Es más pura el agua que pugna en las calles por romper el plomo de las cañerías, que la que murmurando discurre por empinado torrente? Por algo se cultiva un bosque en medio de variopintas columnas, y se alaba la casa que tiene a la vista amplios campos. A la naturaleza podrás echarla fuera a golpe de bieldo; mas una y otra vez volverá y victoriosa se abrirá camino a escondidas por medio de la torpe aversión que le tienes[230].

---

[225] Es decir, el hogar común que seguía siendo Roma.

[226] Se refiere a los *liba* o tortas que se ofrendaban en los templos y que los sacerdotes repartían a sus esclavos.

[227] Viejo principio de la filosofía estoica.

[228] La constelación del Can, de donde nuestra *canícula*, surgía por entonces a finales de julio, coincidiendo con los máximos calores, justo cuando el Sol entra en la casa zodiacal del León.

[229] Los exquisitos mármoles de colores, por entonces tan apreciados.

[230] Cualquiera que tenga la responsabilidad de mantener a raya a la naturaleza en una casa de campo y sin grandes dispendios sabe bien de qué habla Horacio.

Quien no sabe comparar con discernimiento la púrpura de Sidón con los vellones coloreados con tinte de Aquino[231], no sufrirá un daño más cierto ni que más le llegue a los meollos que quien no sabe distinguir lo verdadero y lo falso. Al que le gusta la prosperidad en exceso, lo abatirá el cambio de suerte. Si admiras alguna cosa, la dejarás de mal grado. Rehúye lo grande: bajo un techo humilde puedes vivir mejor que los reyes y que sus amigos.

El ciervo[232], que era más fuerte en la lucha, ahuyentaba al caballo de los pastos comunes, hasta que el perdedor en la larga contienda pidió ayuda al hombre, aceptando su freno. Mas, cuando rebosante de fuerza y vencedor dejó a su enemigo, no arrojó de su lomo al jinete ni de su boca las bridas. Así, quien por temer la pobreza se queda sin libertad, que es más preciosa que el oro, a cuestas llevará —desgraciado— a un amo al que siempre habrá de servir, por no saber disfrutar de lo poco. A quien no le cuadra bien su hacienda le pasa lo mismo que con el zapato: si es más grande que el pie, hará que se caiga; y se lo abrasará si le queda pequeño.

Sabio serás si vives feliz con la suerte que tienes, Aristio[233]; y no dejarás que yo me vaya sin reprimenda, cuando creas que atesoro más de lo justo y que no paro de hacerlo. A cada cual le manda o le sirve el caudal que ha juntado, y es más digno que sea éste quien obedece y no el que lleve la rienda.

Esto te escribo tras el santuario de Vacuna[234], que está rui-

---

[231] De Sidón, como de Tiro, venía la preciada púrpura fenicia. El *fucus* de Aquino (villa del Lacio meridional), sacado de un alga, era un sucedáneo barato de la misma.

[232] La fábula que cuenta cómo el caballo acabó sometido al hombre tiene una larga tradición griega; véase NAVARRO ANTOLÍN, *ad loc.*

[233] El amigo aparece ahora invocado por su *nomen*.

[234] Divinidad local cuyo templo estaba cerca de la finca sabina del poeta.

noso; y, quitando que no estás conmigo, por lo demás tan contento.

11

Horacio pregunta a un amigo, tal vez otro más del séquito de Tiberio, qué tal le ha ido en su viaje por las famosas islas y ciudades del Oriente griego. Allí, en la insignificante Lébedo, se quedaría él a vivir de buena gana, si pudiera, para contemplar tranquilo el mar airado (1-10). Pero cuando no se está a gusto en un sitio, no se elige sin más el primero al que se llegue. A quien vive sin problemas no le hacen falta los largos viajes: más vale alabar esas bellas ciudades, pero quedándose en Roma (11-21). El secreto de la felicidad está en vivir de verdad cada día, dondequiera que uno esté. El *turismo* nos permite cambiar de clima, pero no de alma. Para un espíritu equilibrado, lo que todos buscamos con impaciencia está al alcance de la mano (22-30).

Bulacio[235], ¿qué te han parecido Quíos y la ilustre Lesbos; y qué la elegante Samos, y Sardes, regia corte de Creso; y qué tal Esmirna y qué tal Colofón[236]? ¿Son más o son menos de lo que cuenta su fama? ¿Son todas poca cosa en comparación con el Campo[237] y el río Tíber? ¿O fue tal vez alguna de las urbes de Átalo[238] la que colmó tus deseos? ¿O quizá alabas a Lé-

[235] Nada más se sabe de este personaje.

[236] Quíos, Lesbos y Samos son las tres grandes islas del Dodecaneso, frente a las costas del Asia Menor. Cerca de ellas, en el continente, están las ciudades de Sardes (capital de Lidia, el reino de Creso), Esmirna y Colofón.

[237] El Campo de Marte, en Roma.

[238] Llevaron ese nombre varios soberanos del reino helenístico de Pérgamo, también en la costa de Jonia, cuya principal era Éfeso. El último de ellos, Átalo III, ya aludido en *Od.* I 1, 12, al morir en el a. 133 a. C. legó el reino a la República romana, que formó con él su provincia de Asia.

bedo[239] por aversión al mar y a las caminatas? Lébedo[240] ya sabes cómo es: un pueblo más desierto que Gabios y que Fidenas[241]; sin embargo, estaría dispuesto a vivir allí, olvidando a los míos y olvidado de ellos, y contemplar desde tierra, a lo lejos, al airado Neptuno[242].

Ahora bien, quien va de Capua[243] a Roma empapado de lluvia y de barro, no por ello querrá pasar la vida en una posada; y el que ha cogido un resfriado no alabará las estufas y baños como las cosas que hacen la vida del todo feliz; y si un austro recio en alta mar te ha zarandeado, no por ello vas a vender tu nave tras cruzar el Egeo. A quien está sano, Rodas y Mitilene[244], tan bellas, le sirven de tanto como un capote en pleno solsticio[245], un taparrabos en una ventisca, el Tíber en el invierno o una chimenea en agosto. Mientras se nos permite y la Fortuna mantiene un rostro benévolo, desde Roma alabemos de lejos a Samos, a Quíos y a Rodas.

Tú, toda hora que tengas la suerte de que el dios te conceda, con mano agradecida has de tomarla; no dejes los goces para el año que viene, a fin de que, dondequiera que hayas estado, pue-

---

239 Población de Frigia venida a menos en aquellos tiempos.

240 La interpretación más usual (que suscribe KLINGNER) entrecomilla los vv. 7-10, entendiendo que Horacio los pone en boca de su destinatario, cosa insólita en las *Epístolas*. Nosotros, con VILLENEUVE, SH. BAILEY, MAYER y otros, más bien creemos que son un inciso del propio Horacio, pero no consideramos necesario poner signo de interrogación tras *quid sit* en el v. 7.

241 Dos poblaciones del Lacio antaño prósperas y a la sazón despobladas.

242 El tópico del que desde la seguridad de la tierra contempla la tempestad en el mar ya había sido desarrollado por LUCRECIO II 1 ss.

243 Importante ciudad de Campania, en la Vía Apia.

244 Rodas, la única gran isla del Egeo oriental que quedaba por citar. Estaba frente al S.O. de Asia Menor y era de población doria. Mitilene era la capital de la ya citada Lesbos.

245 Se entiende que en el de verano.

das decir que has vivido a tu gusto[246]. Pues, si la razón y la sabiduría —y no un lugar que domine un mar que se extienda a lo lejos— son las que quitan las penas, de aires cambian, no de alma, quienes se van corriendo a ultramar[247]. Nos trae a mal traer una inercia que mucho se esfuerza[248]: en naves y en cuadrigas vamos tras el bien vivir. Mas lo que buscas, está aquí, en Úlubras[249], si no le falta equilibrio a tu alma.

12

Horacio escribe a su amigo Iccio, inclinado desde antaño a la filosofía, y le pondera la suerte que tiene al ser administrador de las tierras sicilianas de Agripa. ¿Qué mas puede pedir? Además, si se atiene a su austeridad filosófica, de poco le va a valer el dinero que gane de más (1-11). Demócrito había abandonado todo por la filosofía; pero Iccio tiene por delante un largo programa de investigaciones cosmológicas (12-20). Con todo, debe procurar satisfacer a Grosfo, el común y poderoso amigo siciliano (21-24). Por lo demás, a Roma le van bien las cosas fuera y dentro de Italia (25-29).

Si disfrutas como se debe de las rentas de Agripa[250] que en Sicilia recaudas, Iccio[251], es imposible que Júpiter te regale con mayor abundancia. Deja ya de quejarte, que no es pobre quien

---

[246] Una vez más el tema del *carpe diem*; *cf. Od.* I 9, 14 ss. y nuestra nota *ad loc.*

[247] El tópico de que el viajero no logra escapar de sí mismo tiene larga tradición; véase Navarro Antolín, *ad loc.*

[248] Notorio ejemplo de oxímoron.

[249] Un villorrio del Lacio.

[250] El colega y yerno de Augusto ya varias veces citado.

[251] El amigo al que Horacio, en *Od.* I 29, echaba en cara que abandonara sus estudios de filosofía para dedicarse a la milicia. Ahora, por lo que se ve, era administrador de las muchas posesiones que Agripa debía de tener en Sicilia.

tiene a su disposición las cosas que son necesarias. Si estás bien del vientre, del pecho y también de los pies, nada más grande podrán añadirte las riquezas que tienen los reyes. Y si absteniéndote de las cosas que todos tienen a mano, vives de hierbas y ortigas[252], así seguirás viviendo aunque de golpe el río brillante de la Fortuna te cubra de oro; ya sea porque el dinero no puede cambiar el carácter, ya porque estimas que no hay cosa alguna que valga lo que la virtud.

Nos asombramos de que el campo y la mies de Demócrito[253] se los comiera el ganado, mientras su espíritu, ligero y sin cuerpo, andaba de viaje; cuando tú, en medio de tanta y tan contagiosa comezón de provecho, nada quieres saber de insignificancias y sigues pensando en cosas sublimes: qué causas son las que calman el mar, y qué es lo que acompasa el transcurso del año; si las estrellas errantes van vagando a su aire o siguiendo unas leyes; qué es lo que oculta a la luna cuando se entenebrece, y qué lo que saca a la luz su disco redondo; qué pretende y qué puede hacer la discorde concordia de la naturaleza[254]; si es Empédocles[255] el que delira, o bien esa agudeza en persona que es Estertinio[256].

Sin embargo, ya degüelles peces, ya un puerro o una cebolla[257], procura estar a bien con Pompeyo Grosfo[258]; y si algo

---

252 En efecto, cuando aún estaban se usaban para hacer ensaladas.

253 Demócrito de Abdera (460-c. 375 a. C., «el filósofo de la sonrisa», padre del atomismo, abandonó su patrimonio para mejor dedicarse a sus estudios.

254 Oxímoron. Lo que precede es todo un programa de filosofía natural.

255 Empédocles de Agrigento (c. 495-c.435 a. C.), uno de los grandes filósofos presocráticos.

256 Parece ser el filósofo estoico al que Horacio había puesto en solfa en su *Sát.* II 3.

257 Alusión irónica al vegetarianismo, norma de vida que arrancaba de Pitágoras.

258 El rico propietario siciliano ya nombrado en *Od.* II 16.

pide, adelántate a dárselo, que Grosfo no ha de pedirte nada que no sea justo y equitativo. La tienda de los amigos no es cara cuando algo les falta a los buenos.

Mas, para que no ignores cómo están en Roma las cosas, ante el valor de Agripa el cántabro[259] ha sucumbido, y ante el de Claudio Nerón el armenio[260]; Fraates[261], arrodillado, se ha sometido a la ley y al imperio de César; la dorada Abundancia[262] ha volcado en Italia su cuerno colmado de frutos.

13

Horacio ha encomendado a su amigo Vinnio Ásina que le lleve a Augusto desde su finca unos volúmenes de sus poemas (se cree que los tres primeros libros de las *Odas*); pero ha de procurar presentárselos en un momento oportuno; y jugando con su apellido, le pide que no tire la carga de mala manera (1-9). Debe seguir sin desmayar su camino y presentarse en debidas condiciones, y sin decir a nadie el contenido de su mandado (10-19).

Según te expliqué al partir, prolija y reiteradamente, has de entregarle a Augusto mis rollos sellados[263], Vinnio[264], si se en-

---

[259] Las guerras cantábricas, que Augusto había dejado en manos de sus colaboradores, fueron definitivamente concluidas por Agripa en el a. 20 a. C.

[260] El joven Tiberio había, más que conquistado, pacificado la Armenia.

[261] Fraates IV, rey de los partos, que en el a. 20 a. C., a cambio de su hijo guardado en Roma como rehén, devolvió a Augusto las águilas de las legiones vencidas con Craso en la batalla de Carras (Harran), en el 53 a. C. Con ello el Príncipe arrancó de la memoria romana una deshonrosa espina.

[262] La *Copia*, que en su famoso cuerno almacenaba todos los bienes. Al parecer, el 20 a. C. fue un año de grandes cosechas; véase NAVARRO ANTOLÍN, *ad loc.*

[263] Como se solían enviar todos los documentos; pero cabe entender que, de paso, el término también significa «firmados».

[264] Nada más se sabe de él, a no ser su *cognomen*, que luego revela y glosa Horacio.

cuentra bien, si está de humor y, en fin, si te los reclama (no sea que por mi causa metas la pata, y les ganes a mis librillos su aborrecimiento, con la vehemencia de un criado oficioso). Si la carga pesada de mis papiros te quema los lomos[265], tíralos antes de que, al llegar a donde se te ordena llevarla, arrojes por las bravas tu alforja, volviendo en motivo de risa tu paterno apellido de «Ásina»[266] y dando de que hablar a la gente.

Tendrás que echar mano de todas tus fuerzas por cuestas, por ríos y por lodazales. Tan pronto llegues allí, vencedor en tu empeño, mantendrás tu carga dispuesta de modo que el fajo de mis libros no lo lleves bajo el sobaco, como lleva el paleto un cordero, como Pirria, la gran bebedora, lleva el robado burujo de lana[267]; como lleva el invitado plebeyo[268] sus sandalias y su barretina. Y no andes diciéndole a todos que has sudado para llevar unos versos capaces de atraer la mirada y el oído de César. Tras todos estos ruegos, ponte en camino. Vete y que te vaya bien, y cuida de no tropezar y romper lo que se te ha encomendado.

14

Horacio, charlando con el *uilicus* de su finca, vuelve sobre el tema de la ciudad y el campo. El capataz siente añoranza de la urbe, y el amo, que siente justamente lo contrario, lo invita a una reflexión (1-5). Él está en Roma acompañando a un amigo en su duelo; pero su pensamiento está en su finca sabina. Por el contrario, su siervo está impa-

---

[265] Horacio empieza a *jouer du mot* con el apellido de su amigo, si no lo ha hecho ya con el *pecces* del v. 4.

[266] Es decir, «asna».

[267] Según los escolios, se trata de una escena de comedia.

[268] El *tribulis*, perteneciente a la misma tribu; de baja condición, pero al que había que agasajar con vistas a los comicios.

ciente por volver a la ciudad; cada cual ansía lo que no tiene (6-13). Ahora bien, el capataz, cuando estaba en Roma, deseaba irse al campo; y ahora echa de menos las diversiones urbanas, mientras suda en las tareas rústicas (14-30). También el poeta, en otro tiempo, era un *urbanita* satisfecho; pero luego ha aprendido a disfrutar de la tranquilidad de la sencilla vida campesina. El capataz no sabe qué envidia le tienen otros compañeros de esclavitud por las ventajas que su puesto le reporta. Todos quieren ser lo que no son; pero Horacio estima que cada cual debe aplicarse de buen grado a lo suyo (31-44).

Capataz de mis bosques y de la tierrilla que me devuelve a mí mismo[269]; de la misma que a ti te aburre porque sólo cinco hogares la pueblan, y sólo cinco padres honrados suele enviar al mercado de Varia[270]: veamos quién pone más ardor en arrancar los espinos —yo del alma, tú de la tierra—, y quién se encuentra mejor, si Horacio o su finca.

Aunque aquí me retienen la pena y el afecto por Lamia[271], que tan triste está por su hermano, que inconsolable se duele por el hermano perdido, hacia ahí mi pensamiento y mi alma me llevan, y ansían romper las barreras que les impiden correr libremente. Yo llamo feliz al que vive en el campo, y tú al que en la urbe. El que gusta de la suerte de otro, no es de extrañar

[269] Es decir, es en su finca donde el poeta se encuentra a gusto.

[270] Sobre la finca de la Sabina hemos tratado en nuestra Introducción general a Horacio, en el vol. 360 de esta B. C. G.: 29 s. Estos versos nos dan una idea de sus dimensiones y riqueza: daba para mantener a cinco familias de colonos, aparte los esclavos. Varia corresponde al actual Vicovaro, y era el centro comarcal a cuyo mercado los colonos llevaban sus productos. El poeta vuelve sobre el tema en I 16.

[271] Se entiende que Horacio está en Roma, acompañando en su luto al amigo Lucio Elio Lamia, que sería cónsul en el a. 3 d. C. y que había perdido a un hermano. Otras referencias a la misma familia pueden verse en *Od.* I 26, 8; 36, 7; III 17, 2.

que aborrezca la suya[272]. Igual de necios el uno y el otro, echan la culpa al lugar, sin razón ni justicia: la culpa es del alma, que nunca logra escapar de sí misma[273].

Tú, cuando eras un criado cualquiera, en tus calladas plegarias ansiabas el campo; ahora que eres capataz añoras la urbe, sus juegos y baños. Sabes que yo soy consecuente, y que a disgusto me voy cada vez que los odiosos negocios a Roma me llevan a rastras. No nos gustan las mismas cosas, y por eso no estamos de acuerdo. Pues los que tú consideras eriales desiertos e inhóspitos, deliciosos lugares los llama el que está de acuerdo conmigo, y aborrece los que tú tienes por bellos. El burdel y el grasiento mesón te infunden la añoranza de Roma, lo veo; y el que ese rincón antes daría pimienta e incienso que uva[274], y el que no haya a mano taberna que pueda suministrarte su vino, ni una ramera flautista, para bailar a su son abrumando con tu peso a la tierra; y en cambio, te afanas en unos campos que el azadón no han tocado hace tiempo, y tras desuncirlo cuidas del buey y lo hartas de las hojas que has apañado. Y si no tienes trabajo, te procura el arroyo nuevas tareas si caen las lluvias[275]; pues hay que enseñarle con no pocas fatigas a respetar los pastos soleados.

Vamos, pues, y escucha ahora qué es lo que impide que nos entendamos. A aquel al que tan bien le caían las togas finas y

---

[272] Una vez más el tópico diatríbico de la μεμψιμοιρία o aborrecimiento de la propia suerte. Aparece más ampliamente desarrollado en la *Sát.* I 1; véase también *Od.* I 1.

[273] Sobre este tópico acaba de tratar Horacio, entre otros lugares, en I 11, 27.

[274] Horacio utiliza la figura del *adynaton*: su tierra antes daría pimienta e incienso, productos típicos del Oriente, que un buen vino.

[275] Alusión a las crecidas que inundaban los campos y había que atajar por medio de diques.

los cabellos brillantes[276]; el que tú sabes que, sin dar nada a cambio, gozó del favor de Cínara[277] la avariciosa, y desde el mediodía andaba bebido de claro falerno[278], le gustan las cenas ligeras y la siesta a la orilla del río, sobre la hierba; y no se avergüenza de cuanto se ha divertido, mas sí lo haría de no poner un final a la juerga. Ahí nadie amarga mi bienestar con aviesa mirada, no lo envenena con el oscuro mordisco del resentimiento; eso sí, los vecinos se ríen al verme voltear terrones y piedras. Tú prefieres roer con los siervos la diaria ración de la urbe[279], y en tus deseos corres a convertirte en uno de ellos; mas el mozo de cuadra, que es tan charlatán, te envidia el que puedas disfrutar de la leña, el ganado y el huerto. El perezoso buey querría gualdrapas, y arar querría el caballo[280]; mi parecer será que el uno y el otro hagan a gusto el oficio que saben.

15

El amigo Vala ha andado por la costa de Campania y Lucania y Horacio le pregunta cómo le ha ido. Él, siguiendo los consejos de su médico, ha cambiado los baños calientes de Bayas por los fríos de Clusio, con lo que tendrá que enseñar al caballo el nuevo camino (1-14). Quiere saber sobre esos lugares que ha visitado su amigo, y en especial sobre los medios que brindan para darse una buena vida (15-25). Recurre luego el personaje de Mena, el dilapidador de su hacienda, luego parásito volandero y a la postre converso a la austeridad; que, sin embargo, no dejaba de comprender a quienes gastaban sus bienes

[276] El propio poeta.

[277] Otra vez la amiga ya desaparecida; véase nuestra nota a I 7, 28.

[278] El famoso vino de la Campania ya tantas veces citado.

[279] Como cabe suponer, la dieta de los siervos rústicos era más sustanciosa que la de los urbanos.

[280] Buen ejemplo de μεμψιμοιρία.

en buenos bocados. Y es que, a fin de cuentas, no hay sabiduría como la de los ricos (26-46).

Vala[281], ¿cómo es en Velia[282] el invierno?; ¿qué clima tiene Salerno[283]? ¿Qué gente vive en aquella comarca y cómo es el camino? (Y es que Antonio Musa[284] dice que Bayas no me aprovecha, pero hace que Bayas me odie, ahora que me baño en aguas heladas en mitad del invierno[285]. En efecto, se lamenta ese pueblo de que se abandonen sus mirtos y se desprecien sus aguas sulfúreas[286], de las que se dice que arrancan el mal que se asienta en los nervios[287]; y mira con malos ojos a los enfermos que osan poner su estómago y su cabeza bajo las fuentes de Clusio, y se van a Gabios[288] y a su fresca campiña. Hay que cambiar de sitio y hacer que el caballo pase de largo las ventas que ya conoce. «¿Adónde vas tú? ¡Que no voy camino de Cumas o Bayas!»— dirá el jinete enfadado, tirando de la rienda izquierda; pero es en el freno que lleva en la boca donde tiene la oreja el caballo[289].)

[281] Poco más se sabe de este amigo de Horacio.

[282] La Elea griega, situada en la costa occidental de la Lucania, patria de Parménides y de los filósofos eleáticos.

[283] La gran ciudad costera, en el límite S de la Campania.

[284] El famoso médico personal de Augusto, especialista en hidroterapia. Bayas, luego citada, era la famosa playa y estación termal situada en la ribera N. del golfo de Nápoles.

[285] Al parecer, Musa ha aconsejado al poeta que deje los baños calientes de Bayas por los fríos que luego menciona.

[286] En Bayas había numerosas plantaciones de mirtos. Sus aguas entonces, como ahora, eran sulfurosas.

[287] Para los antiguos los *nerui* eran los tendones, no nuestros «nervios». El mal en cuestión es el reuma.

[288] Clusio, actual Chiusi, estaba la Toscana; Gabios, ya nombrado, era una ruinosa ciudad del Lacio. En ambos lugares había balnearios.

[289] Es decir, el caballo sólo obedece al golpe de rienda.

¿A cuál de esos dos pueblos[290] le dan de comer más copiosos trigales? ¿Y beben de la lluvia que acopian o de pozos inagotables de agua perenne? (Pues nada me importan los vinos de aquellos confines. En mi finca puedo aguantar y sufrir lo que sea; en llegando al mar, pido del generoso y suave, que me ahuyente las preocupaciones; que, acompañado de rica esperanza, corra por mis venas y mi alma; que me suministre palabras, que haga yo que le parezca un mozo a una amiga lucana[291].) ¿Y cuál de las dos comarcas cría más liebres, cuál más jabalíes?; ¿qué mar esconde más peces y más erizos, para volverme de allí a mi casa bien gordo y hecho un feacio[292]? Justo es que sobre todo eso me escribas y que yo te crea.

Menio[293], una vez que tuvo el coraje de acabar con su fortuna materna y paterna, empezó a ser tenido por hombre ingenioso. Parásito vagabundo, incapaz de atenerse a un solo pesebre, que estando en ayunas no distinguía enemigo de conciudadano; cruel a la hora de urdir una infamia contra cualquiera; perdición, huracán y abismo de los mercados, todo lo que conseguía se lo regalaba a su tripa insaciable. Cuando nada o poco sacaba de los que alentaban o temían sus vicios, cenaba unos platos de callos y de cordero barato, suficientes para dar de comer a tres osos; y eso para acabar declarando —como un Bestio[294] enmendado— que a los derrochadores había que quemarles la tripa con un hierro candente. Mas cuantas veces lograba un botín de los grandes, tras convertirlo en humo y cenizas, decía: «Por Hércules, que no me extraña si algunos se comen sus bienes;

[290] Los ya citados de Velia y Salerno.

[291] Recuérdese que Velia está en la Lucania.

[292] Recuérdese que ya en I 2, 28 ss. ese pueblo homérico aparece como ejemplo de vida placentera.

[293] Personaje ya conocido por *Sát.* I 3, 21 ss. como ejemplo de despilfarrador.

[294] Tal vez citado en las sátiras de Lucilio. Menio, como todos los conversos, habría pasado a ser un fanático de la austeridad.

pues nada mejor que un tordo cebado o que una vulva de cerda bien grande[295]».

Tal cual como ése soy yo, pues lo que es seguro lo aprecio, aunque sea escaso, cuando me faltan recursos, sin amilanarme al verme en apuros; pero si algo mejor y más pingüe me depara la suerte, también digo que sólo sois sabios y vivís a derechas vosotros, cuyo dinero está bien a la vista, invertido en espléndidas villas[296].

16

El poeta comienza por describirle a su amigo Quincio su finca sabina, tan grata por su clima y paisaje, y no menos por sus frutos, y refugio de su dueño (1-16). Cede luego a su habitual deseo de ayudar a los demás a sanear su alma: bueno es tener, como tiene Quincio, fama de hombre feliz; pero no debe fiarse de los pareceres del vulgo (18-24). En efecto, no aceptaría que al respecto de su carrera militar se le adjudicaran los elogios que corresponden a Augusto; por ello, tampoco debe tomarse muy en serio los halagos que el vulgo tributa y cuando quiere revoca, al igual que los cargos electivos (25-35). Tampoco deben hacer mella en nosotros los infundios, porque también reciben alabanzas los hombres que nos consta que son deshonestos (36-45). No tiene especial mérito el esclavo que no ha robado, no se ha fugado ni ha cometido un asesinato. Por la misma razón no lo tiene quien es honrado sólo por miedo al castigo, y mala cosa es la esperanza de la impunidad, que algunos piden a los dioses con la boca pequeña (36-62). Todos los hombres ambiciosos son esclavos; en hombre honrado es libre, incluso en las peores prisiones, de las que lo liberará, cuando menos, la muerte (63-79).

---

295 Los genitales de cerda eran un manjar especialmente apreciado.

296 Ironía del poeta: con dinero es fácil ser sabio y bueno.

Para que no preguntes, Quincio[297], tú que eres tan bueno, si mi finca da de comer a su dueño con sus sembrados, o bien lo enriquece con el fruto de sus olivares, o con sus frutas y prados, o con sus olmos[298] ceñidos de vides, te describiré sin ahorrarme palabras el aspecto y la situación de mi tierra.

Si un valle umbroso divide una cadena de montes, de modo que el sol naciente mire a su lado derecho, y el izquierdo lo temple al marcharse huyendo en su carro, no dejarás de alabar un clima como ése. ¿Y si unos matorrales mansos dan rubicundas granas de cornejo y de pruno[299]; y si la encina y el roble regalan con fruto abundoso al ganado y con abundosa sombra a su dueño? Dirás que la verde frondosidad de Tarento[300] se ha venido más cerca. Y además, una fuente digna de dar a un río su nombre, tal que ni más frío ni más puro bordea el Hebro la Tracia[301], fluye para hacer bien a quien tiene dolor de cabeza o está mal del vientre. Ese escondrijo querido y, si ya me crees, tan grato, es el que para ti me mantiene sano en el mes de setiembre[302].

Vives como se debe si procuras ser lo que se dice que eres. Hace tiempo que en Roma todos hablamos de ti como ejemplo de hombre feliz; pero temo que acerca de ti creas a otro más que a ti mismo; o que juzgues dichoso a quien no sea sabio y honrado; o que, si el pueblo dice que eres hombre cabal y de buena

---

297 Se discute sobre la identidad de este personaje, que tal vez es el Quincio Hirpino al que está dedicada la *Oda* II 11; véase la nota de NAVARRO ANTOLÍN.

298 Recuérdese lo ya dicho de que las vides se disponían de manera que treparan por los olmos y otros árboles.

299 Es decir, no se trata de un zarzal, como podría inclinar a pensar el término *uepres* que Horacio emplea, sino de una formación arbustos frutales. El cornejo y el pruno son, respectivamente, el cerezo y el ciruelo silvestres.

300 La amena ciudad del S de Italia, en el golfo de su nombre.

301 Recuérdese que ese río, el actual Maritza, discurre desde las cumbres del Ródope hasta el mar Egeo cruzando la Tracia.

302 Un mes considerado como especialmente malsano.

salud, a la hora de comer disimules una fiebre escondida, hasta que el temblor se apodere de tus manos grasientas[303]. Un descarriado pudor oculta las úlceras sin curar de los necios.

Si uno habla de las campañas que has hecho por tierra y por mar, y con estas palabras halaga tus oídos atentos: «Si más quiere el pueblo que tú estés a salvo, o tú que a salvo esté el pueblo, déjelo en la incertidumbre el que cuida de ti y de la urbe: Júpiter»— serás capaz de reconocer el elogio de Augusto[304]. Cuando permites que se te llame hombre sabio e intachable, dime —te ruego—: ¿respondes tú a ese nombre? «Por supuesto, que digan que soy hombre bueno y prudente me encanta, lo mismo que a ti.» El que hoy te ha hecho ese obsequio, mañana te lo quitará, si quiere; igual que si le concede los fasces[305] a quien no los merecía, él mismo es quien se los quita. «Deja eso, que es mío»— me dice[306]; lo dejo y alicaído me marcho. Y si ese mismo me llama a voces ladrón, y dice que no tengo vergüenza, y que le he echado a mi padre un lazo al pescuezo, ¿he de sentirme mordido por sus calumniosas injurias y mudar de color? Halaga la honra falsa y aterra la infamia mendaz, ¿pero a quién sino al que está lleno de faltas y necesita una cura?

¿Quién es un hombre honrado? «El que respeta lo que decretan los padres[307], el derecho y las leyes; el que cuando hace

---

303 Es decir, mientras se da una gran comilona.

304 Los comentaristas antiguos anotan que aquí Horacio cita un panegírico de Augusto escrito por Lucio Vario Rufo, miembro distinguido de su círculo poético; véase NAVARRO ANTOLÍN, *ad loc.*

305 Recuérdese que los *fasces* eran el atributo de los lictores, los subalternos de los magistrados superiores. La expresión significa, naturalmente, elegir a alguien para uno de eses cargos.

306 Más que *interlocutor fingido* propio de la diatriba, hay que pensar que el sujeto del verbo es el genérico elector al que se acaba de nombrar.

307 Es decir, el senado.

de juez resuelve muchos y grandes procesos; aquel que con su aval garantiza los bienes y con su testimonio los pleitos.» Pero ése, toda su casa y el vecindario entero ve que de puertas adentro es mala persona, y que una hermosa piel le da la apariencia que tiene. «Ni he robado ni me he dado a la fuga»— si eso me dice un esclavo, le digo: «Ya tienes tu premio: no te abrasa el zurriago». «No he matado a hombre ninguno.»— «Pues no darás de comer a los cuervos puesto en la cruz[308]».— «Soy honrado y hombre de bien.»— Que no y que no, dice este sabino[309]. Pues el lobo, cauto, se guarda del hoyo[310], el gavilán de los lazos sospechosos y el milano de mar[311] del anzuelo escondido. Es por amar la virtud por lo que los buenos detestan pecar. Tú no incurrirás en falta por miedo al castigo; mas si tienes una esperanza de que no te pillen, no distinguirás entre sagrado y profano. Pues cuando hurtas uno de mil moyos de habas, para mí en tal caso el daño es más leve, pero no lo es el delito[312]. El hombre bueno, al que admira todo el Foro y todo el tribunal, siempre que aplaca a los dioses con el sacrificio de un cerdo o de un buey, tras decir «¡Padre Jano[313]!» en voz alta; tras decir en voz

[308] Castigo habitual del crimen de un esclavo.

[309] Horacio se refiere a sí mismo, adoptando la denominación de la región en que tenía su finca.

[310] Para cazar a los lobos se usaba, como hasta en nuestros días en ciertos lugares remotos de España, un pozo cavado en la ladera del monte, hacia el que se llevaba a la alimaña ya acosándola por un corredor cercado que desembocaba en él, ya poniendo en su interior un cebo, como un cabrito. De ese arte de caza hay en la toponimia gallega numerosos restos. Se trata, en general, de derivados de **foueum* (por *fouea*) *lupale* («hoyo lobero»), que aparecen en nombres como el simple *Foxo* y en otros más complejos como *Foirobal*, *Follabal*, *Feirobal*, etc.; véase A. Moralejo, 1977, *Toponimia Gallega y Leonesa*, Santiago, Pico Sacro: 137 ss.

[311] Un pez que menciona Plinio el Viejo, *Hist. Nat.* IX 82.

[312] Idea propia del rigorismo estoico.

[313] El famoso dios bifronte, de origen puramente romano.

alta: «¡oh Apolo!», sólo mueve los labios temiendo que le oigan: «Hermosa Laverna[314], concédeme que logre engañar a la gente, concédeme parecer justo e intachable; haz que caiga la noche sobre mis pecados y una nube sobre mis fraudes».

En qué es el avaro superior a un esclavo, hasta qué punto es más libre, cuando en una esquina se agacha por un as pegado en el suelo[315], no alcanzo yo a verlo. Y es que el que ambicione también temerá; y para mí quien viva temiendo jamás será libre. Ha perdido sus armas y ha desertado del campo de la virtud el que se afana y se engolfa en aumentar sin parar su fortuna. Dado que a un prisionero puedes venderlo, no se te ocurra matarlo: será útil haciendo de esclavo. Como es vigoroso, deja que cuide el ganado y que are la tierra; que navegue y que, dedicado al comercio, inverne en mitad de las olas; que aproveche a la despensa del pueblo, que importe trigo y demás provisiones[316].

El varón bueno y sabio se atreverá a decir: «Penteo[317], tú que reinas en Tebas, ¿qué pena me vas a hacer soportar y sufrir sin yo merecerla?».— «Te privaré de tus bienes.»— «Es decir, el ganado, el dinero, los divanes, la plata: puedes llevártelos.»— «Con grilletes y cepos te tendré a merced de un carcelero sañu-

[314] Diosa etrusca, patrona de los ladrones.

[315] Era una broma habitual entre los muchachos la de dejar en el suelo una moneda, pero sujeta con a él con algún pegamento, para burlarse de quienes se agachaban a recogerla.

[316] No veo necesidad de entrecomillar los vv. 69-73, como hacen, entre otros, HEINZE, KLINGNER y NAVARRO ANTOLÍN, pues creo que se incardinan perfectamente en el discurso precedente del poeta, como hacen VILLENEUVE, SH. BAILEY y otros editores. Horacio iguala, con fina ironía, al agricultor y al mercader ambiciosos con el prisionero convertido en esclavo.

[317] El rey tebano que persiguió implacablemente a Dioniso y a sus cultos, lo que le valdría perecer destrozado por las bacantes. En la escena que Horacio nos presenta cabe suponer que quien comparece ante el rey es un devoto de la nueva religión, pero que aquí simboliza la entereza del sabio ante las amenazas del tirano.

do.»— «El propio dios me soltará tan pronto yo quiera[318]». Creo que su pensamiento es éste: «Voy a morir». La muerte es la meta final de todas las cosas[319].

17

Horacio escribe en esta epístola unas *instrucciones para el trato con el poderoso* que brinda a su joven amigo Esceva (1-5). Naturalmente, nada nos impide optar por una vida sencilla y apartada; pero si queremos prosperar hemos de contar con los ricos (6-12). Sobre esta cuestión ya habían polemizado el hedonista Aristipo y el cínico Diógenes. El primero no tenía inconveniente en tratar con los potentados, cuyos favores consideraba similares a los servicios que le prestaba su caballo; el segundo, con gesto malencarado, rechazaba ese trato y a quienes lo aceptaban; pero Aristipo sabía acomodarse a todas las circunstancias de la vida (13-32). Los triunfos militares no están a la altura de cualquiera; pero no es mala cosa lograr el favor de los grandes, lo que también requiere su esfuerzo (33-42). Ahora bien, una vez conseguido, no hay que abusar: más ganará el discreto que el mendicante, que no para de hablar de sus necesidades y acabará como el cuervo que perdió su botín (43-51). El compañero que continuamente se queja de los inconvenientes, como la ramera que siempre llora por la pérdida de una alhaja, pierden toda credibilidad. Lo mismo que el granuja que, de verdad, se ha roto una pierna en la calle, pero del que nadie se fía (52-62).

Aunque sabes de sobra, Esceva[320], cómo cuidar de ti mismo y cómo tratar, llegado el momento, a la gente importante, escucha lo que opina este amigo que es tan poca cosa y que tanto ha

---

[318] Traducción literal de Eurípides, *Bacantes* 73 ss.

[319] Metáfora de las carreras circenses. Como se sabe, los estoicos consideraban el suicidio como una eventual liberación de los sufrimientos.

[320] No se sabe nada más de este amigo de Horacio.

de aprender todavía, como si un ciego quisiera mostrarte el camino. Con todo, no dejes de ver si incluso yo soy capaz de decirte algo que te interese hacer tuyo.

Si te complacen el grato descanso y dormir hasta la hora primera[321]; si te molestan el polvo y el ruido de los carruajes y el jaleo de la taberna, te aconsejaré que te vayas a Ferentino[322]; pues los placeres no sólo les caen en suerte a los ricos, ni ha vivido mal quien nace y muere pasando desapercibido[323]. Mas si quieres hacerles bien a los tuyos y tratarte a ti mismo con un poco más de indulgencia, cuando andes seco habrás de arrimarte a quien esté bien untado[324]. «Aristipo[325], si se resignara a comer hortalizas, no querría tratar con los reyes.»— «Si supiera lo que es tratar con los reyes, no querría hortalizas el que me critica[326]». Explícame de cuál de los dos apruebas las palabras y obras; o bien, dado que eres más joven, escucha por qué tiene más razón Aristipo. Se cuenta, en efecto, que solía burlar el mordisco del cínico[327] de esta manera: «Yo hago el bufón en mi propio provecho, tú lo haces para la gente. Lo mío es mejor y mucho más digno: para que me lleve el caballo y el rey me ali-

---

[321] Como se sabe, la duración y equivalencia de las horas romanas variaba según la estación; pero es claro que la hora primera se contaba a partir de la salida del sol.

[322] Pequeña población del Lacio.

[323] Versión, un tanto adornada, del famoso precepto de Epicuro: λάθε βιώσας, «vive escondido».

[324] Es decir, si eres pobre, arrímate al rico.

[325] Horacio resume aquí una famosa polémica entre el hedonista Aristipo y el cínico Diógenes, de la que da noticia DIÓGENES LAERCIO (II 68). En ella se ve que el primero era un *posibilista* en el trato con las riquezas y con quienes podían dispensarlas, mientras el segundo se mantenía en una intransigencia mal encarada.

[326] Obviamente, respuesta de Aristipo a Diógenes.

[327] Recuérdese que los cínicos tomaban su nombre del nombre griego del perro (κύων), lo que explica lo del «mordisco».

mente[328] hago la parte que me corresponde; tú pides cosas que no valen nada, rebajándote ante el que te da, aunque dices que no necesitas de nadie». A Aristipo cualquier color le iba bien, cualquier estado o fortuna; aspiraba a ir a más, pero en general estaba contento con lo que tenía. En cambio, a aquel al que su austeridad lo lleva a cubrirse con un paño doblado[329], me extrañará si le sienta bien un cambio de rumbo en su vida. El uno no esperará por un atuendo de púrpura: vestido con lo que sea, irá por los sitios más concurridos, y sin desentonar hará este o aquel personaje[330]. El otro evitará una capa tejida en Mileto[331] como algo peor que un perro o que una culebra; se morirá de frío si no le devuelves sus paños. Pues devuélveselos y deja que viva como un majadero.

Llevar a término hazañas y mostrar a la urbe enemigos cautivos es cosa que toca de cerca al trono de Júpiter y se aproxima a los cielos[332]; mas el ser del agrado de los poderosos no es un honor despreciable. «No a todo hombre le es dado llegar a Corinto[333]». Sentado se queda el que tiene miedo al fracaso. «Bueno, ¿y qué?; ¿y el que ha llegado no se ha comportado valientemente?» Y es que o aquí o en ninguna parte está lo que

---

[328] Aristipo practicaba, pues, una moral *pragmática*: alimentaba al caballo y frecuentaba al rey por los mismos motivos.

[329] Diógenes, que, al igual que otros cínicos, se arropaba sólo con un manto de paño al que daba dos vueltas, sin ropa interior, que consideraba superflua; véase NAVARRO ANTOLÍN, *ad loc.*

[330] De nuevo la metáfora del *teatro de la vida*; véase la nota a *Sát.* I 1, 18 y nuestro trabajo allí citado.

[331] Ciudad de Jonia, donde se hacían ricos tejidos.

[332] Alusión a los recientes triunfos celebrados por Augusto, en los que habían desfilado, como era tradicional, prisioneros de los pueblos vencidos.

[333] Expresión proverbial que hacía referencia al atractivo que ejercía la vida lujosa de aquella ciudad sobre todos los griegos. La recoge AULO GELIO I 8, 4, al parecer de un texto de Aristófanes. La entrecomillamos por entender, con gran parte de los editores, que Horacio dialoga aquí con un *fictus interlocutor*.

andamos buscando. Éste siente horror de la carga, que le parece excesiva para su ánimo escaso y su escaso cuerpo; este otro se la echa encima y la lleva. O no es la virtud más que un nombre vacío[334], o hace bien en buscar la gloria y el premio el hombre esforzado.

Quienes ante su rey[335] no hablan de su pobreza han de llevarse más que el que algo le pide (y entre tomar con moderación y arramblar hay cierta distancia); ahora bien, aquí estaba la raíz y principio de todo. «Tengo una hermana sin dote, una madre pobre, y una finca que ni se puede vender ni alcanza para mantenerme.» El que dice así está gritando: «¡Dadme para comer!»; y el otro haciéndole coro: «También a mí». El mendrugo se partirá en dos donativos. Mas si el cuervo fuera capaz de comer en silencio, tendría más comida y muchas menos riñas y envidias[336].

El que va de viaje como acompañante a Brindis o al ameno Sorrento[337] y se queja de lo mal que está la calzada, del frío cruel y las lluvias; o llora porque le han roto el baúl o le han hurtado la bolsa, repite las tretas consabidas de la cortesana, que llora unas veces por una cadena, otras por una ajorca robada, de modo que en lo sucesivo nadie se cree sus verdaderos quebrantos y daños. Tampoco el que ha sido engañado una vez se molesta en echarle una mano al impostor con una pierna rota en una esquina. Aunque a raudales le corran las lágrimas, y diga

---

334 Reaparece la fórmula empleada en VI 31; Porfirión comenta que «la virtud es un nombre vano y vacío».

335 Recuérdese que «rey» es la forma de designar a un rico protector; así Mecenas en el caso de Horacio.

336 El bien conocido apólogo de la zorra y el cuervo, que pierde su queso por tratar de exhibir su voz. No vemos razón suficiente para que no se trate de la misma versión que luego presenta FEDRO (I 13), según opina NAVARRO ANTOLÍN.

337 Recuérdese que Brindis, término final de la Vía Apia, está en el *tacón* de la *bota italiana*. Sorrento está en la costa S. de la bahía de Nápoles.

jurando por el santo Osiris[338]: «Creedme, que no estoy de broma; ¡oh gente cruel, echadle una mano a este cojo!», con ronca voz el vecindario responde: «Busca a uno de fuera»[339].

18

En la carta a Lolio reincide Horacio en el asunto del trato con los poderosos. En él ha de evitar tanto el extremo que representa el bufón adulador, como el de la actitud malencarada de ciertos filósofos que cifran su independencia en su desaliño personal y en una grosera actitud en las discusiones, incluso a propósito de los asuntos más nimios (1-20). La cercanía del rico no debe llevar a imitarlo en sus caprichos, lo que no está a nuestra altura y nos enajenaría su estima. Por ello Eutrápelo regalaba costosas vestimentas a los que quería perder (21-36). Es esencial la discreción; y conviene secundar las aficiones del protector; y para las que implican esfuerzo, Lolio está bien preparado por su experiencia guerrera (37-66). Nada de prendarse de una esclava o sirviente de nuestro amigo (67-75). Especial cuidado hay que tener con aquellos a los que uno recomienda, pues pueden dejarnos mal, acabando con nuestro crédito (76-85). Hay que saber llevar la corriente al patrono (86-95). Entretanto, no hay que descuidar el estudio de la filosofía, tan útil a este respecto (96-103). El poeta, que vive plácidamente en su finca, sólo pide a los dioses seguir como está, pues el equilibrio de su alma lo considera tarea suya (104-112).

Si bien te conozco, Lolio[340], tú, que eres más franco que nadie, te guardarás de dar la imagen del adulador cuando ejerzas de amigo. Cuanto una señora difiere en calidad y color de una

[338] El dios egipcio cuyo culto había alcanzado gran auge en la Roma del tiempo.

[339] Es decir, «a uno que no te conozca».

[340] De nuevo aparece el joven Lolio al que va dirigida I 2; véase nuestra nota *ad loc.*

ramera, tanto ha de distar el amigo del bufón del que uno no puede fiarse. Mas hay un vicio contrario a este vicio y que es casi más grande: la aspereza agreste, fuera de tono y cargante, que se hace notar con la cabeza rapada y los dientes ennegrecidos[341], pretendiendo que se la llame pura franqueza y virtud genuina. La virtud es un punto medio entre vicios, equidistante de ambos extremos[342]. El uno, que es dado al halago en exceso —el bufón que se pone en el último sitio[343]—, de tal modo teme a una seña que el rico le haga, de tal modo reitera sus frases y hace hincapié en sus palabras si pasan desapercibidas[344], que creerás que es un niño que repite el dictado a un maestro severo, o un actor de mimo que hace el segundo papel[345]. El otro[346], con mucha frecuencia, polemiza sobre la lana de cabra[347], y lucha contra naderías armado de pies a cabeza: «¿O sea, que no tengo yo más crédito que otro cualquiera?»; y: «¿Que no ladre[348] yo sin contemplaciones lo que de verdad me parece? Eso, ni al precio de vivir otra vida». Y bien, ¿qué es lo que se discute? Pues si es más diestro Cástor o Dócil; o si a Brindis lleva mejor la Vía Minucia o la Apla[349].

Al que los amores ruinosos, al que el azar de los dados lo

---

[341] Evidente crítica al porte de los filósofos cínicos.

[342] Una vez más aparece el principio aristotélico de la virtud como punto medio entre vicios; véanse *Od.* II 10, 5 y *Sát.* I 1, 106 s.

[343] En las cenas de su protector.

[344] Una de las tareas del parásito o gorrón era la de poner de relieve cuanto dijera el patrono.

[345] Género teatral de ínfima condición, cuya representación corría a cargo, sobre todo, del *archimimus*.

[346] El filósofo adusto.

[347] Al parecer, expresión proverbial para referirse a cuestiones bizantinas, dado que cabía discutir si las cabras tenían lana o pelo; véase NAVARRO ANTOLÍN, *ad loc.*

[348] Clara alusión a los cínicos, «la secta del perro».

[349] Es decir, se discute sobre las respectivas habilidades de dos gladiadores

dejan desnudo; al que la vanidad lo viste y perfuma por encima de sus posibles; al que dominan la sed insaciable y el hambre de cuartos y la vergüenza y horror de ser pobre, a ése el amigo rico, que a menudo tiene a mayores otros diez vicios, lo aborrece y lo odia; o bien, si no lo aborrece, trata de encaminarlo y, como una madre amorosa, quiere que sea más sensato que él y que lo aventaje en virtudes; y le dice una cosa que no anda muy lejos de la verdad: «Mis recursos —y no me discutas— me permiten ciertas tonterías, pero tu patrimonio es escaso. A un acompañante sensato le cuadra una toga modesta; no rivalices conmigo». Eutrápelo[350], a cuantos quería hacer daño les regalaba vestidos muy caros; y es que aquel al que unas hermosas túnicas ya lo hacen feliz, concebirá nuevos planes y más esperanzas; dormirá hasta que sea de día, por una ramera postergará sus deberes, engordará sus deudas, y acabará haciendo de tracio[351], o a sueldo de un verdulero irá llevando un jamelgo.

No has de husmear jamás en sus cosas privadas[352], y lo que él te confíe te lo guardarás aunque te torturen el vino o la ira[353]. No alabarás tus gustos ni censurarás los ajenos; y cuando él quiera ir a cazar, no te pondrás a escribir un poema. Así se quebró la concordia de Zeto y Anfión[354], hermanos gemelos, hasta que enmudeció la lira, aborrecida por el que era más serio. Se

de fama o sobre si valía la pena desviarse en Benevento por la Vía Minucia para llegar mejor a Brindis; como se ve, *nihil nouum sub sole*.

350 Publio Volumnio, caballero romano, amigo de Marco Antonio, que así fue apodado («el gracioso»), al parecer por cosas como la que aquí se cuenta. Es citado varias veces por Cicerón; véase M. Malavolta, *EO* I: 729 s.

351 Es decir, de gladiador.

352 Entiéndase: en las del amigo poderoso.

353 Ya se sabe que el vino y el enfado sueltan la lengua.

354 Hijos de Zeus y de la tebana Antíope. Anfión era un apasionado de la lira, mientras Zeto prefería los ejercicios físicos, llegando a imponerle sus gustos a su hermano. Al fin llegaron a un acuerdo para la construcción de los mu-

dice que Anfión cedió a la inclinación de su hermano; cede tú a los suaves mandatos del amigo que todo lo puede, y siempre que saque al campo su reata cargada de redes etolias[355] y sus perros, levántate y deja a un lado la seriedad de tu inhumana camena[356], para que juntos cenéis los bocados que hayáis conseguido con vuestros esfuerzos. Esa práctica, que fue costumbre de los varones romanos, aprovecha a la fama, a la vida y al cuerpo; y más cuando tú podrías vencer en la carrera al sabueso y al jabalí con tus fuerzas. Añade que no hay quien con más garbo esgrima las armas propias de un hombre: bien sabes tú con qué aclamaciones de los circunstantes afrontas el combate en el Campo[357]. Y, en fin, siendo aún un muchacho, soportaste una dura campaña y las guerras de la Cantabria[358], a las órdenes del que ahora ha desclavado nuestras enseñas de los templos partos y que, si algo resta, se lo adjudica a las armas de Italia. Y no te retraigas ni estés ausente si no tienes excusa. Aunque procuras no hacer cosa alguna que se salga de la cuenta y medida, te diviertes de vez en cuando en las fincas paternas: se reparten barcas entre los ejércitos; bajo tu mando se repite la ba-

---

ros de Tebas: el primero transportaba los sillares, mientras el segundo, con el son de su instrumento, hacía que se asentaran en el lugar debido.

355 Es decir, cuando al amigo poderoso le apetezca cazar. Las redes eran las empleadas en la caza mayor para establecer un cerco. Seguimos, con la tradición y la mayoría de los editores la lectura *Aetoliis*, aunque no está claro que esas redes tuvieran una especial relación con esa región de Grecia. Otros prefieren la lectura *Aeoliis*, que supone una alusión a la colonia eolia de Cumas, donde se cultivaba lino de reconocida calidad.

356 Es decir, de la musa que lo convierte en persona poco sociable, moviéndolo a componer poemas cuando el amigo quiere disfrutar de su compañía.

357 El Campo de Marte, donde se practicaban los ejercicios atléticos y marciales.

358 Concluidas poco antes por Agripa, aunque bajo la dirección de Augusto; véase I 12, 26. Horacio alude luego a la recuperación de las enseñas de Craso, ya comentada en 12, 27.

talla de Accio[359], con esclavos que hacen como si combatieran; el adversario es tu hermano, un estanque es el Adriático[360], hasta que la Victoria veloz al uno o al otro con su fronda corone. Quien crea que así te acomodas a sus aficiones, entusiasmado elogiará tu juego con ambos pulgares[361].

Siguiendo con mis consejos —si es que de algún consejero precisas—, considera más de una vez qué dices de cada cual y a quién se lo dices. Huye del preguntón, pues también es un charlatán y sus oídos, abiertos de par en par, no guardan con lealtad lo que se les confía; y la palabra, una vez que se deja escapar, se echa a volar sin retorno. Que no te queme el hígado[362] ni una criada ni esclavo ninguno, una vez cruzado el marmóreo umbral del amigo que tanto veneras; no sea que el amo del bello muchacho o de la moza querida te haga feliz regalándote tan poca cosa, o que te haga sufrir si no quiere darte ese gusto. A quién le recomiendas, míralo una y mil veces; no sea que luego te causen vergüenza los pecados ajenos. Nos engañamos y alguna vez presentamos a quien no lo merece; así, pues, una vez defraudado, no avales al que está manchado por su propia culpa, de manera que al que conoces a fondo, si lo amenazan las acusaciones, puedas salvarlo, y proteger al que en tu auxilio confía; pues cuando el diente de Teón[363] muerde a ése, ¿no te percatas de que poco después el peligro vendrá sobre ti? Y es que tu interés está en juego cuando arde la pared del vecino, y los incendios desatendidos suelen cobrar mayor fuerza.

---

359 En una *naumachia* o representación de un combate naval; en este caso, el bien de Accio, en el que Augusto y Agripa, en el a. 31 a. C., habían derrotado a la flota de Antonio y Cleopatra.

360 El mar en que la batalla de Accio se había dado.

361 Signo de aprobación del espectáculo presenciado.

362 El hígado como sede de las pasiones amorosas aparece ya en *Od.* I 25, 13 s. y IV 1, 12.

363 Al parecer, un notorio maldiciente.

Es agradable para el inexperto tratar al amigo que es poderoso; lo temerá quien ya tiene experiencia. Tú, mientras tu barco navega en aguas profundas, cuida de que la brisa, al rolar, no te haga volver hacia atrás. Los tristes detestan al que está alegre, y al triste los que están de fiesta; al lento los que van deprisa, al ágil y esforzado los que se quedan atrás; los bebedores [borrachos de falerno desde la media noche][364] detestan al que dicen que no a las copas que ofrecen, aunque les jures que temes a los vapores nocturnos. Aleja de tu ceño las nubes, que a menudo el hombre discreto da la impresión de siniestro, y el taciturno la de desabrido.

En medio de todo esto, leerás y preguntarás a los entendidos de qué modo puedes vivir tranquilamente tu vida; si siempre te ha de agitar y dominar la miserable codicia; si el miedo y la esperanza de cosas cuya utilidad no es más que mediana; si la virtud la da la enseñanza o es un don de la naturaleza[365]; qué es lo que alivia las penas y lo que hace que seas para ti mismo un amigo[366]; qué es lo que da la auténtica tranquilidad: si son los honores, o esa rentita querida, o el camino apartado y el sendero de la vida escondida[367].

Cuando me hacen volver en mí las aguas gélidas del río Digencia[368], en el que bebe Mandela[369], aldea encogida de frío,

---

[364] Verso que falta en varios manuscritos y que se considera interpolado.

[365] Asunto objeto de viejo debate; al menos, desde que Platón, en su *Menón*, se preguntaba por qué los hijos de Pericles no habían salido a su padre.

[366] La de que nos reconciliamos con los enemigos pero aún no nos hemos hecho amigos de nosotros mismos podría considerarse como una típica paradoja estoica; véase, por ejemplo, SÉNECA, *Sobre la vida feliz* 2, 3.

[367] De nuevo el precepto epicúreo de la vida escondida; véase I 17, 10 y nota. Se trata, naturalmente, de la misma «escondida / senda por donde han ido / los pocos sabios que en el mundo han sido» de la *Oda* I de Fray Luis de León.

[368] Actual Licenza, cercano a la villa sabina de Horacio.

[369] Localidad cercana a la villa sabina.

¿qué piensas tú que siento y qué crees, amigo, que ruego? «Que tenga yo lo que ahora, e incluso algo menos, con tal de vivir para mí lo que me quede de vida, si algo quieren que aún me quede los dioses; tenga yo buena provisión de libros y en la despensa alimento para todo un año, y no ande al garete, pendiente de la dudosa esperanza de cada momento.»

Pero a Júpiter basta rogarle lo que él nos concede y nos quita: que nos dé vida, que nos dé recursos. El aplomo del alma he de lograrlo yo mismo.

19

Por tercera vez en el libro, Horacio se dirige a Mecenas, en la más literaria de las epístolas del mismo. Se trata, por una parte, de una invectiva contra sus imitadores; de otra, de la reivindicación de su propia originalidad en los *Epodos* y las *Odas* (I-III), y de una apología frente a los críticos que habían acogido las segundas con poco entusiasmo. Horacio empieza por caricaturizar a los imitadores: a cuento de lo dicho por Cratino, Homero, Ennio y el propio Horacio sobre las excelencias del vino, todos se dan a la bebida. Pero no se es igual a Catón por copiar su atuendo, ni a Timágenes por copiar sus excesos. De los modelos no se deben imitar los vicios, como hace el rebaño servil de sus imitadores (1-20). Horacio, por el contrario, supo ser original: en sus *Epodos*, fue el primero en escribir yambos al modo de Arquíloco; y luego demostró su capacidad de pasar a otro género con sus *Odas*, inspiradas en Safo y, sobre todo, en Alceo, poeta al que él dio a conocer en Roma. Le gusta que personas independientes lean sus libros (21-34). No son pocos los que alaban sus poemas en privado y los critican en público. Ello se debe a que él no anda mendigando el favor de la gente ni adulando a los críticos. Éstos lo tienen por un soberbio, que se cree superior y que reserva sus obras para Augusto. Pero no quiere enredarse en polémicas que no suelen acabar bien (35-49).

Si crees al viejo Cratino[370], docto Mecenas, no pueden gustar ni vivir mucho tiempo los poemas escritos por los bebedores de agua. Desde que a los poetas, que están medio locos, Líber[371] los enroló con los sátiros y con los faunos[372], suelen oler a vino desde la mañana las dulces camenas[373]. De bebedor se acusa a Homero por sus elogios del vino[374]; el propio padre Ennio[375] jamás se lanzó a cantar guerras sino bien bebido. «Al Foro y al Pozal de Libón[376] mandaré a los abstemios; prohibiré cantar a los que no estén bebidos.» Desde que di tal edicto[377], los poetas no han parado de rivalizar bebiendo vino puro de noche, ni de apestar a vino puro de día. ¿Qué pasa? Si uno, con torva mirada y gesto agresivo, con los pies descalzos y sin más atuendo que una toga raída, imita a Catón[378], ¿reproduce acaso la virtud de Catón y su modo de ser? Hizo reventar a

---

[370] Uno de los representantes de la Comedia Antigua ática (c. 520-c. 423 a. C.), citado ya en *Sát.* I 4, 1. Se conserva un fragmento de su comedia *La garrafa* que dice: «Bebiendo agua no puedes dar a luz nada inteligente» (KASSEL-AUSTIN, *Poetae Comici Graeci* 203); véase G. MASTROMARCO, *EO* I; 699.

[371] Baco, dios del vino, también muy ligado a la inspiración poética.

[372] Divinidades grotescas ligadas a los cortejos de Baco.

[373] Recuérdese que son las musas en su denominación itálica.

[374] Esa fama parece reposar en buena parte sobre lo que afirma el *Debate de Homero y Hesíodo* (84 ss. ALLEN), escrito por el sofista Alcidamante hacia el a. 400 a. C; pero en los propios poemas homéricos se habla elogiosamente del vino; véase NAVARRO ANTOLÍN, *ad loc.*

[375] Realmente el padre de la literatura latina (239-169 a. C.). Su fama de bebedor no reposa sobre bases sólidas.

[376] El *Puteal Libonis*, en pleno Foro Romano, era el lugar de reunión de negociantes.

[377] Horacio parodia el lenguaje legal. No parece que se refiera a ninguno de sus escritos anteriores.

[378] Se duda, una vez más cabe dudar de si el poeta se refiere a Catón en Censor o el Viejo (234-149) a. C., o bien a su biznieto Catón de Útica (95-46 a. C.), dado que uno y otro fueron prototipos de la severidad tradicional romana.

Jarbita[379] su lengua envidiosa de la de Timágenes[380], cuando lleno de afán pretendía que se lo tuviera por ingenioso y por hombre elocuente. Engaña el modelo que da que imitar con sus vicios[381]. Si yo empalideciera, beberían exangüe comino[382]. ¡Oh imitadores, rebaño servil: cuántas veces me han revuelto la bilis, cuántas otras me han movido a la risa vuestros aspavientos!

Yo, marchando en cabeza[383], dejé mis huellas de hombre libre por tierra de nadie; no puse mi pie sobre huellas ajenas.

---

379 Comentan los escoliastas que era un orador de origen númida que, en su afán de imitar a Timágenes (véase nota siguiente) «reventó» en el curso de una declamación (como la rana que trataba de imitar al buey de FEDRO I 24); véase *EO* I: 759. Transcribimos el nombre según el mismo criterio aplicado a otros nombres númidas como el de Jugurta.

380 Era un alejandrino que llegó a Roma como prisionero de guerra a mediados de los años 50 a. C. Allí se abrió camino en los círculos políticos e intelectuales, llegando a ser amigo del propio Augusto. Perdió esa amistad por su mala lengua, aunque encontró refugio al lado de Asinio Polión. Casi nada se conserva de su obra historiográfica, en la que, al parecer, se mostraba hostil al Imperio romano; véase E. GABBA, *EO* I: 918 s.

381 El de los autores modélicos que pueden dar malos ejemplos es un viejo tema de la crítica retórica y literaria. Sobre ellos escribiría QUINTILIANO (*I. O.* X 1, 25): «Pues son excelentes, pero hombres al fin y al cabo; y a los que consideran como ley de la oratoria cuanto en ellos se encuentre, les sucede que imitan lo peor (pues ello es más fácil) y creen que son lo bastante semejantes a ellos si siguen los vicios de los grandes»; véanse el respecto la sustanciosa nota de MAYER y NAVARRO ANTOLÍN, *ad loc.*

382 Al parecer, la ingestión de esa hierba produce palidez.

383 Horacio empieza aquí a reivindicar su papel de *primus inventor* en los géneros del yambo y de la lírica latinas, como ya había hecho, por ejemplo, en *Od.* III 30, 13 s. El de la originalidad era ya un tópico, al menos, desde Calímaco. Para su presencia en la literatura latina véase A. THILL, 1979, *Alter ab illo. Recherches sur l'imitation dans la poésie personnelle à l'époque augustéenne*, París, Les Belles Lettres. Ciertamente, Catulo y los demás *poetae noui* habían hecho contribuciones a los géneros yámbico y lí-

Quien esté seguro de sí será el caudillo que guíe el enjambre[384]. Yo fui el primero en mostrar al Lacio los yambos de Paros, siguiendo los metros y los ánimos de Arquíloco[385], no sus asuntos ni las palabras con que acosaba a Licambes[386]. Y para que no me honres con lauros menores por no haberme atrevido a cambiar de ritmos y de género poético[387], templa a la musa de Arquíloco con su pie[388] la viril Safo, la templa Al-

---

rico, pero no de suficiente entidad como para invalidar la reivindicación de Horacio.

[384] Recuérdese que el poeta ya había comparado su propia tarea a la de la abeja en *Od.* IV 2, 27 s.

[385] En efecto, en sus *Epodos* Horacio había adaptado al latín los metros y el espíritu yámbicos de Arquíloco de Paros (*fl. c.* 650 a. C.), tenido por inventor del género.

[386] En cambio, prescindió de los temas y de las palabras injuriosas con las que se cuenta que Arquíloco había provocado el suicidio de su antigua prometida, Neobula, y de su padre Licambes.

[387] En este controvertido pasaje reiteramos la interpretación que propusimos ya hace tiempo, especialmente en J. L. Moralejo, 1995, «Horacio y sus modelos griegos (En torno a *Epi.* I 19-34)», en E. Falque-F. Gascó (eds.), *Graecia capta. De la conquista de Grecia a la helenización de Roma*, Huelva, Universidad de Huelva: 45-81, frente a la interpretación tradicional, últimamente seguida también (de manera implícita) por Navarro Antolín, que no parece conocer nuestro trabajo. Según esa *exegesis recepta*, Horacio reconoce no haberse atrevido a *cambiar los metros y género de Arquíloco*, y se justifica por ello con el precedente de Safo y Alceo, que también habrían seguido los esquemas rítmicos del poeta pario. Ahora bien, y prescindiendo de otros menores, esa interpretación tiene dos graves fallos: 1) es inverosímil que Horacio se excusara por no haber alterado unos metros cuya fiel adaptación al latín era su timbre de gloria; 2) no menos lo es que creyera que los metros y género de los poetas eolios procedían de los de Arquíloco. En consecuencia, *mutare modos et carminis artem*, ha de entenderse como «cambiar *de* ritmos y *de* género poético», algo que Horacio sí se atrevió a hacer pasando de los yambos a la lírica. Safo y Alceo aparecen, pues, ahí como metonimias por sus *Odas*, en las que demostró que era capaz de hacer el cambio antes dicho.

[388] Es decir, con su metro, en las *Odas* de Horacio, que así contrastan con el ímpetu propio de Arquíloco. El exacto sentido de «viril» es discutible, según

ceo[389], distinto en asuntos y en disposición (ni va tras un suegro al que embadurnar con versos negruzcos, ni echa al cuello de su prometida el lazo de un poema infamante[390]). A éste[391], al que antes ninguna voz había cantado, lo di a conocer yo, el latino tañedor de la lira[392]. A mí, que traigo cosas inéditas, me halaga que sean los ojos de personas libres[393] los que me lean, y que manos libres me tengan.

Querrás saber por qué esas obrillas mías el ingrato lector las alaba y estima en su casa, pero de puertas afuera, injusto, las hace de menos[394]. Es que yo no ando a la caza de los votos de la plebe voluble, invitando a cenar y regalando ropa gastada[395]. Yo, que escucho y defiendo a los escritores más nobles, no me rebajo a adular a las tribus y cátedras de los gramáticos[396]; y de ahí tales llantos[397]. «Vergüenza me da recitar escritos indignos de teatros repletos[398], y dar importancia a lo que no la tiene» — si

puede verse en nuestro trabajo ya citado. No parece necesario recurrir a la tradición de la *chronique scandaleuse*, si se considera que la mayoría de los poetas eran varones.

389 Aplíquese a la mención del gran lírico lesbio lo dicho en la nota anterior sobre la de Safo.

390 Como había hecho Arquíloco con Licambes y Neobula.

391 Naturalmente, a Alceo, y no a Arquíloco, como llegó a sostener algún defensor extremado de la interpretación tradicional. Es posible que Horacio limite sus pretensiones de originalidad a Alceo, dado que a Safo ya la había imitado, al menos, Catulo, en su poema 51.

392 El *Latinus fidicen*. Recuérdese el deseo de ser incluido en el canon de los líricos expresado en *Od.* I 1, 35 s.

393 Es decir, opuestas al «rebaño servil» de los imitadores antes citados.

394 Horacio sin duda se refiere a la fría acogida que sus primeros tres libros de *Odas* habían tenido, y especialmente entre los críticos oficiales.

395 Como en época de elecciones hacían los candidatos.

396 Sin duda los críticos oficiales.

397 Las quejas sobre su obra; expresión proverbial.

398 Por entonces ya eran habituales las *recitaciones* de obras nuevas y ante grandes auditorios.

eso digo, el otro responde: «Tú te burlas, y guardas tus cosas para los oídos de Júpiter[399]; pues estás convencido de que las mieles de la poesía sólo manan de ti, que tanto te gustas». Ante esto, no me atrevo a mover la nariz[400]; y para que no me desgarre la uña afilada de aquel luchador, le grito: «No me gusta este sitio»; y pido un aplazamiento[401]. Pues esos juegos engendran temibles rivalidades y resentimiento; y el resentimiento sangrientas enemistades y fúnebres guerras.

20

El poeta se despide de su libro, que está impaciente por salir a la luz, al igual que un joven esclavo deseoso de *hacer la calle* (véase NAVARRO ANTOLÍN). Su autor lo previene de lo que le espera, y que lo hará arrepentirse cuando su amante se harte (1-8). Ha de gustar a todos mientras esté en la flor de la vida; pero a la postre acabará devorado por las polillas o exiliado en algún remoto lugar (9-16). Más aún: acabará rebajado (¿o elevado?) a libro de lectura de los escolares. Si así fuere —y ésta es la σφραγίς o firma del poeta— ha de contar a todos que su autor, había llegado a mucho desde poco, y les dará una idea de su aspecto y carácter a la altura de sus 44 años (17-28).

Libro mío, hacia Vortumno y Jano[402] me parece que miras, sin duda para exhibirte cuando los Sosios te hayan pulido con su piedra pómez[403]. Aborreces las llaves y sellos que a la gente

---

[399] Alusión a Augusto.

[400] Es decir, a hacer un gesto de desagrado.

[401] Términos propios de los combates de gladiadores.

[402] Vortumno o Vertumno era una divinidad etrusca que tenía una estatua en el *uicus Tuscus* de Roma, donde había tiendas de libreros. También las había en el llamado *Argiletum*, donde había un templo de Jano, lugar al que probablemente se refiere aquí el poeta.

[403] Los Sosios eran una familia de editores y libreros de la época, también

pudorosa le gustan; te quejas de que sólo a unos pocos te muestren y alabas la publicidad, aunque no fuiste educado para eso. Evita ese sitio al que ansías bajar, pues no podrás volver después de que hayas salido. «¿Qué hecho yo, desgraciado; qué antojo he tenido?»— dirás cuando alguien te haga daño; y sabes que poco será el espacio que ocupes[404] una vez que tu amante, saciado, se quede sin ganas.

Y si no desvaría este augur[405] por aversión a tu culpa, le has de gustar a Roma mientras la edad no te falle; mas cuando, sobado por todos, empieces a ponerte mugriento, en silencio darás de comer a las incultas polillas, o a Útica te irás exiliado, o te mandarán a Lérida en un envoltorio[406]. Y entonces se reirá el consejero al que no quisiste escuchar, como aquel que al asno que no obedecía lo estrelló contra las peñas, airado[407]; pues ¿quién se va a molestar por salvarte si tú no lo quieres?

Y otra cosa te espera: que enseñando a los niños las primeras letras[408], te llegue en remotas callejas la balbuciente vejez.

---

citados en *A. P.* 345. La referencia a la piedra pómez se debe a que, una vez copiado el libro, los bordes del rollo se igualaban y pulían con ese abrasivo.

[404] Pasaje de interpretación discutida. Se ha pensado en que el volumen, una vez leído, se enrollaría sin grandes contemplaciones para que ocupara el menor espacio posible; pero Porfirión comenta que lo que ocurriría es que sólo sería leído fragmentariamente tras las comidas. La referencia al hastío del amante que viene luego deja claro el tono de parodia de *escapada amorosa* con que Horacio presenta la salida de su joven libro.

[405] Es decir, adivino.

[406] De manera irónica, pero a la postre acertada, Horacio profetiza de la difusión que su obra y la de todos los clásicos alcanzaría en el Imperio romano, mencionando dos lejanos y modestos destinos que aguardaban a su libro: Útica, en la actual Túnez, y nuestra Lérida, a la que tal vez llegue envolviendo un paquete.

[407] Sin duda un tema fabulístico, aunque no bien identificado en la tradición literaria del género. Es obvio, en todo caso, que responde a la proverbial terquedad del burro.

[408] Al fin, el clásico convertido el texto escolar.

Cuando el sol, ya templado, te haya atraído un mayor auditorio[409], hablarás de que yo, nacido de un liberto y en una casa modesta, desplegué unas alas que se salían del nido[410], de modo que cuanto a mi estirpe le restes, a mi valer se lo añadas. Dirás que tanto en la guerra y como en la paz fui grato a los grandes de la urbe, con mi talla exigua, mis prematuras canas, mi afición al sol y mi inclinación al mal genio, aunque no tanta que fuera difícil calmarme[411]. Y por si alguno mi edad te pregunta, sepa que cumplí cuatro veces once diciembres el año en que Lolio designó a Lépido como colega[412].

---

[409] Al parecer, y al menos durante una buena parte del año, las clases de enseñanza primaria se daban en plena calle. Naturalmente, conforme se templaba la temperatura cabía esperar una mayor concurrencia, incluso de adultos que por allí pasaran.

[410] De los antecedentes familiares de Horacio nada añadiremos a lo ya dicho. La metáfora del ave que remonta el vuelo para describir el triunfo poético parece obvia.

[411] Horacio hace un breve autorretrato físico y psicológico a esas alturas de su vida.

[412] El poeta nombra a los cónsules del a. 21 a. C., al final del cual Horacio cumplió los 44. El libro, pues, se habría publicado en el 20.

LIBRO II

1

La dirigida a Augusto es, tras el *Arte Poética*, la más larga y la más importante de las epístolas literarias de Horacio. Consta, por la *Vita* de Suetonio (9), que el poeta la escribió para complacer al Príncipe. Puede decirse que su tema capital es un anticipo de la *querelle des anciens et des modernes*, con importantes juicios críticos acerca de la literatura latina arcaica y en especial de la escénica. El poeta, tras prometer al César que no le robará mucho tiempo, afirma que él, a diferencia de los héroes antiguos, ha recibido de su pueblo los honores merecidos en vida (1-17). Sin embargo, ese pueblo se equivoca al preferir siempre lo viejo, teniendo por monumentos literarios los más rudos textos arcaicos. Cierto que en la literatura griega los autores más antiguos son también los mejores; pero aplicar ese mismo criterio a los romanos no tendría sentido (18-33). Admitiendo que la poesía mejore con los años, como el vino, ¿dónde se han de poner exactamente los límites?: ¿en cien años tras la muerte del poeta o pueden rebajarse alguno? Pero, puestos a quitar años, llegaremos al absurdo; pues ¿en qué momento una cola de caballo deja de serlo si le vamos arrancando sus crines? Se equivocan quienes se atienen a ese criterio (34-49). Los críticos consagrados ponen por las nubes a Ennio, a Nevio, a Pacuvio y a los demás poetas arcaicos romanos, los que el pueblo bebe en el teatro (50-62). Pero a veces el vulgo acierta y percibe su tosquedad. No es que Horacio quiera acabar con esos autores, incluido el más que arcaico Andronico; pero no se puede admitir que por algún que otro verso afortunado que exhiban se dé por buena toda su obra; y menos cuando muchas

otras se rechazan, sencillamente, porque son recientes (63-78). Los prejuicios de los arcaístas no se tienen en pie, pero se indignan si uno pone en duda la calidad de una comedia de Atta; por no hablar de quienes peroran sobre unos textos arcaicos que son los primeros en no comprender (79-89). Si también en Grecia se hubieran seguido esos criterios, ¿qué quedaría de su literatura? Horacio traza luego una rápida crónica de la historia de esa literatura en la época clásica (93-102). Hace luego lo mismo con la romana, hasta llegar a su época, en la que todo el mundo hace versos (103-117). Pero no hay mal que por bien no venga: es importante el papel social del poeta y en especial el que ejerce en la educación (118-138). Horacio se remonta luego a los orígenes populares del teatro romano, a partir de las invectivas y escarnios propios de las fiestas campesinas, cuya primitiva rudeza había sido domada por la ley (139-155). Llegó luego la saludable influencia de la *Graecia capta*, y los romanos no desmerecieron en el cultivo de la tragedia, pero no tuvieron el necesario afán de perfección. De ahí la tosquedad de la comedia de Plauto, tan celebrada, pero que está escrita al dictado del afán de risas y de dinero (156-176). Mala consejera es la popularidad para un poeta escénico; pues el público tiene el gusto corrompido y en mitad de la sesión pide que se intercalen números circenses y sólo aprecia lo espectacular, aunque resulte grotesco (177-193). Si viviera el risueño Demócrito, no se reiría tanto de los disparates que se ven en la escena, como del gozo del pueblo ante ellos; y es que a éste nada le importa, a no ser los aspectos más superficiales (194-207). Horacio, sin embargo, no escatima su elogio a quienes practican como se debe ese género que él no cultiva: admira al dramaturgo capaz de cautivarlo y emocionarlo (208-213). Pasa luego, para concluir, a la *poesía de lectura*, como es la suya, y a las relaciones del poeta con los poderosos y en particular con Augusto, destinatario de la epístola: por de pronto, los poetas no han de resultar inoportunos (214-228). Por lo demás, Augusto no es como Alejandro Magno, que tenía como vate de corte al mediocre Quérilo, mientras sólo se dejaba pintar por Apeles y esculpir por Lisipo (229-244). En cambio él ha sabido elegir a poetas como Virgilio y Vario, dignos de sus mercedes. Bien quisiera Horacio tener, como ellos, capacidad para la épica y ensalzar las gestas del Príncipe; pero no quiere empañar su figura y que sus libros acaben sir-

viendo de envoltorio a los tenderos (245-270). Aparte de la bibliografía general ya citada, debe tenerse en cuenta el artículo de J.-J. Iso «Más sobre la *Epístola a Augusto*: Problemas de estructura e historia literaria», en E. Suárez de la Torre (coord.), 2007, *Teoría y práctica de la composición poética en el Mundo Antiguo y su pervivencia*, Valladolid, Universidad de Valladolid: 281-297, que hace importantes acotaciones al análisis del poema propuesto por Brink III, 1982.

Cuando llevas tú solo el peso de tantos y tamaños negocios, y con las armas garantizas a Italia la seguridad, la adornas de buenas costumbres y la haces mejor con tus leyes, contra el público bien pecaría yo, César[413], si con una larga charla hiciera que perdieras el tiempo.

Rómulo y el Padre Líber, Cástor y Pólux[414], acogidos tras sus hazañas ingentes en los santuarios divinos, mientras en la tierra vivían cuidando del género humano, y apaciguaban sus ásperas guerras, y repartían campos y levantaban ciudades, hubieron de lamentar que la gratitud esperada no correspondiera a sus méritos. El que abatió a la hidra temible y con los trabajos que el hado le impuso domeñó a los monstruos famosos[415], comprobó que sólo el final de la vida domina a la envidia. Pues quema con su fulgor quien hace sentir su peso al talento que está por debajo del suyo; y ese mismo amado será cuando se

[413] Naturalmente, Augusto.

[414] Héroes protípicos, luego divinizados: el fundador de Roma, Dioniso-Baco y los Dioscuros, hijos gemelos de Júpiter y Leda. Recuérdese que lo característico de los héroes es que, pese a su linaje semidivino, hubieron de afrontar en la tierra trabajos e incluso persecuciones. En general, se los considera como benefactores de la humanidad que, como Horacio dicen, no habían recibido en este mundo el agradecimiento debido.

[415] Hércules, hijo de Zeus y Alcmena, el héroe antiguo por excelencia. De sus clásicos trabajos sólo se alude directamente a su lucha con la hidra de Lerna, serpiente de múltiples cabezas que se renovaban al ser cortadas.

haya extinguido. A ti te rendimos honores a tiempo[416], estando presente, y alzamos altares en los que por tu numen se jura, proclamando que jamás nada igual nacerá ni ha nacido.

Pero este tu pueblo, tan sabio y tan justo sólo en eso de anteponerte a ti a nuestros caudillos y también a los griegos, para nada valora las cosas restantes del mismo modo y manera: si no ve que ya están lejos del mundo y que ya han cumplido su tiempo, las aborrece y detesta; y es tan defensor de lo viejo, que de las tablas que delinquir nos prohíben —las que los decénviros establecieron[417]—, de los pactos que acordaron los reyes, ya con Gabios, ya con los austeros sabinos[418], de los libros de los pontífices y de los rollos añosos que escribieron los vates[419], dice y repite que en el monte Albano[420] los dictaron las musas.

Si, dado que entre los griegos los escritos más viejos son también los mejores[421], se pesa a los autores romanos en la mis-

[416] Es decir, en vida. Se alude además al incipiente culto al Emperador.

[417] Las famosas XII Tablas, cimiento del derecho romano, redactadas c. 450 a. C. por los diez *hombres buenos* aludidos.

[418] Antiguos tratados, hoy perdidos, firmados por Roma con la ciudad de Gabios, en el Lacio, y con sus inmediatos vecinos los sabinos.

[419] Los *Annales Pontificum*, viejos registros históricos, y diversas colecciones de *carmina* no conservados.

[420] El monte Albano, en la zona del actual Castelgandolfo, se erguía sobre la antigua Alba Longa, metrópolis de Roma. En él estaba el santuario de Júpiter Lacial.

[421] Aunque no fuera así en todos los géneros, no hay duda de que en la literatura griega buena parte de los *clásicos* indiscutidos aparecen en época temprana (Homero, Hesíodo, Arquíloco, los líricos...), a diferencia de lo ocurrido en la literatura latina, que requirió una larga maduración. De esto era bien consciente, según recuerda Brink III (1982): 66, Cicerón, *Disp. Tusc.* I 3: «Pues mientras que entre los griegos la clase más antigua de hombres doctos es la de los poetas —si es verdad que Homero y Hesíodo vivieron antes de la fundación de Roma y Arquíloco en el reinado de Rómulo—, nosotros aprendimos más bien tarde el arte poética».

ma balanza, no hay mucho que hablar: ni es dura por dentro la oliva, ni lo es por fuera la nuez[422]. Hemos llegado a la cumbre de la fortuna: pintamos, cantamos y combatimos en la palestra mejor que los embadurnados aqueos[423].

Si el correr de los días mejora los poemas, igual que los vinos, quisiera saber cuántos años le dan un valor a los libros. Un escritor que murió hace cien años, ¿debe contarse entre los perfectos y antiguos, o entre los nuevos y de poca valía? Pongamos un límite que zanje la controversia. «Es antiguo y es bueno el que alcanza cien años[424]». ¿Y entonces, el que murió con un mes o un año de menos, entre cuáles habrá de contarse?: ¿entre los viejos poetas o entre los que ha de menospreciar la edad presente y también la futura? «Desde luego, con toda justicia se contará entre los viejos a ese que es un mes escaso e incluso un año entero más joven.» Me aprovecho de esa licencia y, como crines de una cola de caballo, voy arrancando y quitando uno y luego otro, hasta que caiga en la trampa del montón[425] que se esfuma el que apela a los fastos[426] y aprecia el valor por los años, sin admirar sino lo que Libitina[427] consagra. Ennio, sabio y valiente y un nuevo Homero, como los críticos dicen, parece cuidarse bien poco de adónde van a parar las promesas de sus

[422] Dicho proverbial con el que se replicaba a un juicio contrario a la evidencia.

[423] Los griegos, como luego los romanos, se untaban de aceite antes de practicar ejercicios deportivos. El razonamiento de Horacio es, obviamente, irónico.

[424] Habla el consabido interlocutor fingido, tan frecuente en las *Sátiras*. Se entiende que su pintoresca opinión se refiere al escritor de cuya muerte ya han pasado cien años.

[425] Se trata de un viejo problema lógico: el del *sorites del montón* (de trigo) que plantea el problema de cuándo un conjunto no cuantificado (aunque sí cualificado) deja de serlo por sustracción sucesiva de sus elementos.

[426] Es decir, el que pretende fijar límites temporales en este asunto.

[427] La ya citada diosa de las pompas fúnebres.

pitagóricos sueños[428]. ¿No está Nevio en las manos y en la memoria de todos, casi como si fuera de ahora[429]? Hasta tal punto todo poema antiguo es sagrado. Siempre que se discute quién va por delante de quién, se lleva el viejo Pacuvio la fama de docto, Accio la de profundo[430]; se dice que bien le hubiera sentado a Menandro la toga de Afranio, que Plauto se mueve según el modelo del siciliano Epicarmo[431]; que en la gravedad se impone Cecilio y Terencio en el arte[432]. Éstos son los que aprende, éstos los que contempla la poderosa Roma hacinada en angosto teatro; éstos son los poetas que tiene y exhibe, desde el tiempo en que Livio[433] escribió hasta el nuestro.

---

[428] Ennio (239-169 a. C.), padre de la épica y de toda la poesía latina, había relatado al principio de sus *Anales* un sueño en el que aparecía Homero y en el que se le revelaba que su alma, conforme a la metempsícosis pitagórica, había sido antes la de un pavo real. Queda claro que Horacio no lo estimaba tanto como Cicerón, que lo había calificado de «poeta egregio».

[429] El épico, trágico y cómico Gneo Nevio (c. 270-c. 201 a. C.) escribió un *Bellum Poenicum*, sobre la primera guerra contra Cartago, en versos saturnios, que se seguía leyendo en la época clásica.

[430] Marco Pacuvio (c. 220-130 a. C.), sobrino de Ennio, y Lucio Accio (170-c. 90 a. C.) fueron, en tiempos de la República, los dos grandes escritores de tragedias, género que luego sufrió una gran decadencia.

[431] Menandro (c. 292-c. 290 a. C.) fue el más famoso autor de la Comedia Nueva ateniense. El romano Lucio Afranio (*fl. c.* 150 a. C.) escribió numerosas comedias *togatae*, es decir, de asunto romano. T. Maccio Plauto (259-184 a. C.) fue, como se sabe, el máximo autor de comedias *palliatae* (de asunto romano). Epicarmo (*fl. c.* 500 a. C.) fue el mayor cultivador de la comedia griega en Sicilia.

[432] Cecilio Estacio (*fl. c.* 175), cuya obra se ha perdido, fue considerado en la Antigüedad como el mejor de los cómicos latinos. Publio Terencio (c. 195-c. 159 a. C.), es, con Plauto, el único comediógrafo romano de obra conservada y se distingue por su finura estilística y su capacidad para el retrato psicológico.

[433] Livio Andronico, fundador de la literatura latina conocida, escribió en el s. III una traducción de la *Odisea* que, como veremos, Horacio aún hubo de estudiar en la escuela.

A veces el vulgo discierne lo justo, pero otras no acierta. Si admira y alaba a los viejos poetas, de modo que nada prefiera ni ponga siquiera a su altura, se engaña; si piensa que ciertas cosas las dicen muy a la antigua y no pocas con cierta rudeza, y admite que muchas veces les falta carácter, entonces sabe apreciar, está de mi parte y Júpiter le hace juzgar a derechas. Por supuesto, ni los ataco ni pienso que se deba acabar con los poemas de Livio, que recuerdo que Orbilio[434], tan dado a pegar, me dictaba cuando era pequeño; pero me asombra que se consideren bien hechos y hermosos, y no muy distantes de los más perfectos. Y es que, si en ellos reluce por azar una bella palabra, o uno u otro verso un poco más armonioso, no es justo que saquen adelante[435] y nos vendan todo el poema.

Me indigna que se critique una obra no porque se estime que está compuesta de modo rudo y sin gracia, sino porque se compuso hace poco, y que se pida no ya comprensión, sino honores y premios para los autores antiguos. Si dudo de si marcha a derechas por medio del azafrán y las flores la comedia de Atta[436], casi todos los padres a una gritarán que ya no hay vergüenza, pues me atrevo a poner en tela de juicio la interpretación de Esopo, tan grave, o de Roscio, tan sabio[437]. Es porque no consideran correcto más que lo que a ellos les place, o porque estiman que es una deshonra hacer caso a los jóvenes, y reconocer de viejos que han de dejar perder lo aprendido cuando eran imberbes. Y, desde luego, el que alaba el Canto Saliar de

---

[434] El maestro de escuela que Horacio había padecido en Roma; véase nuestra Introducción general, en el vol 360 de esta B. C. G.: 11 ss.

[435] Traducimos según la interpretación que propone Brink iii (1982): 124, siguiendo a Wilkins; lo mismo sugiere Rudd, *ad loc.*

[436] Tito Quincio Atta, muerto en el 77 a. C., fue otro autor de *togatae*. Horacio alude al azafrán que perfumaba y a las flores que engalanaban la escena.

[437] Dos ilustres actores trágicos del tiempo, ambos amigos de Cicerón, que incluso defendió en un proceso al segundo.

Numa[438], y pretende hacer ver que sólo él conoce lo que ignora no menos que yo, no es que apoye y aplauda a los talentos que ya están en la tumba, sino que ataca lo nuestro; lleno de envidia, nos aborrece y también nuestras cosas. Pues bien, si los griegos hubieran odiado lo nuevo igual que nosotros, ¿qué habría ahora de viejo?; ¿y qué tendría el público para leer y manosear, cada cual por su cuenta? Tan pronto como, acabadas las guerras[439], Grecia empezó a divertirse y a dejarse llevar hacia el vicio por la Fortuna propicia ardió en entusiasmo ya por los atletas, ya por los caballos; se enamoró de los artesanos del mármol, de los del marfil y del bronce; sus ojos y su alma quedaron prendidos de las tablas pintadas; y ya disfrutaba con los tañedores de flauta, ya con los que hacían tragedias. Como si fuera una niña pequeña jugando al cuidado del aya, lo que apeteció con pasión lo dejó al poco tiempo saciada. [¿Hay cosa grata u odiosa que no consideres mudable?[440]] Esto trajeron consigo la gratas bonanzas y los vientos propicios.

En Roma gustaron por mucho tiempo de la costumbre de levantarse y abrir la casa temprano, para dar al cliente un consejo legal, para invertir con personas solvente dineros seguros; para escuchar a los viejos y decir al más joven cómo se puede aumentar la fortuna, cómo menguar los caprichos que traen la ruina. Ha cambiado de gustos el pueblo inconstante y no arde sino en la pasión de escribir: coronado el cabello de frondas, cenan

---

[438] El *Carmen Saliare*, conservado aunque en una forma difícilmente inteligible, era cantado y bailado en ciertas festividades por el colegio sacerdotal de los salios, encargados del culto de Marte. Horacio, según la tradición, lo adjudica a Numa Pompilio, segundo rey de Roma, al que se atribuía la organización de la vida religiosa.

[439] Se refiere seguramente a las Guerras Médicas, que se desarrollaron en el primer cuarto del s. V a. C.

[440] Verso interpolado, según opinión general.

mozos y padres severos y dictan poemas[441]. Yo mismo, que afirmo que no escribo versos, a la vista está que soy más falso que un parto[442]: despierto desde antes del alba, pido cálamo, folios y escriño[443]. Miedo le da llevar el barco a quien de barcos no sabe; a darle el abrótano[444] a quien está enfermo sólo se atreve el que a darlo ha aprendido; lo que compete a los médicos son los médicos quienes lo ejercen, y los artesanos se ocupan de su artesanía; poemas los escribimos los doctos e indoctos indistintamente.

Ahora bien, qué grandes ventajas conlleva este descarrío, esta leve locura, calcúlalo de esta manera: que tenga el vate un carácter avaro no es cosa probable: ama los versos y todo su afán en ellos concentra; las pérdidas —fugas de esclavos o incendios— a risa las toma; no trama fraudes en daño del socio o del chico que está bajo su pupilaje[445]; vive de legumbres y de pan de segunda; y si bien para la guerra es flojo y no vale gran cosa, es útil para la ciudad, si me admites esto: que también las cosas pequeñas sirven de ayuda a las grandes. El poeta[446] da forma a la tierna lengua del niño aún balbuciente; ya desde entonces aparta su oído de las palabras obscenas, y luego, además, educa su alma con beneficiosos preceptos, corrige la aspereza,

[441] Práctica habitual en los simposios.

[442] Los partos, por sus tretas guerreras, eran considerados como ejemplo de falsía.

[443] Traduzco con este viejo término su étimo latino, *scrinium*, que significaba, entre otras cosas, el estuche para guardar escritos u objetos de escribir. Con respecto a lo que precede, recuérdese que Horacio, en I 1, había declarado su intención de abandonar los *carmina*.

[444] Planta medicinal para las dolencias respiratorias que exigía una precisa dosificación.

[445] El menor de edad sometido a tu tutela.

[446] Horacio hace aquí una hermosa apología —tal vez demasiado optimista, si se considera, por ejemplo, el vocabulario de Arquíloco— del papel educador de la poesía, que había formado a los grandes griegos desde su infancia.

la envidia y la ira; recuerda las buenas obras, y a las generaciones que surgen las instruye con bien conocidos ejemplos; al necesitado y al doliente consuela. ¿De quién iban a aprender sus preces la joven que no conoce marido y los muchachos sin mancha, si la musa no les hubiera dado un poeta[447]? El coro suplica la ayuda divina y siente a los dioses presentes; implora las aguas del cielo, haciéndose grato con la plegaria aprendida; aleja las enfermedades y los peligros temibles conjura, e impetra la paz y un año repleto de frutos. Con versos se aplacan los dioses celestes, con versos los manes[448].

Los campesinos de antaño, hombres recios y que eran felices con poco, una vez recogidos los trigos, en unos días de fiesta daban descanso a su cuerpo y también a su espíritu, que con la esperanza del fin soportaba tan duras fatigas; y junto con los compañeros de tantos trabajos, y los hijos y la fiel esposa, ofrendaban un puerco a la Tierra y leche a Silvano, y flores y vino al genio, que nos recuerda lo poco que dura la vida[449]. Por esta costumbre nació la licencia de los fescenninos[450], que en versos alternos lanzaba rústicas pullas; y tal libertad, aceptada

---

[447] Horacio, sin duda, rememora en estos hermosos versos la ocasión cumbre de su carrera poética: la de la primavera del a. 17 a. C., en la que, en el marco de los Juegos Seculares, coros de muchachos y doncellas habían interpretado su *Canto Secular*; véase nuestra Introducción al mismo en el vol. 360 de esta B. C. G.: 479 ss.

[448] Es decir, a los celestes y a los infernales y a las almas de los muertos.

[449] Evocación de la viejas fiestas rurales del Lacio. *Tellus* era la divinización de la Madre Tierra; Silvano era un dios campesino y pastoril. El genio, como ya hemos dicho, era una modesta divinidad que acompañaba a cada cual durante toda su vida, como una especie de ángel de la guarda, y se extinguía con él a su muerte (*cf.* I 7, 97; *Od.* III 17 ss.).

[450] Se trataba de versos improvisados, muchas veces obscenos e insultantes, que se intercambiaban en las fiestas de pueblo y en especial en las bodas (algo aún frecuente hoy en día). Una cierta tradición hace derivar su nombre de la ciudad etrusca de Fescennia.

conforme volvían los años, dio lugar a simpáticas bromas; hasta que el juego ya se encarnizó y empezó a convertirse en rabioso descaro, y a ir por las casas honradas amenazando impune a la gente. Tuvieron de qué dolerse aquellos a los que dañó su diente sangriento; mas también quienes no lo sufrieron velaron por el bien de todos, e incluso se puso una ley y una pena, prohibiendo aludir a nadie en coplas malignas; y así cambió la costumbre, y por miedo al garrote volvieron al bien hablar y a divertir a la gente.

La Grecia conquistada a su fiero vencedor conquistó[451], y en el Lacio agreste introdujo las artes. Así dejó de correr aquel áspero ritmo saturnio[452] y el refinamiento acabó con aquella peste insufrible. Sin embargo, por largo tiempo duraron las huellas del campo y aún duran hoy día. Y es que el romano tardó en aplicar su talento a los volúmenes griegos, y sólo en la paz, después de las Guerras Púnicas[453], empezó a averiguar qué traían consigo de bueno Sófocles, Tespis y Esquilo[454]. También probó a ver si podía verterlos con dignidad a su lengua[455], y quedó satisfecho, siendo como es de natural sublime y ardiente; pues en su espíritu hay mucho de trágico y su audacia alcanza un feliz resultado; aunque, ignorante, estima que es un deshonor corregir lo que escribe y lo teme.

---

[451] Verso famoso que resume el proceso por el que la Grecia conquistada helenizó la vida romana.

[452] El primitivo verso latino, todavía cultivado por Livio Andronico y por Nevio, sobre cuya naturaleza aún no se han puesto de acuerdo los especialistas.

[453] La primera duró desde el 264 hasta el 241 a. C.; la segunda desde el 218 al 202 a. C.

[454] Tres hitos de la tragedia griega. Tespis (*fl. c.* 530 a. C.), fue el pionero. Esquilo (525-456 a. C.) y Sófocles (c. 496-406 a. C.) no necesitan presentación. Horacio cita a estos dos en orden contrario al cronológico, por razones métricas.

[455] Se refiere a los trágicos latinos arcaicos ya nombrados, como Pacuvio y Accio.

Se piensa que la comedia, dado que toma sus temas de lo que es cosa de todos, exige muy pocos sudores; mas conlleva una carga tanto más grande, cuanto menor es la indulgencia que se le otorga. Mira de qué manera sostiene Plauto[456] el papel del joven amante, cómo el del padre tacaño, cómo el del rufián insidioso; cuán Doseno[457] resulta en sus voraces parásitos, cómo va por la escena con el zueco mal ajustado[458]. Y es que tiene prisa por meter dinero en la caja, y tras eso poco le importa si la comedia se cae o se tiene derecha.

A aquel a quien lleva a la escena la Gloria[459] en su carro, que va a merced de los vientos, lo desinfla el espectador aburrido y el bien dispuesto lo hincha; así es de trivial, así de mezquino, lo que al espíritu sediento de fama lo hunde o lo anima. Que se vaya a paseo la escena, si flaco a casa me manda después de negarme la palma[460], o gordo si me la concede.

A *menudo ahuyenta* y asusta incluso al poeta atrevido el hecho de que los que son superiores en número e inferiores en mérito y en categoría —ignorantes y necios, decididos a darse de puñetazos si los caballeros disienten[461]—, en mitad de los ver-

---

[456] Al parecer, de manera no muy airosa, según Horacio; al igual que los otros típicos de la comedia que luego cita. Para la interpretación véase BRINK III (1982): 212.

[457] Doseno, «el jorobeta», era un personaje-tipo de la vieja farsa atelana, de origen osco, lejano precedente de la *commedia dell'arte*. En esta frase, a nuestro entender, *Dossennus* ejerce de predicado nominal. Tal es la interpretación de BRINK III (1982): 213. La idea subyacente, según RUDD, *ad loc.*, es la de que los parásitos de la comedia griega resultaban más grotescos que los de la farsa itálica y que los de Plauto.

[458] Alude a los zuecos usados por los actores cómicos.

[459] Entiéndase en un sentido negativo, cercano a la vanidad.

[460] Metáfora de la que se daba a los vencedores en los juegos atléticos.

[461] Los caballeros romanos tenían reservadas las primeras catorce filas del graderío del teatro. Como es obvio, los pareceres que expresaran sobre la obra representada tenían su efecto.

sos reclaman al oso o a los luchadores[462]; pues con tales cosas el populacho disfruta. Mas también entre los caballeros el gusto ha pasado ya por entero del oído a los ojos, tan inconstantes, y a los vanos deleites. El telón está levantado por cuatro y más horas[463], mientras pasan corriendo escuadrones de caballería y pelotones de a pie. Va luego, arrastrada y atadas a la espalda las manos, la Fortuna de los reyes; corren carros de guerra, carretas, coches y naves; cautivo se lleva el marfil, cautivo el bronce corintio[464].

Si aún estuviera en la tierra, Demócrito[465] se reiría al ver cómo un híbrido de pantera y camello —estirpe confusa— o un elefante blanco atraen las miradas del vulgo. Con más interés que la propia función contemplaría al pueblo, pues muchos más espectáculos habría de darle; y pensaría que los poetas le cuentan su historia a un asno que es sordo[466]. ¿Pues qué voces han logrado imponerse al clamor que en nuestros teatros resuena? Pensarías que allí muge el bosque Gargano o el mar de Toscana[467];

[462] Indicio de la ruina del teatro literario romano por aquellos tiempos: los espectadores, aburridos, reclaman que se intercalen espectáculos propios del circo.

[463] Literalmente, lo contrario, pues entonces el telón se bajaba al inicio de la función.

[464] En la línea de degeneración ya antes señalada, que había convertido el teatro en un mero espectáculo visual. En este caso, parece que se representa un *triunfo*, en el que, aparte de prisioneros, y entre otras riquezas conquistadas, desfilan piezas de marfil y de bronce corintio, muy apreciado.

[465] El filósofo ya citado en I 12, 12, siempre sonriente ante la necedad humana. El extraño animal al que luego se alude es la jirafa o *camelopardalis*, por entonces una gran novedad en Roma.

[466] Al parecer, Horacio contamina dos expresiones proverbiales, para acuñar una con más fuerza: *hablar a un asno* y *hablar a un sordo*; véase Navarro Antolín, *ad loc.*

[467] El Gargano es un alto monte que se yergue en la costa de la Apulia, formando un gran promontorio sobre el mar, que viene a ser como el *espolón* de la *bota* de Italia. Estaba poblado de espesos bosques. El mar de Toscana es, naturalmente, el Tirreno.

tal es el estruendo con que se contemplan los juegos, y sus artificios y sus peregrinas riquezas. Tan pronto como, forrado de ellas, se planta el actor en la escena, corre la diestra a juntarse a la izquierda[468]. «¿Ya ha dicho algo?»— «No, nada.»— «¿Qué es entonces lo que te complace?»— «Esa capa teñida en Tarento que imita las violetas[469].» Y no pienses que lo que rehúso hacer yo[470] lo alabo con la boca pequeña cuando otros lo hacen como se debe. Me parece que sería capaz de andar por un cable tendido el poeta que con sus fantasías angustia mi alma, la excita y la tranquiliza, y la llena de falsos temores, y al igual que un mago, ya a Tebas ya a Atenas me lleva[471].

Sin embargo, también a los que prefieren confiarse a un lector que aguantar la arrogancia de los espectadores soberbios[472], concédeles un poco de tu atención, si es que quieres llenar de libros esa ofrenda digna de Apolo[473] y espolear a los vates para que

---

[468] Para aplaudir.

[469] El espectador superficial se fija, ante todo, en el atuendo del actor. Los tarentinos habían heredado la maestría de su metrópolis Esparta en la tintura de tejidos. En este punto nos apartamos de Klingner, que, como bastantes otros editores, acepta la lectura *lana* de la tradición, y seguimos con Brink III (1982): 18, 231, y Rudd la conjetura *laena* de Marcilius y Markland. Parece que Navarro Antolín, por su nota *ad loc.* también se decanta por ella, aunque en su texto latino se lee *lana*. La *laena* era una especie de capote.

[470] En efecto, Horacio no escribió para el teatro; pero se ha pensado que el gran interés que en esta epístola y en el *Arte Poética* muestra por el drama podría deberse a que fuera precisamente un género en el que, por así decirlo, no había tomado posiciones con obras propias; sería para él *una asignatura pendiente*.

[471] Tales cambios de lugar eran habituales, pese a la doctrina de *las tres unidades* (tiempo, lugar y acción). Al parecer, se consideraba a Eurípides como especialmente dado a ellos; véase Brink III (1982): 235.

[472] Es decir, a quienes no escriben para la escena.

[473] Sin duda la ya citada biblioteca que Augusto había establecido junto a su templo de Apolo Palatino. Para los autores romanos el que su obras fueran incluidas en ella supondría una consagración.

con mayor afán al verde Helicón[474] se encaminen. Cierto que mucho es el mal que a menudo los poetas nos hacemos a nosotros mismos —por cortar en mi propia viña[475]—: cuando estando tú preocupado o cansado te damos un libro; cuando nos sentimos heridos si algún amigo ha osado criticarnos un solo verso; cuando, sin que se nos haya pedido, volvemos sobre pasajes ya recitados; cuando nos lamentamos de que no se adviertan nuestros esfuerzos y lo fino que hilamos en nuestros poemas; cuando esperamos que a tanto lleguen las cosas, que, tan pronto como te enteres de que componemos poemas, seas tú quien amablemente nos llame e impidas que nada nos falte, y a escribir nos obligues. Sin embargo, vale la pena saber qué guardianes[476] tiene un valor probado en la paz y en la guerra, el cual no puede confiarse a un poeta que no lo merezca. A Alejandro, el gran rey, le cayó en gracia aquel Quérilo que por sus versos toscos y no bien nacidos se apuntó en su haber unos cuantos filipos, moneda de reyes[477]. Pero, al igual que al andar con la tinta se dejan borrones y manchas, los escritores no pocas veces empañan los hechos gloriosos con poemas horribles. Aquel mismo rey que tirando el dinero compró tan ridículos versos a precio tan caro, prohibió en un edicto que nadie que no fuera Apeles le hiciera un retrato, y que nadie salvo Lisipo moldeara bronces que representaran el rostro del valeroso Alejandro[478].

---

[474] El monte de Beocia en el que habitaban las musas.

[475] El PseudoAcrón anota que Horacio emplea aquí un proverbio que se aplicaba a «quienes por propia voluntad se dañan a sí mismos»; véase BRINK III (1982): 240.

[476] Horacio habla de *aedituos*, los guardianes de un recinto sagrado.

[477] En efecto, al mediocre Quérilo de Yaso Alejandro le concedió una especie de *estanco poético*. El filipo, cuyo nombre deriva del del padre de Alejandro, era una prestigiosa moneda de oro; no se olvide que en el auge de Macedonia tuvo bastante que ver la riqueza aurífera del monte Pangeo.

[478] Caso bien contrario al de Quérilo, pues Apeles fue el más famoso de los pintores del tiempo y Lisipo el más famoso de los escultores.

Pues bien, si un juicio tan sutil para discernir en las artes[479] lo reclamaras también para los libros y para estos presentes que hacen las musas, jurarías que había nacido en los aires espesos de Beocia[480].

En cambio, no desmerecen de tu estima por ellos ni de los obsequios que de ti recibieron —con grandes elogios a quien se los daba—, Virgilio ni Vario[481], poetas que tú tanto quieres; y es que no se muestra más claramente el rostro de los varones ilustres en las estatuas de bronce, que sus virtudes y su alma en la obra del vate[482]. Tampoco yo preferiría estas charlas que van arrastrando por tierra[483], en lugar de tratar tus hazañas, y de describir tierras y ríos, y fortalezas encaramadas en montes, y bárbaros reinos, y guerras llevadas a cabo con tus auspicios por todo el orbe, y los cerrojos que enclaustran a Jano, guardián de la paz[484], y a Roma que bajo tu principado aterra a los partos[485], si cuanto yo ansiara también lo pudiera; mas ni tu majestad admite poema pequeño, ni mi pudor se atreve a tentar una empre-

---

[479] El del propio Alejandro.

[480] El sujeto es también Alejandro. Como se sabe, los beocios tenían fama de gente obtusa. Nuestra interpretación coincide con la de Brink iii (1982): 250.

[481] Virgilio no necesita presentación. Recordemos que el poeta Lucio Vario Rufo fue amigo íntimo de él y de Horacio, a quien ayudó a introducir en el círculo de Mecenas. Junto con Plocio Tucca fue piadoso editor de la póstuma *Eneida*. Nada nos ha quedado de sus obras.

[482] Recurre el tema del poder inmortalizador de la poesía, ya desarrollado en *Od.* IV 8, 13 ss.

[483] Horacio habla, obviamente, de sus propias *Epístolas*, que también considera *sermones*, como sus *Sátiras*.

[484] El templo de Jano se cerraba cuando el estado romano estaba en paz. En tiempo de Augusto se hizo en dos ocasiones.

[485] Como se sabe, el reino parto de los Arsácidas, que se extendía por los actuales Irán e Irak y por parte de los países adyacentes, fue la única potencia extranjera que se hizo respetar por la Roma imperial, aunque en general prefirió tratarla con deferente diplomacia que con gestos agresivos.

sa que mis fuerzas se niegan a sobrellevar[486]. Además, la oficiosidad agobia neciamente a aquel al que ama, y más si se hace valer con el arte del verso. Y es que antes se aprende y mejor se recuerda lo que hace reír que lo que se estima y venera. En nada aprecio un favor que se me hace pesado; no deseo que en parte alguna me exhiban, con el rostro desfavorecido, en una figura de cera[487], ni que me honren con versos mal hechos; no sea que rojo me ponga al verme obsequiado con tan pringosos regalos, y junto con quien haya escrito de mí, tirado en una caja tapada[488], me lleven al barrio donde se venden incienso y aromas, y pimienta y cuanto se envuelve en hojas inútiles[489].

2

Horacio escribe de nuevo a Julio Floro, el mismo de la *Epístola* I 3. La carta se inicia con asuntos literarios, pero acaba derivando hacia los morales, pues por entonces estaba dedicado a «aprender los ritmos y sones de la auténtica vida» (v. 144). Si alguien le vendiera a Floro, tras advertírselo, un esclavo que se hubiera fugado, no tendría derecho a quejarse. De la misma manera, no debe hacerlo porque su amigo tarde en responder a sus cartas y en enviarle los versos prometidos, pues él ya lo había apercibido de su pereza (1-25). Al igual que el soldado de Luculo que sólo se lanzó enardecido al combate tras haber perdido sus ahorros, él sólo ha escrito versos cuando le era necesario para vivir (26-54). Además, los años no pasan en balde y con ellos ha perdido facultades e ilusiones en todos los aspectos, y desde

---

[486] Una vez más, la *recusatio* del poeta ante la idea de escribir poesía épica; véase Navarro Antolín, *ad loc.*

[487] Probable alusión a los cortejos fúnebres, en los que se exhibían figuras de cera de los antepasados.

[488] Ya Porfirión comentaba que este detalle parece igualar el destino del volumen al de un muerto al que se lleva a la hoguera; véase Brink III (1982): 263.

[489] Ya entonces los papiros estimados inservibles servían como envoltorios.

luego en cuanto a la poesía (55-57). Por otra parte, ante las peticiones de sus amigos, se le plantea un problema: uno prefiere sus odas, otro sus yambos, otro sus sátiras; ¿a cuál complacer? (58-64). Está, en fin, el insoportable estruendo de Roma, donde es imposible concentrarse para escribir (65-76). Los poetas necesitan de tranquilidad, la que Horacio había gozado en sus años de Atenas (77-86). A él no le gustan las frivolidades romanas, como los certámenes poéticos de los que él sale hecho un Alceo y el otro un Mimnermo; ni que tener que soportar las lecturas de los poemas de algunos amigos (87-105). El que es un mal escritor sin saberlo disfruta escribiendo; pero el que quiere serlo bueno ha de ser también su propio crítico; sopesar las palabras viejas y nuevas ateniéndose al habla usual y adaptarse a cualquier situación (106-125). Si no lo hace así, será como el argivo demente que, sentado en el teatro, disfrutaba de imaginarias tragedias; hasta que los suyos lo volvieron a la insulsa realidad (126-140). Horacio, como antes decíamos, deriva luego hacia los asuntos que ahora más le interesan: los de la filosofía de la vida (141-144). En un soliloquio que parece llegar hasta el final de la epístola, aparece ante todo el ubicuo tema de la avaricia: la riqueza no aporta sabiduría; (145-157). Y al respecto de los bienes que ya se poseen, ¿qué diferencia hay entre poseerlos o pagar los frutos de los ajenos? Cierto que halaga una gran posesión, pero en cualquier momento la fortuna puede privarnos de ella, y en todo caso ha de hacerlo la muerte (158-179). Se puede vivir sin ciertas *delicatessen*; y los diferentes modos de entender y afrontar la vida lo prueban (180-189). Hay que disfrutar con prudencia de lo que se tiene, sin cuidarse del heredero, pero cuidando de no caer en la pobreza (190-204). Dicho esto: ¿ha erradicado el poeta las demás pasiones de su alma? El convite de la vida se acerca a su final, y si no ha aprendido a disfrutarlo ha de dejar su puesto a los que vienen detrás (205-216).

Floro[490], amigo leal del buen e ilustre Nerón[491], si alguien

[490] El viejo amigo al que estaba dedicada la *Epístola* I 3; véase nota *ad loc.*

[491] Tiberio Claudio Nerón, hijastro de Augusto y su secesor, ya repetidamente citado.

quiere venderte un esclavo nacido en Tíbur o en Gabios[492], y trata contigo de esta manera: «Este buen mozo, y guapo de pies a cabeza, por ocho mil sestercios[493] se hará y será tuyo. Es nacido en la casa, y dispuesto para el trabajo tan pronto el amo le haga una seña. Tiene un barniz de letras griegas y sirve para el oficio que quieras, pues la arcilla mojada podrás modelarla a tu gusto. Incluso te puede cantar mientras cenes y, aunque no es un experto, lo hará de manera agradable. Quien mucho promete, su crédito mengua; pues se excede los elogios quien quiere quitarse de encima las cosas que pone a la venta. A mí nada me apremia: soy pobre, pero con mi dinero. Ningún vendedor te haría este precio, ni yo se lo haría sin más a cualquiera. Faltó al trabajo una vez y, como suele ocurrir, se escondió bajo la escalera por miedo al zurriago[494] colgado del muro... ». Tú le darás los cuartos si no hay nada que te disguste, hecha excepción de la fuga[495]; y el otro se llevará el importe, sin miedo a un castigo, supongo. Has comprado una mercancía defectuosa a sabiendas, las condiciones se te han explicado; ¿y, pese a todo, le pones una demanda y lo enredas en un injusto proceso? Yo ya te dije al marcharte que soy perezoso; te dije que para esas tareas casi soy como un manco, a fin de que no te ensañaras conmigo echándome en cara que no llegaba ninguna respuesta a tus cartas. ¿Y qué adelanté yo entonces si, pese a todo, apelas a unas leyes que están de mi parte? Y encima te quejas de que, mentiroso, no te hago llegar los esperados poemas.

Un soldado de Luculo[496], mientras cansado roncaba una no-

---

492 Poblaciones del Lacio ya citadas.

493 Según se colige, un buen precio.

494 El látigo con que se castigaba la falta señalada.

495 En la venta de esclavos y ganado el vendedor estaba obligado a declarar los defectos de su mercancía; véase RUDD, *ad loc.*

496 El ya citado Lucio Licinio Luculo, distinguido por sus campañas en el Oriente; véase I 6, 40.

che, había perdido hasta el último as de sus pagas ahorradas con muchas fatigas. Tras esto, cual lobo lleno de furia, airado a un tiempo consigo y con los enemigos, enardecido por sus dientes ayunos, desalojó a las tropas de un rey de una posición que, según cuentan, estaba muy bien defendida y bien pertrechada de toda suerte de cosas. Tras ganarse con ello la gloria, fue condecorado y recibió además una suma que pasaba de los veinte mil sestercios. El pretor[497] por entonces ansiaba asaltar no sé qué castillo, y se puso a arengarlo con unas palabras capaces de darle valor incluso a un cobarde: «¡Vete, valiente, a donde tu coraje te llama!; ve con buen pie, que tus méritos te han de traer recompensas ingentes. ¿Por qué te quedas ahí quieto?». Tras esto, el otro, que era hombre avispado, por muy paleto que fuera, le dijo: «Irá, irá a donde quieras el que haya perdido el cinturón del dinero[498]».

Yo tuve la suerte de que me educaran en Roma y de aprender cuánto daño había causado a los griegos la ira de Aquiles[499]. La amable Atenas[500] me dio un poco más de saber: el afán de distinguir lo torcido y lo recto y de buscar la verdad entre los sotos de Academo[501]. Pero los duros tiempos me echaron de tan agradable lugar y, aunque no sabía lo que era la guerra, la tempestad civil me llevó a tomar unas armas que no iban a estar a

---

[497] El propio Luculo, designado aquí con la acepción primitiva del término *praetor* (<**prai-itor*, «el que va delante»).

[498] El que él había perdido. Era al mismo tiempo monedero, según un uso todavía vigente en algunos países.

[499] Leyendo en la escuela la *Ilíada*.

[500] Sobre el tiempo que Horacio pasó en Atenas hemos tratado en nuestra Introducción general, MORALEJO, 2007: 12 ss.

[501] O bien Hecademo, el *genius loci* del hermoso bosque de las afueras de Atenas, en la orilla del río Cefiso, en el que Platón instaló su escuela. El bosque había sido talado en el asedio de la ciudad por Sila en los años 87-86 a. C., pero, al parecer, fue pronto replantado; véase RUDD, *ad loc.*

la altura del brazo de César Augusto[502]. Tan pronto como Filipos[503] me licenció, humillado y con las alas cortadas, privado del hogar y del fundo paterno, me empujó a hacer versos la osada pobreza; pero una vez que tengo para que nada me falte, ¿qué cicutas[504] podrían nunca purgarme bastante, si no pensara que mejor es dormir que escribir versos?

Cada año que pasa alguna cosa nos roba; a mí ya me han quitado los años el bullicio, el amor, los banquetes y el juego, y pretenden ahora arrancarme los versos; ¿qué quieres que haga? Además, no todos admiran y aprecian lo mismo: a ti te encantan las odas, a este otro le gustan los yambos, y a aquél las charlas que llevan la negra sal de Bión[505]. Me parece como si tuviera tres comensales que no están de acuerdo y piden para sus gustos diversos manjares que son muy distintos ¿Qué he de poneros?, ¿qué no he de poneros? Lo que no quieres tú, hay otro que me lo exige; lo que tú pides, a los otros dos les resulta desagradable y muy agrio.

Aparte todo eso, ¿piensas que puedo escribir poemas en Roma, en medio de tantos quehaceres y tantas fatigas? Éste me llama para que vaya de testigo; este otro, para que le oiga leer sus escritos, dejando cualquier compromiso. El uno tiene su

---

502 Recuérdese que Horacio se unió en Atenas al ejército republicano de Bruto y de los *cesaricidas*.

503 La ciudad de Macedonia junto a la que las tropas cesarianas derrotaron a las republicanas en octubre del a. 42 a. C.; véase nuestra Introducción general, en MORALEJO, 2007: 12 ss.

504 Esa planta venenosa también tenía aplicaciones medicinales, especialmente en las enfermedades mentales. Horacio, con un afectado cinismo, da a entender que sólo el afán de dinero lo había movido a escribir.

505 Horacio resume aquí su obra precedente: *carmen* (*Odas*), *iambus* (*Epodos*) y *Bioneus sermo*, las *Sátiras* (y las propias *Epístolas*), a que denomina así en homenaje a Bión de Borístenes (c. 325-c. 255 a. C.), el filósofo cínico al que se consideraba como padre de la diatriba.

casa en el Quirinal, el otro al extremo del Aventino, hay que ir a ver al uno y al otro, y las distancias ya ves que son de una comodidad razonable[506]. «Pero hay plazas vacías en las que nada molesta a quienes quieren pensar[507]». Pasa un contratista, acalorado y corriendo, con sus mulos y sus arrieros; una máquina inmensa levanta primero una piedra y luego una viga; los tristes entierros pugnan con las robustas carretas; por aquí corre una perra rabiosa, por allá una puerca cubierta de lodo[508]. Ahora vete y medita contigo mismo versos canoros. Todo el coro de los escritores es amigo del bosque y rehúye la urbe, como cuadra a un devoto de Baco, que disfruta con el sueño y la sombra; ¿quieres tú que en medio de los nocturnos y diurnos estruendos me ponga a cantar, y siga el rastro angosto que dejaron los vates? Un ingenio que para sí eligió la calma de Atenas, y que ha consagrado al estudio siete años[509], y ha envejecido pensando en los libros, sale de casa más callado de lo que lo haría una estatua; y muchas veces hace que el pueblo se parta de risa. ¿Aquí, en medio del oleaje de los negocios y de la tempestad de la urbe, voy yo a dignarme juntar palabras capaces de hacer que suene la lira?

Había en Roma un orador, hermano de un jurisconsulto; y es el caso que, cuando uno hablaba, el otro no oía más que sinceros elogios; de modo que aquél pensaba que éste era un Graco, y éste que aquél era un Mucio[510]. ¿Por qué esa locura no ha

---

506 Evidente ironía: el Quirinal está en el propio centro de la Roma antigua y moderna; el Aventino en su extremo meridional, a una distancia aproximada de un kilómetro y medio.

507 Una vez más interviene el interlocutor fingido.

508 Gráfica descripción del tráfago cotidiano en las calles de Roma, no muy distinto del que todavía hoy puede experimentarse en algunos de sus barrios.

509 Más de los que cabe suponer que Horacio pasó en Atenas.

510 Prototipos, respectivamente, de la elocuencia y de la ciencia jurídica: el primero puede ser tanto Gayo como Tiberio Graco, los aristócratas que en los

de afectar a los cantarines poetas? Yo escribo odas, aquel otro elegías, trabajo admirable que las nueve musas han cincelado[511]. Mira primero con qué ceremonia, con qué suficiencia pasamos revista a ese edificio que guarda un sitio para los vates romanos[512]. Y luego, si no tienes nada que hacer, ven conmigo y escucha de lejos qué traen consigo y con qué se trenzan la corona el uno y el otro[513]. Nos caen encima los golpes, y con otros tantos dejamos exhausto al rival, como dos samnitas[514] en lento combate que dura hasta que se encienden las luces. Salgo hecho un Alceo[515], según su parecer; ¿y según el mío, él quién es?; ¿quién que no sea Calímaco[516]?; y si parece aspirar a más, se convierte en Mimnermo[517] y con ese apellido postizo se crece. Muchas cosas aguanto por aplacar a esa casta irritable que son los poetas, cuando escribo y suplicando me busco los votos del pueblo[518]; pero también, concluidos esos afanes y vuelto al sen-

---

años 132-121 a. C. perecieron en sus intentos de defensa de la plebe; su contemporáneo Mucio Escévola fue uno de los mayores jurisconsultos de Roma.

[511] Se admite generalmente que aquí Horacio nos presenta una especie de debate con un poeta elegíaco que posiblemente es Sexto Propercio (c. 50-c. 16 a. C.), también miembro del círculo de Mecenas.

[512] Seguramente la sección latina de la biblioteca, ya citada, que Augusto había establecido al lado de su templo de Apolo Palatino; véanse I 3, 16 s.; II 1, 216.

[513] La de laurel, que premiaba a los poetas notables.

[514] Horacio emplea paródicamente los términos propios de un combate de gladiadores. Los samnitas eran tenidos por hombres tan rudos como valientes y destacaban en ese sangriento juego.

[515] El gran lírico eolio de la segunda mitad del s. VII a. C. cuyos ritmos había adaptado Horacio en las *Odas*.

[516] El poeta alejandrino del s. III a. C. al que los elegíacos romanos consideraban como su principal modelo.

[517] Elegíaco griego de la segunda mitad del s. VII a. C., natural de Colofón, que parece haber sido el introductor de los temas amorosos en ese género.

[518] En contra de lo dicho en I 19, 37.

tido común, cerraré impunemente mis anchos oídos a quien venga a leerme sus obras.

La gente se ríe de los que componen malos poemas; sin embargo, al escribirlos disfrutan y en mucho se tienen; y si te quedas callado, son ellos los que felices alaban cuanto han escrito. Sin embargo, el que aspire a escribir un poema de ley, junto con las tablillas ha de tomar el talante del crítico honrado: las palabras que no tengan brillo y carezcan de peso, y las que estime que no merecen respeto, no dudará en quitarlas del sitio, aunque de mala gana se vayan y todavía den vueltas por el santuario de Vesta[519]. Hará bien en desenterrar palabras que por mucho tiempo el pueblo ha dejado en la sombra, y en sacar a la luz vocablos vistosos que, usados antaño por los viejos Catones y los viejos Cetegos[520], cubren ahora la herrumbre deforme y el abandono de siglos; e incorporará otras nuevas que el Padre Uso[521] hubiere engendrado. Semejante en todo a un río incontaminado, impetuoso y límpido, derramará sus tesoros haciendo al Lacio feliz con una lengua más rica. Pondrá coto a la exuberancia, aliviará la excesiva rudeza con razonables remedios, y eliminará lo que carezca de fuerza; dará la impresión de que está jugando aunque esté pasando un suplicio, al igual que el que bailando ora hace de sátiro, ora de agreste cíclope[522].

Preferiría pasar por un escritor delirante y sin arte —mien-

[519] Viejo templo cuya mención da a entender que habla de palabras fuera de uso por su antigüedad.

[520] Prototipos de viejos romanos. Los «Catones» pueden ser tanto «el Viejo», como «el Joven», como los dos a un tiempo (véase nota a I 19, 14). El Cetego aludido parece ser Marco Cornelio Cetego, cónsul en el 204 a. C.

[521] Con la expresión *genitor Vsus* Horacio consagra a la práctica cotidiana como suprema norma de la lengua.

[522] Una vez más la metáfora del teatro y de la versatilidad de sus actores, esta vez referida a una pantomima del tiempo sobre la fábula del cíclope Polifemo y la ninfa Galatea.

tras mis fallos me gusten o, al menos, me pasen desapercibidos—, que darme cuenta de todo y reconcomerme de rabia. Hubo en Argos[523] un hombre —y no era un cualquiera— que creía asistir a admirables tragedias sentado y aplaudiendo feliz en un teatro vacío. En las restantes cosas llevaba una vida normal: buen vecino, sin duda; huésped atento, y amable con su mujer; capaz de disculpar a un esclavo, y de no enloquecer porque a un ánfora le hubieran roto el precinto; y capaz de guardarse de un despeñadero o de un pozo sin tapa. Este hombre, una vez que, atendido por los constantes desvelos de sus allegados, eliminó su mal y su bilis con el eléboro puro[524] y volvió a sus cabales, les dijo: «Por Pólux, amigos: matado me habéis, no salvado, al arrancarme mi gusto y quitarme a la fuerza un delirio tan grato».

Lo que a todas luces importa es tener sensatez; dar de lado a las frivolidades, y los juegos dejarlos para los chicos, que están en edad para ellos; y no andar buscando palabras para entonar con la lira latina, sino aprender los ritmos y sones de la auténtica vida[525]. Por eso me digo a mí mismo y me recuerdo en silencio[526]: «Si no hubiera agua capaz de acabar con tu sed, a los médicos se lo contarías; ¿y lo de que cuanto más has ganado, tanto más ambicionas, no te atreves a confesárselo a nadie? Si una herida no se te aliviara con la raíz o la hierba prescrita, evitarías tratarte con esa raíz o hierba que de nada te sirve. Habías oído que a quien los dioses le dan la riqueza, el mal de la estu-

[523] Antigua ciudad de Grecia, capital de la Argólide, en el Peloponeso.

[524] Medicamento de origen vegetal que se aplicaba a los dementes.

[525] Con este verso, *sed uerae numerosque modosque ediscere uitae*, Horacio reitera su intención de dedicarse a la filosofía moral, ya formulada en I 1, 10. Su bella metáfora establece un puente con sus anteriores afanes poéticos.

[526] Seguimos a los editores y exegetas que entienden que el soliloquio que aquí se inicia llega hasta el final del poema.

pidez se le pasa; y a pesar de que no eres ni un pelo más sabio desde que te has hecho más rico, ¿vas a seguir a los mismos mentores? Y eso que si las riquezas pudieran hacerlo a uno prudente, y a ti no tan codicioso ni tan timorato, ciertamente te avergonzarías de que algún avaro más grande que tú existiera en la tierra.

«Si es propiedad de uno lo que ha comprado con balanza y bronce[527] por medio, algunas cosas —si crees a los juristas— se adquieren por medio del uso[528]. El campo que te da de comer, tuyo es; y el casero de Orbio[529], cuando rastrilla los sembrados que luego han de darte a ti trigos, siente que tú eres su amo. Tú das el dinero y recibes la uva, los pollos, los huevos y una barrica de vino; es decir, que de esa manera poco a poco te compras el campo que tal vez se adquirió por trescientos mil sestercios o más[530]. ¿Qué más da si vives de lo que has pagado hace poco o de lo que hace ya tiempo, cuando el que compró tiempo atrás una finca en Aricia o en Veyos[531] cena hortalizas compradas aunque así no lo crea? Con leña comprada calienta en la gélida noche el puchero; sin embargo, llama suyo a todo el terreno hasta donde el chopo plantado en los linderos seguros evita las riñas con el colindante. ¡Como si fuera propia una cosa que en

[527] La vieja expresión *libra et aere* responde, al parecer, a una economía *premonetaria*, en ia que el bronce no amonedado servía como valor de cambio.

[528] Referencia a la *usucapio* o adquisición por medio del uso pacífico.

[529] Personaje desconocido; pero parece tratarse de un colono del personaje de tal nombre, al que Horacio compraría los productos de la tierra que cultivaba; véase Brink III (1982): 371.

[530] Razonamiento ingenioso pero discutible; pues así no se adquiría la propiedad de la tierra, sino sólo la des los productos comprados.

[531] Dos viejas poblaciones del Lacio. Veyos (y una vez más insistimos en su correcta transcripción, frente al galicismo «Veyes»), antiguamente etrusca, estaba muy cerca de Roma, en dirección N. Aricia, que conserva su nombre, se encuentra algo más lejos, hacia el S.E., junto al lago Albano.

un instante del tiempo, tan dado a mudanzas, ya sea por medio de ruegos, ya de dinero, ya por la fuerza, ya por la muerte que todo lo acaba, puede cambiar de dueños y pasar al dominio de otro! Así, puesto que a nadie se otorga un uso perpetuo, y un heredero se le viene encima al que fue heredero de otro, igual que una ola a otra ola, ¿de qué sirven cortijos y hórreos?; ¿de qué el unir los sotos lucanos con los calabreses[532], si el Orco[533] cosecha a un tiempo lo grande y lo chico, sin dejarse ablandar por el oro?

»Gemas, mármol, marfil, figurillas etruscas, pinturas, plata, vestidos teñidos de púrpura de la Getulia[534]...: hay quienes tales cosas no tienen, y hay quien no aspira a tenerlas. ¿Por qué un hermano prefiere holgar y jugar y darse masajes antes que los feraces palmares de Herodes[535], y el otro, tan rico como implacable, desde el alba hasta que caen las sombras, a golpe de hierro y de fuego desbrava las tierras salvajes? Eso lo sabe el genio[536], el compañero que rige el astro natal, dios mortal de la humana naturaleza, que en cada persona cambia de rostro, y ya es blanco, ya es negro.

»Yo disfrutaré y tomaré de mi módico acervo lo que las circunstancias exijan, y no temeré a lo que piense de mí el herede-

---

[532] Calabria y Lucania estaban en el extremo S. de Italia, donde los grandes propietarios ganaderos tenían grandes propiedades de pastizal.

[533] El dios de la ultratumba.

[534] Relación de objetos preciosos: entre ellos, las figurillas etruscas de bronce y las telas purpúreas de la Getulia, en la costa N. de África.

[535] Herodes el Grande, el odiado tetrarca de Judea en cuyo reinado (74-4 a. C.) se cree que nació Cristo. Los palmerales de Jericó, junto con sus rosales, todavía son admirados hoy por los viajeros.

[536] Ya citado varias veces, y últimamente en II 1, 144. Era una divinidad menor, propia de cada persona y en cierto modo responsable de su carácter (de ahí el «mal genio»). Como Horacio afirma luego, se extinguía con la persona. Naturalmente, el genio era el que mejor sabía de cada cual.

ro por no encontrarse con más de lo que se encuentre; sin embargo, querría saber también cuánto difiere el hombre franco y jovial del derrochador, y cuán distintos son el avaro y el parco. Pues no es lo mismo si, pródigo, despilfarras lo tuyo, que el que no te suponga un disgusto gastar, y no sufras por aumentar tu riqueza; y que hagas más bien como hacías antaño, de niño, en las fiestas de las Quincuatros[537], apurando el disfrute de un tiempo exiguo aunque grato. Que la inmunda pobreza no se acerque a mi casa; yo, ya vaya en una nave grande, ya en una pequeña, iré yo solo y el mismo. No navego a velas hinchadas con el aquilón favorable, pero tampoco paso la vida luchando con los austros[538] adversos; en fuerzas, talento, presencia, virtud, posición y riqueza, de los primeros el último soy, y de los últimos siempre el primero.

»No eres avaro; pues vete en paz. ¿Pero es qué también los vicios restantes ya se han marchado con ése? ¿Está libre tu alma de vana ambición? ¿Está libre del miedo a la muerte y la ira? ¿Los sueños, los mágicos miedos, los milagros y brujas, los espectros nocturnos y los portentos tesalios[539] los tomas a risa? ¿Tus cumpleaños los cuentas a gusto[540]? ¿Disculpas a los amigos? ¿Te vuelves más amable y mejor según la vejez se te acerca? ¿De qué te sirve quitarte sólo una espina de tantas? Si no sabes vivir a derechas, déjale el sitio a quien sabe. Tú ya te has divertido bastante, bastante has comido y bebido; te ha llegado la hora de irte, no sea que, por haber bebido de más, riéndose de

---

[537] Fiestas en honor de Marte y Minerva que se celebraban el 19 de marzo. La situación que Horacio describe es fácilmente comprensible, pues en esos días los escolares tenían vacaciones. El término en latín es femenino.

[538] Recuérdese que el aquilón, antes nombrado, es el viento del N.E.; el austro venía del S.

[539] La región griega de Tesalia era patria de brujerías. Horacio habla aquí de las supersticiones en general.

[540] Es decir, sin entristecerse por el paso de los años.

ti te eche a empujones una generación a la que le cuadra mejor la jarana[541]».

[541] La metáfora de la vida como un *conuiuium* no es menos frecuente que la de la comedia; vése *Sát.* I 1, 118 s.

ARTE POÉTICA

INTRODUCCIÓN

El Arte Poética *en la obra de Horacio*

La llamada, ya desde la Antigüedad[1], *Arte Poética* (en adelante *AP*) es en realidad una de las epístolas de Horacio, la *Epístola a los Pisones*, aunque no puede ser considerada como la tercera del libro II[2] de las mismas, puesto que en la tradición manuscrita suele aparecer inmediatamente tras las *Odas* o tras los *Epodos* y no asociada a ellas. Y, desde luego, no es una epístola más: con sus 476 hexámetros, es la más larga de todas y de todas las composiciones del poeta, y tal vez la última que escribió, quizá un par de años antes de su muerte[3]; su *testamento literario.*

---

[1] QUINTILIANO, *Inst. Or.*, habla del *Ars Poetica* en *praef.* 2 y del *Liber de arte poetica* en VIII 3, 60. Según LAIRD, *CH*: 132, la denominación incluso puede ser anterior.

[2] Lo hace, por ejemplo, HIGHET, 1985: 125. Lo rechaza expresamente BRINK III (1982): 555 ss., alegando que ello haría inexplicable el lugar en que suele aparecer el en los códices. Sin embargo, como nos recuerda RUDD, 1989: 19, el gramático CARISIO (263, 265 BARWICK) al citarla escribe: *Horatius in epistularum.*

[3] O. A. W. DILKE, «When was the *Ars Poetica* written?», *Bull. Inst. Class. Stud.* 5 (1958): 49-57, la data sobre el año 10 a. C. Sin embargo, la cuestión sigue siendo dudosa, pues no son pocos los que la fechan en el 15 e incluso en el 19 a. C. (véase G. D'ANNA, *EO* I: 259). Según BRINK I (1963): 242, el testimonio más importante al efecto sería lo que el poeta dice de sí mismo en el v. 306:

Fue también el poema de Horacio más influyente en la posteridad, canon obligado de la composición poética durante siglos, hasta la irrupción del Romanticismo; y aún podría decirse que dio a luz, a plazo póstumo, un nuevo género de las letras europeas: el de las *artes poéticas* de la época medieval y moderna.

El *AP* se alinea con las epístolas que Horacio ya había dedicado a la reflexión sobre la poesía, como las dos del libro II y alguna otra del I (especialmente la 19), así como con varias de sus precedentes *Sátiras*[4]. Ya hemos dicho bastante en su lugar sobre los motivos por los que se consideran las *Epístolas* como una prolongación de aquéllas, y lo mismo ha de entenderse a propósito de la propia *AP*[5]: su discurso fluye con el tono y registro propios de una conversación informal, sin someterse a las reglas que hoy en día seguiría un ensayo sobre su tema (que,

---

nil scribens ipse, lo que hay que entender referido a la lírica. Por tanto, la fecha del poema habría que situarla o bien en el '*interuallum lyricum*' de los años 23 a 18 a. C., o bien tras la publicación de *Odas* IV, que parece que tuvo lugar en el 14 a. C. En Brink III (1982): 555 ss. precisa algo más las cosas: por una parte, el lugar en que suele aparecer el *AP* en los códices descarta que formara parte del libro II de las *Epístolas*, lo que, a su vez, descartaría que hubiera sido publicada entre el libro I (al parecer, el 20 a. C.) y la *Epístola a Floro*, probablemente del 19, o entre esta última y la *Epístola a Augusto*, tal vez del 12 a. C., pues en tal caso hubiera sido unida al libro II al publicarse éste, tal vez en el propio 12 a. C. Habría que pensar, pues, que el *AP* data de los últimos cuatro años de la vida del poeta. En el mismo sentido véanse Kilpatrick, *EO* I: 311 y Rudd, 1989: 19 ss.

[4] De las sátiras literarias se ocupa también el más importante estudio disponible sobre las epístolas literarias y la propia *AP*: C. O. Brink, *Horace on Poetry I: Prolegomena to the Literary Epistles*, Cambridge, Cambridge University Press, 1963: 153 ss.

[5] Véanse al respecto las observaciones de Brink I (1963): 248, que en su afán de poner paz en las controversias considera igualmente lícito ver el *AP* como un «textbook», como un *sermo* o como un poema, pues para las tres interpretaciones hay motivos.

por lo demás, tampoco se escribiría en verso), y sin renunciar a la posibilidad de explayarse en las asociaciones ocasionales propias del mensaje hablado[6]. El *AP* es, pues, un *Sermo*, en la forma particular que ese género adoptó en las *Epístolas*; pero también, pese a lo que el propio Horacio dice sobre la pedestre condición de ese género, es un poema. Algunos lo han considerado como una refundición de la epístola poética (a su vez derivación de la sátira) en el molde de la poesía didáctica[7], como el *Ars amandi* y los *Remedia amoris* de Ovidio lo fueron de la elegía amatoria; pero a nosotros nos parece que en cuanto a su género el *AP* está bien situada donde está.

El *AP* es también el más denso y complejo de los poemas horacianos y el que ha dado lugar a más copiosa bibliografía. A propósito de sus fuentes, análisis e interpretación, el lector podrá observar cómo en el ruedo bibliográfico se han enfrentado sin contemplaciones auténticos *pesos pesados* de la Filología Clásica, lo que no dejará de provocarle un cierto escepticismo sobre sus posibilidades de llegar a comprenderla debidamente. A este respecto RUSSELL, 1973: 116, afirma que «los problemas planteados, resueltos o disueltos por cuatro siglos de estudio han parado en una neurótica confusión no superada siquiera dentro de los estudios clásicos».

---

6 D. A. RUSSELL, «Ars Poetica», en C. D. N. COSTA (ed.), *Horace*, Londres-Boston, 1973: 113, hace notar que en el *AP* «las transiciones y movimientos del pensamiento dependen de asociaciones verbales y del tono emocional más que de la disposición lógica o retórica». RUDD, 1989: 34, afirma que es «una vivaz y entretenida carta en verso, escrita por un hombre bien instruido para sus amigos, que compartían su amor a la poesía y a cuya compañía se nos invita a unirnos».

7 En ese sentido parece inclinarse D. GALL, *Die Literatu in der Zeit des Augustus*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2006: 30 y 88, aunque con reservas; LAIRD, *CH*: 132 lo llama «poema didáctico», y ya antes RUSSELL, 1973: 113, «eccentric didactic poem».

El Arte Poética *y la preceptiva literaria antigua*

Junto con la de Aristóteles, que nos ha llegado incompleta y era desconocida en la Europa medieval (y no muy conocida en la propia Antigüedad), el *AP* es la única *poética* antigua que se ha conservado[8]; pero, como apuntábamos, no es un tratado sistemático de teoría y práctica de la poesía, sino un poema sobre poesía o, como algunos prefieren decir, sobre poética[9] (es decir, *metapoético* o *poetológico*), por lo que el lector no debe presumir que vaya a encontrar en ella respuestas para todas las preguntas que se haya planteado sobre el modo en que los antiguos concebían el quehacer del poeta.

Con todo, parece predominar la idea de que el *AP* nos transmite una cierta τεχνολογία, que es como los antiguos llamaban al «contenido de los tratados o disertaciones o debates entre expertos»[10]. Por ello es preciso tener en cuenta, en cuanto nos es dado conocerla, la literatura *metapoética* anterior, toda ella griega y escrita en prosa. No hará falta recordar que esa *metapoética* o, simplemente, *poética* es muy posterior al surgimiento de la poesía (como los tratados de apicultura aparecieron cuando las abejas ya llevaban mucho tiempo ejerciendo su dulce oficio). Ante todo, hay que recordar ahora la ya citada *Poética* de Aristóteles, pero también o sobre todo, si hacemos caso al testimonio del escoliasta Porfirión[11], la del poeta y preceptista helenístico Neoptólemo de Pario, del s. III a. C., también de

---

8 Dicho sea con perdón de BÜCHNER, 1981: 511, citado más abajo, que lo niega frente a BRINK, en su afán de subrayar el carácter epistolar y poético de la obra.

9 Así D. A. RUSSELL, «Ars Poetica», en C. D. N. COSTA (ed.), *Horace*, Londres-Boston, 1973: 113; y RUDD, 1989: 34.

10 Así BRINK I (1963): 3, que cita al respecto a CICERÓN., *Cartas a Ático* IV 16, 3, pasaje en que se refiere a los libros II y III de su *Del orador*.

filiación peripatética; una obra hoy perdida, pero de la que nos han proporcionado cierta noticia los fragmentos papiráceos de su recensor y crítico Filodemo de Gádara[12], uno de los maestros epicúreos de Virgilio (al que cita nominalmente Horacio en *Sát.* I 2, 121, aunque en un contexto nada poético), y protegido de la rama de la familia de los Pisones a los que tradicionalmente se ha creído que el *AP* está dedicada[13].

Aristóteles, según se cree, escribió su *Poética* hacia el año 340 a. C., como una especie de «*apuntes*.... para uso inmediato en clase y no con vistas a una publicación»[14] Es, pues, una de las llamadas obras *esotéricas* del *corpus aristotélico*; y aparte de que, como decíamos, nos ha llegado incompleta (nos falta su libro II), no puede verse como un tratado sistemático de su materia en el sentido en que lo es de la suya la *Retórica,* aunque ésta, a su vez, en ocasiones se comporte como «un tratado (retórico) sobre poesía»[15]. No es seguro que Horacio manejara directamente ni la *Poética* ni la *Retórica*, como tampoco el perdido diálogo *Sobre los poetas* del propio Estagirita. En cambio, los fragmentos aludidos de Filodemo sí parecen confirmar que

---

11 En su primer escolio al *AP* escribe: «En este libro reunió los preceptos de Neoptólemo de Pario acerca del arte poética, no todos ellos, desde luego, sino los más notables».

12 Los fragmentos de Filodemo, correspondientes al libro V de su *Sobre los poemas*, conservados precisamente en un papiro (PHerc. 1425) de la famosa villa de los Pisones en Herculano, fueron reconocidos por C. JENSEN, «Neoptolemos und Horaz», *Abhandlungen der Preussischen Akademie* 114 (1918), 1919: 48. Los publicó en *Philodemos über die Gedichte, fünftes Buch*, Berlin, 1923. Véase también la reconstrucción parcial del texto que da BRINK I (1963): 55.

13 Sobre esta cuestión, todavía no resulta, véase nuestra nota a *AP* 6 y la bibliografía allí citada.

14 A. LÓPEZ EIRE, *Poética de Aristóteles*... (*Epílogo de* J. J. MURPHY), Tres Cantos, Istmo, 2002: 5.

15 BRINK I (1963): 97.

Neoptólemo de Pario las conocía de primera mano, y por ello es verosímil que ése fuera el camino, al menos el principal, por el que Horacio accedió a las preceptivas aristotélicas y también a las alejandrinas.

La influencia de Neoptólemo de Pario sobre el *AP* ha sido abordada en diversas investigaciones. Algunas, llevadas del afán de subrayar la originalidad de Horacio, la han minimizado o incluso han prescindido de ella[16]; pero los resultados de la que estimamos más solvente, la expuesta en los *Prolegomena* de Brink I (1963: 43-150), parecen confirmar el testimonio de Porfirión sobre la importancia del preceptista helenístico como intermediario entre Aristóteles y Horacio[17]. Brink, lógicamente, da por demostrada la relación cuando, traídos a colación los tres autores, aprecia que sus testimonios coinciden; y, razonablemente, la presume cuando nos falta el de Neoptólemo, cosa muy frecuente en razón de lo fragmentario del mismo. También considera probable que cuando Horacio no recoge la doctrina de Aristóteles la omisión o cambio ya se diera en la fuente intermedia.

Neoptólemo había estructurado su *Poética* según un esquema tripartito: ποίημα, ποίησις, ποιητής; al parecer, epígrafes correspondientes, respectivamente, a los aspectos formales de

---

[16] Esas tendencias, aunque con diferencias importantes, pueden observarse en Vahlen, Dahlmann, Klingner, Perret, Grimal y Büchner , en los trabajos que reseñamos más abajo a propósito de la estructura del *AP*, así como en P. Händel, «Zur Ars poetica des Horaz», *Rheinisches Museum* 106 (1963): 164-186. El comentario de Rudd, 1989 (25) prescinde expresamente de Neoptólemo, cuya eventual influencia considera de importancia secundaria.

[17] Del mismo año que el de Brink es el libro de C. Becker, *Das Spätwerk des Horaz*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1963, que contiene una buena *historia quaestionis* hasta su momento. Distingue dentro del *AP* una «parte sistemática, didáctica» (vv. 40-250) que estima derivada de fuentes griegas y, desde luego, de Neoptólemo.

la composición, al contenido de la misma y a las cualidades y actividad del propio poeta[18]; un esquema que Filodemo tachaba de incoherente, pero que parece reflejarse en el *AP*[19]. Desde luego, la distinción entre forma y contenido parece ser de estirpe aristotélica, pero de carácter retórico, más que poético[20], en línea con el dominio de la retórica sobre la poesía, que el propio Aristóteles parece haber propiciado[21].

Además del principio de unidad y *completitud* de la obra poética que tanto encarece en los vv. 1-39 del *Ars*, parece claro que Horacio también tomó de Aristóteles, y probablemente por vía de Neoptólemo, el de la *propiedad*, el de lo que los griegos llamaban πρέπον y los romanos *decorum*, que exigía la forma adecuada para cada situación[22] en cuanto a la dicción y al metro. La propiedad tenía especiales exigencias en lo referente al decir de los personajes, ya fuera al expresar las emociones que experimentaran, ya al hablar conforme a características propias

---

[18] El sentido de estos términos en Neoptólemo ha sido muy discutido, pero parece predominar la interpretación que hemos recogido. La sostienen, entre otros, BRINK I (1963): 72 s., y F. SBORDONE, «La poetica oraziana alla luce degli studi più recenti», en *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* (*ANRW*) II.31.3 (1981): 1873. El mérito de haber aclarado definitivamente el sentido y orden en que Neoptólemo había empleado estos términos parece corresponder, sobre todo, a P. BOYANCÉ, « À propos de l'Art Poétique d'Horace», *Revue de Philologie* 10 (1936): 20-36. En cuanto a Horacio, no parece que emplee los términos *poema* y *poesis* en ese sentido técnico.

[19] Concretamente, y como luego veremos, en los bloques formados por los vv. 40-118 (estilo y disposición), 119-294 (contenido de la epopeya y el drama), y 295-476 (preceptos generales para el poeta). Los vv. 1-39, como también veremos, son una especie de introducción sobre la unidad de la obra.

[20] Véase BRINK I (1963): *loc. cit.* y 80 ss. y especialmente 84, donde afirma que «tanto Neoptólemo como Horacio aplicaron a la poesía un esquema retórico como el de Aristóteles».

[21] Véase BRINK I (1963): 86, 91.

[22] BRINK I (1963): 96 s.

de cada edad y condición. También en este punto el *AP* parece recoger doctrinas de Aristóteles, y no pocas de la *Retórica*, tal vez adaptadas a la poética por el propio Neoptólemo aprovechando «el carácter retórico de la doctrina de Aristóteles sobre el estilo poético». En esa materia, «sólo una pequeña parte del contenido puede derivarse de la *Poética*»[23].

Por el contrario, en la *Poética* parece haber bebido abundosamente Neoptólemo, y tras él Horacio, en lo que se refiere a los contenidos (empezando por el ya citado precepto de la unidad, que «suena como la gran ley de toda la poesía»[24]); pero con un cambio importante: los preceptos que Aristóteles dicta a propósito de la tragedia, nos los encontramos en Horacio convertidos en principios generales de la creación poética. También parece haber mediado ciertas *adaptaciones* en la doctrina referente a los viejos y nuevos temas de la tragedia y de la épica: Horacio aconseja al poeta que no se meta a inventar asuntos nuevos, en tanto que la *Poética* no cerraba la puerta a tales iniciativas[25]; una vez más, podría ser cosa de Neoptólemo. Entre *Poética* y *Retórica* parece haber navegado Horacio (*AP* 153-178) —y posiblemente ya Neoptólemo— en el apartado correspondiente a la *ethologia*, los *mores*, la apropiada presentación de los diversos *characteres* en razón de su edad, condición social y demás rasgos propios. A tal asunto se dedicaba el cap. 15 de la *Poética*; pero el tratamiento que Horacio le da no parece corresponder al «análisis lógico» que en ella se hace, sino a un «simple esbozo de las edades del hombre» procedente de la *Retórica* (II 12-14), con la particularidad de que distingue cuatro y no tres edades canónicas[26].

---

23 Brink I (1963): 99 s.

24 Brink I (1963): 103.

25 Brink I (1963): 105.

26 Seguimos a Brink I (1963): 110 ss.

A partir del v. 179 el *AP* expone una serie de reglas sobre la poesía dramática, que parecen tener relación con las que contiene la *Poética* en sus caps. 17 y s. Sin embargo, Horacio y/o sus fuentes no las siguen de cerca. Así, la de los famosos *cinco actos*, no procede de Aristóteles sino, probablemente, de la preceptiva y práctica helenísticas. Tampoco la que admite en escena a un cuarto actor, mientras que sí dejan ver ecos de él las concernientes a la representación *en vivo y en directo*, tan de moda en nuestros días, de escenas macabras, y al abuso del recurso del *deus ex machina*. Sí parece provenir de la *Poética* el precepto de que el coro actúe como un verdadero personaje[27] y no como un ornato decorativo que en su discurso puede divagar sobre asuntos ajenos a la trama. En el capítulo referente a la música en el teatro y a sus excesos (*AP* 202 ss.), irrumpe en la escena una fuente aristotélica, pero insospechada hasta que reparó en ella O. IMMISCH[28]. Es un pasaje de la *Política* (VIII 6, 1341*a*, 28) que explica cómo los éxitos militares y económicos de los atenienses les proporcionaron más ocio y, en consecuencia, tiempo y atrevimiento para dedicarse al aprendizaje de la música de flauta, antes considerada como *de medio pelo*[29].

Según decíamos, Neoptólemo había estructurado su obra en tres partes, las concernientes al ποίημα, a la ποίησις y al ποιητής. En cuanto a la segunda, que, según veíamos, hay que

27 Así BRINK I (1963): 113 ss.

28 En «Horazens Epistel über die Dichtkunst», en PAULY-WISSOWA, *Realencyclopädie der Altertumswissenschaft, Suppl.* 24, 3 (1932): 134, noticia que tomamos de BRINK I (1963): 115 ss.

29 «Pues habiendo adquirido más ocio, gracias a la prosperidad, y haciéndose más magnánimos respecto a la virtud, enorgullecidos por sus hazañas tanto antes como después de las Guerras Médicas, se dedicaban a todo tipo de aprendizajes, sin hacer distinciones, sino en el afán de saber. Y por ello introdujeron también la flauta en los estudios»; trad. de M. GARCÍA VALDÉS, *Aristóteles, Política* (vol. 116 de esta B. C. G.): 471 s.

entender como referida a los contenidos poéticos, se correspondería con los vv. 119-219 del *AP*, que por vía del crítico helenístico derivarían de los caps. 6-18 y 23-26 de la *Poética*; por su parte, el apartado del ποίημα, referente a cuestiones de ordenación y estilo, se correspondería con *AP* 40-118, y derivaría de los caps. 19-22 de la *Poética*, dedicados al pensamiento y la dicción. En fin, los versos 1-39 son una introducción consagrada a los principios, también aristotélicos, de la unidad y la propiedad, que atañen tanto a la forma como al estilo. En estos términos cuadra Brink I (1963): 118, sus cuentas a propósito de lo que el *AP* debe a la *Poética* y a la *Retórica* aristotélicas, en principio siempre por vía de Neoptólemo.

Queda por ver el origen de la sección correspondiente en Neoptólemo al ποιητής, que se corresponde con la larga parte final del *AP* (295-476), en la cual se dan al aspirante a poeta una serie de preceptos literarios de carácter general de los que no hay mayor precedente en la *Poética* y ninguno en la *Retórica*. Los estudiosos no se han desanimado y han tratado de sacarle partido a los escasos fragmentos conservados del diálogo *Sobre los poetas* del propio Aristóteles, y la verdad es que sin grandes resultados. Al parecer, en la parte final del *AP* sólo hay un pasaje (333-346) en que es posible confrontar a Horacio con Aristóteles y con Neoptólemo. Es aquel en el que se habla de la pretensión de todos los poetas de ser útiles o de deleitar a su público, dilema que, como se recuerda, Horacio zanja dando el primer premio al que «mezcló a lo agradable lo útil» (343). Ese precepto, al parecer, procede de Neoptólemo; pero no comparte con Aristóteles más que la idea de «la defensa y la justificación de la poesía»[30]. A la postre, concluye Brink I (1963): 134, que también otros párrafos de esa sección final del *AP*, que

[30] Así Brink I (1963): 129, cuyas páginas precedentes he seguido en este párrafo.

igualmente mezclan rasgos aristotélicos con otros tradicionales y populares, tienen el aspecto de proceder de Neoptólemo, pero que en nada mejoran nuestro conocimiento del *De poetis*.

Parece quedar claro, al menos, que Porfirión no mentía al hablar de Neoptólemo como fuente del *AP*, y que éste fue un intermediario fundamental entre Aristóteles y Horacio, el cual —insistimos— probablemente nunca manejó directamente los textos del primero[31]. Pero también algunos otros autores han sido invocados como posibles fuentes de la poética horaciana. Así Teofrasto, el sucesor de Aristóteles al frente del Liceo, autor de los inefables *Characteres*; o el académico Heraclides Póntico, discípulo directo de Platón, que escribió una obra perdida *Sobre la poética y los poetas*[32]; o el estoico Panecio de Rodas que ya impartió en la Roma del s. II a. C. buena parte de su magisterio y teorizó sobre el principio de lo

[31] A este respecto BRINK I (1963): 140, responde con un tajante «no» a la cuestión de si el propio Horacio, aunque fuera teniendo en cuenta a Neoptólemo y a otros autores, pudo haber sido el que adaptara las doctrinas aristotélicas a su obra; pues afirma no saber de testimonio alguno del conocimiento directo de la *Poética* en tiempos del poeta. En el capítulo citado (135 ss.) Brink hace un balance de su larga investigación, al cual remitimos.

[32] BRINK I (1963): 142 se muestra escéptico a propósito de ambas posibles fuentes. De Heraclides Póntico afirma que nada se sabe, y no sin razón, pues en esta historia su nombre parece haber acabado siendo «un caratteristico doppione di quello di Neottolemo» (SBORDONE, 1981: 1871). Y es que su irrupción en el debate se debió a una suma de circunstancias inciertas: de una parte, una primera intuición de JENSEN, el benemérito editor del papiro de Filodemo/Neoptólemo, sin duda recordando el título de la obra perdida de Heraclides; de otra, las autocríticas del propio JENSEN a sus lecturas del papiro, que lo llevaron a concluir que algunas de las opiniones atribuidas a Neoptólemo eran en realidad de Heraclides. Por lo demás, parece que las del uno y del otro, como surgidas de la misma escuela, no divergían grandemente; véase SBORDONE, 1981: *loc. cit.*, que, por lo demás, admite que Filodemo también recoge opiniones de Heraclides, y en el resto de su *Bericht* lo pone casi a la altura de Neoptólemo.

πρέπον[33]. Tampoco han dejado de señalarse concomitancias, de diversa entidad y discutible signo, con autores latinos como Lucilio y Varrón, y en particular con el Cicerón retórico del *De oratore* y el *Orator*[34].

La estructura del Arte Poética

Ars sine arte tradita («arte transmitida sin arte») llamó al *AP* J. J. Escalígero, uno de los pocos humanistas que osaron a criticar a Horacio; una *salida* que podría sonar como la del plebeyo que afirmó que el rey iba desnudo, pero que no dejó de tener suscriptores. Escalígero echaba en falta el sistematismo visible en bastantes tratados antiguos sobre materias literarias y que ya eran de rigor en los de su tiempo; y el caso es que aún en nuestros días sigue siendo debatida la cuestión de la manera en que Horacio organizó la materia tratada en su *AP*, e incluso la de si la organizó de alguna manera. En el extremo opuesto a la de Escalígero están las tesis de quienes, como luego veremos, incluso han creído adivinar en la construcción del *AP* unos artificios inaccesibles a simple vista, que harían de ella un verdadero ejercicio de *poesía secreta*; y entremedias, muchas y profundas contribuciones de ilustres estudiosos que no han logrado ponerse de acuerdo acerca de las ideas expuestas en el *AP* y del método con que Horacio las expuso. Uno de los más notables, Brink I (1963): 245, da por supuesto que «el *Ars* se ajusta a ciertos principios de organización que los críticos litera-

---

[33] Brink I (1963): 136 estima que el tema ya había quedado consagrado por Aristóteles, por lo que no da mayor relevancia al dato.

[34] Remitimos a E. Burck, «Nachwort und Bibliographische Nachträge» a Kiessling-Heinze III (véase bibliografía: *Comentarios*), 1959⁶: 403; Sbordone, 1981: 1870 s.; Rudd, 1989: 27.

rios profesionales reconocerían como propios...». Veamos si esos principios también son reconocibles para quienes no somos «críticos literarios profesionales» ni, desde luego, contemporáneos de Horacio[35].

En la *historia quaestionis*[36] se suele considerar, no con toda justicia, que la investigación moderna arranca de E. NORDEN[37], que sentó el principio de que el *AP* se estructura según «una fuente isagógica sistemáticamente concebida», como escribe F. SBORDONE (1981): 1867; concretamente, conforme un manual elemental procedente del ámbito retórico. Y retórico fue, en efecto, el análisis que Norden propuso para el *AP*. Para empezar, vio en ella una estructura bipartita basada en una distinción que consideraba típica de ese género de la *isagoge* o introducción a los diversos saberes: la de *ars* frente a *artifex*. En el *AP* tendríamos, pues, dos partes: 1. *de arte poetica* (vv. 1-294) y 2. *de poeta* (295-476). La primera constaría de dos secciones[38]:

---

[35] SBORDONE, 1981: 1868 s., abre su panorámica histórica a partir del trabajo luego citado de Norden con un resumen: de una parte alinea a los estudiosos proclives a ver en el *AP* «una trama coerente e un organico impianto dottrinale», entre los que enumera a Rostagni, Cupaiuolo, Pavano y a sí mismo; de otra, a quienes tienden a «soluzioni... meno rigide e dunque più malleabili», como Immisch, Boyancé, Steidle, Brink y Grimal. De las aportaciones de todos ellos da cumplida referencia en su trabajo.

[36] Para la misma véanse: E. BURCK, 1959: 401 ss., muy completo hasta su fecha; BRINK I (1963): 15 ss; SBORDONE, 1981: *passim*; DOBLHOFER, 1992: 128 ss.; NAVARRO ANTOLÍN: XXXI ss.

[37] «Die Composition und Literaturgattung der Horazischen Epistula ad Pisones», *Hermes* 40 (1905): 481-528. Anterior era, entre otras, una primera e importante contribución de J. VAHLEN, «Bemerkungen zu Horatius De Arte Poetica», en *Zeitschrift Österreichischer Gymnasien* 18 (1867): 1-16; *non uidimus*, pero remitimos a lo que sobre ella dice BRINK I (1963): 18 y 24 s. Al parecer, Norden la tuvo muy en cuenta.

[38] Los números ordinales que añadimos al esquema son cosa nuestra, en la idea de facilitar su comprensión.

1.1. *de partibus artis poeticae* (vv. 1-130) y 1.2. *de generibus artis poeticae* (131-294). La segunda, tras unos versos de transición (295-308), se repartiría en cuatro: 2.1. *de instrumentis poetae* (vv. 309-332); 2.2. *de officio poetae* (vv. 333-346); 2.3. *de perfecto poeta* (347-452), y 2.4. *de insano poeta* (vv. 453-476). En ese esquema llama la atención, sobre todo, la importancia que en su primera parte se otorga a la tradición retórica, hasta el punto de que la sección 1.1. *de partibus artis poeticae* se reflejan las categorías oratorias de la *inuentio* (16-41), la *dispositio* (42-44) y la *elocutio* (45-130)[39]. Como luego se verá, los propuestos por algunos de sus críticos no difieren grandemente del esquema de Norden en cuestiones de detalle; pero aquí se trataba de algo más: de la propia condición de la obra como muestra de un género y, consecuentemente, de su tradición literaria y de su *forma interna*. Y así J. VAHLEN[40] volvió a intervenir en el asunto al cabo de muchos años de su primera contribución, para afirmar el carácter no sistemático del *AP*, que ante todo sería un poema, «en el que todo se desarrolla en un fluir libre», y no «un sistema con apartados y capítulos»[41]. La distinción *ars / artifex* no sería adecuada para la poesía, aunque sí lo fuera para otras *artes*, empezando por la retórica[42]. Pero la publicación del desciframiento del famoso papiro de Filodemo-Neoptólemo por Jensen dio mayor credibilidad a las tesis de Norden, puesto que parecía confirmar la vieja estirpe de su división fundamental. Una reacción contra el esquematismo retórico y didáctico derivado de Norden se inicia con FR. KLINGNER[43]. Aun admitiendo

---

39 SBORDONE: 1867 s.; VER BRINK: 21 ss.

40 «Über Horatius' Brief an die Pisonen», *Sitzungsberichte der Preussischen Akademie*, 1906: 589-614.

41 Traduzco según la cita de SBORDONE, 1981: 1886.

42 Me atengo aquí a la reseña que hace BRINK I (1963): 26.

43 «Horazens Brief an die Pisonen», *Abhandlungen über die Verhandlungen*

la bipartición *ars / artifex* (1-294 / 295-476), el gran horacianista —afirma muy gráficamente BRINK (I [1963]: 34)—, frente a las interpretaciones que habían «osificado la estructura flexible de un poema», «presentó un *Ars Poetica* que era por entero piel y superficie», lo que lo lleva a pasar por alto, o poco menos, su contribución a la hora de tratar de los análisis estructurales. Para KLINGNER (1937: 65 = 1964: 403), un solo objetivo inspira el *AP* en sus dos partes, el mismo «que Horacio intentó y realizó en todas sus obras: la ordenación impecablemente lograda de la proporción». Ello no le impide aceptar el ya viejo criterio de la bipartición, aunque estableciendo entre 1-294 y 308-476 una sección de transición y unión. Por lo demás, para él el *Ars* discurre con la libertad propia de un discurso poético.

En fin, no es fácil sintetizar —ni posible en esta ocasión— las muchas y densas aportaciones posteriores. SBORDONE (1981: 1886 ss.) reseña las de Cauer, Wecklein, van Haeringen, Ramain, Immisch y Klingner, y subraya como «una delle cose migliori che siano state scritte sull' A. P.» la ya citada de P. BOYANCÉ[44]. En efecto, además de restablecer el orden debido de los temas en la poética de Neoptólemo (ποίημα, ποίησις, ποιητής), el estudioso francés diseñó un muy razonable esquema del *AP*, no sin tener en cuenta algunos de los precedentes, que puede resumirse de esta manera: a) unidad de la obra (vv. 1-45); b) tratamiento de la λέξις (dicción, vv. 46-118); c) tratamiento del *argumentum*, caracteres y disposición de la tra-

der sächsisen Akademie, Phil.-Hist. Klasse 88 (1936), 1937: 1-68, reeditado en sus *Studien zur griechischen und römischen Literatur*, Zúrich-Stuttgart, Artemis, 1964: 352-405, edición por la que citamos. A su respecto véase BURCK, 1959: 411 s., que considera como su lógico punto de partida la idea de que al *AP* «no se le puede imprimir desde fuera un esquema de organización, sea del tipo que sea»; también SBORDONE, 1981: 1890 s.

[44] «À propos de l'Art Poétique d'Horace», *Revue de Philologie* 10 (1936): 20-36.

ma (vv. 119-201); d) historia del teatro (vv. 202-302); e) el poeta (303-476)[45]. Una mención especial le merece también la contribución de W. STEIDLE[46], «di altissimo livello critico» (SBORDONE, 1981: 1891), que sostiene la tesis de que el proceder de Horacio en la primera parte del *AP* (vv. 1-294) no es sistemático, sino *eclógico*, es decir, selectivo, centrado en algunos temas que al poeta le interesaban particularmente; y de que, aunque partiendo de la preceptiva griega, no pretende ofrecer una simple *introducción* (*isagoge*), sino brindar al poeta y al crítico los preceptos que estima fundamentales a la vista de la situación de la poesía en la Roma de su tiempo[47]. En cuanto al resto, Steidle se atiene al ya tradicional epígrafe *de poeta*. En fin, el más declarado intento de acabar con el esquema isagógico y retórico de Norden se debe a H. DAHLMANN[48], para el cual el *AP*, como más adelante la *Institutio* de Quintiliano, no son introducciones ni propedéuticas ni *artes*, sino que «encarnan una forma absolutamente propia y en modo alguno típica de la didáctica técnica», antes desconocida en sus respectivos campos[49]. Sin embargo, su crítica, y precisamente porque no se sabe lo bastante de los posibles precedentes que para pronunciarse de manera tan tajante, no logró convencer al estudioso a cuya obra, absolutamente fundamental, hemos de referirnos ahora[50].

---

[45] También BRINK I (1963): 32, hace un juicio muy favorable del trabajo de BOYANCÉ, aunque lamenta que no extendiera su análisis a todo el poema.

[46] *Studien zur Ars Poetica des Horaz. Intepretation des auf Dichtkunst und Gedichtbezüglichen Hauptteils (verse 1-294), diss.*, Würzburg-Aumülle, Triltsch, 1939 (reimpr. Hisdesheim, Olms, 1967).

[47] Seguimos a BURCK, 1959: 413.

[48] «Varros Schrift de poematis und die hellenistische-römische Poetik», *Abhandlungen der Akademie zu Mainz*, 3 (1953): 1-72. Sobre el mismo véanse BRINK I (1963): 35 ss.; SBORDONE, 1981: 1896 s.

[49] Cito por SBORDONE, 1981: 1896.

[50] Nos referimos a BRINK I (1963): 35 ss. Reseñemos también el no muy

En efecto, no puede negarse que en la investigación sobre el *AP* hay un antes y un después separados por la aparición de los tres densos volúmenes de C. O. BRINK dedicados a las epístolas literarias de Horacio; un hito que, por cierto, no puede llamarse *puntual*, dado que la obra del filólogo hamburgués emigrado a Cambridge se publicó a lo largo de casi veinte años. El capítulo inicial de la misma se pregunta: «Has the *Ars poetica* a Structure?»[51]. Sinteticemos la respuesta, relativamente sencilla, que el autor cree poder dar a esas alturas de la obra. Por razones prácticas, Brink comienza su disección por la parte final del *AP*, en la que ve una sección claramente delimitada, y generalmente reconocida como tal, que abarca los vv. 295-476, es decir, 182 versos, que hacen algo más de un tercio del poema. El inicio de la misma está marcado por la introducción del tema de la importancia excluyente del *ingenium* (el talento) frente al *ars* (el trabajo) preconizada por Demócrito, que da lugar a la irónica retirada de Horacio de la escena poética y su decisión de limitarse a un papel semejante al de la muela de afilar, que no corta pero proporciona agudeza (v. 304). Y así, a partir del v. 306 se contenta con exponer los varios consejos que cree poder dar al aspirante a poeta (y de hecho ya vimos que se ha llamado a esa parte *de poeta*); pero, como advierte muy justamente RUSSELL (1973: 115 s.), el *AP* no es un «protréptico a la poesía»[52], pues para ella no vale cualquiera: «a los poetas, ni hombres, ni dioses ni carteleras les permiten que sean mediocres» (*AP* 272 s.). Y así, al final, llegamos a la caricatura, realmente *expresionista*, del vate insensato, que hace juego con la

---

anterior J. PERRET, *Horace*, París, P. U. F., 1959, para el que el *AP* es «una carta sobre el arte dramático, ilustrada a la luz de los principios de la estética general» (199).

[51] BRINK I (1963): 3 ss.

[52] Justamente lo contrario parece creer KILPATRICK, *EO* I: 313.

de la del cuadro grotesco que abre el poema, en un ejemplo de *Ring-Komposition*[53].

Sin embargo, cuando avanza, marcha atrás, según decíamos, en el análisis del *AP*, Brink reconoce que ya se topa con «aguas profundas». El asunto precedente (y desde el v. 153) es el de la literatura escénica, tratada desde puntos de vista diversos y rematado por la *sýncrisis* de la griega y la romana, que concluye en el v. 294. Ahora bien, al inicio de ese bloque no parece haber «a major... break» con respecto al anterior, dedicado a los contenidos de la épica y del drama; de lo cual concluye Brink que los vv. 119-294, en total 176, constituyen una sección bien perfilada, cuyo tema principal sería el contenido, la «subject-matter», de los dos géneros capitales, épica y drama. No sería grave inconveniente para esa acotación el que por medio irrumpan un par de pasajes dedicados a los estilos dramáticos, que serían más bien «incidentales». Continuando hacia el inicio del *AP*, Brink entiende que la sección anterior, del v. 40 al 118, se ocupa fundamentalmente de cuestiones de estilo («and arrangement»), incluyendo la del que le cuadra a cada uno de los *caracteres* épicos o dramáticos. Y, en fin, en cuanto a la sección inicial del poema, y frente a la posición de Norden, que exagerando la influencia de la doctrina retórica sobre el *AP*, la había llamado *de argumentorum tractatione et inuentione*, estima que materia, disposición y estilo son su objeto, pero en todo caso a la luz del fundamental principio de la unidad de conjunto del poema. En resumidas cuentas, según Brink, el *AP* se estructuraría en cuatro secciones: I, introducción sobre la unidad de la obra (vv. 1-39); II, el orden y el estilo (vv. 40-118); III, el contenido de la épica y el drama (vv. 119-294) ; IV, instrucciones generales para el poeta (295-476). Ese esquema nos

---

[53] Así Laird, *CH*: 137.

parece de los más realistas que se han propuesto, y a él, con algunos retoques y, sobre todo, con amplificaciones que lo lleven a un más alto *grado de resolución*, nos atendremos en la *Sinopsis* que luego ofreceremos[54]. A decir verdad, ya el propio BRINK II (1971: 468 ss.) lo retocó en el capítulo «The Poem» de su comentario. El que allí propone es[55]: I. Unidad y arte (vv. 1-41); II. Las artes de la disposición («arrangement») y la dicción en la poesía (vv. 42-118); (III. Materia argumental [«subject-matter»] y carácter en la poesía [119-152])[56]; IV. El drama (vv. 153-294); V. El poeta (295-476)[57].

El análisis de Brink ha sido suscrito, entre otros estudiosos, por P. GRIMAL[58], que, por su parte, aportó una interesante idea para su mejor comprensión recordando un pasaje de SÉNECA (*Cartas a Lucilio* 65, 4) acerca de las cuatro causas que Aristóteles distinguía (*materia, opifex, forma* y *propositum*; es decir, las causas material, eficiente, formal y final). Por lo demás, en cuanto a las fuentes griegas, se muestra partidario de reconocer a Horacio «una independencia de espíritu que él reclama para sí mismo en su vida moral»[59].

No le han faltado a Brink contradictores, ni de gran talla, entre los que hay que destacar a K. BÜCHNER[60]. El gran maestro de

[54] Véanse *infra* págs. 381 ss.

[55] Naturalmente, con detalladas subdivisiones que no vamos a recoger aquí.

[56] Reproducimos los paréntesis que el autor emplea, suponemos que porque la distinción entre este epígrafe y el siguiente representa un cierto cambio con respecto a su esquema anterior.

[57] También es digna de mención por su claridad la paráfrasis del poema que ofrece RUSSELL, 1973: 116 ss.

[58] *Essai sur l'Art Poétique d'Horace*, París, P. U. F., 1968.

[59] GRIMAL, 1968: 225; en este punto, como en otros anteriores de la *historia quaestionis*, confesamos nuestra dependencia de SBORDONE, 1981: 1902.

[60] «Das poetische in der ars poetica des Horaz», en *Studien zur römischen*

Friburgo, en uno de sus últimos trabajos, empieza por reconocer que en este caso «agarrar a Proteo... es algo que aún no se ha logrado...»; y considerando el análisis de Klingner como necesario «punto de giro metodológico» al que era preciso retornar[61], reafirma la condición poética y epistolar del *AP*, que no sería, pues, frente a la opinión de Brink, «la única poética de la Antigüedad que se nos ha conservado completa» (BÜCHNER, 1981: 511). En efecto, para él la obra es ante todo un *sermo*, en la forma que el mismo ya había asumido en las *Epístolas*, con unos destinatarios concretos de la Roma de su tiempo, a los que no tiene empacho en recordarles «las cosas más banales» (BÜCHNER, 1981: 512)[62]; y sólo difiere de las dos del libro II, también literarias, por su extensión, por el caudal de preceptos que contiene y por el papel que atribuye a la crítica literaria; «no es un sistema ni una receta» (BÜCHNER, 1981: 513); «lo característico del *AP* está entre líneas, en su expresión, en su graciosa construcción y en su elegante proceder del pensamiento» (BÜCHNER, 1981: 516). Aunque recoja ideas de la obra didáctica de Neoptólemo, el *AP* produce la impresión de «un *sermo* que va hacia arriba y hacia abajo, de una conversación epistolar» (BÜCHNER, 1981: 519). Dicho esto, también Büchner admite que el *AP* tiene una composición bipartita, aunque, al parecer, en términos distintos a los de la tradición derivada de Norden. La segunda parte, si hemos comprendido debidamente sus palabras, viene a corresponderse con la que en aquella tra-

---

Literatur 10, Wiesbaden, Fr. Steiner, 1979: 131-147; publicado también en *Letterature comparate. Problemi e metodo. Studi in onore di E. Paratore*. Bolonia, Pàtron, 1981, vol. II: 511-526, por cuyo texto citamos.

[61] BÜCHNER, 1981: 519, aunque estima que Klingner aún dependía en exceso de las tesis de Norden: en sus páginas precedentes hace una excelente *historia quaestionis*.

[62] Más adelante recalca esta idea cuando afirma que Horacio, como ya había hecho en *Epi*. I 4, «habla a un joven adepto» (BÜCHNER, 1981: 519).

dición venía denominándose *de poeta* (vv. 295-476); pero para BÜCHNER (1981: 525), en ella «no se trata del poeta, de sus conocimientos, de su formación, de si la materia y la expresión tienen parte en sus fallos. Se trata de la dignidad del arte poética como en la primera parte, aquí referida al *ethos* con el que hay que respetarla. El poeta ya no habla del asunto como tal, sino en general sobre su sentido en el todo, igual que hace a menudo en otros poemas bipartitos» (BÜCHNER 1981: 525); esa segunda parte del poema no es «un tratamiento del tema *poeta*, sino un juego libre que incorpora cosas viejas de la primera parte acerca de presupuestos, dignidad y errores del *ars* y que al final desarrolla el tema del crítico» (BÜCHNER, 1981: 526). En cuanto a la primera, y pese a su inventario de grandes temas que más abajo resumiremos, no hemos visto en el análisis de Büchner una caracterización positiva. En todo caso, para él el *AP* es «poesía sobre poesía» (BÜCHNER, 1981: 526).

Al respecto de tiempos más recientes, DOBLHOFER (1992: 129) afirma que «sobre la estructura del AP se ha alcanzado al día de hoy un consenso generalmente compartido en cuanto a su bipartición», bipartición que suponemos que, de una u otra manera, remonta a la famosa de Norden[63]. Nosotros no vemos tan claro ese consenso, a no ser que se entienda que la misma —dicho sea castizamente— sólo es *el primer tajo* del análisis posible y deseable.

Son bastantes más, como ya puede suponerse, las contribuciones que se han hecho al análisis de la estructura del *AP* y que no hay espacio para recoger aquí[64]. Sí mencionaremos, pues tam-

[63] Menos mal que reconoce que a la hora de partir la cuestión sigue siendo debatida.

[64] Remitimos, pues, a SBORDONE, 1981 y DOBLHOFER, 1992: 128 ss., así como a la bibliografía recogida por KISSEL, 1994: 176 ss., y KILPATRICK, *EO* I: 314 s.

bién se han dado en este caso, algunas de carácter *aritmológico* que resultan, cuando menos, curiosas. En primer lugar la debida a K. GANTAR[65], que parte del esquema bipartito de NORDEN (1905). Recordemos que en él los vv. 1-294 constituyen la parte de la *AP* dedicada al *ars* propiamente dicha, en tanto que 295-476 tratan *de poeta*. Pues bien, Gantar ha hecho observar que entre el total y la primera sección (es decir, 476/294) se da una razón matemática de 1,619..., la de la llamada *sección o proporción áurea*, fundamental en el arte antiguo; y que casi la misma razón se da entre la primera y la segunda sección (294/182), a saber, 1,615... Más todavía: los números en cuestión —182, 294, 476—, al ser todos ellos múltiplos de 14, forman una de las llamadas *series de Fibonacci*. P. GRIMAL (1968: 227 ss.) ha ido aún más lejos por ese camino, haciendo ver que también con otras particiones del *AP* se obtienen curiosos resultados numéricos. Así, admitiendo que en ella hay una primera sección de 45 versos, una segunda de 73, una tercera de 176 y una cuarta de 182, resulta, en primer lugar, que 45 + 73 = 118, 118 + 176 = 294 y que 294 + 182 = 476; y que 73/45, 118/73, 294/176 y 476/294 vienen a dar 1,61 o poco más, de nuevo el *número áureo*. Sin embargo, con notable prudencia, concluye que «no parece posible sacar argumentos de esas combinaciones numéricas, cuyo significado, si existe, se nos escapa».

Los preceptos del Arte Poética

Aun a riesgo de incurrir en redundancia con respecto a lo ya dicho sobre el contenido del *AP* y a lo que todavía hemos de decir en su *Sinopsis*, creemos que no estará de más hacer un bre-

---

[65] «Die Anfangsverse und die Komposition der horazischen Epistel über die Dichtkunst», *Symbolae Osloenses* 39 (1964): 94-98.

ve sumario de los preceptos capitales que Horacio expone en ella; y lo haremos parafraseando el que nos ofrece el ya tan citado K. BÜCHNER (1981: 515). Para él, son los siguientes: 1) No hay que excederse a la hora de elegir tarea (v. 38). 2) La poesía no sólo ha de ser bella, sino también atractiva (vv. 99 s.). 3) Hay que atenerse al mito tradicional o bien crear algo coherente (aunque lo mejor es recurrir a la *Ilíada*) (v. 121). 4) El poeta (aquí se entiende que uno de los jóvenes Pisones) ha de caracterizar debidamente los rasgos de cada edad (vv. 156, 178). 5) En la medida de lo posible, debe presentar los acontecimientos de la manera más gráfica; pero no traer a la escena los más macabros, pues es mejor confiarlos al testimonio de un mensajero (vv. 179 ss.). 6) Una obra dramática ha de tener, ni más ni menos, cinco actos (vv. 189 s.). 7) Se ha de usar con gran parquedad del recurso del *deus ex machina* (v. 191 s.). 8) En la escena no han de hablar más de tres personajes (v. 192). 9) Lo que el coro diga debe ser parte de la trama de la obra (vv. 193 ss.). 10) En el drama satírico han de mezclarse *bromas y veras*, pero sin dar lugar a equívocos sobre la condición del personaje (vv. 226 ss.). 11) Hay que seguir en todo caso a los modelos griegos (v. 268). 12) Hay que desechar el poema que no haya sido pulido durante largo tiempo (vv. 291 ss.). 13) Las enseñanzas han de ser breves, las invenciones ingeniosas lo más verosímiles posible (vv. 335 ss.). 14) El poeta principiante ha de ser consciente de que ninguna obra mediocre es presentable (vv. 386 s.). 15) Por ello, no ha de hacer cosa alguna *inuita Minerua* (vv. 385, 363 ss.) ni esquivar la crítica objetiva. 16) Y para crítico, no vale cualquiera (vv. 427 ss.).

En fin, tal vez se eche de menos en ese *recetario* la insistencia que Horacio hace, y sobre todo al principio de su obra, sobre la necesaria unidad y coherencia de la obra poética; pero creemos que en él queda recogido lo esencial de su preceptiva.

La influencia del Arte Poética *a partir del Renacimiento*

Itur in antiquam siluam, cabría decir ahora una vez más con Virgilio; pues la fortuna del *AP* es parte esencial de la nervadura compartida por las literaturas europeas de los siglos XV al XVIII, en todas las cuales ha habido *poéticas* de filiación horaciana. Comenzando por el nivel más llano de la recepción, pocas obras literarias antiguas pueden competir con el *AP* como fuentes de sentencias y frases latinas que se incorporaron a la escritura, e incluso al habla, de las personas cultas de Occidente: desde el *risum teneatis, amici?* de su prólogo (v. 5), hasta el *bonus dormitat Homerus* del v. 359, pasando por «el parto de los montes», del cual nace el *ridiculus mus* (v. 139), por el consejo de iniciar la narración *in medias res* (v. 148), por la figura del viejo *laudator temporis acti* (v. 173) y por otros *latinajos* no menos célebres.

En el temprano Humanismo, obviamente el italiano, el *AP* está presente desde el primer momento. Ya a finales del s. XIII el paduano Lovato Lovati (1341-1307) había recogido buena parte de su ideario en su *Poetria* (cf. F. Lo Monaco, *EO* III: 328). En el siguiente, Coluccio Salutati (1331-1406) hizo lo mismo en varias de sus obras (*cf.* C. Bianca, *EO* III: 462). En el XV, A. Beccadelli, el *Panormita* (1394-1471) invocó el *AP* al respecto de la prestancia relativa de la poesía y la historia (*cf.* D. Coppini, *EO* III: 116 s.), al igual que antes había hecho Poggio Bracciolini (1380-1459) (*cf.* A. Ottaviani, *EO* III: 140). De M. Filético (1430-c. 1490) hay un comentario inédito de la obra (*cf.* M. A. Pinelli, *EO* III: 226 s.). Pero una mención especial merece C. Landino (1424-1498), editor, aunque no muy afortunado, de toda la obra de Horacio (Florencia, 1482), que previamente había dedicado varios cursos universitarios a la explicación del *AP* (*cf.* F. Bausi, *EO* III: 307). Entre sus alumnos estaba B. della Fonte (*Fontius*, 1447-1513), que más ade-

lante escribiría un diálogo *De poetice* dedicado a Lorenzo el Magnífico (*cf.* F. BAUSI, *EO* III: 231).

Por entonces el *AP* hubo de sufrir la competencia de la recién descubierta *Poética* de Aristóteles, que, sin embargo, acabó potenciando su influencia al proporcionarle una base, si cabe, *más clásica* (*cf.* F. TATEO, *EO* III: 571). En ese contexto histórico destaca el poema *De arte poetica* de M. G. Vida (1480-1566), que, aunque apoyado sobre todo en Virgilio, deja ver también la impronta horaciana (*cf.* R. SCRIVANO, *EO* III: 507; RUSSELL, 1973: 126 ss.). Por entonces expuso públicamente el *AP* en Roma el humanista G. P. Parisi (*Parrasius*, 1470-1522), cuyo comentario se publicó póstumamente en 1531 (*cf.* F. TATEO, *EO* III: 389 s.). También acusa su influencia Ludovico Ariosto (1474-1533) (*cf.* A. SALVATORE, *EO* III: 389 s.). La primera traducción al *volgare* italiano parece ser la del polígrafo veneciano L. Dolce, aparecida en 1535 (*cf.* HIGHET, 1985: 125). Ya hemos aludido a la postura crítica al respecto de la obra y la persona de Horacio de J. J. Escalígero (1484-1588), autor del famoso *dictum* de que el *AP* es *ars sine arte tradita* (*cf.* J. IJSEWIJN, *EO* III: 471). Un importante preceptista fue F. Robortello (1516-1567), traductor al latín de la *Poética* de Aristóteles y autor de una *Paraphrasis* del *AP*, que lo convirtieron en uno de los demiurgos de la asimilación moderna de la preceptiva clásica (*cf.* A. GRECO, *EO* III: 455). Entrando en el s. XVII nos encontramos con la figura del filósofo, teólogo y utopista —recuérdese su *Ciudad del Sol*— T. CAMPANELLA (1568-1639), también hombre de sólidos conocimientos literarios, que en su *Poetica* y en sus *Poeticorum liber* glosó ampliamente la preceptiva horaciana (*cf.* A. MINICUCCI, *EO* III: 150 s.). Por la misma época el original y extravagante poeta barroco L. Leporeo (1582-c.1665) hizo una paráfrasis del *AP* en verso (*cf.* L. BORSETTO, *EO* III: 321 s.). De signo contrario es la de P. Abriani (1607-1688), que pretende recuperar a Ho-

racio «en su pureza» (*cf.* L. BORSETTO, *EO* III: *82*). En la misma línea se movieron la crítica y la creación de B. Menzini (1646-1704) autor de una importante *Arte Poetica* en cinco libros, modelo de *poéticas horacianas*, que abrió el camino al neoclasicismo (*cf.* R. M. CAIRA LUMETTI, *EO* III: 352 ss.). Y también las del sabio enciclopédico G. V. Gravina (1664-1718), que en su *Ragion poetica* también polemizó contra los excesos del barroquismo basándose en buena parte en el *AP* (*cf.* M. CAMPANELLI, *EO* III: 267 ss.). Ya en pleno s. XVIII reclama un lugar propio P. Metastasio (1698-1772), más conocido por sus textos destinados a la ópera. Su interés por las raíces clásicas del drama lo llevó a estudiar la *Poética* de Aristóteles y el *AP*, de la que hizo una paráfrasis. Fue un defensor de las tradicionales *tres unidades* de la poética clasicista (*cf.* F. DELLA CORTE, *EO* III: 354 s.). Corresponsal de Metastasio y benévolo crítico de su *Arte* fue F. Algarotti (1712-1764), otro puntal de la preceptiva clasicista en su *Saggio sopra Orazio* (*cf.* B. ANGLANI, *EO* III: 91 s.); y también lo fue el gran satírico G. Parini (1729-1799), que glosó y explicó el *AP*, sosteniendo que «de por sí es de lo más ordenado, cuanto debe serlo una epístola» (*cf.* M. CAMPANELLI, *EO* III: 384). En fin, ya iniciado el Romanticismo, G. Leopardi (1798-1837), en varios de sus ensayos críticos, representa el último destello notable del prestigio literario del *AP* en Italia (*cf.* S. TIMPANARO, *EO* III: 320; N. SCIVOLETTO, *ibid.*: 575).

Huelga advertir que al reseñar la influencia del AP en la literatura española nos atendremos, al igual que hemos hecho anteriormente, al imprescindible *Horacio en España* de M. MENÉNDEZ PELAYO[66]. Sin embargo, hay que comenzar con un autor al que, tal vez por no ser ni traductor ni imitador, sino sólo co-

[66] Reeditado, dentro de sus *Obras Completas*, en su *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*, VI, Santander, C. S. I. C.-Aldus, 1951.

mentarista, y latino, no dedicó don Marcelino especial atención. Nos referimos al humanista F. Sánchez de las Brozas, *el Brocense*, que en 1558 publicó por primera vez su *De auctoribus interpretandis*, y en 1591 sus *In artem poeticam Horatii annotationes*, opúsculos con los que se puede decir que se inicia en España la moderna fortuna del *AP* (*cf.* G. CARAVAGGI, *EO* III: 601; NAVARRO ANTOLÍN: LXVII, con bibliografía). De entre las traducciones de esa época sólo parece ser estimable la del novelista picaresco V. Espinel, publicada en Madrid en 1591 (MENÉNDEZ PELAYO,1951 VI: 80 s.). Volviendo a los comentaristas, hay que mencionar a Jaime J. Falcó, autor de unos breves *Escolios* al *AP* publicados en 1624 (MENÉNDEZ PELAYO, 1951 VI: 86). Poco antes (1616) habían aparecido las mucho más importantes *Tablas poéticas* del humanista murciano F. Cascales[67], que toman nota de cuanto a la mejor comprensión del *AP* habían aportado el conocimiento de la *Poética* de Aristóteles y de los comentarios de Vida, Robortello y otros. Sin embargo, parece ser que Cascales remató malamente su obra con un «extravagante opúsculo» en el que, cediendo a la tentación que ya había seducido a otros estudiosos de su tiempo, trató de enmendar el difuso orden del texto transmitido del *AP*; algo que, por lo demás, no dejaba de ser un *tour de force* (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO,1951 VI: 88 s.). Para don Marcelino, «la más antigua imitación castellana de la *Epistola ad Pisones*» es el *Ejemplar poético*, en cuatro epístolas, publicado en 1608 por el variopinto Juan de la Cueva, una «especie de manifiesto revolucionario en pro de la escuela de Lope de Vega» (MENÉNDEZ PELAYO, 1951 VI: 318 s.; *cf.* G. CARAVAGGI, *EO* III: 602); y, en efecto, puede decirse que es una *proclama progresista* que reivindica el derecho de los autores de su tiempo a hacer lo que Horacio, puesto

---

67 Sobre ellas puede verse la excelente monografía de A. GARCÍA BERRIO, *Introducción a la poética clasicista: Cascales*, Barcelona, Planeta, 1975.

a escribir teatro, hubiera hecho en el suyo (y no se olvide, claro está, que a Juan de la Cueva se le tiene por el creador del *teatro nacional* a la manera en que Lope lo cultivó). Por el contrario, es estrictamente clasicista, y critica las libertades que se tomaba Lope, la *Epístola acerca de la comedia* de A. Rey de Artieda (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO, 1951 VI: 337). En cuanto al propio Lope, como se sabe, defendió su teatro en el *Arte nuevo de hacer comedias*, «curiosa poética» que no parece tener mucho de horaciana (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO, 1951 VI: 351). En cuanto a traducciones, cabe reseñar la del jesuita J. Morell, publicada en 1684 en Tarragona, en un volumen misceláneo de versiones propias y ajenas de poetas clásicos (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO, 1951 VI: 105).

Ya hemos recordado en otro lugar cómo don Marcelino saluda la aparición, en 1737, de la *Poética* de Ignacio de Luzán como el retorno de «la bandera del *sentido común*» tras las extravagancias del culteranismo. Con ella, y especialmente en la *escuela salmantina* se produce una restauración clasicista de signo claramente horaciano (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO, 1951 VI: 358). No estará de más recordar, por cierto, que Luzán había respirado en Italia, concretamente en Palermo, los aires del neoclasicismo temprano (*cf.* G. CARAVAGGI, *EO* III: 604). En este siglo proliferan las traducciones y adaptaciones del *AP*. Especial mención merece la versión publicada en 1777 por el fabulista canario Tomás de Iriarte. MENÉNDEZ PELAYO (1951 VI: 115 s.; *cf.* G. CARAVAGGI, *loc. cit.*) destaca la amplia documentación filológica que Iriarte recabó para su interpretación y comentario. Parece ser que no contiene errores de comprensión, pero sus versos resultan «a veces duros, a veces inarmónicos, y casi siempre flojos y desaliñados»[68]. Por lo demás, advirtamos

[68] Las críticas de Iriarte a los traductores precedentes y a quienes los había reeditado provocaron, entre otras, la reacción de J. J. López de Sedano, y la

que la huella del *AP* en el s. XVIII español se confunde en gran medida con la dejada por las epístolas literarias, por lo que remitimos al lector a lo ya dicho a su respecto[69].

Entrando ya en el XIX, cabe reseñar la *Poética* de M. N. Pérez del Camino, ligado a la persona y escuela de Moratín hijo, al cual MENÉNDEZ PELAYO (1951 VI: 389) considera «después de [Javier de] Burgos, el traductor más afortunado de los poetas latinos que dio esa generación literaria». La obra es una paráfrasis libre y en verso de la *Epistula ad Pisones*, pero también de la *Poética de Boileau*. Ya en pleno Romanticismo, el político liberal e incansable escritor A. Martínez de la Rosa (1787-1862) puede ser considerado como uno de los últimos poetas horacianos españoles dignos de nota. Por una parte tenemos su traducción en verso y anotaciones del *AP*, que don Marcelino pone a la altura de la que Javier de Burgos incluyó en su excelente versión completa de Horacio. Apareció en París en 1827, algo comprensible si se recuerda la filiación política del autor (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO, 1951 VI: 144 s.; G. MAZZOCCHI, *EO* III: 344). Pero, además, Martínez de la Rosa escribió su propia *Poética*, publicada en el mismo volumen que su traducción y con importantes apéndices crítico-históricos sobre la poesía española. Las ideas, netamente clasicistas, que en ella expone le parecen a MENÉNDEZ PELAYO (1951 VI: 412) «no poco atrasadas» considerando la época y el ambiente, ya plenamente romántico, en que la publicó. Ese mismo ambiente dominaría pronto también en España, por lo que no es de extrañar que la tradición de la preceptiva clásica, y en particular del *AP* se vaya diluyendo conforme avanza el siglo. Como una especie de epígono de la misma cabe citar al ingenioso poeta José Joaquín de

---

respuesta de aquél en un opúsculo titulado «Donde las dan las toman»; véase MENÉNDEZ PELAYO, 1951 VI: 116.

[69] Véanse *supra*.

Mora, muerto en 1864. Fue autor de una *Poética* dirigida a *un descendiente de los Pisones*, que MENÉNDEZ PELAYO (1951 VI: 425) califica de «*escocesa*, ni clásica ni romántica». En fin, rematemos esta reseña con el dato de que las traducciones del *AP* al castellano que don Marcelino censa son, nada menos, que 35 (MENÉNDEZ PELAYO, 1951 VI: 266 s.). Y, a título de nota epilogal descolgada en el tiempo, con la mención del «tributo modernista» que, según A. LAIRD (*CH*: 142 s.) es el poema «Arte Poética» incluido en *El hacedor* de J. L. Borges (1960).

En Portugal el *AP* atrajo poderosamente la atención de los humanistas del s. XVI. Así, uno de los más notables, Aquiles Staço (*Statius*) publicó en Amberes, en 1553, un comentario a la misma «digno de muy señalada memoria», el que concuerda las enseñanzas de Horacio con las de Aristóteles. En la misma ciudad, en 1578, apareció el de Pedro da Veiga, al parecer igualmente estimable; y en Venecia, en 1787, las breves *Explanationes* de Tomás Correa (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO, 1951 VI: 199). No son tan abundantes en esa época las imitaciones, de entre las que sólo parece destacar la del gran poeta horaciano Antonio Ferreira (1528-1569), en una epístola en la que parafrasea y resume varios preceptos del *AP* (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO, 1951 VI: 484). Tampoco abundan por entonces las traducciones singulares: la mayoría de las once que censa MENÉNDEZ PELAYO (1951 VI: 267) provienen del s. XVIII. Por entonces, con la fundación de la academia de la *Arcadia Lusitana*, los gustos literarios habían retornado al clasicismo y al magisterio horaciano (*cf.* J. V. DE PINA MARTINS, *EO* III: 586). Entre esas traducciones hay de todo. Entre ellas parece ser digna de nota la del P. Jacinto J. Freire (*Cándido Lusitano*), publicada en Lisboa en 1758, autor además de «una *Poética original*, tomada en sustancia de Muratori y Luzán». Su traducción tiene mayor mérito filológico que literario (MENÉNDEZ PELAYO, 1951 VI: 200). Otras versiones son la debida a M. do Couto Guerreiro (Lis-

boa, 1772), y las firmadas por dos ilustres damas: Rita C. Freire de Andrade (Coimbra, 1781, al parecer no suya), y Leonor de Almeida, marquesa de Alorna, y también poetisa horaciana. Además, la edición bilingüe, al parecer muy estimable, de P. J. da Fonseca (1790), y la del P. Tomás de Aquino (Lisboa, 1793), que se permite enmendar el orden transmitido del texto del *AP* y lo comenta con materiales de vario acarreo. En 1794 se publica un comentario, muy erudito, del académico J. J. da Costa e Sá (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO, 1951 VI: 201-206; 510). Entretanto, el Conde da Eriçeira había publicado su traducción de la *Poética* de Boileau y F. Manuel do Nascimento (*alias Filinto Elysio*) una epístola «que puede pasar por una excelente *Arte Poética*» (*cf.* MENÉNDEZ PELAYO, 1951 VI: 509). Y hasta aquí lo que don Marcelino nos cuenta de la fortuna portuguesa del *AP*.

Pasando a Francia, cabe registrar como primeras traducciones del *AP* las de Grandichan (1541) y Peletier du Mans (1544)[70]. Una temprana poética en vulgar es la de Th. Sébillet, *Art Poëtique françois*, de 1548 (*cf.* G. GRASSO, *EO* III: 544). El poeta F. Malherbe (1555-1628), al que Boileau consideraría como «el legislador del Parnaso francés», acusa huellas de todas las obras de Horacio, incluida el *AP* (*cf.* E. BALMAS, *EO* III: 334), a cuyos preceptos sobre la dicción se adhiere expresamente M. de Montaigne (1533-1592) (*cf.* F. GARAVINI, *EO* III: 363). En cuanto a los autores de la *Pléiade*, ya se sabe que su horacianismo es ante todo lírico; pero no deben quedar aquí sin mención los dos manifiestos de ese movimiento: la *Défense et illustration de la langue française* de J. du Bellay (1549) y el *Abrégé del'Art poétique français* de P. de Ronsard (1565). Mediocre, pero también horaciano, es el *Art Poétique* de V. de la Fresnaye (1605). Sin embargo, el nombre central en la pervivencia del

[70] *Cf.* HIGHET, 1985: 125.

AP no sólo en Francia, sino en toda Europa es el de N. Boileau-Despréaux (1636-1711), cuya *Art Poétique* se convertiría no sólo en acceso necesario a la de Horacio, sino incluso en sucedáneo de la misma para literatos menos versados en latines. Como se sabe, Boileau levantó en su tiempo agrias polémicas —la famosa *querelle des anciens et les modernes*— en las que casi no dejó de participar ningún francés en condiciones de hacerlo, incluidos horacianistas de la talla de A. Dacier (1651-1722), decidido *laudator temporis acti* (*cf.* E. BALMAS, *EO* III: 136; G. CHIARINI, *ibid.*: 186 s.). El éxito de Boileau llegó con cierto retraso, cuando el neoclasicismo ya triunfante hizo de su *Poética* su manual de referencia. Y así Voltaire (1694-1778) llegaría a ponerla por encima de la del propio Horacio, calificándola de «copia superior a su original» (*cf.* F. CALDARI BEVILACQUA, *EO* III: 515). De ahí que no sea de extrañar que, ya en pleno vendaval romántico, F. de Chateubriand (1768-1848), a la hora de confesar sus lealtades, escribiera: «Yo adopto enteramente los principios sentados por Aristóteles, Horacio y Boileau» (*cf.* G. GRASSO, *EO* III: 547).

En Inglaterra el *AP* estaba traducida, al menos, desde 1566-1567, junto con las *Sátiras* y las *Epístolas* por obra de T. Drant (*cf.* E. BARISONE, *EO* III: 476). En ella se inspira la *Apology for Poetry* que en 1583 publicó sir Philip Sydney, *el Garcilaso inglés* (*cf.* RUSSELL, 1973: 130). Ben Jonson (1573-1637) hizo una traducción en verso del *AP*, publicada póstumamente (1640). El comentario que la acompañaba se ha perdido (*cf.* RUSSELL: *loc. cit.*; H. D. JOCELYN, *EO* III: 297 s.; N. RUDD, *ibid.*: 560). También acusan la huella de la preceptiva horaciana J. Milton (1608-1674), que encarece los méritos del *AP* en su tratado *Of education*, y el gran poeta y crítico J. Dryden, que sostuvo que no tiene un diseño sistemático, sino que está escrita con la libertad propia del género epistolar (*cf.* E. BARISONE, *EO* III: 357; H. D. JOCELYN, *ibid.*: 202). De la popularidad del

AP en el s. XVIII inglés nos da un elocuente testimonio D. A. RUSSELL (1973: 131) citando la parodia que de ella hizo W. King en su *Art of Cookery* (1705), en la cual ponía la fraseología de la obra al servicio de sus versos culinarios. Por la vía paródica se decidió también J. Swift (1667-1745) en su *On Poetry: A rapsody*, en la que se pregunta por el papel de la poesía en una sociedad que ve en decadencia (*cf.* E. BARISONE *EO* III: 480). Y paródica también con relación a los modelos clásicos fue la actitud del novelista H. Fielding (1707-1754), que en su famoso *Tom Jones* empleó citas de Aristóteles y del *AP* como epígrafes (*cf.* HIGHET, 1985: 342). El mayor crítico de la época, A. Pope (1688-1744), también pagó su tributo al *AP* en su *Essay on criticism* (*cf.* RUSSELL, 1973: 130), como lo haría el enciclopédico Samuel Johnson (1709-1784) que cita copiosamente el poema (*cf.* H. D. JOCELYN, *EO* III: 296). A partir del Romanticismo, como puede suponerse, también en Inglaterra decae la importancia del *AP* como preceptiva, lo que no significa que quedara en el olvido. Así, Samuel T. Coleridge (1772-1834) la cita repetidamente (*cf.* D. H. JOCELYN, *EO* III: 172), y lord Byron (1788-1824), en sus *Hints from Horace* «un *Ars Poetica* adaptada a la controversia literaria contemporánea» (D. H. JOCELYN, *ibid.*: 148). Y la última referencia de interés de la que tenemos noticia es la de uno de los grandes de la narrativa inglesa de todos los tiempos, Thomas Hardy (1840-1928), que en su ensayo crítico *The Profitable Reading of Fiction* (1888), se apoyó, al tratar del estilo, en el precepto horaciano de *Cui lecta potenter erit res,/ nec facundia deseret hunc, nec lucidus ordo* (*AP* 40 s.) (*cf.* E. PAGANELLI, *EO* III: 279).

Algo podemos decir también de la fortuna del *AP* en los Estados Unidos, resumiendo los datos expuestos por A. MARIANI en la *EO* III (604 ss.). La cita predilecta de Edgar A. Poe (1804-1849) era la de *omne tulit punctum qui miscuit utile dulce* (*AP* 343). El poeta y crítico O. W. Holmes (1809-1894) también se

valió de su *auctoritas*, y el selecto crítico I. Babbit (1865-1933), en su *The New Laokoon*, hizo «una perfecta síntesis entre la *Poética* de Aristóteles, el *Ars Poetica* de H[oracio] y el anónimo *De lo sublime*».

En Alemania, la primera traducción del *AP* no llegó, al parecer, hasta la de A. H. Buchholtz, publicada en 1639 (*cf.* E. Schäfer, *EO* III: 551). Sin embargo, la obra ya había sido objeto de comentarios, antologías y recreaciones bastante antes. Así, del precoz comentario de Jodochus Willichius (Estrasburgo, 1539; *cf.* E. Schäfer, *loc. cit.*) y del *De re poetica* de G. Fabricius (1560, *cf.* Russell, 1973: 130)[71]. M. Opitz (1597-1639), figura fundamental en la historia de la poesía alemana, puede ser considerado también como creador de una especie de *poética cristiana* con su *Buch von der Deutschen Poeterey* (1624), en el que combina las enseñanzas de Ronsard y Escalígero con las de Aristóteles, Horacio y Quintiliano (*cf.* L. Quattrocchi, *EO* III: 553). Ya en el s. xviii, la influencia de Boileau potencia en Alemania la de la propia *AP*: J. Ch. Gottsched publica en 1730 su *Versuch einer chritischen Dichtkunst vor die Deutschen*, precedida del texto y traducción de la misma; en 1740 y 1741 J. J. Bodmer dos opúsculos del mismo tipo, y en el propio 1740 J. Breitinger otros dos. Todos ellos son deudores de la preceptiva horaciana (*cf.* Quattrocchi, *ibid.*: 554). Pese a ser un entusiasta de Horacio, el mayor crítico de la época iluminista, G. E. Lessing (1729-1781), en su famoso *Laokoon*, dirigido a marcar diferencias entre pintura y poesía, parte de la negación del *ut pictura poesis* horaciano (*AP* 361) (*cf.* L. Quattrocchi, *EO* III: 555; G. Chiarini, *ibid.*: 322 s.). En cambio, otro gran horaciano, Fr. G. Klopstck (1724-1803), defendió la preceptiva del *AP* frente a Rousseau, que no la estimaba mucho

---

71 Schäfer, *loc. cit.*, da las fechas de 1555 y 1578, referidas a «ediciones comentadas», que no sabemos si hay que identificar con la citada por Russell.

(*cf.* L. QUATTROCCHI, *EO* III: 302). Ya dentro del movimiento del *Sturm und Drang*, parece ser M. R. Lenz (1751-1792) el único autor en el que el *AP* ejerce una influencia importante. En ella se apoya en sus *Anmerkungen übers Theater*, «texto de ruptura con respecto al teatro de concepción aristotélica» (L. QUATTROCCHI, *EO* III: 556). En fin, Fr. Nietzsche (1844-1900), cuyo entusiasmo por la lírica de Horacio ya comentamos en su lugar, invocó el *AP* en más de un lugar de su famoso *El nacimiento de la tragedia a partir del espíritu de la música*, que le valdría duras críticas de Wilamowitz, así como en otros escritos de estética literaria (*cf.* L. QUATTROCCHI, *EO* III: 371).

Bibliografía

Bibliografías

K. Büchner, *Horaz, Bericht über das Schriftum der Jahre 1921-1936*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1969².

E. Burck, «Nachwort un bibliographische Nachträge» a Kiessling-Heinze (véase *infra*: *Comentarios*) (para el *AP*: 400-442).

E. Doblhofer, *Horaz in der Forschung nach 1957*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1992.

W. Kissel, «Horaz 1936-1975: Eine Gesamtbibliographie», en *ANRW*[72] II.31.3 (1981): 1403-1558.

W. Kissel, «Horazbibliographie 1976-1991», en S. Koster (ed.), *Horaz-Studien*, *Erlanger Forschungen*, Reihe A, Bd. 66 (1994) (para el *AP*: 176-178).

J. L. Moralejo, *Horacio, Odas, Canto Secular, Epodos*, Madrid, Gredos, 2007 (Bibliografía: 114-120).

F. Sbordone, véase *infra*: *Estudios sobre el AP*.

W. Stroh, página *web www.klassphil.uni-muenchen.de/%7Estroh/ BibHor02.htm*

G. Whitaker, *A Bibliographical Guide to Classical Studies* 3: *Literatur: Gaius-Pindaros*, Olms-Weidmann, Hildesheim-Zürich-Nueva York, 2000 (para el *AP*: 182-185).

---

[72] H. Temporini-H. Haase (eds.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*. Berlín-Nueva York, W. De Gruyter.

Enciclopedias

CH: St. Harrison (ed.), *The Cambridge Companion to Horace*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

EO: Sc. Mariotti (dir.), *Orazio, Enciclopedia Oraziana*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, vols. I-III (1996, 1997, 1998).

Ediciones

D. R. Sh. Bailey, *Horatius, Opera ed...*, Stuttgart, B. G. Teubner, 1995[3].

D. Bo, *Q. Horati Flacci Opera, vol. II: Sermonum libri II, Epistularum libri II, De Arte Poetica Liber rec...*, Turín, Paravia, 1959 (continuación de la iniciada por M. Lechantin de Gubernatis con la de *Odas* y *Epodos* en 1945).

St. Borzsák, *Horatius, Opera ed...* Leipzig, Teubner, 1984.

C. O. Brink, *Horace on Poetry II: The 'Ars Poetica'*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971.

P. Fedeli, *Q. Orazio Flacco, Le Opere II, tomo 3: Epistole, l'Arte Poetica: Testo critico e commento di..., trad di.* C. Carena, Roma, Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, 1997.

L. Herrmann, *Horace, Art Poétique, éd. et traduction de...*, Bruselas, Latomus, 1951.

Fr. Klingner, *Horatius, Opera ed...* Leipzig, B. G. Teubner, 1982[73].

F. Villeneuve, *Horace, Epîtres, Art Poétique, texte établi et traduit par...*, París, Les Belles Lettres, 1934 (7.ª reimpr., 1978).

[73] Cuyo texto seguimos en nuestra traducción, salvo indicación en contrario.

F. NAVARRO ANTOLÍN, *Quinto Horacio Flaco, Epístolas, Arte Poética*, ed. crítica, trad y notas de..., Madrid, C. S. I. C. (*Alma Mater*), 2002[74].

N. RUDD, *Horace, Epistles, Book II and Epistle to the Pisones ('Ars Poetica')*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

Comentarios

C. O. BRINK, véase *supra*: *Ediciones*[75].

P. FEDELI, *Quinto Orazio Flacco, Le Opere II, tomo 4: Le Epistole, L'Arte Poetica, Comm. di...*, Roma Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, 1997.

O. IMMISCH, *Horazens Epistel ubre die Dichtkunst, erkl. von...*, Leipzig, Dieterich, 1932.

A. KIESSLING-R. HEINZE, *Q. Horatius Flaccus, Briefe, erkl. von A. K., sieb. Aufl., bearb. von R. H. (Nachw. von E. Burck)*, Berlín, Weidmann, 1961.

R. S. KILPATRICK, *The Poetry of Criticism, Epistles II and Ars Poetica*, Edmonton, University of Alberta Press, 1990.

F. NAVARRO ANTOLÍN, véase *supra*: *Ediciones*.

A. ROSTAGNI, *Arte Poetica di Orazio, introd. e commento di...*, Turín, Chiantore, 1930.

N. RUDD, véase *supra*: *Ediciones*.

---

[74] Que sepamos, la primera edición crítica de una obra de Horacio publicada en España.

[75] Huelga decir que el de BRINK, realmente monumental, es el mejor comentario jamás publicado sobre las epístolas literarias de Horacio.

Traducciones

C. CARENA, véase *supra*: ed. FEDELI.
E. GARCÍA GÓMEZ, véase *supra, Sátiras: Traducciones.*
T. HERRERA ZAPIÉN, *Quinto Horacio Flaco,* De Arte Poetica-*Arte Poética, introducción, versión rítmica y notas de...,* México, Universidad Autónoma de México (*Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*), 1970 (con texto latino).
L. HERRMANN, véase *supra*: *Ediciones.*
P. METASTASIO, «L'Arte Poetica», en *EO* I: 198-213[76].
F. NAVARRO ANTOLÍN, véase *supra*: *Ediciones.*
LL. RIBER, en Q. *Horaci Flac, Sàtires i Epístolas, text rev. per* I. Ribas, *trad. de...,* Barcelona, Fundació Bernat Metge, 1927.
D. A. RUSSELL, «Horace: *The Art of Poetry*», en D. A. RUSSELL-M. WINTERBOTTOM (eds.), *Classical Literary Criticism,* Oxford, University Press, 1989²: 98-110.
H. SILVESTRE LANDROVE, *Horacio, Sátiras, Epístolas, Arte Poética*, Madrid. Ed. Cátedra (Letras Universales), 1996.
F. VILLENEUVE, véase *supra*: *Ediciones.*

Estudios sobre el AP y otros de interés

C. BECKER, *Das Spätwerk des Horaz*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1963.
P. BOYANCÉ, «À propos de l'Art Poétique d'Horace», *Revue de Philologie* 10 (1936): 20-36

[76] Como se ve, y con muy buen criterio, los editores de la *EO* han optado por reproducir, señalando las variantes con respecto al texto de KLINGNER, la versión del gran preceptista y poeta del s. XVIII.

C. O. BRINK, *Horace on Poetry I. Prolegomena to the Literary Epistles*, Cambridge, Cambridge University Press, 1963.

C. O. BRINK, *Horace on Poetry II. The 'Ars Poetica'* : véase *supra*: *Ediciones*.

K. BÜCHNER, «Das poetische in der *Ars Poetica*», en AA. VV., *Letteratura comparata. Problemi e metodo (Studi in onore di E. Paratore)*, vol. II, Bolonia, Patrón, 1981: 511-526 (= *Studien zur römischen Literatur*, Wiesbaden, F. Steiner, 1979: 131-147).

E. BURCK, véase *supra*: *Bibliografías*.

H. DAHLMANN, «Varros Schrift de poematis und die hellenistische-römische Poetik», *Abhandlungen der Akademie zu Mainz*, 3 (1953): 1-72

O. A. W. DILKE, «When was the *Ars Poetica* written?», *Bull. Inst. Class. Stud.* 5 (1958): 49-57.

E. FRAENKEL, *Horace*, Oxford, Clarendon Press, 1957.

K. GANTAR,«Die Anfangsverse und die Komposition der horazischen Epistel über die Dichtkunst», *Symbolae Osloenses* 39 (1964): 94-98

D. GALL, *Die Literatur in der Zeit des Augustus*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2006.

P. GRIMAL, *Essai sur L'Art Poétique d'Horace*, París, P. U. F., 1968.

P. HÄNDEL, «Zur Ars poetica des Horaz», *Rheinisches Museum* 106 (1963): 164-186.

R. S. KILPATRICK, «Arte poetica», en *EO* I: 311-315.

Fr. KLINGNER, «Horazens Brief an die Pisonen», *Abhandlungen über die Verhandlungen der sächsisen Akademie, Phil.-Hist. Klasse* 88 (1936), 1937: 1-68, (= *Studien zur griechischen und römischen Literatur*, Zúrich-Stuttgart, Artemis, 1964: 352-405, por el que citamos).

A. LAIRD, «The *Ars Poetica*», en *CH*: 132-143.

J. L. MORALEJO, *Horacio, Odas, Canto Secular, Epodos*, Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos n.º 360), 2007.

E. NORDEN, Composition und Literaturgattung der Horazischen Epistula ad Pisones», *Hermes* 40 (1905): 481-528.

J. PERRET, *Horace*, París, Hatier, 1959.

D. A. RUSSELL, «Ars Poetica», en C. D. N. COSTA (ed.), *Horace*, Londres-Boston, Routledge & Kegan Paul, 1973: 113-134.

SBORDONE, F., «La poetica oraziana alla luce degli studi più recenti», en *ANRW* II.31.3 (1981): 1866-1919.

W. STEIDLE, *Studien zur Ars Poetica des Horaz. Intepretation des auf Dichtkunst und Gedichtbezüglichen Hauptteils (verse 1-294), diss.*, Würzburg-Aumülle, Triltsch, 1939 (reimpr. Hisdesheim, Olms, 1967).

J. VAHLEN, «Über Horatius' Brief an die Pisonen», *Sitzungsberichte der Preussischen Akademie*, 1906: 589-614.

Lengua y estilo

D. BO, *Q. Horati Flacci Opera, vol. III: De Horati poetico Eloquio, INDICES... (Epistularum eloquium:* XXVIII-XXX).

G. BONFANTE, «Los elementos populares en la lengua de Horacio», I, II y III *Emerita* 4 (1936a): 86-119; 4 (1936b): 207-247; 5 (1937): 17-88 (reed. en traducción italiana en *La lingua parlata in Orazio*, pref. de N. HORSFALL, trad. de M. VAQUERO, Venosa, Edizioni Osanna, 1994).

G. BRUNORI, *La lingua d'Orazio*, Florencia, Valecchi, 1930.

Pervivencia

AA. VV., *Orazio nella Letteratura Mondiale*, Roma, Istituto di Studi Romani, 1936.

V. CRISTÓBAL, «Pervivencia de autores latinos en la litera-

tura española: Una aproximación bibliográfica», *Tempus* 26 (2000): 7-86 (para Horacio: 35-41).

G. HIGHET, *The Classical Tradition: Greek and Roman Influences on Western Literature*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 1985.

M. R. LIDA DE MALKIEL, *La Tradición Clásica en España*, Barcelona, Ariel, 1975.

B. LÓPEZ BUENO (ed.), *La epístola (Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro...)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000.

J. MARMIER (ed.), *Présence d'Horace*, Tours, Centre de Recherches A. Piganiol.

SINOPSIS[77]

I. La necesaria unidad del poema (1-42):
— la pintura del híbrido grotesco (1-5)
— la variedad tiene sus límites (6-13)
— ejemplos de incoherencia (14-23)
— el *arte* controla la variedad (24-31)
— ejemplo del *artesano* —que no *artista*— del bronce (32-37)
— elección de la materia adecuada (38-40)
— elegida la materia adecuada, no faltará la exposición debida (40-42).

II. La organización y la dicción del poema (42-118):
— la organización (42-44)
— la dicción poética: el vocabulario, los géneros, los estilos dramáticos (46-118)

[77] Como puede suponerse, gran parte de las ediciones, traducciones y comentarios del *AP* ofrecen esquemas sinópticos de su contenido, destinados a guiar al lector en su discurso, que, según decíamos, fluye con la informalidad propia de una charla o de una carta amistosa; y también puede suponerse que esos esquemas difieren tanto en el aspecto que ahora llamaríamos de *grado de resolución*, como en el del establecimiento de fronteras y transiciones entre los temas tratados. Aquí seguiremos en lo fundamental el que ofrece BRINK II (1971), 468 ss., no sin tener en cuenta los de otros editores, traductores y comentaristas recientes como RUDD y NAVARRO ANTOLÍN, entre otros.

III. Temas y personajes en la poesía (119-152):
- viejos y nuevos temas (119-130)
- cómo recrear los asuntos tradicionales (131-152)

IV. El drama (153-294):
- ideas generales; los personajes (154-178)
- representación y narración: exigencias del buen gusto (179-188)
- «los cinco actos» (189-190)
- el *deus ex machina* (191-192)
- la «regla de los tres actores» (192)
- el papel del coro (193-201)
- la música en la escena (202-219)
- el drama satírico (220-250)
- el metro escénico: Grecia y Roma (251-274)
- la tragedia y la comedia griegas (275-284)
- el teatro romano (285-294)

V. El propio poeta (295-476):
- introducción (295-308)
- recursos del poeta (309-332)
- objetivos del poeta (333-346)
- los errores del poeta y sus límites (347-360)
- *ut pictura poesis* (361-365)
- el poeta no puede ser mediocre (366-390)
- excelencias de la vocación poética (391-407)
- talento y trabajo (408-418)
- el papel de la crítica sincera (419-452)
- sensatez y locura poéticas (453-476).

La unidad de la obra literaria

Si un pintor quiere unirle a una cabeza humana la cerviz de un caballo y ponerle plumas diversas a un amasijo de miembros de vario acarreo, de modo que remate en horrible pez negro lo que es por arriba una hermosa mujer[78], invitados a ver semejante espectáculo, ¿aguantaréis, amigos míos, la risa?

Límites de la variedad

Creedme, Pisones[79], que a ese cuadro será muy parecido el libro en el que, al igual que en los sueños que tiene un enfermo, se representen imágenes vanas, en

---

[78] La grotesca figura que Horacio imagina, de la que no han faltado representaciones gráficas, tiene los rasgos de algunos seres híbridos de la mitología, como la quimera, los centauros, los tritones o Escila y Caribdis; véase BRINK II (1971): 87.

[79] Los destinatarios de la epístola son, según Porfirión, Lucio Calpurnio Pisón (c. 48 a. C.-32 d. C.), cónsul en el a. 15 a. C. y a la postre pontífice máximo, y dos hijos suyos de los que no hay otra noticia. Del padre hace TÁCITO (*An.* VI 10, 3) una elogiosa necrológica: «... falleció... de muerte natural, algo raro tratándose de persona tan ilustre; no había sido autor voluntario de ninguna moción servil, y cuantas veces se vio en apuros supo conducirse con prudente moderación». El padre de éste, Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, el suegro de Julio César, contra el que Cicerón pronunció su *In Pisonem*, tenía una villa en Herculano que fue frecuentada por filósofos epicúreos como Filodemo y Sirón, el maestro de Virgilio. De su rica biblioteca se han recuperado numerosos papiros

las que pies y cabeza no correspondan a una misma figura. «Los pintores y los poetas siempre han tenido el mismo derecho de atreverse a cuanto les plazca»[80]. Lo sabemos, y esa licencia pedimos y por nuestra parte la damos; pero no para que se junten con los animales mansos las bestias feroces, no para que se emparejen con las aves las sierpes o con los corderos los tigres[81].

Ejemplos de incoherencia

Muchas veces, a preámbulos serios y que mucho prometen se les cosen uno o dos trapos de púrpura para que reluzcan de lejos, describiendo un bosque y un altar de Diana, y el serpentear de las aguas que corren por campos amenos, o la corriente del Rin, o el arco que sigue a la lluvia[82]; pero ése no era el momento de tales asuntos. También

---

con textos filosóficos. Sin embargo, esa identificación sólo sería compatible con una datación tardía del *AP* (en torno al 10 a. C.); y quienes no la admiten han pensado más bien en Gneo Calpurnio Pisón, cónsul suplente en el 23 a. C., y en sus hijos Gneo y Lucio, ambos también cónsules, el primero de los cuales, como gobernador de Siria desde el 17 d. C., se vería implicado en la misteriosa muerte de Germánico en el 19, lo que lo empujó al suicidio (sobre el episodio tenemos ahora más noticias por el sensacional hallazgo epigráfico del *Senatusconsultum de Cn. Pisone patre*, expuesto en el Museo Arqueológico Provincial de Sevilla). Acerca del problema véanse BRINK I (1963): 239 ss., que recoge la conclusión de R. Syme de que «la incertidumbre subsiste»; SBORDONE, 1981: 1908; R. PALMIERI, *EO* I: 853 s., que considera la cuestión «todavía abierta» y, más recientemente, A. LAIRD, *CH*: 134, que estima significativo el que Porfirión nombre a Lucio Pisón, y como poeta y protector de literatos, justamente antes de la noticia que da sobre Neoptólemo como fuente de la obra.

[80] Habla el consabido interlocutor anónimo.

[81] Horacio recurre a típicos ejemplos de *adynata* literarios para ejemplificar el absurdo.

[82] Típicos ejemplos de *écfrasis* o descripción en la que solía demorarse un poeta.

sabes, tal vez, representar un ciprés; ¿pero eso a qué viene, si quien te paga lo hace para que lo pintes a él nadando desesperado después de un naufragio[83]? Se empezó a hacer un ánfora: ¿por qué, al correr de la rueda[84], es un cántaro lo que sale? En fin, que sea lo que tú quieras, con tal de que sea homogéneo y tenga unidad.

El arte controla la variedad

La mayor parte de los poetas, padre y jóvenes dignos del padre[85], nos engañamos con la apariencia de lo que es correcto: me esfuerzo en ser conciso y oscuro me vuelvo; cuando busco hacer una cosa ligera me faltan nervio y aliento; el que aspira a lo grande se hincha; por tierra se arrastra el que es precavido en exceso y teme a las tempestades; el que ansía dar a una obra una variedad prodigiosa, pinta un delfín en los bosques y un jabalí en las olas. El escapar del defecto, al vicio conduce, si se carece de arte.

Ejemplo del artesano del bronce

Un humilde artesano de junto a la palestra de Emilio[86] reproducirá en el bronce las uñas, e imitará los muelles cabellos; mas no acertará a hacer la obra completa, porque no sabrá diseñar el conjunto. A mí, cuando de componer alguna obra me ocupe, no me apetecería ser como ése más que vivir con la nariz torcida, aunque mis negros ojos y mi negro cabello fueran dignos de verse.

[83] Es decir, se le había encargado un cuadro para ofrendar *ex voto* en algún santuario, como los que aún podemos ver actualmente en muchas iglesias de pueblos marineros de España.

[84] La del torno del alfarero.

[85] Naturalmente, Horacio vuelve a invocar a los tres Pisones.

[86] Lugar de Roma donde tenían sus talleres los escultores.

Elección de la materia adecuada; elegida la que conviene, no faltará la exposición adecuada

Los que escribís, elegid la materia que a vuestras fuerzas les cuadre, y pensad largo tiempo en lo que rehúsan y lo que pueden cargar vuestros hombros. A quien escoja un asunto para el que tiene energías, no le han de faltar ni facundia ni un orden lucido[87].

La organización y dicción del poema: la lengua poética, el vocabulario, los géneros.

O yo me equivoco, o la virtud y el encanto del orden están en que diga ya ahora lo que ya ahora deba decirse, y en dejar muchas otras cosas para más tarde y por el momento omitirlas. Además[88], mostrándose fino y prudente al trenzar las palabras, unas cosas ha de buscar y otras desdeñar el autor del prometido poema.

Te expresarás de manera excelente si una combinación ingeniosa[89] convierte en nueva alguna palabra sabida. Si es necesario mostrar las cosas oscuras por medio de símbolos nuevos y crear palabras que no oyeron los fajados Cetegos[90], habrá y se dará licencia para usarlas con la debida cautela. Además, las nuevas palabras y las recién acuñadas tendrán crédito si dimanan de fuente griega, parcamente vertidas[91]. ¿Y por qué a Ceci-

[87] El famoso *lucidus ordo*, que parece corresponder a la *dispositio* de la materia; véase Brink II (1971): 126.

[88] Como se ve, seguimos a Klingner en la alteración del orden de los vv. 45-46.

[89] La famosa *callida iunctura*, sobre la que hemos tratado en nuestra Introducción a las *Odas*, en Moralejo, 2007, vol. 360 de esta B. C. G.: 176 s.

[90] Los prototipos de viejos romanos ya mencionados en II 2, 117. Se los llama *cinctuti* por suponerse que usaban el primitivo *cinctus*, una faja enrollada al cuerpo desde la cintura a las rodillas.

[91] Horacio lleva hasta el final la metáfora del agua: se trata de que el caudal de neologismos no sea excesivo; sigo a Brink II (1971): 144, quien hace

lio y a Plauto le van a conceder los romanos lo que nieguen a Virgilio y Vario[92]? ¿Por qué yo, si puedo hacer unas pocas ganancias soy mal mirado, cuando la lengua de Catón y de Ennio enriqueció el habla patria y dio a conocer nuevos nombres?[93] Ha sido y será siempre lícito sacar a la luz un nombre que lleve el cuño del tiempo[94]. Igual que de un año para otro[95] los bosques cambian de hojas y caen las primeras, así perece la generación de las viejas palabras y, al igual que los jóvenes, florecen y cobran vigor las que han nacido hace poco. Nosotros y todo lo nuestro somos deuda a pagar a la muerte[96]. Lo mismo da que Neptuno[97], acogido en la tierra, proteja de los aquilones las flotas, obra digna de un rey; o que un pantano largo tiempo baldío y hecho para los remos dé de comer a las ciudades vecinas y

notar que el verbo *detorqueo* era el tradicional para referirse a la acción de desviar o derivar las aguas de un riego.

[92] Nada hay que añadir sobre los cómicos arcaicos Cecilio Estacio y Plauto ni sobre los poetas amigos de Horacio Virgilio y Varo, salvo que se reivindica para los modernos las mismas libertades que aquellos se habían permitido.

[93] Otros dos ilustres autores arcaicos; Horacio quiere contribuir como ellos a enriquecer la lengua.

[94] Como las monedas, algo que se miraba mucho en razón de los frecuentes cambios de valor.

[95] Pasaje discutido en su forma e interpretación, en el que SH. BAILEY y RUDD incluso suponen que falta un verso. Nosotros traducimos según el texto de KLINGNER, que nos parece que da un sentido aceptable. La bella comparación con los bosques de hoja caduca ya había sido empleada por Homero para referirse a las generaciones humanas (*Il.* VI 146 ss.). Horacio, sin dejar de lado ese sentido, la aplica aquí a la renovación constante del vocabulario.

[96] Traducción de un epigrama atribuido a SIMÓNIDES (*Antol. Pal.* X 105, 2).

[97] Es decir, el mar. Horacio cita varias grandiosas obras públicas de su tiempo: el Puerto Julio, que Augusto construyó junto a Bayas uniendo los lagos Averno y Lucrino con el mar, que brindaba a las naves resguardo del viento del N. (el aquilón); luego alude a la desecación de pantanos Pomptinos, entre el Lacio y Campania, no concluida hasta los tiempos de Mussolini, y al encauzamiento del Tíber.

sienta lo que pesa un arado; o que haya cambiado su curso, dañino para las cosechas, el río al que se ha enseñado un camino mejor: perecerán las obras humanas, y tanto menos han de durar la belleza y la gracia de las palabras. Renacerán numerosos vocablos que ya decayeron, y decaerán los que ahora se estiman, si el uso lo quiere[98]; pues en sus manos están el arbitrio, la ley y la norma del habla.

Con qué ritmos podían cantarse las gestas de reyes y de paladines y las guerras funestas lo dejó claro Homero[99]. En los versos dispares unidos[100] se incluyó primero el lamento, y luego también el sentir del que ha visto cumplido su voto; sin embargo, sobre quién fue el primero en entonar la humilde elegía, los gramáticos no se ponen de acuerdo y el asunto aún está sometido a juicio. Armó la rabia a Arquíloco con el yambo, tan suyo[101]; y a este pie le vinieron a la medida el zueco y los altos coturnos, por ser adecuado para la charla alternada, capaz de imponerse al griterío del pueblo, y como nacido para representar una acción[102]. A la lira[103] le encomendó la musa cantar a los

---

[98] De nuevo el criterio del *Pater usus* de II 2, 115.

[99] Se trata del hexámetro dactílico o verso épico, luego extendido a otros géneros como la didáctica o la sátira.

[100] Se refiere al dístico elegíaco, que alterna el hexámetro con el llamado pentámetro. Horacio alude también a algunos contenidos propios de ese metro en sus primeros tiempos: el del epigrama votivo y el del lamento fúnebre; pero recuérdese que tuvo muchos otros y que en Roma fue por excelencia el metro de la poesía amorosa. Se discutía, en efecto, sobre el inventor del género, que podría haber sido Arquíloco, Mimnermo o Calino.

[101] Es proverbial la virulencia verbal del yambo y especial de los de Arquíloco.

[102] Es decir, el yambo se convirtió en el metro escénico por excelencia, y especialmente de sus diálogos. Los zuecos y coturnos nombrados son los utilizados en las representaciones cómicas y trágicas, respectivamente.

[103] Es decir, a la poesía lírica, incluyendo la coral, en la que era subgénero típico el de los epinicios del atleta vencedor.

dioses y también a sus hijos; al luchador victorioso, y al caballo que en la carrera quedara el primero; y las cuitas de los muchachos y la libertad de los vinos. Y a mí, si no sé respetar e ignoro las diferencias prescritas y los tonos que cada género tiene, ¿por qué se me saluda como poeta? ¿Por qué, llevado de una errada vergüenza, prefiero ignorar que aprender?

La dicción en el drama: intro y lengua.

Un asunto cómico no admite que lo traten con los versos de la tragedia; y a su vez, se indigna de que la narren en versos de andar por casa, y de que casi están a la altura del zueco, la cena de Tiestes[104]. Ha de mantener cada asunto su lugar adecuado, el que se le ha atribuido. Sin embargo, de vez en cuando también la comedia levanta la voz, y Cremes[105] perora irritado hinchando la boca; y muchas veces un personaje de la tragedia se duele en estilo pedestre, cuando Télefo y Peleo[106], pobres y desterrados el uno y el otro, se deshacen de ampulosidades y de las palabras que miden pie y medio[107], buscando llegar con su queja al corazón de los espectadores.

No basta con que los poemas sean hermosos: han de tener

---

[104] La terrible historia del *Pelópida* Tiestes, al que su hermano Atreo, por afán de venganza, sirvió en una cena la carne descuartizada de sus propios hijos. El zueco nombrado es el propio de la comedia.

[105] Nombre típico de personaje cómico, y en especial del padre severo, como en el *Heautontimorúmeno* de Terencio.

[106] Ejemplos de héroes que podían aparecer en situación miserable en las tragedias, y especialmente en las tan patéticas de Eurípides. Recuérdese que Télefo, rey de Misia ya citado en *Epod.* 17 8, s., tenía una herida causada por la lanza de Aquiles, y sólo en ella podía encontrar remedio. Disfrazado de mendigo acudió junto a él y fue curado. Peleo, padre de Aquiles, también había sufrido muchas fatigas.

[107] Los tantas veces citados *sesquipedalia verba*, a entender tanto en sentido literal como métrico.

encanto y llevar el ánimo del lector a donde les plazca[108]. Al igual que se ríen con quienes se ríen, así lloran con los que lloran los rostros humanos. Si quieres hacerme llorar, primero has de dolerte tú mismo; entonces me hará sufrir tu desgracia, ya seas Télefo, ya Peleo; mas si dices mal tu papel, me dormiré o habré de reírme[109]. A un rostro triste le cuadran palabras amargas; a uno airado, las que de amenazas rebosan; al que está de broma, las chanzas; y a un rostro severo, serias palabras. Y es que primero la naturaleza nos prepara por dentro para todo tipo de suerte: nos llena de gozo o nos empuja a la ira, o bien nos echa por tierra abrumados de pena y nos llena de angustia; luego saca a la luz las emociones del alma, y la lengua le hace de intérprete. Si las palabras del que habla no casan con su fortuna, los caballeros romanos[110] y también los de a pie se echarán a reír.

Será muy distinto si el que habla es Davo o es un héroe[111]; si es un viejo maduro o un mozo fogoso, aún en la flor de la edad; si una imperiosa matrona o un aya solícita; si un mercader ambulante o el labrador de una verde parcela; si un colco o un asirio; si un oriundo de Tebas o uno de Argos[112].

Viejos y nuevos temas; cómo recrear los asuntos tradicionales

O atente a la tradición, o invéntate algo coherente al ponerte a escribir. Si por caso sacas de nuevo a Aquiles, tan celebrado, que sea incansable, iracundo, inexorable,

---

[108] El poeta, pues, ha de ser un ψυχαγωγός, «un conductor de almas»; véase BRINK II (1971): 184.

[109] Para el origen peripatético de esta doctrina, aplicada a la retórica, véase BRINK II (1971): 186.

[110] Recuérdese que los caballeros ocupaban un lugar distinguido en el graderío del teatro.

[111] Davo es un típico nombre de esclavo de comedia.

[112] Los colcos eran los naturales de la Cólquide, en el Cáucaso. Tebas y argos no precisan de explicación.

agresivo; que diga que para él no se hicieron las leyes, y que nada sustraiga al poder de las armas. Sea Medea feroz e inflexible, e Ino llorosa; pérfido Ixión, vagabunda Ío y lúgubre Orestes[113]. Si llevas algo no tratado a la escena, y a forjar algún personaje nuevo te atreves, mantenlo hasta el fin tal cual haya aparecido al principio y haz que sea coherente. Es difícil decir de manera propia lo que es patrimonio común, y mejor harás si conviertes en actos el poema de Ilión[114], que si das a la luz el primero historias desconocidas que nadie ha contado. La materia pública será de tu dominio privado si no te quedas dando vueltas al circuito[115] vulgar que todos recorren; ni pretendes que cada palabra otra palabra recoja, como un intérprete fiel, ni, puesto a imitar, te metes en un aprieto del que te impidan sacar el pie la vergüenza o la ley de ese género. Y no empezarás como antaño el poeta cíclico hacía: «La fortuna de Príamo voy a cantar y la guerra famosa»[116]. ¿Qué va a traer de bueno el que tanto promete, y abriendo tanto la boca? Se pondrán de parto los montes y nacerá un ratón, que es cosa de risa[117]. ¡Cuánto mejor hace el que nunca se mete en descabelladas empresas!:

---

[113] En su descripción de caracteres épico-trágicos Horacio continúa con Medea, la esposa de Jasón que sacrificó por despecho a sus propios hijos; Ino, hija de Cadmo, rey de Tebas, perseguida por Hera por haber acogido a su sobrino Dioniso, hijo adulterino de Zeus; Ío, doncella argiva amada por Zeus, también fue perseguida por Hera, que la transformó en ternera y la puso bajo la vigilancia de Argos, el de los cien ojos; y, en fin, con Orestes, entristecido por el asesinato de su padre Agamenón, al que él vengaría.

[114] Obviamente, la *Ilíada*, pero convertida en tragedia.

[115] Hay acuerdo en que con *orbem* Horacio alude aquí al κύκλος de los poemas homéricos, surgido para proporcionar a los lectores *nuevas entregas* de la saga troyana. Para los críticos, y especialmente para los refinados alejandrinos, se trataba de poesía mediocre; véase Brink II (1963: 210 s.).

[116] Sobre los poemas cíclicos, véase la nota anterior. Es obvio el ridículo en que queda el poeta mediocre que a esas alturas comienza a escribir de tal modo.

[117] El famoso *parto de los montes*.

«Dime, Musa, el varón que tras los tiempos de la conquista de Troya, de muchos hombres fue a ver las costumbres y las ciudades»[118]. No piensa en sacar humo del fulgor, sino del humo la luz, para luego mostrar vistosos prodigios: a Antífates y a Escila y, con el cíclope, a Caribdis[119]. Y no inicia el regreso de Diomedes con la muerte de Meleagro, ni la guerra de Troya con los huevos gemelos[120]. Corre siempre hacia el desenlace, y mete al lector en mitad de la historia[121], como si ya la supiera. Las cosas a las que no espera poder dar brillo al tratarlas, las deja; y así fabula y mezcla verdad y mentira, de modo que del comienzo no discrepe la parte de en medio, ni de la parte de en medio el final.

Los personajes del drama

Escucha lo que yo, y conmigo el pueblo, echo de menos, si lo que te hace falta es un espectador dispuesto a aplaudir, que espere a que se eche el telón, y se quede sentado hasta que el cantor diga lo de «¡Aplaudid!»[122]. Has de ob-

[118] Paráfrasis del inicio de la *Odisea*.

[119] Personajes de la *Odisea*. Antífates era el rey de los antropófagos lestrigones. Escila y Caribdis eran los monstruos apostados a ambos lados del estrecho de Mesina. El cíclope nombrado es, naturalmente, Polifemo.

[120] Es decir, el buen poeta no se remonta a los antecedentes lejanos de una historia; por ejemplo, a Meleagro, muerto en la cacería del jabalí de Calidón, para narrar el regreso de Troya de su sobrino Diomedes. En cuanto a los «huevos gemelos», se trata de los que puso Leda tras ser fecundada por Zeus convertido en cisne, de los cuales nacieron los Dioscuros Cástor y Pólux y sus hermanas Helena y Clitemnestra. Naturalmente, era una exageración partir de ahí para narrar la guerra troyana.

[121] El famoso *in medias res*.

[122] Fórmula tradicional de despedida de las compañías de cómicos. Augusto, en su lecho de muerte, tras preguntar a sus amigos «si les parecía que había representado bien la farsa de la vida», les dijo con unos versos griegos: «Si la comedia os ha gustado, concededle vuestro aplauso/ y, todos a una, despedidnos con alegría» (SUETONIO, *Aug*. 99, 1).

servar los comportamientos propios de cada edad, y dar a los caracteres, que con los años varían, los rasgos que les convienen[123]. El niño que ya sabe repetir algunas palabras y ya pisa con pie firme la tierra, está inquieto por irse a jugar con sus pares, y sin mayor motivo se enfada y se calma y cambia de una hora para otra. El joven imberbe, que al fin se ha quitado de encima al tutor, disfruta con los caballos, los perros y el césped del soleado Campo de Marte[124]; es blando como la cera para torcerse hacia el vicio, díscolo con sus consejeros, tardo para ocuparse de lo que es útil, pródigo del dinero, idealista, apasionado y presto para abandonar lo que amaba. Mudando de afanes, la edad y el carácter viril van tras la riqueza y las amistades, se hacen esclavos de las distinciones, se guardan de hacer cosa alguna que luego les sea difícil cambiar. Muchos son los inconvenientes que acosan al viejo, ya porque busca ganancias y, tras encontrarlas, el pobre no las toca y teme servirse de ellas; ya porque todo lo hace lleno de miedo y sin entusiasmo; a todo da largas y pospone las esperanzas[125]; carece de iniciativa y se angustia por el futuro; intratable y gruñón, es dado a alabar el tiempo pasado[126], cuando él era niño, y a corregir y censurar a los jóvenes. Muchas cosas buenas traen consigo los años que vienen, y muchas se llevan cuando se marchan. No ha de encomendarse a un joven un papel de viejo, ni a un muchacho el de hombre maduro; siempre habrá que atenerse a los caracteres propios de cada edad.

---

[123] Según comenta BRINK II (1971): 231, ya ARISTÓTELES (*Ret.* II 12, 1388b, 31 y 36) había subrayado la importancia que en diseño de los caracteres tenían las distintas edades, de las que él sólo distingue «juventud», «madurez» y «vejez».

[124] El parque donde se hacían ejercicios gimnásticos y militares.

[125] Texto de forma controvertida; traducimos según el de KLINGNER.

[126] Otra frase lapidaria: *laudator temporis acti*.

Representación y narración: exigencias del buen gusto

La acción se representa en la escena o bien se cuenta una vez sucedida[127]. Lo que se deja caer al oído conmueve los ánimos más lentamente que lo que se presenta ante los fieles ojos y que el espectador se cuenta a sí mismo. Sin embargo, no has de sacar a la escena las cosas que pide el decoro que ocurran entre bastidores, y hurtarás a los ojos no pocas que luego habrá de contar la elocuencia de uno que haya estado presente: que no degüelle Medea a sus hijos delante del pueblo; que ante el público no cocine entrañas humanas el sacrílego Atreo, ni se convierta en pájaro Procne ni Cadmo en serpiente[128]. Cualquier cosa así que me muestres, incrédulo yo la rechazo.

Los «cinco actos»; el deus ex machina*; la «regla de los tres actores»*

Que no sea menor ni se alargue pasando del quinto acto[129] la obra que quiera ser reclamada y repuesta en la escena. Que no intervenga un dios, a no ser que haya un nudo que exija que él lo desate; y que el cuarto personaje no se empeñe en hablar[130].

[127] Distinción fundamental en la técnica dramática. Como de inmediato se verá, el recurso de la *acción narrada*, generalmente a cargo de un mensajero *ad hoc*, permitía, aparte de abreviar la representación, alejar de la escena los episodios especialmente desagradables.

[128] Las atrocidades de Medea y Atreo ya las hemos recordado más arriba. Los otros dos episodios aludidos son metamorfosis: la de Procne en golondrina, tras haber matado a su hijo Itis por vengarse de su esposo Tereo; y la de Cadmo, fundador de Tebas, en serpiente, que él mismo pidió a los dioses.

[129] La clásica doctrina de «los cinco actos»; para sus precedentes, más helenísticos que aristotélicos, véase Brink II (1971): 248 ss.

[130] Horacio se pronuncia contra el recurso del *deus ex machina*, por el que fue criticado Eurípides: llegado el *nudo* de la acción a un extremo inextricable, por medio de una especie de grúa se hacía descender a la escena a un dios que resolvía las cosas; véase Brink II (1971: 251 s.). Además, el poeta se pronuncia

Función del coro

El coro ha de desempeñar el papel de un actor y cumplir su deber como un hombre[131]; y entre los actos no ha de cantar cosa alguna que no venga a cuento y que no se ajuste bien a la trama. Debe animar a los buenos y darles amigables consejos, y corregir a quienes se dejan llevar de la ira, y procurar calmar a los arrogantes[132]. Ha de alabar los convites de una mesa frugal, la saludable justicia y las leyes, y la paz que deja las puertas abiertas[133]. Ha de guardar los secretos que le son confiados[134], y rogar y pedir a los dioses que la Fortuna vuelva con los desdichados y a los soberbios los deje.

La música en la escena

La flauta[135] —no, como la de ahora, que se ciñe de latón y compite con la trompeta, sino flaca, sencilla y sin tanto agujero[136]— se bastaba para dar el tono y

---

en contra de la intervención de un cuarto actor, conforme a la tradición; véase Brink II (1971): 253 s.

[131] Siguiendo, una vez más, a Brink II (1971): 255, entendemos que Horacio juega aquí con un doble sentido de la palabra *uiriliter*: por una parte, significaría que el coro debe desempeñar un papel equiparable al de los demás actores; por otra, que ha de hacerlo «to the best of his ability».

[132] Seguimos, como de costumbre, la lectura de Klingner y de la tradición, en este caso *tumentis*, frente al *timentis* que otros prefieren, siguiendo a Bentley.

[133] Las puertas abiertas son una señal obvia de que se vive en paz.

[134] El coro, a lo largo de la representación, oía cosas que algunos personajes no sabían; debe, pues, ser discreto.

[135] Convendrá recordar que la *tibia* romana (gr. *aulós*), que normalmente suele traducirse por «flauta», no pertenecía a la familia de las modernas flautas (ya de pico, ya travesera). En efecto, era un instrumento de la familia de los modernos oboes, gaitas, dulzainas y chirimías, en los que el sonido se generaba en una boquilla de dos lengüetas de caña atadas entre sí; sobre la historia del instrumento en el teatro véase Brink II (1971): 262 ss.

[136] Es decir, sin tantos tonos. Antes se alude seguramente a la costumbre de adornar las flautas con anillos dorados.

acompañar a los coros, y para llegar con su soplo a todas las filas, aún no demasiado apretadas; en las cuales se reunía un pueblo que aún podía contarse, por lo pequeño que era, además de honrado, decente y respetuoso. Después de que, vencedor, empezó a dilatar sus campos, y unas murallas más amplias a abrazar a la urbe, y se permitió dar gusto al genio en las fiestas bebiendo de día[137], se otorgó mayor libertad a los ritmos y a las melodías. En efecto, ¿qué iba a apreciar una mezcolanza de incultos patanes en día de asueto y de público urbano, de gentuza y de gente de clase? Así, a su antiguo arte añadió el flautista movimiento y exuberancia, y andaba de aquí para allá por la escena llevando a rastras el manto. Así también le crecieron las voces a las cuerdas austeras[138], y una desbocada facundia trajo consigo un insólito modo de hablar, cuyos conceptos, ya trataran de averiguar lo que es útil, ya de adivinar el futuro, no diferían de los oráculos delfios[139].

El drama satírico

El que compitió por un vil cabrón con una tragedia[140] también sacó luego desnudos a los rústicos sátiros[141]; y con cierta

[137] El beber en pleno día se había considerado antiguamente como algo propio de personas disolutas. Darle un gusto al genio (sobre el cual véase nota a *Epi.* II 1, 144) equivalía más o menos a nuestro «echar una cana al aire».

[138] Es decir, las de la lira, que fueron aumentando progresivamente desde su primitiva sencillez.

[139] Los oráculos de Delfos, como los demás, se caracterizaban por su oscura ambigüedad.

[140] La doctrina tradicional sobre el origen de la tragedia la hacía derivar de los certámenes rituales que se celebraban en las fiestas Dionisias, en los que se ponía como premio un macho cabrío (*trágos*), que dio nombre al género.

[141] Horacio pasa a tratar de los orígenes de los dramas satíricos, piezas de menor patetismo que se representaban tras las trilogías trágicas para, por así decirlo, aliviar la tensión. Típicos de ellos eran los grotescos personajes híbridos de los sátiros, ancestralmente ligados a los cultos campesinos de Dioniso.

rudeza, sin mengua de la gravedad, probó con la chanza, por aquello de que al espectador había que entretenerlo con diversiones y gratas sorpresas cuando, habiendo cumplido los ritos sagrados, estaba bebido y sin ley. Sin embargo, a los risueños y deslenguados sátiros bueno será presentarlos, pasando de lo serio a lo chusco, de modo que ningún dios, ningún héroe que aparezca en la escena, y al que poco antes se ha visto ataviado de regio oro y de púrpura, se vaya a las oscuras tabernas por usar el más bajo lenguaje[142]; o que, por no andar por los suelos, se agarre a las nubes y al espacio vacío. La tragedia, a la cual no le cuadra andar soltando versos ligeros, como una matrona obligada a bailar en un día de fiesta, sólo con mengua de su recato se mezclará con los sátiros desvergonzados. Yo no buscaría, Pisones, sólo nombres y verbos sin artificio y con su valor literal[143], puesto a escribir un drama satírico; ni me esforzaría en apartarme del estilo de la tragedia, hasta el punto de que no se distinga si hablan Davo y la osada Pitíade, que ha desplumado a Simón al sacarle un talento, o bien Sileno, guardián y servidor de su divino pupilo[144]. Partiendo de lo conocido, iré tras un nuevo poema, tal que si alguno pretende lo mismo, sude no poco y en vano se esfuerce en su intento; tanto vale el saber combinar y unir las palabras, tanto brillo se puede darle a lo que se ha to-

La doctrina de Horacio, que pone a la tragedia en el origen del drama, choca con la de Aristóteles, que consideraba al drama satírico como más antiguo, y al parecer con razón; véase Brink II (1971): 273 ss.

[142] El principio del *decus*, tan romano.

[143] Parece tratarse de las que los griegos llamaban *kýria onómata*; véase Brink II (1971): 285 s.

[144] Davo, como ya hemos dicho, era un típico nombre de esclavo cómico. Pitíade, al parecer, era una astuta esclava que aparecía en algunas comedias perdidas (*cf.* C. A. Vicard, *EO* I: 857 s.). Simón era en la comedia era nombre típico de viejo. Sileno, en fin, era una especie de sátiro, muy dado a la bebida, que había sido preceptor de Dioniso cuando niño.

mado de lo que es común patrimonio[145]. Si soy yo quien ha de juzgar, que los faunos sacados de las espesuras no osen jamás, como si fueran gente nacida en los barrios o casi asiduos del Foro, pasarse de finos con versos muy tiernos, o escandalizar con palabras inmundas e ignominiosas[146]. Pues se ofende a quienes tienen caballo[147], un padre y un capital, y aunque en cierto medida lo apruebe el que compra garbanzos y nueces[148] tostadas, no le agrada ni le otorga el premio de la corona.

El metro escénico: Grecia y Roma

Una sílaba larga después de una breve yambo se llama[149]; un pie veloz, lo que hizo que a los versos yámbicos se les añadiera el nombre de trímetros, aunque cada uno diera seis golpes, iguales desde el primero al final[150]. Aún no hace mucho, con el fin de llegar al oído un poco más lento y más grave, ese pie dio entrada a los sólidos espondeos en sus leyes paternas, mostrándose bien dispuesto y paciente, mas no tanto como para cederles, como buen compañero, el segundo o el cuarto lugar[151]. Aparece poco este pie en los trímetros tan fa-

---

145 De nuevo la idea de la *callida iunctura*, ya formulada en el v. 47.

146 Divinidades menores itálicas identificadas con los sátiros.

147 Es decir, a los caballeros romanos.

148 El pueblo llano.

149 Con esta *perogrullada* Horacio anticipa su crítica a la escasa corrección métrica que aprecia en los autores dramáticos romanos.

150 El yámbico, en efecto, se consideraba como un ritmo veloz; *cf. Od.* I 16, 24.

151 El sentido parece ser el de que como los yambos discurrían tan rápidos, se hizo necesario poner dos en cada metro. Y de hecho, como se sabe, el llamado trímetro yámbico tiene tres metros, pero seis pies; véase Brink II (1971): 297 s. Los «golpes» (*ictus*) a los que Horacio se refiere son los que señalaban el ritmo; más bien golpes de batuta que incrementos en la intensidad de la pronunciación de los tiempos marcados (las sílabas largas de cada pie), como algunos creen. Horacio parece entender el trímetro «a la romana», es decir, como senario, dado que considera sus seis pies al mismo nivel.

mosos de Accio; y a los versos que Ennio[152] mandó cargados con enorme peso[153] a la escena los abruma con la acusación deshonrosa ya de obra apresurada en exceso y carente de esmero, ya de ignorancia del arte.

No ve cualquier juez qué poemas están mal medidos, y a los poetas romanos se ha dado una venia que no se merecen. ¿Por eso he de andar yo sin rumbo y escribir como me apetezca? ¿O he de pensar que todos verán mis defectos y ponerme a seguro, amparándome en la esperanza de que me disculpen? A la postre he evitado el reproche, pero no he merecido el elogio. Vosotros dad vueltas a los modelos griegos, teniéndolos en las manos de día y de noche. Verdad es que vuestros mayores alabaron los ritmos y sales[154] de Plauto, admirando lo uno y lo otro con mucha paciencia, por no decir estulticia; al menos si vosotros y yo sabemos diferenciar un dicho ingenioso de uno sin gracia, y captamos con el oído y los dedos el son[155] que se ajusta a la ley.

La tragedia y la comedia griegas

El género de la camena trágica[156], hasta entonces desconocido, se dice que fue Tespis el que lo inventó, y que en su carreta llevó sus poemas para que los cantaran actores con la cara embadurnada de orujo[157]. Tras éste, el inven-

[152] En efecto, los yambos impares pueden sustituirse por espondeos (dos sílabas largas).

[153] Se admite que los versos con muchos espondeos producían una sensación de pesadez.

[154] Los versos y las gracias, que, como de inmediato se verá, Horacio apreciaba poco.

[155] Con el dedo se solía marcar y llevar el ritmo en la lectura de versos; son los *ictus* antes citados.

[156] De la musa de la tragedia.

[157] Tespis, ya citado en *Epi.* II 1, 163, estaba considerado como creador de la tragedia griega, cuando en las fiestas Dionisias de entre los años 536 y 533 a. C.

tor de la máscara y del manto de ceremonia, Esquilo, puso una tarima en la escena apoyada en vigas modestas y enseñó a hablar con grandeza y a subirse al coturno[158]. Tras éstos vino la Comedia Antigua[159], y no sin muchos elogios; mas la libertad paró en vicio y en violencia que demandaban el control de la ley. La ley fue adoptada y el coro calló avergonzado, privado de la potestad de hacer daño[160].

El teatro romano

No ha habido cosa que no intentaran nuestros poetas, y no fue despreciable la gloria que se ganaron los que se atrevieron a abandonar las huellas de los griegos y a celebrar las hazañas patrias, o los que a la escena dieron tragedias pretextas o comedias togatas[161]. Y no sería más poderoso el Lacio por su valor y sus armas gloriosas que por su lengua, si no molestara a todos y cada uno de los poetas la morosa labor de la lima. Vosotros,

---

añadió al ditirambo que interpretaba el coro un primer personaje que dialogaba con él. La mención del «carro de Tespis», famoso gracias a este pasaje, parece deberse más bien a una tradición sobre el origen de la comedia. No es de extrañar que en fiestas tan ligadas al campo y a Dioniso los rústicos aparecieran embadurnados de vino; sería un primitivo *maquillaje*, anterior a la introducción de las máscaras; véase Brink II (1971): 312 s.

[158] Con Esquilo (525-456 a. C.), según la tradición antigua que Horacio sigue y que no hace justicia a autores intermedios como Quérilo y Frínico, la tragedia llega a su perfección; véase Brink II (1971): 313. No hará falta recordar que los coturnos eran los zapatos con grandes alzas que llevaban los actores trágicos.

[159] La representada, entre otros, por Aristófanes, Épolis y Cratino en la Atenas del s. v. Horacio los nombraba en *Sát.* I 4, 1. Como ya se sabe, era típica de esa etapa de la comedia su παρρησία o licencia verbal, al abrigo de la cual podía escarnecer a cualquier ciudadano.

[160] Como se sabe, en la Comedia Nueva el coro queda marginado y prácticamente desaparecen las invectivas personales; pero ello no parece guardar relación con leyes que impusieran la censura.

[161] La tragedia pretexta y la comedia togata tenían, en efecto, asunto romano.

sangre de Numa Pompilio[162], censurad el poema al que muchos días y muchas enmiendas no han hecho encoger, y no han corregido diez veces hasta pasar la prueba de la uña bien recortada[163].

El poeta

Como Demócrito estima que la inspiración supone mayor fortuna que el arte —a su parecer, poca cosa—, y excluye del Helicón a los poetas sensatos[164], buena parte de ellos no se cuida de cortarse ni uñas ni barba, busca apartados lugares, evita los baños. En efecto, alcanzarán el honor de que se les llame poetas si nunca confían a Lícino, el peluquero, esas cabezas suyas, que ni tres Antíciras lograrían curar[165]. ¡Ay, torpe de mí, que me purgo la bilis al acercarse el tiempo de la primavera[166]! Y no habría otro que hiciera mejores poemas; sin embargo, no vale la pena. Así, pues, haré el papel de la muela, que

[162] El segundo rey de Roma. Los Calpurnios decían descender de su hijo Calpis.

[163] Alude a la costumbre de comprobar si las juntas de los sillares eran correctas pasando la uña sobre ellas.

[164] El ya varias veces citado filósofo de Abdera. CICERÓN, *Sobre el orador* II 194 escribe: «Pues más de una vez he oído —y dicen que Demócrito y Platón lo dejaron en sus obras— que no puede darse ningún buen poeta sin que haya fuego en su interior y sin un cierto soplo de locura» (trad. de J. J. Iso, en el vol. 300 de esta B. C. G.). Recuérdese que el Helicón era el monte de Beocia en el que moraban las musas.

[165] Aquí Horacio se burla de la apariencia bohemia que algunos emplean para señalar su condición de poetas. Recuérdese que Antícira era una ciudad griega famosa por su producción de eléboro, planta medicinal que se aplicaba a los dementes (*cf. Sát.* II 3, 83; 166).

[166] ¡Y tanto!; pues de la bilis negra (la *atra bilis* de los atrabiliarios) podía venir una especie de locura, la condición previa, según Horacio admite con ironía, de la inspiración poética; véase BRINK II (1971): 334. Por lo demás, la práctica de las purgas primaverales todavía se venía aplicando hace un siglo en algunas regiones de España.

es capaz de dar filo al hierro aunque ella no pueda cortar[167]; sin escribir cosa alguna, enseñaré el oficio y el arte: de dónde se sacan recursos, qué es lo que nutre y forma al poeta; lo que es apropiado y lo que no lo es; adónde lleva el acierto y adónde el error.

Recursos del poeta

La sensatez es principio y fuente del bien escribir[168]. Los escritos de los socráticos[169] te podrán brindar la materia, y una vez que la materia esté disponible, de buen grado la seguirán las palabras[170]. El que sabe qué debe a la patria y qué a los amigos; con qué amor hay que amar a los padres, con cuál al hermano y al huésped; cuál es el deber del senador, cuál el del juez, cuál el papel del jefe enviado a la guerra, ése sin duda sabrá dar a sus personajes los rasgos que a cada uno le cuadran. Que mire al modelo de la vida y de las costumbres: eso le aconsejaré al imitador avisado; y que saque de ahí palabras llenas de vida. A veces una obra brillante por sus máximas[171] y con personajes logrados, pero sin gracia ninguna, sin peso ni arte, agrada más al

[167] La comparación con la que Horacio formula su intención de ser, al menos, un crítico y preceptor agudo parece estar tomada de un dicho de Isócrates que un siglo más tarde recogería Plutarco: a uno que le preguntó por qué no pronunciaba él mismo discursos en lugar de enseñar a otros a hacerlo, le contestó que tampoco las piedras de afilar son capaces de cortar, pero hacen que el hierro corte; véase Brink II (1971): 335.

[168] Evidentemente, contra el parecer de Demócrito.

[169] Por entonces se consideraba socráticos a la gran mayoría de los filósofos; *cf. Od.* I 29, 14; III 21, 9.

[170] De nuevo reaparece la sentencia de Catón el Viejo: *rem tene, uerba sequentur*, ya glosada en los vv. 40 s.

[171] Es discutido el sentido de *locis*. Algunos lo han entendido en su más llano sentido («en [algunos] pasajes); otros en el de los τόποι o «lugares comunes de la retórica»; otros, en fin, en el de las *sententiae* (gr. *gnômai*). Nos decantamos por este último siguiendo a Brink II (1971): 345, que, sin embargo, no da la duda por resuelta.

público, y más le interesa, que los versos carentes de contenido y las naderías canoras.

A los griegos les dio la musa el ingenio, a los griegos el hablar con una boca redonda[172]; y nada han codiciado salvo la gloria. Los niños romanos, haciendo largas cuentas, aprenden a dividir en cien partes un as. «Que lo diga el hijo de Albino: si de cinco onzas se quita una onza, ¿qué queda? Ya podías haberlo dicho.»— «Un tercio de as.»— «Bien, tu sabrás conservar tu dinero. Y si se le suma una onza, ¿cuánto hace?»— «Medio as[173]». ¿Y una vez que esa roñosería y afán de peculio han impregnado las almas, cabe esperar que se puedan crear poemas dignos de ungirse con aceite de cedro y de guardarse en estuches de pulido ciprés[174]?

Objetivos del poeta

Los poetas pretenden o ser de provecho o brindar diversión; o bien hablar de cosas a un tiempo gratas y buenas para la vida[175]. Siempre que des un precepto, sé breve, a fin de que, dichas en poco tiempo las cosas, las acojan las mentes con docilidad y fielmente las guarden; pues todo lo superfluo desborda de un ánimo ya saturado. Lo que se inventa para deleitar debe ser verosímil: no pretenda la fábula que se crea cuanto ella quiera, y no le saque a una lamia[176] recién comida un niño vivo del vientre. Las centurias de los mayores[177] rechazan las obras que no son de provecho,

---

172 La metáfora parece aludir a su perfección oratoria.

173 Este breve retrato de una clase en la escuela romana pone de relieve las diferencias entre un sistema educativo y el otro.

174 Lo que se hacía con los libros muy apreciados.

175 Otro famoso principio del *Ars*, que al parecer deriva de la perdida *Poética* de Neoptólemo de Pario; véase Brink II (1971): 352.

176 Las lamias eran *el coco* de los niños romanos, monstruos híbridos de la mitología popular.

177 Ramnes, Tities y Luceres eran las tres tribus primitivas en que Rómulo dividió al pueblo romano. Los Ramnes serían, en cuanto que latinos, los romanos

los Ramnes altivos dan de lado a los poemas austeros; pero se ha llevado todo el voto el que mezcló a lo agradable lo útil[178], deleitando al lector e instruyéndolo a un tiempo. Éste es el libro que les procura dinero a los Sosios[179], éste atraviesa el mar, y al escritor conocido le alarga la vida.

Los errores del poeta y sus límites

Hay, sin embargo, defectos que estamos dispuestos a pasar por alto; pues no siempre la cuerda da el sonido que quieren la mano y la mente (muchas veces a quien se lo pide grave le da un agudo), ni el arco acertará con cualquier blanco al que apunte. La verdad, cuando en un poema son más las cosas que brillan, no me molestarán unas pocas manchas que o dejó caer un descuido, o no previno bastante la humana naturaleza. ¿Entonces, qué? Al igual que el copista de libros, si se equivoca sin cesar en lo mismo aunque se le haya avisado, no merece perdón, y es objeto de risa el citarista que siempre yerra en la misma cuerda, así, para mí, el que mucho falla se hace como el Quérilo[180] aquel, al que cuando lo hace bien dos o tres veces, lo admiro con una sonrisa; y también me indigno siempre que el buen Homero dormita[181]; pero en una obra larga es justo que el sueño se abra camino.

Ut pictura poesis

Cual la pintura, tal es la poesía[182]: habrá una que si estás más cerca, más te cau-

---

por excelencia, mientras que los Tities serían sabinos y los Luceres etruscos de origen.

[178] Otra máxima horaciana: *qui miscuit utile dulci.*

[179] Los famosos libreros ya nombrados en *Epi.* I 20, 2.

[180] El mediocre poeta ya citado en *Epi.* II 1, 233.

[181] De nuevo una máxima bien conocida: *quandoque bonus dormitat Homerus.* La frase ya era, tal vez, proverbial, para referirse a los fallos que bastantes críticos advertían en sus obras; véase Brink II (1971): 367 s.

[182] También una conocida *sententia* que parece tener vieja solera. En efecto, ya se atribuye al poeta Simónides la de que «el poema debe ser una pintura

tivará, y otra lo hará si te pones más lejos; ésta gusta de la oscuridad, y quiere que la vean con luz esta otra, que no teme a la fina agudeza del juez; una ha gustado una vez, otra lo hará aunque se la haya visto diez veces.

El poeta no puede ser mediocre

Tú, el mayor de los jóvenes[183], aunque la voz de tu padre te enseña el recto camino y eres sensato, guárdate en la memoria estas palabras: que sólo en ciertas cosas se puede admitir lo mediano y lo tolerable. El jurisconsulto o el abogado mediocre dista de la valía del elocuente Mesala y no sabe tanto como Aulo Cascelio[184]; sin embargo, vale lo suyo. A los poetas, ni hombres, ni dioses ni carteleras[185] les permiten que sean mediocres. Al igual que en un convite agradable resultan chocantes una música desafinada, un perfume pringoso o la amapola con miel de Cerdeña[186], porque sin tales cosas podía salir bien la cena, así también, si el poema nacido e inventado para alegrar el espíritu no alcanza la cumbre, aunque sea por poco, abajo del todo se viene.

Quien no sabe jugar se abstiene de las armas del Campo[187], y el que no es hábil con la pelota, el disco o el aro, quieto se

---

que habla, la pintura un poema callado»; para las fuentes véase BRINK II (1971): 369 s.

[183] El mayor de los hijos de Pisón.

[184] G. Valerio Mesala Corvino (64 a. C.-8 d. C.) fue uno de los grandes políticos y oradores del tiempo de Augusto, y protector de poetas como Tibulo y Ovidio. Aulo Cascelio fue otro orador y además jurisconsulto de los tiempos de Cicerón.

[185] Literalmente, «las columnas» sobre las que los libreros fijaban los anuncios de sus novedades.

[186] Al parecer, una *delicatesse* malograda, por lo amargo de esa clase de miel.

[187] El Campo de Marte. Los juegos señalados luego, entonces muy de moda, eran de origen griego.

queda, no sea que el numeroso corro se eche a reír sin recato; en cambio, el que no sabe de versos se atreve a escribirlos. ¿Por qué no?: es hombre libre y de buena familia y, sobre todo, figura en el censo con el capital propio de un caballero[188] y es persona sin tacha. Tú nada dirás ni harás en contra de la voluntad de Minerva[189]; tal ha de ser tu criterio y tu idea. Sin embargo, si algo escribes en alguna ocasión, haz que llegue a oídos del crítico Mecio[190] y a los de tu padre y también a los nuestros; y hazlo esperar nueve años guardándote el pergamino en tu casa[191]. Podrás borrar lo que no hayas dado a la luz; la palabra que se deja escapar no sabe el camino de vuelta.

Excelencias de la vocación poética

Orfeo, sacerdote y portavoz de los dioses, a los hombres salvajes les hizo dejar sus matanzas y su repugnante sustento, y por esto se dice de él que amansaba a los tigres y a los rabiosos leones[192]; también se dice que Anfión, fundador de la urbe tebana, movía las piedras al son de su lira y las llevaba a donde quería con sus dulces rue-

188 Los caballeros debían acreditar, al menos, un patrimonio de 400.000 sestercios.

189 Atenea-Minerva, aparte de diosa guerrera, lo era de la sabiduría y de las artes. Todavía hablamos de quien escribe algo «de su propia minerva».

190 El crítico Espurio Mecio Tarpa, mencionado por CICERÓN, *Cartas a los familiares* VII 1, 1.

191 Pudiera ser que el pergamino, frente al más habitual papiro, se usara para escribir *en borrador*, dado que, como las tablillas enceradas, permitía el borrado y la reutilización; véase BRINK II (1971): 383 s. La espera de nueve años que Horacio prescribe es evidentemente hiperbólica.

192 Orfeo, el divino cantor, hijo de la musa Calíope, aparece aquí como *héroe civilizador*, que había apartado a los hombres primitivos de su dieta carnívora, aunque se discute si aquí hay o no una referencia a la antropofagia. Curiosamente, Horacio hace luego una interpretación alegórica de la tradicional noticia de que Orfeo amansaba a las fieras con su canto, pues la refiere a su labor con los hombres primitivos; véase BRINK II (1971): 387.

gos[193]. En esto estaba antaño la sabiduría: en separar lo público de lo privado, lo sagrado de lo profano; en prohibir la promiscuidad en el trato carnal, sometiendo el matrimonio al derecho; en levantar ciudades y en grabar en madera las leyes. Así les vino la honra y la fama a los vates divinos y a sus poemas. Tras éstos, el insigne Homero y Tirteo aguzaron las almas viriles para las guerras de Marte[194]. En verso se daban las respuestas de los adivinos, y se enseñaba a andar por la vida[195]. También con los ritmos pierios[196] se procuró la amistad de los reyes, y se inventó el espectáculo que fue descanso de tantas tareas. No te avergüences, pues, de la musa experta en la lira ni de Apolo el cantor.

Talento y trabajo

Se ha discutido si el poema debe su mérito a la naturaleza o al arte[197]. Por mi parte, no alcanzo a ver de qué sirve el esfuerzo sin una vena copiosa, ni el talento sin cierto cultivo; de tal manera una cosa requiere la ayuda de la otra, y con ella se

[193] Horacio ya se refería a este héroe, que asentó los sillares de la muralla de Tebas con el son de su lira, en *Od.* III 11, 2 y *Epi.* II 18, 41.

[194] Homero, con los ejemplos que proponía; Tirteo (s. VII a. C.) con las elegías patrióticas en que animaba a los espartanos a luchas en la Segunda Guerra Mesenia.

[195] Referencia a los oráculos y a la poesía gnómica de los elegíacos arcaicos como Solón, Teognis y otros.

[196] De la Pieria, la región al pie del Olimpo que se consideraba patria de las musas.

[197] Vieja cuestión de la crítica literaria: la de *si el poeta nace o se hace.* A su respecto Aristóteles, y al discutir el problema de la «unidad de acción» basada simplemente en el protagonismo de un determinado personaje, comentaba que «Homero, al igual que se distingue en otros aspectos, parece que también vio claro en esto, ya por su arte, ya por su talento natural» (*Poét.* 1425a). Por su parte, y a propósito de la elocuencia, QUINTILIANO (*I. O.* II 19) se preguntaba sobre si era de más provecho la *natura* o la *doctrina*; véase BRINK II (1971): 394 s.

conjura de modo amistoso. El que en la carrera se afana por alcanzar la meta deseada, mucho ha aguantado y ha hecho desde que era niño: ha sudado y ha pasado frío, se ha abstenido del sexo y del vino. El flautista que entona los píticos[198] himnos ha aprendido primero y ha respetado al maestro. Hoy en día basta decir: «Yo creo admirables poemas; sarnoso el que vaya a la cola; para mí es una deshonra quedar rezagado y confesar sin más que ignoro lo que no he aprendido».

El papel de la crítica sincera

Igual que el charlatán que reúne a la gente para que compre su género, a los aduladores los anima a que vayan tras la ganancia el poeta que es rico en tierras y rico por sus dineros puestos a rédito. Y si además puede servir un buen plato, salir fiador de un pobre que no tiene nada, y librar al que está enredado en los aprietos de un pleito, me asombraré si en medio de tanta ventura es capaz de distinguir al amigo sincero del falso. Tú, si a alguno le has hecho o quieres hacerle un regalo, no se te ocurra llevarlo, encantado como estará, a que escuche tus versos. Pues exclamará: «¡Precioso, muy bien, así se hace!»; y pálido se quedará, y además dejará que le caigan las lágrimas de sus ojos amigos, saltará y con el pie dará golpes en tierra. Al igual que los que lloran a sueldo en los funerales casi dicen y hacen más cosas que quienes se duelen de veras[199], así se emociona más el impostor que el admirador verdadero. Se dice que los reyes[200] agobian con múltiples copas y

---

[198] Los dedicados a Apolo Pitio, vencedor de la serpiente Pitón, que se cantaban en el seno de los juegos cuadrienales de Delfos.

[199] Se admite que aquí Horacio imitó a Lucilio (fr. 954 s. Marx: «las plañideras que, contratadas, lloran en un funeral ajeno y mucho más se rasgan el rostro y dan gritos...»); véase Brink II (1971): 408.

[200] Navarro Antolín , *ad loc.*, cita al respecto el caso de Agatocles, tirano de Siracusa, del que cuenta Diodoro Sículo (XX 63, 1) que sometía a los

con el vino torturan a aquel de quien quieren saber si es digno de su amistad. Si compones poemas, nunca te engañarán los sentimientos ocultos bajo la piel de una zorra[201].

Quintilio[202], si algo le recitabas, decía: «Por favor, corrige esto, y esto también». Si decías que no podías hacerlo mejor después de intentarlo en vano dos y tres veces, te mandaba borrar y volver a poner en el yunque los versos mal torneados. Si preferías defender que cambiar lo mal hecho, ni una palabra más decía, ni hacía un esfuerzo baldío por evitar que sólo tú, y sin rival, te amaras a ti y a lo tuyo. El hombre honrado y sabio criticará los versos sin arte, los duros los condenará, y a los poco esmerados les pondrá con el cálamo de través una negra señal[203]; los adornos pretenciosos los podará, y obligará a iluminar los puntos oscuros; censurará las ambigüedades y anotará lo que deba cambiarse. Hará de Aristarco[204], y no dirá: «¿Por qué voy yo a molestar a un amigo con cosas de poca importancia?». Esas cosas sin importancia lo pondrán en aprietos muy serios, cuando se rían de él y lo acojan de mala manera.

Sensatez y locura poéticas

Igual que al que sufre la sarna maligna o la enfermedad de los reyes, o bien un demencial desvarío y a una Diana iracun-

candidatos a su amistad a la prueba del vino, precedente que seguiría el emperador romano Tiberio, según Plinio el Viejo (XIV 145) y Suetonio (*Tib.* 42).

[201] Se ha discutido no poco sobre el exacto sentido del pasaje, que algunos incluso consideran corrompido. En todo caso, era y es proverbial la de la zorra como imagen de la falsía; véase Brink II (1971): 411.

[202] Quintilio Varo, caballero romano de Cremona, amigo y paisano de Virgilio y luego también de Horacio, que dedicó a su muerte la sentida *Oda* I 24. Fue poeta pero, sobre todo, un refinado crítico.

[203] El signo, ya tradicional en la filología helenística, el *obelós*, que se utilizaba para marcar los versos imperfectos o sospechosos.

[204] El famoso filólogo alejandrino (ss. III-II a. C.), famoso por su edición crítica de Homero.

da[205], al poeta loco teme tocarlo y le huye la gente sensata; lo abuchean los niños y los incautos lo siguen. Éste, si mientras va de un lado para otro eructando a lo alto sus versos, igual que un pajarero atento a los mirlos, se cae en un pozo o una fosa[206], aunque por largo tiempo grite: «¡Eh, ciudadanos, socorro!», no habrá quien procure sacarlo. Y si alguien se cuida de prestarle ayuda y de echarle una cuerda, yo le diré: «¿Cómo sabes si no se ha tirado ahí a propósito y si quiere ser rescatado?»; y le contaré cómo halló la muerte el sículo vate: llevado de su ansia de ser tenido por dios inmortal, Empédocles, el friolero[207], se lanzó a las llamas del Etna. Han de tener derecho y licencia para morir los poetas; el que salva a uno a la fuerza hace lo mismo que quien lo matare. Además, no es la primera vez que lo hace, y aunque se vuelva atrás no por ello se convertirá en un hombre normal, ni abandonará su afán de una muerte famosa. Y tampoco está claro por qué escribe versos: si es porque se ha meado en las cenizas paternas, o porque ha profanado, sacrílego, el siniestro lugar donde un rayo ha caído[208]. Desde luego está loco, y tal como un oso que logra romper los barrotes que le impiden salir de la jaula, puesto a recitar sin piedad hace huir al indocto y al docto; y al que logra pillar, lo retiene y a fuerza de leerle lo mata, sanguijuela que no suelta la piel si no está harta de sangre.

---

[205] Se suponía que la diosa Diana, identificada con la Luna, tenía no poco que ver en los trastornos mentales. De ahí que todavía hablemos de «lunáticos».

[206] La comparación tiene precedentes más ilustrados, entre ellos el de Tales de Mileto, que, absorto en la contemplación de los astros, cayó en un pozo, según PLATÓN, *Teéteto* 174 a.

[207] El filósofo y poeta Empédocles de Agrigento, ya nombrado en *Epi.* I 12, 20, que, como se sabe, se arrojó al cráter del Etna.

[208] Horacio pone dos ejemplos de sacrilegios tradicionales que podían acarrear la locura del infractor.

ÍNDICE DE NOMBRES[1]

[1] Las abreviaturas empleadas son: *S(átiras), E(pístolas), A(rte Poética)*. Además de los nombres propios de personas y lugares, recogemos en este Índice los comunes de personalidades míticas o entidades geográficas, así como los gentilicios, ya sean nombres, ya adjetivos; no, en cambio, salvo en algún caso excepcional, las alusiones indirectas, que hemos procurado aclarar en las correspondientes notas.

ÍNDICE GENERAL